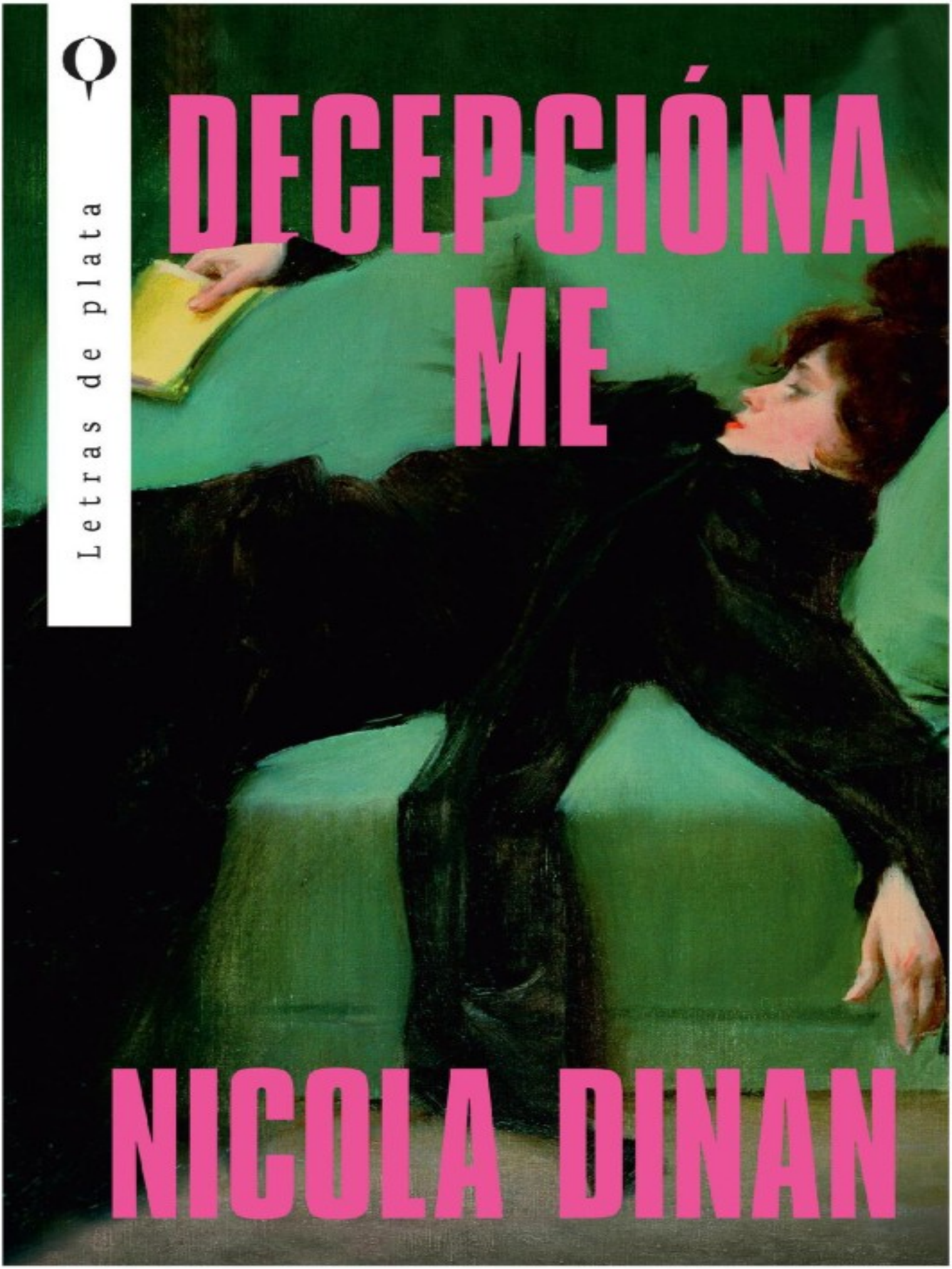
Letras de plata

# DECEPCIÓNAME



NICOLA DINAN

# DECEPCIÓNA ME

# DECEPCIÓNAME

NICOLA DINAN

Traducción de Carla Bataller Estruch

Plata

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Disappoint Me*
Editor original: Doubleday, un sello de Transworld Publishers
Traducción: Carla Bataller Estruch

1.ª edición: enero 2026

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2025 *by* Nicola Dinan
All rights reserved
© de la traducción, 2026 *by* Carla Bataller Estruch
© 2026 *by* Urano World Spain, S.A.U.
López de Hoyos, 92, Planta Baja Derecha – 28002 Madrid
www.letrasdeplata.com

ISBN: 979-13-87750-99-2

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Nadie es menos
de dos cosas.
De dos personas.
Y si esas dos personas son al menos dos personas,
entonces, ¿cuántas personas somos?

**MAX, 2023**

# I

Son las cuatro de la madrugada y la fiesta no ha decaído. ¡Nochevieja! Todo el mundo quiere ir a una fiesta, pero nadie quiere ser el anfitrión, de ahí que cualquier fiesta sea una buena fiesta y la gente se quede. En cierta etapa vital, las personas dejan de compartir casa para buscar pisos más pequeños, bien porque se pueden permitir vivir a solas, o porque están con su pareja, o porque sus padres les dan algo de

dinero para una vivienda modesta de dos dormitorios, aunque luego digan que pagarán ellos la hipoteca. En todos estos casos, una casa deja de ser un sitio en el que vives sin más y se convierte en un hogar; deja de ser un sitio que quieras destrozar. Es raro celebrar fiestas en casas. Caspar, que vive aquí, es un amigo de la universidad. También íbamos a un taller de escritura con mi exnovio, Arthur, aunque ya no voy desde entonces, claro. Ahora no veo casi nunca a Caspar, aparte de en estas fiestas, a las que sigue invitándome a pesar de habernos distanciado.

Estoy flirteando con la abstinencia, lo que significa que solo he tomado dos copas y un montoncito de keta que me acaba de ofrecer Caspar. La restricción no es porque sea alcohólica o adicta. Siempre he sabido moderarme, decir que no al final, irme a casa temprano. Me estoy conteniendo porque las drogas y el alcohol me hacen sentir mal. Cuando Arthur rompió conmigo, solía despertarme con una compresión gravitacional que me anclaba a la cama. Me sentía mucho peor un día o dos después de compartir un par de botellas entre amigos. No debería haber sido una gran revelación que el alcohol es un depresivo, pero me di cuenta cuando toqué fondo. Desde que lo dejé, tengo más robustez emocional y también me siento más superior, como si fuera la primera persona en la historia en enterarse de los peligros del hedonismo.

Estoy bailando con los ojos cerrados, porque me he puesto a bailar con Caspar y su contacto visual es intenso. Es un hombre brillante. No me cae especialmente bien y lo digo desde un punto de vista objetivo. Posee una mente brillante de verdad. Hizo un doctorado sobre PrEPonomía y luego escribió un libro de no ficción sobre la cultura discotequera en Londres antes del cambio de milenio, una época que no vivió en persona, y que acabó publicando una editorial independiente que solo vendía libros en las librerías de Hackney. Se vendió mucho más de lo que cualquiera hubiera previsto, y fue gracias a que un actor/cantante/artista del punto de cruz muy conocido subió una selfi en la que aparecía desnudo con el libro de Caspar tapándole la entrepierna. Vendió mucho más que mi poemario, obvio, porque ¿quién coño sigue comprando poesía? Después de la foto de la entrepierna, a Caspar le ofrecieron un contrato para publicar el libro en Estados Unidos. Y luego en Alemania. Incluso en Japón. Caspar posee un glamur que en mí desaparecerá. El tiempo trata mejor a los hombres, incluso a los hombres gais. Yo no siempre seré hermosa. Ahora que estoy en la treintena, pienso mucho en esto. Porque tengo treinta años. Las arrugas alrededor de la boca me delatan. Aunque insisto en que es por la estructura de mi rostro, en que siempre las he tenido, sé que cada vez son más pronunciadas. ¿Cuánto rato llevo con los ojos cerrados?

Los abro. Caspar se ha ido. Examino la multitud y me arrepiento de inmediato. Hay gente que debería dejar de tomar drogas. Me limpio los restos de ketamina del borde de la nariz y alzo la mirada. ¡Luces! Una máquina de luces dispara láseres por toda la habitación y crea una capa luminosa por encima de mi cabeza. Simone y Eva están a mi lado. Simone nunca suda. Lleva una americana holgada con pantalones cortos a juego, como un niño disfrazado con el traje de su padre, pero sexy y serena. Es mi persona favorita en todo el planeta. Eva, su novia, no lo es. Y no porque yo sea un poco posesiva, sino porque me parece algo aburrida. Graba videos de moda para marcas chulas con jerséis asimétricos y zapatos caros que parecen Transformers. La gente que hace trabajos como ese solo es interesante sobre el papel. Excepto Simone. Simone suele defender delante de mí el derecho de Eva a ser aburrida, con bonitos aforismos que resultan contradictorios a pesar de la intensidad con que los expone: «Max, escucha, cualquier persona puede ser aburrida cuando pasas mucho tiempo con ella». ¿Yo soy aburrida, Simone? «No, pero Eva habla sobre cosas de las que tú y yo nunca hablamos». Es cierto, habla mucho sobre Crocs.

Eva me apoya una mano en la espalda. Noto mi sudor contra la curva de la columna vertebral.

—Me encanta tu bolso —dice.

Es *vintage*, un bolso tipo *baguette* de cuero negro. No creo que le guste de verdad; solo quiere congraciarse conmigo. A lo mejor sabe que la considero una aburrida.

—Gracias. A mí me gustan tus Crocs.

Tengo calor y solo en el sentido más desagradable de la palabra. Ojalá no llevara el vestido de seda. Soy muy consciente de que me sudan las axilas. Cierro los ojos de nuevo. A lo mejor debería sentirme agradecida por tener a Eva. En los últimos dos años he perdido a muchas amigas por culpa de la heteronormatividad, incluso a amigas queer. Amigas que se han casado. Que han empezado a llevar cárdigan. Que contemplan el mar mientras se frotan los brazos.

Abro los ojos de nuevo y miro a Simone. Arruga la cara. No porque esté juzgando, solo observa. Le castañean los dientes como si

estuviera desnuda en el Ártico. Conozco ese sonido desde que tomamos éxtasis por primera vez en un callejón de Lan Kwai Fong hace dieciséis años. Simone me agarra la mano, acerca la boca a mi oído y sé lo que viene: clac, clac, clac.

—Es como si hablaran.

—¿Y qué dicen? —pregunto.

—Socorro.

Nos reímos. Me aparto para buscar chicle en el bolso. Eva me desliza la mano por el brazo.

—Me encanta tu bolso —dice, otra vez.

—Gracias. A mí me gustan tus Crocs —repito.

Sé que yo también he sido la causante de conversaciones en bucle como esta y mi castigo es contener el fastidio y sonreír. Saco el paquete de chicles del bolso, almohadas amontonadas de xilitol, y saco un par para Simone y para Eva y luego otro para mí. Simone se lo mete en la boca y asiente con los ojos cansados.

Eva tira de nosotras para adentrarnos más en el salón reconvertido en pista de baile. Las miro y, de repente, veo que están dobladas hacia atrás. ¿Quién cojones ha traído un palo para jugar al limbo? ¿Voy a hacerlo yo? Doblo la espalda hacia atrás como si fuera lo más normal del mundo. No parece que hayan encontrado un palo fuera y ya. El palo tiene una longitud, una circunferencia y una textura concretas. ¿Quién lo ha traído?

Mientras estoy del revés, mi mirada se posa en Carla, una mujer española que conozco por Caspar. En una ocasión, Simone comentó que se parece a le cantante Arca pero del todo a cien. Carla y yo somos amigas, en la medida en que las dos somos trans y, por tanto, nos apoyamos en redes sociales. Su vestido de lentejuelas es muy bonito. Muy ajustado. Cuando me reincorporo, lo hago pensando en microplásticos. Intento seguir bailando, pero arrugo el gesto al imaginar las bolitas que pueden caer de las lentejuelas y acabar en el mar, en los peces que comemos, en nuestros cuerpos, hasta obstruir los receptores de hormonas y machacar nuestros gametos. Aunque yo ya haya vivido una versión de este apocalipsis, no es un destino que les desee a los demás. ¿Esto es lo que le hace la abstinencia a una persona? Cuando no puedes hacer el mundo

papilla, disuelves todo lo demás para que no tenga sentido. Cuando no puedes abarrotarte la mente, ¿a dónde vaga?

Carla baja de una plataforma. Una persona, una de tantas con el pelo rapado y decolorado, sube para reemplazarla.

—Eres buenísima —le digo.

—Gracias, cariño. Estás espectacular.

—Me encanta tu vestido.

—Lo mismo digo. Estás espectacular. Subamos arriba.

Me agarra la mano con un tirón violento y me saca a rastras de la habitación hacia la escalera. El contacto de piel contra piel es una cercanía fingida creada gracias a nuestra experiencia compartida. Nos conocimos hace unos años. Lo único que recuerdo de esa noche es que me dio un cigarrillo y me contó que había un hombre que le pagaba bien para que vapeara por el culo y que me lo podía presentar si quería. Creo que todavía ve a ese hombre, aunque sus cuadros se venden bien. Una semana más tarde, quedamos para tomar una copa en un bar de Dalston. Me mortificaba lo maleducada que era. Algunas mujeres trans sirven coño con mala leche porque, cuando el mundo se caga en ti, es fácil ser un poco mezquina, pero Carla devolvió un negroni solo porque la rodaja de naranja era demasiado fina. Ninguna cantidad de dolor es excusa para eso.

Nos sentamos en unos pufs del piso superior. En un sofá a la izquierda de Carla, hay tres hombres vestidos con tops de malla. Uno aparenta tener cuarenta y cinco años, otro treinta y el yogurín cerca de Carla tiene pinta de ser demasiado joven para estar aquí. El hombre de cuarenta y cinco vierte con un dosificador unas gotas de GHB en un vaso con Fanta de naranja.

—Esta es Max, mi amiga. Es abogada —me presenta Carla.

—Qué guay —dice el yogurín—. Seguro que eres muy lista.

—A veces —contesta Carla por mí.

No me queda claro qué quiere decir, aunque ese «a veces» sea bastante apropiado. No soy muy lista. Muchos abogados no son listos. La abogacía es una carrera profesional construida a base de privilegio y memorizar datos. Trabajo cuatro días a la semana como asesora legal para una empresa tecnológica que dice tener una inteligencia artificial que puede revisar contratos, pero lo cierto es

que no puede y soy yo quien los revisa. Yo soy el robot y firmo los correos dirigidos a los clientes con su nombre, Owl. Dedico el tiempo muerto del curro a poner etiquetas en los contratos y enseñar a la incompetente IA a leerlos para que un día me reemplace. Pese a que trabajo solo cuatro días a la semana, me pagan demasiado. El quinto día se supone que es para dedicarlo a la poesía, aunque he dejado de escribir.

—Me gustan tus zapatos —dice el hombre de treinta años.

—Gracias.

Los compré para celebrar que me habían ofrecido publicar mi poemario. No me pagaban ningún adelanto, pero tenía sentido comprar zapatos. Ahora ya están rayados porque son unos *brogues* con plataforma y la suela de goma roza el cuero al andar. Me rompe el corazón.

—¿Quieres un poco? —pregunta el de cuarenta y cinco años y alza el frasco de GHB.

—No, estoy bien.

El yogurín se prepara unas rayas de coca con una espátula ranurada. Mi mente vaga hacia Arthur. Una parte de mí creía que estaría aquí. Existimos en rocas separadas dentro del mismo ecosistema. Por eso me resultó fácil venir sobria, porque las drogas y el alcohol me aflojan la lengua y me dejan las extremidades y la mente como gelatina, hasta el punto de persuadirme para acunar al monstruo vestido con Carhartt *vintage*. «Solo te pregunté por la cirugía de mandíbula para apoyarte en tu transición, Max».

No sé si dolería más verlo con una mujer cis o con otra mujer trans. Cualquiera me haría sentir como que no soy suficiente, quizás porque el cerebro busca los motivos que quiere y se queda atrapado en ese bucle de autorrefuerzo. No sé qué hago aquí. Con treinta años, todavía sufro esa presión de aparentar que me lo paso bien, o que hago muchas cosas o, al menos, cosas interesantes. Por eso la publicación de mi poemario me resultó tan satisfactoria durante un tiempo. Una perla fría de decepción me pesa en el estómago. ¿Qué hago aquí? Esa pregunta es un peso sobre la conciencia de mis hombros. La fiesta tiene que terminar, gente. No podemos seguir así para siempre. ¿Y por qué no? No tengo ninguna respuesta, aparte

de este sentimiento de vacío. Quizás lo esté proyectando. Miro al otro lado de la habitación. Hay una mujer blanca, delgada, que lleva una minifalda de cintura baja y un sostén hecho de cadenas; está bailando a destiempo con la música que suena por los altavoces. Seguramente sea de mala educación observarla de ese modo. Pienso en que nadie, ni un alma en todo el planeta, creería que una mujer así es trans. Está muy lejos de lo que yo podría desear, de lo que la gente imaginaría si alguien le dijera que lo soy o no lo soy.

—Sujétame esto un segundo —dice Carla y me pasa un billete de cincuenta libras.

—¿A santo de qué tienes un billete de cincuenta libras?

Se lo enrollo en un tubo.

—Me lo dio como propina un hombre que llevaba un sombrero de fieltro en el pub donde trabajo, cariño. Me lo metió en las bragas cuando le serví un hojaldre de salchicha. Tendría que haberlo echado, pero quería quedarme con el dinero.

Carla prepara dos rayas con una tarjeta de fidelidad de una cafetería sin ningún sello. Son rayas gordas. Como babosas. Mi mirada vaga de nuevo a la mujer que baila y Carla me quita con cuidado el billete de la mano. Oigo el aire pasar por su nariz. Se la rasca con una uña de acrílico adornada con joyas y las dos nos quedamos mirando a la chica.

—Es trans, ¿sabes? —dice Carla—. Creo que tiene veinticinco años. Es modelo. Transicionó a los trece.

Joder. Agarro el billete y, durante un instante, me planteo esnifar la babosa, pero se lo devuelvo a Carla. No me siento mejor. Ni tampoco un dechado de virtudes.

—Maxy escribió un libro —les cuenta Carla a los tres chicos y me rodea con un brazo.

Ellos asienten, porque en realidad les da igual. Ya no lee nadie. Los escritores pronto serán redundantes, la IA nos reemplazará y mi resuelta despedida de la poesía no parecerá tanto un fracaso sino más bien una cuestión de pertinencia.

El yogurín y el hombre de treinta años empiezan a besarse.

—¿Vais a ir al Dionysus? —pregunta el de cuarenta y cinco años.

Yo niego con la cabeza.

—Ya no voy allí, cariño —responde Carla—. No es queer. Es gay.

Tiene razón. Todas las noches de fiesta queer en las que solía salir han sido colonizadas por gais musculados. Ya no son para mí. ¿Hoy lo es? Miro otra vez a la decepto-trans y me da yuyu. Es imposible bailar tan descompasada durante tanto tiempo. Es inhumano. Carla y yo nos levantamos de los pufs agarradas de la mano y salimos al pasillo. Me fijo en que ella se ha dado cuenta de que estaba mirando a la chica de la otra habitación.

—¿No estás celosa? —pregunta.

—¿De qué?

—De ella.

—No.

—Mentirosa. —Me empuja el hombro, pero con suavidad—. Estás celosa. Eres guapa, pero no tanto. Todas le tienen celos.

—Yo no.

—No pasa nada por admitirlo, cariño.

—¿La has visto bailar? —pregunto para intentar domar la agresividad de Carla, porque me siento demasiado sobria, como si hubiera levantado demasiado los muros para admitir que, en efecto, me siento un poco celosa.

—Estás celosísima —repite Carla.

—Que no.

—Lo estás. Ese es tu problema, Max.

—¿Cuál es mi problema?

No me conoce lo suficiente para saber qué problemas tengo.

—Admite que estás celosa. Y serás libre.

Me agarra por la muñeca con una fuerza alimentada por la coca.

—No lo estoy —contesto, pero alzo tanto la voz que revela mis celos.

Los tres hombres del sofá nos miran boquiabiertos a través del hueco de la puerta. La victoria se refleja en el semblante de Carla.

—Por cierto —dice—, puede que sea un mal momento para contártelo, pero me acosté con Arthur. No es un buen hombre.

Quiero anestesiar mi desesperación. Quiero encontrar a Simone. Aunque sea con Eva. Es un sentimiento horrible. Quiero mantener la compostura. Le doy la espalda a Carla y me agarro a la barandilla

para girar. Al lanzarme por las escaleras, me salto un escalón y pierdo el equilibrio. Empiezo a caer. Me golpeo la cabeza. Simone grita mi nombre.



Me despierto en una habitación de hospital. ¿Cómo he conseguido una para mí sola? Reina un silencio inquietante. Solo oigo el chasquido de otras puertas y pasos suaves fuera. A través de la puerta abierta, no veo a nadie. Me duelen todas las articulaciones del cuerpo.

Una tensión edípica me engulle entera. No porque quiera acostarme con mis padres (y no quiero), sino en un sentido profético, porque empecé la noche sobria, intentando no hacer daño a nadie, tratando de pasar la velada con dignidad. Apenas bebí, rechacé las rayas que me ofrecieron, y luego me caí por las escaleras y acabé en el hospital. No recuerdo gran cosa de cómo llegué aquí, aparte de unas imágenes fragmentadas sobre un taxi y una luz en el ojo. Y luego un médico joven diciendo que me mantendrían ingresada hasta que llegara un especialista por la mañana para que me hicieran una TAC, pero que seguramente estaría bien. Estoy bien.

Quiero ser responsable. Quiero sentirme responsable. Quiero una Eva. U otro Arthur. ¿Encontrar novio podría ser mi propósito de Año Nuevo? ¿Eso es algo que una persona puede decidir hacer? ¿Ha muerto el feminismo? Me siento muy sola. Puede que sea lo más sola que me haya permitido estar desde que Arthur rompió conmigo. Es como una visión de mi futuro. Dentro de veinte, treinta, cincuenta años, mis padres y Jamie, mi hermano, estarán muertos y yo me habré quedado soltera y sin hijos y mis amigas estarán demasiado enfermas o lejos para visitarme. Un día podría acabar en el hospital, sola, sin nadie que viniera a verme. ¿Qué clase de futuro es ese?

Tengo un gotero en la mano derecha y me parece melodramático y un desperdicio. Al quitarme la aguja de la vena, la sangre chorrea entre los cañones de los huesos de la mano; me la limpio en la sábana. Leo una notita que hay encima de un montón de ropa

limpia, toda mía.

*He ido a casa. Pasaré por la tuya a por más cosas. No tienes un traumatismo craneal, pero te quedarás para una TAC. Tienes el móvil cargando en la pared. Volveré pronto. Simone.*

Me pongo la ropa; me crujen tanto las articulaciones que tengo miedo de que se rompan. Vaqueros acampanados, un jersey corto y una chaqueta ligera. Mis llaves de repuesto están en una bandolera de nailon que me compré para animarme después de que *The Guardian* se cagara en mi poemario. Esta ropa no parece suficiente, pero, al ver el móvil, la app del tiempo me informa de que hace dieciséis grados. En Año Nuevo. El mundo se está acabando. Doblo la notita y la guardo en el bolsillo trasero; puede que un día me haga gracia. Puede que más adelante este día parezca más gracioso de lo que es. No soy corta de miras.

Salgo cojeando a los tristes pasillos del Hospital Homerton y noto que todo me roza y me hace daño. Está muy manido describir un hospital como enfermizo, pero este lo parece, como si el papel blanquecino de la pared se fuera a despegar para revelar cúmulos de moho negro. Es como si cada persona que entrara en estos pasillos dejara un poco de su enfermedad, que se ha ido acumulando en el linóleo moteado y en el olor a antiséptico que sale de las rejillas de ventilación. Nadie parece darse cuenta de que atravieso la puerta principal de cristal.

Camino un rato hasta que encuentro un banco delante de una iglesia. Es un edificio enorme, del siglo XVIII, pero no termina de ser impresionante. Lo construyeron con lo que parecen ladrillos modestos para las casas. La torre que brota del centro está desvaída, tiene una forma simple. No hay nada complejo. Es sencilla, pero bonita. Ni por un momento me planteo encontrar a Dios. Ni siquiera en mi peor momento (por favor, que este sea el peor) me tienta la religión. Dios no me encontrará novio. No creo que los hombres de las tertulias cristianas matutinas me vayan a aceptar.

Respiro hondo y dejo caer la cabeza en las manos. Los celos y las articulaciones débiles me han traído hasta aquí, aunque sé que la caída no tiene nada que ver con cómo me siento. La caída, en cualquier caso, es la mera suma de mis fracasos. La vida parece más

dura que antes. Estoy celosa de Caspar, de esa chica que bailaba raro y, en cierto modo, también de Carla. Estaba celosa de Arthur, del horrible de Arthur, de ver sus libros en las librerías, de verlo dar charlas, aunque, al igual que Caspar, es brillante (en un sentido objetivo) y se lo merecía. Todo esto me hace sentir vergüenza. Decepción.

Paso junto a las palmeras del Hackney Town Hall. A veces, cuando veo a gente ahí fuera, sacándose fotos para sus bodas civiles minimalistas, la disminución extrema de la ceremonia hace que todo eso me atraiga. Veo el edificio desde la ventana de mi casa, un antiguo piso de protección oficial situado en la planta superior de un bloque residencial. Estoy alquilada, porque, aunque mis padres me ofrecieron el dinero para la entrada, lo rechacé. No quería ser como las personas con las que crecí en Hong Kong, con sus vidas intachables y alejadas de la realidad. Siento cierto orgullo por eso, aunque empiezo a darme cuenta de que rechazar ese dinero también implica estar lejos de la realidad; solo me puedo permitir pagar el alquiler porque el salario que recibo por hacer de IA es exorbitado para lo que hago.

Sé que mi piso a lo Thatcher es parte del problema, por cómo he colonizado esta zona de Hackney. Que sea en parte china no me absuelve. Procedo de un largo linaje de colonizadores. Mi abuelo, que trabajaba para el gobierno británico, crio a mi madre en el Hong Kong colonial. Mis padres me criaron a mí en el Hong Kong neocolonial. Esto es el Hackney neocolonial. Saberlo no me hace sentir mejor, sino peor.

Cuando abro la puerta principal, Eva y Simone están de pie en el salón y me ven. Simone lleva puestos sus vaqueros caros y una camisa blanca, con la chupa de cuero negro con llamas recortadas en cuero marrón. Eva viste una falda escocesa hasta el suelo. Tienen el pelo lustroso, aunque seguramente apenas hayan dormido.

—Maxy —dice Simone y me abraza—. Pensaba que habías desaparecido. Nos ha llamado el hospital. Te iban a hacer una TAC…

—Me he ido.

—Lo sé.

—¿Deberíamos volver? —pregunta Eva.

Pasamos de ella. Oigo las lágrimas en la voz de Simone.

—Siento que hayas despertado cuando no estábamos. Nos dormimos y hemos venido a recogerte algunas cosas. No me gustaba la ropa que te había elegido. Ya nos íbamos al hospital.

—No pasa nada —contesto, cohibida de repente por mi aspecto—. La ropa está bien.

Simone no debería sentirse mal por dormir. Tendría que ser yo quien se sintiera mal, culpable. Soy horrible. Me echo a llorar. Simone me abraza con más fuerza. Eva se acerca y rellena los huecos, hasta que acabo encapsulada en una bola de carne.

—Siento haberos estropeado la Nochevieja.

—Te caíste por las escaleras, Max —dice Simone—. Le podría haber pasado a cualquiera.

—Literal —añade Eva.

—¿Podemos quedarnos aquí un rato? —les pido—. No quiero volver ahora mismo. Han dicho que seguramente esté bien.

Simone pone mala cara.

—Vale.

Me acerco al sofá que compré en una tienda de segunda mano. Paso la mirada por encima del resto de los muebles, muchos de los cuales compré por eBay con la ayuda de Arthur. Como él tenía coche, nos llevaba por Londres a recoger cosas. Su huella está por todas partes. Su libro sigue en la estantería. Simone y Eva se sientan en la mesa redonda del comedor, donde hay cuatro sillas. Me miran con ternura.

—¿Tienes hambre? —pregunta Simone—. ¿Quieres desayunar?

Esa palabra invoca mi hambre. Me ruge el estómago a modo de respuesta.

—Creo que tengo los ingredientes para hacer carbonara.

Simone está preparada para comentar que eso no es un desayuno, pero no dice nada.

—No te muevas.

Durante la siguiente media hora, voy perdiendo y recuperando la consciencia. Mi cuerpo ansía dormir. Las noches importantes siempre son de prestado, aunque estés sobria o intentes estarlo. Siempre debes pagar una deuda. Horas robadas, siestas a plazos en los días

posteriores, peniques de energía sacados del cerebro y los ojos adormilados, y todo para satisfacer al alguacil hambriento de serotonina.

El sonido de la cerámica al entrechocar y el chisporroteo de la comida se ven interrumpidos por una riña en voz baja entre Eva y Simone. Lo echo de menos. Lo echo de menos todo. Incluso las riñas. Es fácil. Es simple.

Lo alargan más de lo que se tarda en preparar una carbonara. Cuando Simone saca una cazuela de pasta al salón, huelo la grasa del tocino hecho, que sale enroscándose de los trozos marrones que se han quedado pegados en el fondo. Capto el aroma penetrante y completo del parmesano. El vapor emana de la cazuela Le Creuset de imitación y me llama a la mesa del comedor. Simone coloca un nido de pasta en mi cuenco, acompañado de unos espárragos. La carbonara está deliciosa. Salada, sabrosa. La han hecho bien.

Comemos en silencio. Las dos se andan con pies de plomo y eso me ofende. Soy dura de pelar. Sus precauciones no me gustan. Nada de ir de puntillas conmigo.

—¿Algún propósito de Año Nuevo? —pregunta Eva.

—Menuda puntería tienes —comento.

Las tres nos reímos. Intento pensar en algo aparte de lo sola que me he sentido esta mañana. Me quedo en blanco.

—¿Escribir más, por ejemplo? —dice Eva.

—Escribir me hace sentir menos sola, pero creo que prefiero no estar sola.

—¿Te sentías menos sola con Arthur?

—Supongo. Pero también sentía celos y no era muy feliz con él, lo que provoca que una persona se sienta muy sola.

—A lo mejor podrías volver a intentarlo con alguien. ¿Te lo has planteado? Quiero decir, ¿has salido con alguien desde entonces?

—La verdad es que no —contesto mientras con el tenedor rasco del plato los trozos de parmesano derretido—. A lo mejor debería hacerlo.

—Un propósito de Año Nuevo.

—Sí. ¿Cuál es el tuyo?

—No lo sé. Puede que construya un cobertizo o algo así.

Qué encantadora y aburrida eres, Eva.



Insisto en que regresen a casa después de desayunar y les prometo que iré al hospital en cuanto me despierte de la siesta. El vestido de anoche está doblado encima de la silla del escritorio. Cuando me cambio de ropa, me siento sola. Sola cuando la casa está vacía, sola cuando la casa está llena. Iré a hacerme la TAC mañana.

# II

Nunca fui a hacerme la TAC. Me quedo mirando el vinilo pegado en la pared del baño del WeWork. Es de una canción de Beyoncé y, cada vez que lo veo, me pregunto qué pensará ella al ver que sus canciones animan a los directivos a cagar como los putos amos o si sabe siquiera lo que es WeWork, pero también me parece imposible que desconozca por completo su existencia. ¿Acaso una persona como Beyoncé puede comprender la magnitud de su omnipotencia?

Dejo que este pensamiento me arrastre, porque estoy sentada sobre la tapa bajada sin intención de excretar. En mi repentino deseo de correr hacia la responsabilidad, he decidido comprometerme más en el trabajo. Ofrecerme con más frecuencia. Dejar de rajarme para contribuir. La gama de servicios legales que Owl, nuestra IA, puede proporcionar se ha expandido (supuestamente) para incluir documentos económicos, como los derivados financieros sencillos. En realidad, Owl no puede hacerlo (el amanecer de la IA generativa todavía no ha llegado a mi trabajo) y por eso he estado formando a abogados júnior en esta nueva frontera tan emocionante del fraude.

Trabajar no está funcionando. No soy como Simone, que se mete tan de lleno en su curro que solo se puede decepcionar a sí misma. Ella cree en la visión global de lo que hace: le encanta la moda, le encanta buscar nuevas caras, arrancar la carrera de chicas jóvenes e impresionables. A diferencia de ella, yo no tengo un gran propósito. Se suponía que mi propósito sería la poesía, pero ¿qué sentido tiene? Einstein trabajó en una oficina de patentes mientras desarrollaba la teoría de la relatividad. Ese trabajo insignificante ayudó a cambiar el mundo. Mis poemas no ayudan a nadie, excepto a las mujeres tristes y a los hombres gais que no quieren cambiar.

Tiro de la cadena del retrete que no he usado y me lavo las manos. Nadie tiene la vida fácil. Simone rompió con Eva durante la primera semana de enero, hace tan solo un par de semanas. «Max, es que es una mujer sin sustancia y no hay suficiente de mí para llenarla». Simone me sorprendió un poco, pero eso en sí no es nada sorprendente. A lo mejor fui un poco melodramática el día de Año Nuevo, pero todavía me siento desinflada. Es lo que pasa cuando te caes por las escaleras.

En el lavabo, miro el móvil y veo que tengo un mensaje de Vincent, el hombre con el que hice *match* en una app de ligue, para confirmar la hora de la cena. En el tiempo que ha pasado desde la última vez que las usé, las apps para ligar han decaído en términos de funcionalidad, calidad e inclusividad.

En todos los perfiles masculinos, los hombres confiesan que son competitivos y que les gustaría viajar a Japón. Para proteger mi alma, me niego a revisar cada perfil y aguardo a que a los hombres

les guste el mío para blandir el hacha. Por lo demás, la experiencia es denigrante. En mi perfil ya digo que soy trans.

Por muchas ganas que tuviera de empezar el año saliendo con alguien, la validación de unos desconocidos al decirme que les parezco atractiva enseguida se vio reemplazada por el asco de que unos desconocidos me digan que les parezco atractiva. Vincent, sin embargo, es guapo y, aunque mide lo mismo que yo, si nos fundieran a ambos, él ocuparía más volumen, y eso es importante para mí. No tengo motivos para creer que la cosa saldrá mal, pero sí que tengo unos pocos para creer que saldrá bien; en ocasiones parece que las citas son algo que debes hacer, como reemplazar el filtro de la Brita o usar un producto antimoho en los rincones del baño, en vez de algo con sentido. Y aunque me gustaría distinguir entre tener citas y esas otras tareas, que mantienen la casa y el cuerpo sanos, vivimos en un mundo que patologiza la soltería, en el que ser soltera implica estar sola. Cada vez que vemos un titular en el que un octogenario muere dos semanas después que su pareja, nos lo creemos aún más.

Cuando regreso a mi mesa, casi ha terminado la jornada laboral. Maeve, la asesora legal del moño rubio, se encorva en la silla, con el mentón adelantado, mientras repasa con el dedo una línea de texto en la pantalla; las gafas enormes le atrapan la mirada. Trabaja con mucho más entusiasmo que yo, pese a que produce lo mismo en cinco días que yo en cuatro. ¿Cuál es su visión global? ¿La singularidad?

—¿Tienes planes para esta noche? —pregunta.

Arrugo el gesto. ¿Por qué la gente solo hace preguntas para que luego les pregunten lo mismo? Ojalá dejaran de tocar las narices y hablaran para sí.

—He quedado con unos amigos. ¿Y tú?

—Tengo una cita.

—Ah. Buena suerte —digo.

Responde con una mirada cómplice.

—No es la primera.

—¡Qué emocionante! —Esbozo una sonrisa congelada y dentuda.

Podría preguntarle más, pero ¿para qué?

Nuestra mesa está en un rincón junto a la ventana; me siento en el banco. Hay una mujer sola cenando en el mismo banco, de espaldas a la ventana. Una mesa para dos nos separa de ella, por suerte. Da una vergüenza especial que otras personas oigan la conversación de una primera cita.

Mi móvil se ilumina con un mensaje de Vincent; dice que lo han retrasado, que llegará quince minutos tarde, y me anima a elegir una botella de vino. Todavía estoy cortejando con la abstinencia, aunque he decidido hacer una notable excepción para las citas. Me da la sensación de que hay mucho en juego y no me fío de mi habilidad para conversar.

Abro la app en la que conocí a Vincent y miro unas cuantas caras para intentar encontrar una red de seguridad con forma de hombre. Pasan demasiados minutos antes de obligarme a parar y llamar a Simone.

—Llega tarde —le digo—. Estoy aquí mirando los perfiles de otros hombres en el móvil.

—¿Mientras esperas a tu cita?

—Sí.

—Eso no parece muy estable. ¿Tienes a otros esperando?

—No.

—Qué locura.

—Tengo dos trabajos, Simone.

—¿Quién te crees que eres? —dice y me río—. ¿Vas a seguir a rajatabla el Veganuary?

Tras caerme por las escaleras, apliqué otra capa de ascetismo. He decidido que no continuaré cuando se acabe enero, porque no me ha aportado auténtica felicidad, tan solo flatulencias.

—Voy a intentarlo…

—Piensa que vas con seis años de retraso para…

—Adiós.

Le cuelgo cuando Vincent entra en el restaurante. Sonríe y me da un beso en la mejilla, todo con una suavidad vaporosa. Mi semblante se ilumina. No es una cuestión de tener mejor aspecto en persona

que en fotos, pero una imagen estática oculta la postura y el lustre, apaga la bondad de los ojos de una persona.

Según dicen (seguro que aparece en la Biblia), tras conocer a una mujer, los hombres saben en cuestión de segundos si quieren acostarse contigo. Menuda carga. Cuánto sudor, cuánto exfoliante químico y cuánta ropa de deporte rota se sacrifican en el altar para cambiar esa posibilidad. Y estamos tan absortas en nuestras súplicas, que apenas tenemos en cuenta la atracción que sentimos por ellos, si es que la sentimos. Libérame de mis ataduras, suplico. ¿Me acostaré con Vincent? Supongo. Solo si es majo.

Mientras se quita el abrigo y se levanta el jersey, miro debajo de sus axilas por si hay marcas amarillentas de desodorante. No me importaría, pero creo que ese detalle dice algo sobre un hombre. No las hay. Menos mal. Se sienta en la silla. El banco en el que estoy parece elevado en comparación y siento que me cierno sobre él; es algo que odio. La luz en el rostro de Vincent es gentil, le redondea los pómulos afilados y le resalta el brillo de su piel bronceada y sin poros. Tiene unas cejas bonitas, oscuras. Mi madre estaría contenta. No solo porque es chino, sino porque a ella le obsesiona la piel. Según mi madre, no puedes juzgar un libro por la cubierta, pero sí a una persona.

—¿Qué tal tu día? —pregunto.

Vincent suspira y se encoge de hombros con una sonrisa tierna.

—No dejan de alargar el trato. Y el socio que lo lleva es imbécil. Ya sabes cómo va.

—Más o menos.

Las horas que paso trabajando en la oficina son menos agotadoras que si estuviera en un bufete privado de abogados. Abandoné esa vida cuando perdí las ganas de ejercer en un entorno laboral que premiaba los trastornos de personalidad sin diagnosticar. También se me antojó como algo moderno y bueno tener un día a la semana dedicado a mis aficiones, para que, con el tiempo, esa afición se convirtiera en una carrera profesional. Eso no salió bien, así que, cada vez que alguien me dice que trabaja en un bufete de abogados, como ahora, una imagen de pastos más verdes aparece en mi lóbulo frontal, como un fogonazo terco de pesar incontenible y

de perspectivas abandonadas. Le sirvo a Vincent vino de la botella.

—¿Cómo es ese socio? —le pregunto y se ríe.

—Es el típico padre joven con bebés que…

—¿Cómo de joven es?

Es un acto reflejo: lo primero que pregunto cuando me entero de que alguien tiene o va a tener hijos. Como soy una persona sin descendencia que no sabe qué pensar sobre tener hijos ni en qué momento podría tenerlos, cuando oigo hablar sobre bebés me surge la siguiente duda existencial: ¿me estoy quedando atrás?

—Joven, unos treinta y pico años. —Eso me provoca cierto alivio. No solo por la edad de ese desconocido, sino porque Vincent también cree que tener hijos a los treinta y pico años te convierte en un padre joven—. Bueno, su única forma de desahogarse es en el trabajo, por lo que siempre pilla una buena en las fiestas de la oficina. Ofrece rayas a sus empleados y se enfada cuando se van temprano a casa.

—¿Se ha metido en problemas?

—Sabe a quién ofrecer esas cosas.

—¿Qué criterio sigue?

Vincent levanta un puño con tres dedos extendidos.

—Solteros, hombres y solo un poco más jóvenes que él.

—¡Qué! Las mujeres también se merecen rayas.

—Ya —se ríe—. La última frontera del sexismo laboral.

Una camarera viene a tomarnos nota. Me giro hacia Vincent.

—Estoy haciendo el Veganuary, por cierto.

—No sabía que eso todavía estaba de moda.

—La verdad es que no.

—¿Por qué no me has dicho algo antes?

—No me importa si comes pescado. Y miré si tenían platos veganos. Los compartiré.

—Qué amable.

Pido sushi inari y berenjenas con miso y Vincent añade emocionado un par de cosas más que cree que voy a disfrutar, como agedashi tofu y tempura de calabaza, como si nunca las hubiera probado. Él se pide un plato modesto de nigiri y sashimi.

—¿Cuándo nombraron socio a tu compañero? —le pregunto.

—Hace un par de años.

—¿Y cuántos años de cualificación tiene?

Vincent hace una pequeña mueca y me reprendo por hacerle estas preguntas.

—Nueve —dice, y toma un sorbo de vino. Luego me examina los ojos con atención. Con demasiada atención. Para el carro, Vincent, nos acabamos de conocer. Mi cuerpo está aquí abajo. Me dan ganas de apartarme—. Eres un poco asiática, ¿no? Me da la sensación de que sí, pero cuando me escribiste apareció Murphy como tu apellido y no sabía qué pensar.

—Solo un cuarto asiática.

—¿En serio? Pareces más.

—Gracias. Me lo dicen mucho. Creo que es por los rasgos oscuros.

—¿De China?

—Sí.

—Yo también.

—Lo sé.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando escribes, tu nombre sale como Vincent Chan. Y pareces chino.

Da otro sorbo de vino y luego se desabrocha las mangas de la camisa y las sube un poco. Me fijo en una mancha roja en una costura. Lleva un buen reloj. El típico bono anual.

—¿Eres irlandesa? —pregunta.

—Si lo dijera, creo que sería más insoportable. Como los estadounidenses que llevan un llavero con un trébol. —Vincent se ríe —. Crecí en Hong Kong.

Se le ilumina el semblante.

—Mis padres son de allí —comenta.

—Mi madre también se crio allí.

—¿Dónde vivías?

—En la isla Lamma.

—Un poco aleatorio, ¿no?

—Mi padre tenía muchas ganas de vivir allí. ¿Has ido mucho de visita?

—La verdad es que no. Me trasladaron allí hace un tiempo y pasé

un año. Me pidieron que me quedara, pero al final volví aquí.

—¿Por qué?

—Mi novia de por aquel entonces seguía en Londres. Tenía sentido. —Deja la copa en la mesa—. Aunque habría estado bien quedarme.

Es bonito que volviera por ella. Todos queremos preguntar por los ex, pero no es apropiado plantear la mayoría de interrogantes durante la primera cita, ni durante una segunda y ni siquiera la tercera. Pero las pautas son importantes. ¿Qué te destrozó, el trauma generacional sin resolver? Puede que sea lo mejor… En un mundo con todas las cartas sobre la mesa, la gente tiene prohibido cambiar. Pero ¿puedo al menos tantear los límites?

—¿Estuvisteis juntos mucho tiempo?

—Seis años. Rompimos hace dos. Ahora vive en Australia.

—Guau —digo. Ahí está bien—. Y desde entonces, ¿qué?

—Nada, en realidad. —Y, como si se lo recordara a sí mismo—: Seis años es mucho tiempo.

—Mmm.

Seis años es mucho tiempo. Me tranquiliza.

—¿Y qué me dices de ti? —pregunta.

—Estuvimos juntos durante dos. Rompimos el año pasado.

—El año pasado, ¿hace tres semanas?

Me río.

—No, hace más.

El agedashi tofu llega en un plato pequeño. Son cuatro dados cubiertos en una masa que forma una ligera piel, blanda donde el caldo la ha empapado. Cuando agarro uno, la piel se desliza como una bata de seda de un cuerpo desnudo y el tofu cae de vuelta al cuenco, como una caja flexible y bamboleante. Vincent se ríe. No sé si por el tofu o por mí, por la estructura débil de la masa o por cómo agarro los palillos; eso es porque soy zurda. Aun así, yo me río también. Dejo la piel en mi plato y me sirvo la soja desnuda con la cuchara.

—¿Alguna vez volverías allí? —pregunta Vincent.

—No. Me gusta lo que el Reino Unido tiene que ofrecer.

—¿Como qué?

Como una mejor accesibilidad a la hora de reconocer el género,

que ya es.

—Como la mayonesa y los plásticos de un solo uso.

Vincent sonríe. Llegan sus nigiri de erizo de mar, con las suaves lenguas colocadas sobre los óvalos de arroz. Agarra uno, se lo come y asiente para sí con una sonrisa. Le sigue el resto de la comida. Ojalá no estuviera haciendo el Veganuary.

—¿Por qué decidiste hacer el Veganuary? —pregunta él.

Casi le cuento que me caí por unas escaleras. Una parte de mí sabe que le hará gracia. Pero luego recuerdo una cita con otro hombre en la que me contó que fue a la casa de una compañera de trabajo después de salir a tomar una copa con los demás y acabó meándose en la cama. En aquel momento me reí, pero también decidí no volver a verlo.

—Por el agua —respondo.

—¿El agua?

—Se necesitan diecisiete mil litros de agua para hacer un kilo de ternera.

—Creo que eso lo había oído por alguna parte.

—Sí, es una locura. —Saqué el dato de una presentación que hizo una organización por el agua limpia en mi colegio. Se me quedó grabado el número. Diecisiete mil—. ¿Te gusta tu trabajo?

Me sirvo un trozo áspero de la tempura de calabaza que hay en un plato entre los dos. Durante un momento, me preocupo por si parezco obsesionada con el trabajo.

Vincent apoya los codos en la mesa y tararea algo, con la mirada fija en la pared de la derecha, como si le hubiera planteado una pregunta interesante.

—Sí que me gusta. Ahora que he cambiado de bufete, las horas no son tan horribles y, una vez tienes bastante experiencia, el trabajo es más relajado porque lo haces a base de memoria muscular. Ya sabes cómo es.

—Más o menos. ¿Quieres llegar a ser socio?

Lo digo con un tono impasible. No quiero que piense que lo pregunto porque me importa el dinero. No me importa. O, al menos, no mucho.

—Creo que sí. Es un tema que está sobre la mesa. —Hace una

pausa para agarrar un trozo de sashimi, cuya espalda arquea en los palillos antes de mojar los pies en la salsa de soja—. Aunque es lo típico que cuesta admitir.

—¿A qué te refieres?

Vincent se esfuerza por tragar.

—Decir que nunca has querido serlo es como una red de seguridad. Porque es más fácil retractarse.

Esa frase me provoca cosquillas de vergüenza. Es una sensación familiar. La poesía no me daría tanta vergüenza si en secreto no hubiera esperado que funcionara mejor de lo que lo ha hecho, que evolucionara en algo más aparte de una afición que hago junto a mi trabajo de día o que algún crítico de renombre me declarara un genio. La señorita Byron. Insisto en que Vincent coma un poco del tofu y accede a tomar medio dado, que parte con un palillo en cada mano. Intento persuadirlo de que coma más, pero dice que debería comérmelo yo.

—¿A ti te gusta tu trabajo? —pregunta mientras se seca la boca con una servilleta.

—No.

—¿Por qué no?

Le explico que soy una mujer adulta haciéndose pasar por una IA legal que parece ilegal y que eso reduce mis títulos y cualificaciones a una forma de acaparar un trabajo que mucha gente, con la formación práctica suficiente, podría hacer. También le confieso mi sospecha de que dentro de unos años, o puede que menos, ese barco combustionará y yo debería marcharme antes de que ocurra. Vincent se ríe. Yo me río. Durante un momento, me pregunto si nos reímos demasiado. Al fin y al cabo, estamos hablando de mi carrera profesional.

—Entonces, ¿qué preferirías hacer?

No sé si mencionar mi poemario. Me avergüenza, pero quiero que Vincent me vea resplandeciente, interesante, y quizás un libro sea una buena forma de empezar.

—Escribo poesía, más o menos.

—¿En serio? —dice, sorprendido—. ¿Qué clase de poesía?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, la verdad. —Tarda un momento en añadir—: ¿De qué van tus poemas?

—De la gente.

—¿La gente?

—Sí. De las relaciones. De mi cuerpo.

—Deben de ser muy bonitos —comenta. No me gusta el eufemismo. «Mira los poemas en ella»—. Lo siento. Ha sido un chiste horrible.

—Pervertido.

Vincent se ríe. Sabe que estoy de broma y es agradable… ¿O no? ¿Se daría cuenta si no estuviera bromeando?

—Hace un año publiqué un poemario —explico—. Hace más de un año.

Se queda boquiabierto. Me sonrojo un poco y bajo la mirada al plato. Vincent no está actuando. O puede que un poco. Pero es un sentimiento bonito.

—¿Cómo se titula?

—*No los confundas con montañas.*

—¿Y eso?

—Es una referencia a Shakira.

—¿Sí?

—Sí, de *Suerte*. Está hablando sobre sus pechos.

Su mirada baja a mi pecho y vuelve a subir de nuevo. No sé si sabe que lo ha hecho. Doy un sorbo al vino, pero Vincent no aparta los ojos de mí. Yo le echo vistazos rápidos. Una parte de mí no soporta este escrutinio y me empieza a entrar el pánico por lo que ve, como si llevara tatuada en la frente la reseña de aquella revista queer: «Cuando quitas la capa más superficial, no queda mucha sustancia». No me considero una persona que se avergüence mucho, solo en cantidades sanas. Pero esto es lo que es, ¿no? Vergüenza.

—Qué pasada. No leo mucha poesía, pero me encantaría leer tus poemas.

Sonrío. A lo mejor se los enseño. Supondría un alivio compartirlos con alguien que no cuestiona la forma. Vincent agarra un trozo de tempura vegetal. Lo miro mientras lo muerde. Tiene unos labios

preciosos, gruesos, carnosos. Se le ha quedado un poco de la masa en la comisura de la boca.

—Mierda, ¿te molesta?

—¿El qué?

—Acabo de comerme tu tempura.

—¿Qué? Todo es para compartir.

Agarro el segundo trozo de nigiri de erizo con los palillos. Vincent me mira boquiabierto mientras me lo como y luego se ríe por la nariz.

—¿Y el Veganuary? —pregunta. Agito las manos para que se calle. El erizo de mar está buenísimo. Aunque no de un modo milagroso. Solo llevo dos semanas siendo vegana—. De hecho, ¿la tempura es vegana?

—¿Qué?

Lo miramos en su móvil. No lo es. Una notificación de una app de ligue aparece en lo alto de la pantalla y enseguida la aparta con el pulgar. ¿Cuántas citas tiene organizadas? ¿Estoy jugando mal a esto?

—Pues menos mal que me he comido el erizo de mar —digo y finjo que no he visto nada en la masa aparte de huevo—. Bueno, si pudieras dedicarte a cualquier cosa, ¿a qué te dedicarías?

Vincent planta los codos sobre la mesa y alza la mirada, reflexivo.

—Creo que seguiría siendo abogado —contesta. Dios santo—. Eso es muy aburrido, ¿no?

—Un poco —me río—. ¿De verdad?

—Sí. Creo que soy demasiado pragmático. Por eso me encaja. Y creo que me gusta. No es un trabajo perfecto, pero lo disfruto.

Me digo que no me puede gustar una persona por su trabajo, que los artistas y los escritores a menudo son un engorro. Y luego harán arte feo sobre ti. Donarán sus pertenencias a la beneficencia y escribirán una historia sobre una ex vengativa que aparecerá en *Granta.* «No eres tú, Max». Pero lo era.

—¿Qué es lo que más te gusta de tu trabajo? —le pregunto.

—Me gusta cuando llega un nuevo contrato y tienes que investigar sobre las empresas y el estudio de viabilidad para la transacción. —Mueve la cabeza de un lado a otro mientras habla—. Y eso te

permite saber cómo el cliente entiende el mundo. Me resulta muy interesante ver todas esas perspectivas distintas.

Se detiene como si su propio entusiasmo lo avergonzara. Intercambiamos una sonrisa. Entiendo entonces que le debe gustar de verdad su trabajo, porque ningún abogado que se dedique a fusiones y adquisiciones estudia tanto a sus clientes, a menos que le importe el panorama completo de las cosas. De lo contrario, solo señalan detalles a partir de los precedentes y no se comprometen con el alma de los documentos, eso si los documentos tienen alma. Vincent disfruta trabajando. Esa simplicidad me resulta refrescante. Y, pese a todo, no es aburrido. No como Eva. ¿Por qué estoy pensando en Eva? Dale un descanso a la chica.

Vincent termina el nigiri que queda y me ofrece el último trozo de pollo yakitori, aunque lo rechazo. Me siento un poco mal por haber fracasado en el Veganuary, pero no me opongo cuando me ofrece tomar un helado de matcha y judía roja. Mientras inhalo la crema verde, me preocupo por si se me queda alguna mancha en la boca. Me limpio los labios una cantidad desmesurada de veces. Una camarera se lleva los platos y pedimos la cuenta.

—Me gustaría invitarte esta vez —dice Vincent.

—Podemos dividirla —protesto.

—He llegado tarde. —Agita una mano—. Déjame pagar. Tú puedes pagar la siguiente.

Noto una sensación de calidez extenderse por el pecho. Dejo que pague. No es tan caro.

Tras quince minutos de andar codo con codo, llegamos a un cruce en el que yo tengo que girar a la derecha para ir a casa y él a la izquierda para ir a su piso en Highbury. La cena podría haber ido mal, o regular, pero ha estado bien y eso genera una semilla de posibilidad, la de avanzar más allá de Arthur; es la primera vez que pienso en Arthur en toda la noche. ¿O ha sido la segunda?

—¿Te apetece tomar otra copa? —pregunta Vincent.

—Podemos ir a mi casa —propongo, puede que demasiado rápido.

—Claro.

Vincent sonríe. Giramos a la derecha y busca mi mano; es posible que sea un gesto demasiado íntimo, pero no se hace lo suficiente.

Una mujer con un gorro rosa claro pasa entre los dos y nos sincronizamos para soltarnos y volvernos a agarrar sin problemas. Me fijo en que Vincent tiene la cara roja y lo señalo con crueldad antes de darme cuenta de que seguramente se deba al típico rubor asiático después de beber alcohol y de que puede ser un comentario desconsiderado, pero entonces Vincent se tapa la cara con las manos y se ríe hasta que aparto la mirada. Es bonito ver a un hombre adulto esconderse así.

—¿Quién es asiático, tu madre o tu padre? —pregunta justo cuando llegamos al cruce en Kingsland Road.

—Mi madre. Aunque lo exagera.

—¿Qué quieres decir?

—Creo que no acepta que creciera rodeada de gente blanca en una gran casa en The Peak. Suelta frases hechas en cantonés que encuentra por internet. —Vincent se ríe—. Empezó a ir a clases cuando volvimos a Hong Kong porque de pequeña no aprendió cantonés. A mi abuela no le parecía útil que lo aprendiera, que ya es decir, y murió cuando mi madre era joven.

—¿Qué clase de frases hechas?

—*Fat dou jau fo.* Esa cuando se cabrea.

—¿Qué?

—Creo que no lo estoy pronunciando bien. Y seguramente ella tampoco. Significa algo como: «Incluso Buda se enfada».

—¡Ah! —Vincent se ríe y luego repite la frase pero con la entonación correcta.

—A mi madre le encantaría oírte.

Caminamos un poco más y luego lo conduzco hacia mi piso.

Saco un par de cervezas de la nevera mientras él echa un vistazo. Nos sentamos en el sofá.

—¿Has salido con alguna mujer trans? —le pregunto.

Se sobresalta por la pregunta tan directa. No he podido evitarlo.

—En un par de citas.

Me acuerdo de Carla.

—¿Con quién?

—¿Cómo dices?

Me sonrojo.

—A lo mejor las conozco —contesto, solo medio en broma.

—Nunca he salido *salido* con una mujer trans. Y no creo que la conozcas.

—Pero ¿te has acostado con una?

—Sí.

—¿Y por qué? —pregunto, y ya es tarde cuando me doy cuenta de que un interrogatorio no es demasiado sexy, pero es una obsesión y quiero saberlo. Nadie más haría estas preguntas, solo yo. Y Simone.

—No hay muchas. En las apps para ligar, quiero decir, a un nivel estadístico. Pero me siento afortunado. Por haberte conocido a ti, quiero decir, no por… —Me río—. Es cierto. Eres muy guapa.

Creo que me gusta Vincent, no solo porque haya dicho que soy guapa, sino por cómo lo ha dicho, con la cabeza un tanto girada, tímido, como si fuera algo que quisiera confesar pero tuviera miedo de hacerlo. Mi sonrojo no parece mío; una infección tierna se ha expandido desde sus mejillas a las mías. Vincent mira la estantería que tiene detrás.

—¿Tu libro está ahí? —pregunta.

—No.

—¿Por qué no?

—No veo la necesidad.

—Ah —dice, con los ojos estáticos en los lomos. Me alegro de haber tirado hace poco el libro de Arthur—. Aunque a mí me parece maravilloso que hayas hecho algo así.

Le dedico la misma sonrisa plácida que dirijo a cualquiera que use esa frase. Me quito los zapatos. Vincent me imita y empuja el talón de un mocasín con el otro. Veo una costura en el dedo gordo. La única cosa más impresionante que un calcetín sin agujeros es un calcetín arreglado. Subo los pies al sofá. Él juguetea con los dedos y finge quitarse suciedad de una uña limpia.

—He disfrutado mucho de la velada —dice.

—Yo también.

Me mira de esa forma. De esa forma rara y estúpida con la que te miran los hombres antes de besarte, un momento vacío antes de acercarse, de girar la cabeza como si fuera un bloque en forma de estrella que hay que meter en el juguete de un bebé. Me besa. En

los labios. Un beso completo, con la humedad justa. Luego unos cuantos besos con la boca entreabierta, hasta que las lenguas se reúnen durante un instante. Su cuerpo está encima del mío. Me pasa la mano por las costillas, por el culo, por los pantalones, pero con suavidad. Debería hacer algo con las manos, así que le acaricio el pecho sólido y luego su erección durante un momento. Se arrodilla para desabrocharse la camisa y luego me ayuda a quitarme el top. Cuando su pecho desciende de nuevo sobre mí, me suelta las hebillas y el velcro de la falda escocesa y luego desliza un dedo debajo de mi ropa interior.

Sonrío y me río un poco y él sonríe y se ríe un poco. Me doy cuenta de que no ha hecho la pregunta, sino que se ha alegrado de esperar a ver. A lo mejor no le importa. Aun así, es bonito que no lo haya preguntado. A veces es agradable conocer a alguien, follar y disfrutar como cualquier otra persona en el mundo, sin el interrogatorio precoito; una muestra de amabilidad que no le he ofrecido.

Una vez desnudos, nos trasladamos al dormitorio y dejamos la ropa sobre el sofá y por el suelo, como una cascada de tela al revés. Vincent me hace las preguntas adecuadas, acompañadas por un contacto visual sano. «¿Esto te gusta? ¿Y esto?». No puedo evitar comparar su cuerpo y sus movimientos con los de Arthur. Es involuntario. Hay algunas cosas que capto pero que no puedo explicar: la forma en que Vincent se mueve con más paciencia y, aun así, con más timidez; la forma en que sus labios persisten durante una redonda en vez de durante una negra, la forma en que no se da prisa para alcanzar el placer. Hay cosas de Arthur que Vincent no hace (morderme el muslo, apretar frente contra frente), teclas que Arthur sabía presionar. Pero a lo mejor esas teclas desaparecen y resurgen como ampollas. Es fácil olvidar que son una función de una época, de un aprendizaje, de un crecimiento para adaptarse a las curvas de otro.

Cuando se corre, atiende mi cuerpo hasta que yo también me corro. Nos trasladamos al baño para ducharnos y me deja entrar primero. Me observa a través del cristal, con los ojos en mis pechos y muslos enjabonados.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Eres preciosa.

A veces podría subsistir a base de cumplidos. Cuando termino de ducharme, él entra. Me lavo los dientes y luego le ofrezco el cepillo mientras se envuelve en una toalla.

—¿Estás segura? —pregunta.

—Después de todo lo que hemos hecho…

Vincent se ríe. Me considera graciosa. Y guapa. A mí él me parece lo mismo. De verdad. Me siento en la curva de la bañera mientras se lava los dientes. Parece limpio. Ordenado. Se zurce los calcetines. A lo mejor ha sido un error ofrecerle el cepillo de dientes (puede que le parezca asqueroso), pero quizás le gusto. No parece haber ninguna duda de que se va a quedar. En mi dormitorio, inspecciona una foto con Simone que tengo en la mesa.

—¿Quién es?

—Simone. Fuimos juntas al colegio en Hong Kong. Y a la universidad de aquí.

—Es muy guapa.

—Es medio filipina —contesto, como si así lo explicara—. Y lesbiana —añado, por motivos en los que no quiero ahondar—. Seguro que la conocerás en algún momento.

Qué cosa más extraña acabo de decir. ¿Por qué la he dicho? Soy tímida y cuidadosa. Pero Vincent sonríe y no parece importarle. ¿Qué pensará Simone de él? «Guau, Max, un abogado chino, tu madre ha podido contigo. Si alguien te dice que es gay por salir con una mujer trans, enséñale la foto del pub en la que lleva una sobrecamisa y sujeta un perro salchicha». Vincent se mete en la cama y apoya la cabeza en mi pecho.

—¿Cómo son tus amigos? —pregunto.

—Muchos se han casado. O están comprometidos. O están en proceso.

—Lo siento.

Se ríe.

—Estamos en esa época, ¿no?

—Mis amigas no, la verdad.

—¿No?

—Bueno, puede que no quiera aceptarlo. Una amiga del colegio se va a casar. Emily. Simone y yo somos las damas de honor.

—No pareces muy emocionada.

—Creo que todo me parece demasiado raro.

—Ya. —Levanta la cabeza para besarme el pezón y luego la apoya de nuevo—. Creo que he cambiado de idea.

—¿Sobre qué?

—Si el dinero no fuera un problema, no sería abogado.

—¿Y a qué te dedicarías?

—A tocar el clarinete.

—¿El clarinete?

—Sí. Se me daba muy bien.

Alza la mirada hacia mí.

—¿Cuándo empezaste a tocarlo?

—Cuando tenía ocho años. Mi padre comenzó a dar clases de piano a la vez.

—¿En serio?

—Sí, siempre quiso aprender. Solíamos tocar juntos. Él todavía lo hace.

—¿Estabas en una orquesta?

—Me uní a una banda de *jazz* en el instituto y en la universidad. —Hace una pausa para moverse y acercarse más a mí—. Esos recuerdos son de los más felices que tengo. No he vuelto a sentir que formaba parte de algo. Nunca seré músico de primera clase ni nada, ni siquiera profesional de verdad, pero si el dinero no importara a lo mejor no haría falta serlo. Podría tocar en una banda de *jazz* con unos amigos y pasarlo bien. Aunque puede que me sintiera como un perdedor.

—¿Por?

—Si alguien me preguntara a qué me dedico, parecería un perdedor al decir que toco en una banda de *jazz* normalita.

Un momento de silencio.

—Mientras seas feliz, ¿qué más da eso? —interrogo con una curiosidad genuina.

—Creo que sentirme como un perdedor me haría infeliz. Y siento mucha presión.

—¿Quién te presiona?

—Mis padres —contesta sin dudar—. Están orgullosos de mí. Creo que eso es muy valioso.

—Lo entiendo.



Vincent se despierta a las seis y media para ir a casa y cambiarse antes de trabajar. Me deja una nota en la mesita, escrita en la parte trasera de un recibo de la compra que había dejado en la cocina. Podría haberme enviado un mensaje, pero me ha escrito una nota y la tinta posee una permanencia que escasea en los píxeles. Doblo el recibo y lo guardo en el último cajón de la mesita de noche.

**VINCENT, 2012**

# III

Estoy en el aeropuerto de Suvarnabhumi, en Bangkok, esperando a que mi mochila aparezca en la cinta transportadora. Me he preparado mucho para este viaje. En parte todavía parece un milagro. Los años sabáticos, sobre todo antes de la universidad, son las chorradas más blancas de los blancos. Tuve que presentar a mi padre un presupuesto detallado de doce meses para que lo considerara siquiera. «¡Ja! ¿Te

# piensas que no necesitas ganar dinero? Chi sin».

Esta es mi primera vez en Asia, aparte de las visitas al piso minúsculo de mis abuelos en el borde de los Nuevos Territorios. La mochila fue un regalo de mis padres por mi decimonoveno cumpleaños. Es alta, diseñada para que parte del peso recaiga en el coxis. Fue muy amable de su parte, sobre todo por lo mucho que les preocupaba este viaje. Creo que fue su forma de aceptar por fin que me iba. A saber. Seguro que es algo chino. Todo está en código. Todo son putos mensajes cifrados. Jeroglíficos. Lenguaje corporal. Una danza interpretativa. Ni Alan Turing podría resolverlo.

He venido solo. Fred tardará unos días. Ha decidido ampliar su estancia en India, aunque ya lleva meses allí. Me escribió hace una semana para explicarme que: «Eh… Creo que necesito descansar un poco. Tengo la cabeza… No sé, tío, bastante jodida ahora mismo. Hablé con una persona y me comentó que lo de meditar ayuda… Había una plaza y la he aceptado. Lo siento, tío, pero te veré en diez días… en Tailandia, iré a donde sea que estés… Todavía no he comprado los vuelos».

¿Has comprado los vuelos, Fred? «Sí, tío». ¿Estás seguro? «Que sí, relaja». Quiero enfadarme. Estoy enfadado, pero Fred es reservado con este tema y sé que no lo habla con otras personas. Entre nosotros hay confianza. Aun así, ¿habría fastidiado a otra persona de este modo? ¿A alguien que no supiera que Fred está jodido de la cabeza?

Me pongo a pensar en todo lo que Fred ha hecho a lo largo de los años. Solía llamarme Pito Pato Wong. Mi apellido ni siquiera es Wong, es Chan. Me había visto la polla. No era más pequeña que la suya, pero el chiste, el problema con Pito Pato Wong, implicaba que tenía la polla pequeña porque soy asiático y por eso tenía que hacer gracia. Sí que impidió que los demás me llamaran así, pero solo cuando por fin decidió que era ofensivo.

Cerca de mí hay una chica de mi edad. Lleva una sudadera de graduación. 2011, el mismo año que yo. Se ha recogido el pelo en

un moño desordenado sobre la coronilla. Está sola. A unos cinco metros de distancia. ¿Debería saludarla? Hola, ¿vas a pillar un taxi? ¿Quieres compartirlo para ir a la ciudad? ¿De qué parte de Reino Unido eres? Ah, lo sé por la sudadera, parece algo muy británico. Y también porque este avión venía de Heathrow.

No sé por qué el corazón me late así. No entiendo por qué es tan difícil. Ve y habla con ella, joder. No eres virgen. Puedes hablar con chicas. Se te da bien. No genial, pero sí bien. Tienes muy buenas amigas (bueno, amigas a secas) que son chicas. Vale, voy a hacerlo. Respiro hondo. ¿Cuál era esa palabra japonesa para describir que te sientes lleno a un ochenta por ciento? No me acuerdo, pero me siento así, solo que con aire en los pulmones. Cuando echo a andar hacia ella, agarra una bolsa de la cinta y se aleja. Me mira antes de atravesar Aduanas, pero no sonríe. He perdido mi oportunidad.

Me desmorono. Hundo los hombros hacia la barriga. Puto Fred. No quiero estar solo aquí. Los meses previos al viaje han sido una tortura. Incluso después de permitirme venir y con la excepción de comprarme la mochila, mis padres se comprometieron a hacer que el viaje fuera lo menos deseable posible. Mi madre acababa de comprarse un iPhone y buscar algo es un millón de veces más fácil. Se sentaba a mi lado en el sofá de cuero marrón del salón y tecleaba despacio con el dedo índice pintado de rojo.

—Qué horrible —decía.

—¿El qué?

Me acercaba el móvil para enseñarme siempre un artículo sobre un joven británico en el extranjero que había muerto en un accidente de tirolina, o que había desaparecido en el mar después de tomar demasiadas drogas en una Full Moon Party, o que había acabado con una factura del hospital monstruosa después de sufrir un accidente de moto que el seguro no cubría.

—Nos puede dejar en bancarrota. Alerta.

Cuando Fred me dijo que no se reuniría conmigo en Bangkok, supe que no podía decírselo a mis padres. Se habrían vuelto locos. No me habrían dejado venir. Todos mis amigos me dijeron que no podrían impedírmelo. Todos son blancos: no entienden que me pasaré la vida pidiendo permiso. Y quizás mis padres estarían en lo cierto al

impedírmelo. La gente blanca puede ser una red de seguridad. Los tratan de un modo diferente, incluso por parte de los asiáticos. Eso es lo que he vivido en casa, al menos, y me pareció que, con Fred, en Asia me tratarían como a una persona blanca por proximidad en vez de como a un asiático. Pero no quería que eso me arruinara el viaje. Llevaba seis meses ahorrando: pasando latas de atún, apio y vino por la caja registradora en Sainsbury's y pidiendo el carné a adolescentes y mujeres mayores que parecían necesitar que les levantaran el ánimo.

Llega mi mochila, con una etiqueta enrollada en la correa de arriba. Me dirijo a Aduanas. Estoy nervioso por si me paran. Es por un artículo que mi madre me enseñó sobre una extranjera a la que habían condenado por tráfico de drogas; después me compró un candado para todos los bolsillos de la mochila, incluso los interiores.

—Podrías ser tú. Cuidado —me dijo.

Entro cargado con la mochila en el vestíbulo del albergue, que parece barato pero grandioso. Los escalones de la entrada están revestidos con baldosas de terracota. Una mujer de mediana edad con una camisa blanca me saluda con dureza. Está sentada detrás de un mostrador hecho de plástico que simula la madera. Es una mujer minúscula, con los hombros apenas más anchos que la cabeza, pero se ha encaramado en un taburete muy alto que la pone a la altura de mis ojos. Mueve el ratón del ordenador de sobremesa, primero con suavidad, después con fuerza, y luego golpea la tecla de espacio con el dedo índice.

—¿Nombre? —pregunta.

—Vincent Chan.

—¿Pasaporte?

Me quito la mochila de la espalda, abro el candado de la cremallera delantera y saco el librito rojo del bolsillo. La mujer teclea los datos en el ordenador con solo dos dedos. Firmo un papel.

—Sube dos escaleras. Habitación cinco, cama cuatro. Litera de abajo, ¿vale?

—Gracias.

—¿Eres tailandés? —pregunta, pese a haber visto mi pasaporte.

—No. Británico.

—¿Británico?

—Británico y chino.

—Ah, vale. Chino. —Me entrega una llave—. Hay una taquilla bajo la cama.

—Vale.

Entro en la habitación con cuatro literas y lanzo la mochila en una de abajo, la que me corresponde. Hay un hombre sin camisa tumbado en la cama de enfrente.

—¿Todo bien, colega? —pregunto con voz atronadora.

Creo que nunca he dicho algo así en toda mi vida, solo quiero indicar que soy británico. Sé que es una mierda, que me estoy rindiendo ante el racismo, más o menos, pero he visto cómo reacciona esta gente cuando ven que el acento de mis padres encaja con sus rostros. No quiero que me traten así. El chico alza la cabeza del móvil.

—Hola, tío. —Es británico. Vuelve a mirar la pantalla un momento —. Soy Joe.

—Vincent.

Tiene la piel dorada, pero con manchas rojas, como cicatrices de un látigo caliente: en la parte superior de las mejillas, el puente de la nariz y lo que le veo de los hombros.

—¿Acabas de llegar? —pregunta.

—Sí, ¿y tú?

—Ah, llevo una semana aquí. Después iré a Phuket.

—¿Viajas solo?

—Vine solo, sí. Pero se hacen colegas con bastante facilidad. Esta noche vamos a salir a cenar. Deberías acoplarte.



Hay más gente del albergue, como una chica morena, Bex, que a los pocos minutos de conocerla me ha dicho que iba a estudiar en Cambridge. Después de cenar nos dirigimos a un bar en Khao San

Road.

Cuelgan faroles rojos del techo. ¿Son inflamables? ¿Y si algo se prende fuego? En un lateral de la sala hay una barra larga. En el espejo del fondo han pegado fotos de turistas blancos con el propietario, que colonizan el espacio alrededor de las botellas de alcohol tapadas. «Starships», de Nicki Minaj, suena a toda pastilla por el altavoz. Hay demasiado ruido para ser las diez de la noche. La gente blanca se mueve por doquier e intercambia gritos de ir a la playa. Joe está pidiendo chupitos en la barra.

—Cuatro. —Levanta cuatro dedos—. Chupitos. —Hace el gesto de tomarse un chupito—. Tequila —pronuncia despacio.

Me estremezco. La mujer detrás de la barra asiente, inexpresiva; seguramente se esté atando dinamita en el cerebro. Durante un momento, nos miramos a los ojos y siento vergüenza, así que vuelvo a examinar las fotos de los turistas. Llegan los chupitos. Es alcohol barato, hasta yo lo sé. Me sonrojo más. El rubor solo es así de horrible cuando estoy deshidratado. Nos movemos por el borde de la pista de baile.

Hay constelaciones de chicas tailandesas entre la multitud caucásica, perlas en un mar de tops sudorosos de tirantes y pantalones cortos marrones. Son más prístinas. Van maquilladas, puede que demasiado, pero con arte. Gruesas cejas dibujadas, labios rosa chicle, ceñidos vestidos de colores llamativos que rodean buenas tetas y cuellos finos. Una de ellas es alta. Noto el aliento de Joe en la oreja.

—¿Te gustan los travestis, Vinny?

Sé a qué se refiere, pero no sé si esa chica lo es. ¿Cómo lo sabe Joe a ciencia cierta? Me sonrojo de nuevo. La mirada de curiosidad de mi rostro se funde en un semblante de dureza.

—Vete a la mierda.

No debería haber reaccionado con tanta intensidad. Es muy revelador. ¿Me ha descubierto? ¡Calla, Vincent! Tú solo estabas mirando. Tienes permiso para mirar. ¿Y quién ha dicho que puede llamarme Vinny? ¿Por qué la gente siempre me llama Vinny?

—Tienes que ir con cuidado —dice Joe.

Se ríe de un modo que me hace levantar los hombros hacia las

orejas.

—¿Qué pasa? —pregunta Bex.

—Vinny ha encontrado a un travesti.

Bex se ofende de un modo desmesurado.

—No son travestis. Son transexuales.

No sé si transexual es la forma correcta de decirlo, pero quizás solo me lo parece porque es una palabra que veo mucho en el porno. Transexual. TS. Las palabras del porno no parecen apropiadas para el mundo real. Yo nunca llamaría a una mujer negra «reina de ébano». Miro la multitud y veo a otro chico blanco del albergue encorvado sobre una de las tailandesas. No una de las travestis, o no lo creo, al menos. Comparado con ella, parece sucio. Me da un poco de asco. ¿Follarán? ¿Dónde follarán? ¿En casa de ella? ¿Él puede llevarla al albergue?

Bex regresa y bailamos. Me tira de la cabeza para que me acerque y noto su aliento agrio en la oreja.

—Que sepas que tengo novio.

Me aparto y asiento. No hay ni una pizca de energía sexual entre nosotros y casi me ofendo, pero cualquier protesta le confirmaría que, en efecto, quiero acostarme con ella. Mi mirada vaga hacia la chica alta. Hacia la chica alta que quizás sea transexual o quizás no lo sea. No soy gay. Nunca me ha parecido atractiva una persona que quisiera ser hombre, a menos que una de las chicas que me han gustado quisiera ser hombre. Aparto los ojos, esta vez de verdad.



Jet lag. No puedo irme a la cama, ni siquiera después de llenarme de cerveza y alcohol. Estoy deshidratado. Y atontado. Tengo al lado la mochila pequeña, que se separa de la grande. Rebusco por las cremalleras hasta encontrar el paquete de cigarrillos baratos y un mechero.

Subo a la azotea del albergue. Hay una chica sentada junto a una mesa: es la misma del aeropuerto. Me acerco a ella para decirle que la he reconocido. Sé que ella también me vio, así que no debería ser raro que lo mencione, ¿verdad?

—¿Quieres un cigarrillo? —le ofrezco. Me mira y sonríe.

—Ya me iba a la cama. —Carraspea—. Buenas noches.

Se aleja y vuelvo a quedarme solo.

Me siento y enciendo un pitillo. Son de mala calidad, los más baratos. Es como si pusiera la boca en el tubo de escape de un coche oxidado y respirara los humos.

Oigo unos pasos a mi espalda, chanclas sobre baldosas polvorientas. Me doy la vuelta. Una chica distinta. Es alta, lleva un top con tirantes finos y pantalones holgados. Tiene la melena rubia ondulada y le queda justo por debajo de los hombros. Está buena, creo. Se sienta a mi lado. Le ofrezco un cigarrillo.

—No, gracias.

—¿No puedes dormir? —pregunto.

—Jet lag. Llegué hace un par de días.

—Yo hoy. ¿Vas a viajar por el país?

—Más o menos.

—¿Más o menos?

Bosteza.

—Me van a operar dentro de unas semanas —contesta, y me sorprende por cómo ha dicho sin rodeos lo de que la van a operar.

—¿Qué tipo de operación?

¿Qué clase de pregunta es esa? No es asunto tuyo, Vincent. La chica aparta los ojos del paisaje para mirarme.

—De las que salvan vidas —dice.

—Joder. Lo siento.

Enrosca un poco la comisura del labio.

—No lo sientas.

A lo mejor tiene un pie de madera y necesita uno prostético. ¿Tailandia es buena para las prótesis? ¿Que te operen del pie puede salvarte la vida? No lo sé. Tengo que avanzar con esta conversación.

—¿Has venido sola?

—Sí.

—¿Y quieres estarlo? —Sé que debería dejar de hacer preguntas, pero no puedo evitarlo—. En plan, ¿no quieres a nadie que te acompañe a la operación?

—Quería hacerlo sola. Puede que me arrepienta. No sé. Mi madre

quería venir de verdad. Me sentí mal por decirle que no, pero fue como… —Calla un momento—. No lo sé. Ya tengo veintiún años, ¿sabes?

Asiento con la cabeza, aunque no lo sabía. Se levanta la tela fina de una pernera y se rasca. El sonido de sus uñas contra la piel es suave. Los largos dedos dibujan líneas rojas en la pierna; la piel se queda distendida, deformada, floja.

—Putos mosquitos.

—Yo creo que no les gusto.

—Tienes mala sangre.

Me río. Ella enrosca el labio de nuevo y un pinchazo de nervios me sube por el pecho.

—Es posible. ¿Cómo te llamas?

—Alex.

—¿De Alexandra?

—Alex sin más.

—Qué moderno.

Menuda tontería acabo de decir. Qué moderno. ¿Qué me pasa?

—Sí, supongo —se ríe y cambia de sitio las manos—. ¿Dónde creciste?

—Cerca de Cambridge, en Ely. ¿Y tú?

—En Hackney.

—Eso está en Londres, ¿verdad?

—Sí, al este.

Londres: enseguida sé que Alex mola mucho más que yo. Lo noto, lo nota.

—¿Y te gusta?

—Más o menos —dice, y vuelve a cruzarse de piernas—. Ha cambiado mucho. ¿A ti te gustaba Ely?

—No estaba mal —contesto, aunque siento que la conversación empieza a ralentizarse con tanta cortesía oxidada—. Era un rollo, la verdad —añado, y ella parece interesarse un poco—. No había nada que hacer. Y como iba a clase en el centro de Cambridge, había muchos gilipollas. —Me acuerdo de Fred—. Y la gente era bastante racista.

—Eso no me sorprende.

Me planteo contarle lo de Pito Pato Wong, pero me resulta raro meterle la imagen de mi pene en su cabeza.

—Me llamaron Vincent Ching Chong en toda primaria —digo, y Alex se queda boquiabierta—. A veces desearía que la gente racista fuera un poquito más creativa.

—En el colegio se metían bastante conmigo —cuenta.

—¿En serio?

—Sí.

—Seguro que lo hacían por celos —comento, y enseguida me sofoco porque, aunque he intentado decirlo en plan broma, ha sonado muy servicial y casi podría ladear el sombrero hacia ella y llamarla «señorita».

—¿La gente te llamaba Vincent Ching Chong por celos?

—Sí. Me cortaron el pelo a lo tazón y molaba mucho. —Alex sonríe. Creo que ya la he conquistado—. ¿Qué vas a hacer mañana?

—Quería ir a una galería. Y a un mercado flotante. Están a las afueras. —Me mira—. ¿Quieres venir conmigo?

—Me encantaría.

Sonríe, como si le preocupara que dijera que no.

—¿Quedamos para desayunar a las diez? ¿O es demasiado temprano?

—Es perfecto.

—Guay.

Guardamos silencio un rato más. Bostezo y apago el cigarrillo. Me siento cansado de nuevo, así que me levanto y estiro los brazos por encima de la cabeza. Se me sube un poco la camiseta y espero que Alex me esté mirando los abdominales. Sé que es una tontería, pero a lo mejor le gustan. No estoy cachas, pero tengo un cuerpo bonito. Echo los hombros hacia atrás y tenso los bíceps; luego los relajo de nuevo. Alex está mirando a la lejanía.

—Creo que me voy a la cama —dice—. Nos vemos mañana, ¿eh?

Asiento. Puede que con demasiadas ganas. Cuando bajo y me meto en mi litera, en el colchón estrecho, los pensamientos sobre Alex nublan la oscuridad, apagan los sonidos de los cuerpos que me rodean y me siento bien. Me he colado por ella, qué tonto. Puede que no sea nada y puede que ella no estuviera ni flirteando, pero me

siento un poco menos solo.

## MAX

# IV

Vincent y yo estamos en el Tate Modern para ver una instalación de James Turrell, después de tantas citas que he dejado de contarlas. Como Simone insistió, también salí con otros hombres. A uno le dieron el papel de marido aburrido en *Hedda Gabler* y por un buen motivo; otro era un «músico» que se puso a leer mis poemas mientras me hacía escuchar su miniálbum, el tipo de tecno experimental que suena como

# trozos de metal follando.

Le mencioné a Vincent que me estaba costando conseguir entradas y, unas cuantas semanas más tarde, trajo un par sin preguntar. Es un tipo de amabilidad al que no estoy acostumbrada cuando salgo con alguien. Busqué en internet por si me estaba manipulando, aunque al parecer Vincent es majo sin más. Pero debo estar alerta. Siempre.

Recorremos la rampa de hormigón del enorme Turbine Hall.

—Giles Gilbert Scott diseñó la planta de energía —comento. Las plantas de energía me producen morriña, porque me recuerdan a la que había en la isla Lamma, cerca de la playa que había junto a nuestra casa, donde nadaba en el agua salada y enterraba a mi hermano Jamie en la arena. Vincent me sonríe. Le gustan los datos. Me agarra la mano—. Fue un arquitecto de principios del siglo XX. También diseñó la central de Battersea.

—¿Qué crees que pensará de las clases de *spinning* que hacen allí?

—Imagínate intentando explicárselo.

—Qué distópico.

Cuando llegamos al fondo del Turbine Hall, dejamos los abrigos en el guardarropa y pasamos al edificio Blavatnik, que está al lado, dispuesto alrededor de las esquinas irregulares del cuadrilátero. Me acuerdo de otro dato.

—Blavatnik es un oligarca. Dio cientos de millones de libras para construir el edificio.

—A mí no me parece que sea un oligarca —comenta Vincent y me sorprende que verifique mi dato—. Creo que ni siquiera es ruso y, de todos modos, ya no hace negocios con Rusia.

—¿Es tu jefe o algo?

Vincent se ríe.

—No estoy diciendo que sea un santo. Nadie gana tanto dinero sin explotar un poquito a los demás.

El listón está bajo, pero es agradable que, a pesar de su profesión como abogado que maneja las adquisiciones de empresas dedicadas al petróleo, al gas, a la moda rápida y al tabaco, tenga una visión favorable de la política, aunque se disculpe por ayudar a los malos.

Es inteligente. Cuando nos conocimos, pensé que era más lista que él, del mismo modo que me creo más lista que la mayoría de las personas nada más conocerlas, una señal de que, seguramente, sea bastante tonta.

—Gracias por comprar las entradas —le digo.

Sonríe. Es difícil transmitirle que de verdad me ha conmovido sin exagerar el sentimiento. Tenía a miles de personas por delante en la cola de espera virtual, así que cerré el navegador y me convencí de que no me gustaba tanto James Turrell. En todas las casas británicas con habitaciones añadidas hay un tragaluz. ¿Quién necesita ver otro? Seguro que Vincent estuvo pendiente de cuándo salía otra tanda de entradas. Ese tipo de optimismo me parece encantador.

—Ha sido muy amable —añado.

—Tú me puedes invitar a la siguiente.

Aguardamos un poco en la corta fila y luego una chica esquelética que se parece a Tilda Swinton nos hace pasar uno a uno.

—Hola —la saluda Vincent con calidez—. Tenemos dos entradas.

Accedemos al espacio de la exhibición. Hay una pared oscura con un rectángulo naranja de luz. Debajo de lo naranja hay unas escaleras negras. Una parte de mí se siente un poco decepcionada, sobre todo cuando lo comparo con la última vez que vi una instalación de James Turrell.

Fue en un festival que se celebró en unos terrenos enormes al norte de Cambridge. El festival era bastante tosco. No adaptaba el ambiente al momento del día: por la mañana y por la noche sonaba tecno machacante. Me despertaba tan desesperada por oír la letra de una canción que al tercer día empecé a alucinarlas. Fui con Simone. Hubo una pequeña excepción al caos: el recorrido por el parque de esculturas. El guía era un adolescente de la zona que se metía keta de vez en cuando mientras explicaba. Nos contó que solía llevar pastillas de ácido en el bolsillo y que, con la lluvia de hacía dos días, se le habían deshecho en el muslo y se había pasado diez horas pensándose que estaba dentro del Tetris. Nos condujo a la estructura de madera que albergaba la exposición de Turrell y nos sentamos en los bancos para mirar el pequeño tragaluz cuadrado cortado en la parte superior. Era azul. Un simple recuadro de azul.

Me emocionó mucho la monocromía del cielo, recortada con tanta pulcritud; simple pero hermosa.

Esta galería interior se me antoja menos impresionante. Solo es una pared con un rectángulo naranja.

Tilda Swinton pide que nos quitemos los zapatos y nos pongamos unas zapatillas antes de ir hacia las escaleras. Durante un instante, me preocupo por la higiene, pero decido relajarme. Al acercarnos, lo que pensaba que era un rectángulo naranja proyectado es en realidad una apertura, una entrada a otra habitación, iluminada con sencillez por esa luz naranja; es mucho más amplia y alta que la puerta por la que hemos pasado, hasta el punto de que se extiende en las profundidades del edificio. No sé cómo lo han hecho, cómo todo esto cabe en el espacio de la exposición, y me siento conmovida, consumida por este color estático. Agarro la mano de Vincent y no quiero soltarla.

Una mujer demasiado mayor para llevar gorritos de lana con orejas de animales alza las manos y gira sobre sí misma; su compañero con barba le saca una foto. Es el tipo de persona cuyas peculiaridades consisten en llevar ropa cursi y en la firme creencia de que su amor por los productos culturales más exitosos de nuestra época (*Friends* y Harry Potter) la hacen única por arte de magia. ¿Tengo un lugar especial reservado en el infierno? Hace poco, Vincent y yo mantuvimos una conversación sobre nuestros defectos.

—Juzgo mucho a la gente —dije.

—¿En serio? A mí no me lo parece.

Si pudiera ver el interior de mi cabeza, echaría a correr.

Vincent mira a la mujer; me sonríe y enarca las cejas en un movimiento rápido. Luego se sitúa delante de mí y me apoya las manos en los hombros. Veo la entrada que hemos atravesado y el resto de la gente.

—¿Qué haces? —pregunto.

—Me gusta mucho verte así. Como en un cuadro.

Me mantiene agarrada por los hombros un poco más. ¿Me gusta Vincent? ¿Me gusta de verdad? Sé que hubo un cambio, en algún momento después de lo de Arthur, cuando dejó de interesarme el revoloteo de las mariposas y me interesé más en los cuidados, en

sentirme la prioridad. Cuando dejé de preguntarme si una persona me parecía atractiva y me interesé en saber si era simpática. Cuando todo dejó de estar centrado en quién era la persona, qué amistades tenía, en qué trabajaba, y me interesé más en ver cómo era por dentro.

He estado pensando en el hospital y, cuando recuerdo ese momento, me veo cayendo por las escaleras en tercera persona. El origen de mi crisis personal no fue la caída; eso solo fue el punto de inflexión. No quiero echar demasiados huevos en la tortilla, pero no puedo evitar recrearme en aquel momento.

Kristen Johnston hizo una actuación inolvidable en un episodio de *Sexo en Nueva York* en el que esnifaba coca en una fiesta donde la edad media era de cincuenta y cinco años, se encendía un cigarrillo junto a una ventana abierta, gritaba que Nueva York antes era la ciudad más emocionante del mundo y luego se mataba al caer por dicha ventana abierta. Esa escena fue la que me hizo meterme de lleno en la abstinencia. Vi ese episodio de adolescente, cuando me descargaba ilegalmente episodios viejos en mi portátil de Lamma. Lo volví a ver cuando terminé Derecho y me estaba planteando celebrar la bajona. Y lo vi once veces más hace nueve meses, después de que Arthur rompiera conmigo, cuando volví a ver de principio a fin toda la serie y esa escena se convirtió en algo más. En una ocasión me contaron que Putin suele mirar ese video en el que sacan a rastras a Gaddafi de su coche y lo mata la multitud. Esa escena fue mi video de Gaddafi. Representaba el miedo paralizante de quedarme atrás, de no poder ver cuándo mi vida necesitaba un cambio. Con Vincent, me siento segura, como si me impidiera caer por las escaleras o por la ventana, como si con él no me fuera a despertar a solas en el hospital. Salimos de la sala y bajamos los peldaños. Meto los pies en las deportivas mientras él se las vuelve a atar con cuidado. Un mechón de pelo se le ha separado de la melena y le cuelga entre los ojos.

—Te queda muy bien el pelo así —susurro.

—Me apetecía probar algo nuevo.

—Está guay.

Me rodea la cintura con el brazo y me agarra con un movimiento

suave de dedos, solo para hacerme saber que está cerca. Salimos de la exhibición y vamos hacia la cafetería. Le pido que busque una mesa cerca de la ventana mientras yo voy a por dos copas de vino.

—Todavía sigo alucinando —comenta—. Solo era luz.

—¿Ha sido tu primer Turrell? —le pregunto y doy un sorbo al vino.

—¿Cómo que mi primer Turrell?

—Lo sé, soy imbécil.

Se ríe y apoya la cabeza en los antebrazos.

—Entonces, ¿no ha sido tu primera vez? No habías dicho nada.

Esbozo una sonrisa. No ha habido ocasión. «Tengo entradas para esa exhibición, el sábado a las tres y media». Guay, qué ganas. «Vale».

—¿Dónde viste la otra?

—Hay un parque escultural a las afueras de Londres, en Houghton Hall, y allí tienen una de sus instalaciones.

—¿A santo de qué fuiste allí?

—A un festival.

Me planteo hablarle sobre el guía, sobre el ácido que se disolvió en su muslo y cómo parecía que se le derretía la cara mientras nos llevaba por el parque de esculturas. Sé que Vincent y su mejor amigo tomaron hongos alucinógenos en su año sabático por Tailandia y que algunos de sus amigos toman coca los fines de semana, pero decido no comentar nada y cedo ante la presión de mejorar mi atractivo.

Vincent rebusca en su mochila y saca una fiambrera. Echa un vistazo alrededor como si manejara contrabando. Luego levanta la tapa para revelar dos trozos de tarta. Le aplaudo. Las capas de bizcocho blanco están separadas y cubiertas con un glaseado ligeramente morado. Saca dos tenedores envueltos en una servilleta.

—Limón y lavanda —anuncia. Doy un bocado—. ¿Está buena?

Asiento. Está deliciosa. Ácida pero ligera, ligera pero gratificante.

—Sí. —Trago—. Riquísima. —Clavo el tenedor para agarrar más—. Quiero aprender, creo.

—Yo podría enseñarte.

—¿Has enseñado a alguien más?

—No. Bueno, a Fred, más o menos. De adolescentes cocinábamos

mucho juntos. —Arqueo las cejas. El mejor amigo de Vincent. A quien todavía no he conocido—. En aquella época estaba deprimido. Pensé que le ayudaría.

—¿Y lo ayudó?

—Más o menos. No sé. —Se encoge de hombros—. Mi madre se enfadaba mucho cuando cocinábamos en casa. —Carraspea—. ¡Vincent Chan! Demasiada tarta. Demasiada mantequilla. Engordarás y morirás de un ataque al corazón. —Me río—. Era gracioso. Tampoco se lo contamos a nuestros amigos.

—Qué homoerótico.

—¿Verdad?

—Pero es triste que lo ocultarais.

—Así era el mundo en el que crecimos. Y sigue siendo casi igual.

Miro hacia la catedral de San Pablo y doy otro bocado a la tarta.

—¿Le caeré bien?

Me siento patética cuando las palabras abandonan mi boca.

—¿A mi madre? —No puedo evitar asentir—. Ah, Maxine, Maxine. —Otra imitación de su madre—. Qué guapa. *Ngaan hou tai.* Abogada. Y china. Muy buena elección.

Si alguien tiene permiso para imitar a la madre de Vincent, seguramente sea él, pero no me acaba de sentar bien. Me río a pesar de todo, aunque me cuesta imaginar que su madre solo pensara eso de mí.

Estoy observando la espalda de Vincent moverse por la cocina mientras prepara arroz con pollo en una sola cazuela y remueve las hierbas aromáticas en la grasa de pollo que ha sacado de las pechugas.

«Deberías casarte con un buen hombre chino, Maxine», me dijo mi madre cuando volé a casa de mis padres después de que Arthur rompiera conmigo. Estábamos sentados en la mesa de palisandro del salón, una enfrente de la otra, con platos llenos de comida india para llevar. Lo dijo y luego se rio y se tapó la cara con las manos juntas, los dedos estirados y las uñas pintadas de rojo sangre

apuntando hacia el techo. Qué raro. En mi mente, fue uno de sus intentos desesperados de parecer más asiática, sin percatarse de que su comportamiento solo me avergonzaría más a la hora de presentarla a un hombre chino. Estaba achispada; casi nunca bebía, excepto en ocasiones especiales, por la abstinencia de papá, pero, como él no estaba, compartimos una botella de vino. Piqué el anzuelo.

—¿Por qué? —pregunté.

—Son de fiar. Y trabajadores.

—Eso es racista.

Cuando apartó las manos, fue con gesto adusto.

—No es racista. Es cultural. Yo soy china.

No tenía energías para explicarle que, en la sociedad liberal, mucha discriminación procede de la gente que se cree dentro de esa misma cultura. Tampoco tenía energías para explicarle que hay personas chinas que son bastante racistas.

—No todas las personas de China se han criado igual —argumenté.

—Es algo cultural, Maxine. Y punto.

—¿Quieres que pida un marido de Guangdong? ¿Quieres decirle tú que soy trans o se lo digo yo?

Mamá resopló.

—Hay muchos chicos chinos en Inglaterra, Max.

Lo dijo con entusiasmo, como si yo no lo supiera ya.

—Los chicos chinos que se han criado en Gran Bretaña son británicos, mamá. Pueden ser igual de gilipollas.

—Lo sé, Maxy. Pero la cultura persiste. Como me pasa a mí.

—¿Ah, sí?

Mamá suspiró con exasperación.

—Solo es un consejo. Puedes seguirlo o no, ¿vale? —No dije nada y repitió—: Solo es un consejo.

Debajo del culo, noto duro el taburete alto de la cocina de Vincent. Estoy intentando beber despacio el vino blanco frío. Es un semidulce húngaro; lo sé porque Vincent me lo ha dicho. Su amigo Fred se lo trajo tras un viaje de negocios. Fred otra vez, a quien todavía no he conocido pero cuya marca está por doquier. El vino está bastante bueno, aunque se supone que no nos tienen que gustar los vinos

dulces. La gente siempre lo prefiere seco.

El sudor del cristal chorrea en un posavasos de corcho. He preguntado si podía cortar algo (cebolleta, ajo, jengibre), pero Vincent me ha dicho que no porque él es el anfitrión, aunque yo nunca le he ofrecido la misma generosidad. Por eso estoy aquí sentada sin hacer nada. El extractor no es rival para el olor de la manteca chisporroteante, que acabará impregnando mi ropa. No me importa. Me lo pondría como perfume. Es delicioso.

—¿De dónde es la receta? —pregunto.

—Es una versión del arroz con pollo de Hainan —explica—. Pero lo vi en un video por internet. De una mujer del sur de Asia. Aunque era británica.

—Creo que he visto ese mismo video.

—Es raro, ¿no? —pregunta, dándome la espalda.

—¿El qué?

—Cuando una persona que parece ajena a tu cultura te presenta cosas que pertenecen a ella. No sé. Una parte de mí se pone a la defensiva. Son cosas que debería haber aprendido de mis padres. A veces, cuando cocino para ellos, me molesta que se muestren tan impresionados.

—¿Te gustaría que te hubieran enseñado más?

—Sí. O que hubieran hecho más.

Hace calor. Vincent ha metido el arroz y el caldo en la olla. El vapor empieza a condensarse y forma gotas en el cristal cerrado de la ventana de guillotina que hay junto a la cocina. Me levanto para abrirla y, por primera vez, veo los dos libros de cocina de Fuchsia Dunlop en un estante muy estrecho. *Every Gran of Rice. Land of Fish and Rice.*

—¿Te gusta Fuchsia Dunlop?

—La odio —contesta, y me río—. Es más china que yo.

Tapa la cazuela y se gira hacia mí para examinarme de esa forma particular suya. Cada vez soy capaz de aguantar más esas miradas prolongadas. Siempre me quejé de que Arthur no me viera, a menudo de forma literal, porque no me miraba a la cara, y ahora voy y me acobardo de la mirada de Vincent.

Lo que dijo mi madre me vuelve a cruzar la mente. Vincent es de

fiar. Vincent es trabajador. Camino por la cuerda floja. Quizás sea porque es chino. Puede que nosotras, mi madre y yo, podamos decirlo porque somos chinas. ¿Podemos? ¿Puedo? ¿Lo soy? Pero, por lo que sea, Vincent es todas esas cosas. Vincent es seguridad. Doy un sorbo al vino cuando regresa al fogón.

Me pregunto si lo que sé sobre este hombre es correcto o si de tanto rumiar, de repasar su contorno una y otra vez, creo más en una persona que no existe. Es difícil saber si las cualidades que veo perdurarán, es difícil distinguir qué es espectáculo y qué es carácter. La amabilidad podría ser un barniz que desaparecerá en cuanto la crueldad y la apatía puedan eclosionar. Sin embargo, hay pocos atajos para conocer a alguien, así que ¿qué puede hacer una? Avanzar con recelo o confiar en el discurso de venta y la sonrisa de dientes blancos.

Examino los discos en el estante a mi izquierda. Hay seis expuestos para que se vean las cubiertas. Uno de Frank Ocean y otro de Laura Marling, que me recuerdan que una persona no es una cáscara. Vincent tapa la cazuela y deja que hierva. Apoya los antebrazos en la encimera, sentado delante de mí.

—Gracias por venir —dice.

—Gracias por invitarme.

—Eres preciosa, Max.

—Gracias.

Siempre dice eso. Yo nunca sé si decírselo de vuelta, porque devolver el mismo cumplido puede parecer un cliché. Solo le es de utilidad a quien lo dice, llena un vacío para que no lo ocupe la culpa. He aprendido a dar las gracias sin más. A veces me pongo nerviosa porque me preocupa que Vincent valore la belleza demasiado, porque entonces, aunque sea ilógico, empiezo a pensar que no soy guapa y que él encontrará a otra chica más bonita o se dará cuenta de que no siempre he sido así de hermosa y reconocerá que la belleza es importante para él. ¿Y podría culparlo? Soy la zorra más vanidosa que conozco. Odio este sentimiento. Tengo treinta años. Menuda vergüenza.

—A veces cuesta creer que eres trans.

—Eso no puedes decirlo, Vincent.

El remordimiento se refleja en su rostro. Supongo que este tipo de meteduras de pata es normal. Aun así, me siento decepcionada.

—Joder, ya. Lo lamento.

—No pasa nada.

—Ha sido una estupidez.

—No pasa nada.

Sonrío sin fuerzas. Al menos sabe que ha sido una estupidez. Se da la vuelta para comprobar el arroz y lo remueve un poco. La preocupación va acompañada de adulación, porque una parte de mi cerebro ha interpretado la frase como un piropo y resulta complicado ofenderme. Cuando éramos jóvenes, Simone solía dar las gracias cuando alguien comentaba que no parecía asiática. ¡No es un cumplido, Simone! «Bueno, tampoco es un crimen parecer venezolana». No lo ha vuelto a hacer desde la adolescencia. Ahora más que nunca quiere que la vean como filipina y sube fotos de sus múltiples intentos de preparar adobo y atchara. Entiendo que, en términos de raza, en parte sabías lo bien que te iba por lo bien que la ocultabas, al menos en aquella época. Odio que siga pasando lo mismo con ser trans. En mi caso. No puedo ignorar que a lo mejor Vincent cree que esta relación va a funcionar porque puedo disimular, ocultar mi condición de trans.

Vincent sirve dos platos y nos sentamos juntos en la encimera de la cocina. Los granos de arroz se han hinchado con manteca y cada uno es una bala de umami salada y grasienta.

—Está buenísimo —digo—. Me encantan las recetas familiares.

—Ya —ríe Vincent—. Es de hace generaciones.

Acerca la silla para que nuestras rodillas se rocen. Noto una sensación de calidez. No son chispas, pero me alegro. No sé si creo en los beneficios de las chispas. Durante muchos años, me ha resultado complicado separar el amor de la ansiedad, el tira del afloja. Ese subidón frenético tiene que ver más con el deseo de que te quieran que con el amor en sí mismo, un deseo que estalla ante la más mínima señal de que el amor pueda desaparecer, porque escasea. Toda mi preocupación por Arthur me dio diarrea y me obligó a meterme en un cursillo de seis semanas de hipnoterapia para calmar las señales de auxilio que me mandaba el cerebro.

Evacúen, evacúen.

—¿Alguna vez te has acostado con un hombre? —pregunto.

No sé por qué he hecho esa pregunta, pero tampoco sé por qué no la había planteado antes. Vincent tiene la boca llena de arroz con pollo. Se señala la mandíbula en movimiento y la observo acelerar. Intenta tragar, tose y estira el brazo hacia el agua mientras le froto la espalda y le doy palmaditas.

—Más o menos —dice, y con el tenedor y la cuchara remueve el arroz por el plato, encorvado sobre los antebrazos de nuevo, como si excavara en busca de palabras entre la carne sellada y cocinada. Siento un alivio momentáneo—. Hice una paja. En una ocasión. Pero no estaba muy motivado. Creo que me atrae la femineidad, pero al mismo tiempo creo que me atraen las mujeres sin más. Me gustan las tetas.

—¿Has oído alguna vez la palabra «ginosexual»?

Nunca la había dicho en voz alta en toda mi vida.

—Sí —dice, y cambia el tenedor por la copa de vino—. No creo que se aplique a mí. Prefiero decir que soy hetero. Es más fácil.

—No tienes por qué llamarte de un modo que no te guste.

La frase suena vacía, aunque sea cierta.

—¿Tú te has acostado alguna vez con una mujer? —pregunta.

—Me lo he planteado, pero no.

Me mira, me mira de verdad, y luego me quita algo del borde del labio con el pulgar. Me siento cohibida y me limpio la boca con la servilleta, aunque en realidad es papel de cocina. Quiero hacerle otra pregunta, pero no entiendo por qué. ¿Me estoy mostrando vulnerable o solo quiero quedarme tranquila?

—¿Tus padres lo saben?

—¿A qué te refieres?

—Que si saben que estás saliendo con una persona trans. Que querrías salir con una.

Ladea la cabeza hacia el plato.

—No.

—¿Por qué no?

—Mis padres se toman muy en serio que salga con alguien. Y no siempre se lo cuento.

—Pero ¿saben que saldrías con una persona trans?

Mueve la mandíbula a un lado y se encorva más.

—No ha salido el tema —dice, y me apoya una mano en la rodilla —. ¿Cuándo sale un tema así? Pero se lo contaré. O sea, se lo tengo que contar, ¿no?

Reflexiono sobre ello. Sus padres seguramente consideren que estoy bien educada. Vincent sabe, a partir de nuestras conversaciones, que mis padres son ricos, para la mayoría de los estándares, aunque ellos nunca lo digan. «¡Llevamos una vida cómoda!». También sabe que soy abogada. Me imagino que eso ayudaría, aunque a veces cueste creer que soy trans. A lo mejor Vincent no se ha parado a pensar mucho sobre el tema trans porque hay poco que navegar en los anales de la heteronormatividad. ¿No es ese el objetivo?

—Quiero que quede claro que nunca he tenido complejos sobre esta cuestión —dice—. Pero no es un tema que haya surgido con mis padres. No te preocupes, ¿vale?

Los hombres a menudo dicen esa clase de cosas con tanta brusquedad que, de hecho, acaban por revelar sus complejos. «Pero, si eres una mujer, no hay nada más que hablar. ¿A quién le importa?». Arthur no era así. En una ocasión, reconoció sus complejos y eso fue menos molesto porque era sincero. Es difícil ver que te has puesto el zapato en el pie equivocado si te niegas a mirar hacia abajo. A pesar de todos sus defectos, Arthur al menos se examinaba a sí mismo. Y, aun así, quiero creer a Vincent. Casi le creo. No sé si quiero saber mucho más.

—De acuerdo. Era por curiosidad.

Vincent no me deja fregar los platos. Cuando ha terminado, nos damos la mano. El jabón le ha dejado áspera la piel, ha disuelto la barrera natural que debería recubrirla. Luego entramos en su dormitorio para follar y me acuerdo de todas las cosas que me gustan de Vincent. De acostarme con Vincent. La forma en que me mira mientras me chupa el pezón. La forma en que muerde los labios ante la cosa más simple, tanto que a veces parece que esté actuando. La forma en que me agarra la mano mientras follamos.

# V

—¿Vamos a buscarlo?

—Primero una copa.

Nos acercamos a la barra. Los peinados de la multitud son una mezcla de mullets ella/elle y de amarillo él/elle. Estamos en la presentación del libro de Caspar, en un bar en una azotea de Spitafields. Es jueves. Los libros siempre se publican los jueves. Las sillas y las lámparas (todas de mediados de siglo en un color pastel llamativo) están colocadas sobre una alfombra azul eléctrico. Los sofás delinean las paredes internas irregulares, separadas por montones de plantas tropicales. Es todo del rollo de Caspar, igual que el libro. Ensayos sobre el mundo de las citas siendo gay; se titula *Machacante.* La cubierta del libro en tapa dura es un culo: un culo sin más. Mientras Vincent y yo atravesamos la multitud, en una mano sostenemos nuestros ejemplares recién comprados, aunque él lo lleva hacia dentro, y en la otra un negroni. Hace meses que no veo a Caspar, desde que me caí por las escaleras en su fiesta, y, cuando se acerca, solo siento temor. Lleva un bodi negro con aberturas, un arnés de cuero por encima y una falda larga hecha a partir de cuadros escoceses que no pegan mucho entre sí. Nada pega entre sí: es un campo de batalla sartorial para jóvenes diseñadores.

—¡Max!

—¡Caspar! Enhorabuena.

Me da un beso en cada mejilla y me agarra por los brazos con las manos húmedas por el sudor para mirarme directamente a los ojos.

—¿Cómo está tu cuerpo? ¿Estás recuperándote?

—Sí —digo, y miro a Vincent—. Este es mi novio.

Caspar le echa un vistazo sin soltar la grasa de la parte superior de mi brazo.

—Es un placer conocerte —dice Vincent. Caspar me suelta para

darle sendos besos en las mejillas.

—¿Vienes de trabajar? —le pregunta al ver su traje.

—Sí.

—¿Eres banquero?

—Abogado.

—Ah. —Caspar se gira hacia mí—. ¿Sigues trabajando en ese bufete?

—Es una empresa de tecnología. ¿Tú sigues trabajando en esa promotora inmobiliaria?

—Son arquitectos. Y voy a dejarlo.

La mitad de la cultura queer consiste en hacerte pasar por artista mientras trabajas en una oficina. Es el nuevo sistema de patronazgo artístico, aunque resulta más agotador.

—¿Vas a escribir a tiempo completo? —le pregunto.

—No sé —contesta. Mi rostro sonríe, pero mi cuerpo protesta—. Bueno, nos vemos dentro de un rato, ¿vale?

Vincent y yo encontramos un rincón tranquilo en un banco de la terraza exterior. La primavera ha llegado temprano. Cuando Vincent me rodea con un brazo, mete el codo en la fuente de agua de detrás.

—Mierda.

Intento absorber un poco el exceso de humedad de la chaqueta con mi rebeca, pero es inútil. Se la quita y la uso para secarle el codo húmedo de la camisa. A pesar del agua, Vincent va elegante, como recién expulsado de las entrañas de la ciudad.

—¿De verdad te cae bien? —me pregunta.

—A estas alturas ya ni lo sé.

—¿Por qué te ha preguntado por tu cuerpo?

Ha llegado el momento. Sigo secándole la camisa y evito mirarlo a la cara.

—Me caí por las escaleras en su fiesta de Nochevieja.

—¿Estabas borracha?

—Pues la verdad es que no.

—¿Te hiciste daño?

—Sí, pero no mucho. Unos cuantos moratones. Simone me llevó al hospital.

—Joder.

—No fue para tanto. —Callo un momento—. Tenían que hacerme una TAC, pero me marché.

Vincent aparta el codo. La conmoción se refleja en su rostro. Parece desconcertado. Sí, yo también puedo ser irresponsable. A veces me cuesta hacer lo correcto.

—¿Y no volviste?

—No.

—¿Y vas a volver?

—Si me hubiera pasado algo, ya lo habría notado.

Saludo a Simone con la mano cuando aparece en la terraza con mocasines caros y pantalones de cuero. El cuello de su camisa blanca es puntiagudo y está bien planchado. Lleva una margarita picante con un chile a modo de decoración en la mano. Vincent y ella se abrazan, un abrazo fuerte. A Simone le cae bien Vincent.

—Estás muy guapo —le dice con una mano apoyada en su pecho.

—¿Qué tal? —le pregunto.

—Muy bien. —Da un buen trago al cóctel—. A esa chica que encontré, Xenia, le han dado un gran trabajo.

—¿La que no tiene cejas?

—Esa.

—¿Puedo verla? —pide Vincent. Simone saca el móvil para enseñársela. En la foto, una de las Polaroids de Simone, Xenia luce unos pantalones de cintura baja con un top corto—. Guau.

No acaba de entenderlo.

—Siento que tengo pruebas de que yo tenía razón —dice Simone —. Creo que lo hará bien. Estoy emocionada.

Cuando nos vimos en London Fields, Simone no se sentía segura sobre el cuerpo de Xenia, lo que me sorprendió porque pensaba que las cosas habían mejorado.

—Ahora se puede tener un cuerpo grande —me explicó—. Pero no se puede existir entre lo grande y lo pequeño, ni tampoco entre los cuerpos grandes, los medianos y los pequeños.

—¿Por qué no?

—Porque debes caber en las piezas de muestra que hacen. No puedes tener una talla cualquiera y esperar que te quepa la ropa.

—¿No?

—Es una mierda, lo sé.

Vincent se levanta para ir al baño. Simone se gira hacia mí con la mirada lúgubre.

—Arthur está dentro.

Las costillas me constriñen el corazón. Cabía la posibilidad de que viniera; una gran posibilidad. En el divorcio, Arthur se quedó con Caspar y con nuestro grupo de escritura, que antes me incluía a mí, a Caspar, a Arthur y a una bailarina de burlesque llamada Calypso que escribía de forma obsesiva sobre el vello corporal. Voté en contra de que se uniera.

No puedo negar que en parte le pedí a Vincent que me acompañara por esto. No deberíamos lucir a otras personas como si fueran prendas de vestir, y menos como armadura, pero ¿no es esto lo que debemos hacer, traer a personas a nuestras vidas y permitir que ellas nos lleven a las suyas?

—Va a leer su poesía —añade Simone.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos hemos saludado.

—Pero si él ni siquiera escribe poesía.

Duele. Caspar y yo solíamos revisar juntos mis poemas. «Tienes una voz nítida, prominente». ¿Eso significaba algo? A lo mejor me habría negado, pero ¿por qué no me lo ha pedido a mí? Dejo la copa para leer los agradecimientos del libro de Caspar. No aparezco. Arthur sí, incluso Calypso. Apoyo la espalda en el asiento. El hielo del negroni se está derritiendo y suaviza su sabor meloso.

—Eva también está aquí —dice Simone.

—¿Por qué?

—Filmó una campaña para el Orgullo en la que aparecía Caspar. Ahora son amigos.

—¿Para el Orgullo? Pero si estamos en abril.

—Lo sé —replica, y pone los ojos en blanco—. Es como comprar decoraciones de Navidad en septiembre.

Se termina la margarita con otro gran trago.

—¿La has saludado? —le pregunto.

—Sí —contesta, mirando la copa vacía.

—¿Y?

—Ha sido cordial, pero he alardeado sobre lo bien que me ha ido en los últimos meses, lo que me ha hecho cuestionarme si en realidad han sido tan geniales.

—Has hecho muchas cosas —comento, porque es cierto—. ¿Cómo está Eva?

Simone ladea la cabeza hacia mí.

—Está bien.

Vincent regresa sonriendo.

—Creo que tu amigo está a punto de dar un discurso.

Al levantarnos, recojo el libro de Vincent, olvidado en el banco.

—Toma. Por cierto, mi ex va a leer algo. Lo siento.

Vincent esboza una sonrisa.

—No pasa nada, Max.

Caspar se ha puesto de pie en una silla. La gente se reúne a su alrededor. Mientras su equipo arregla un problema técnico con el micrófono, Vincent me agarra el culo y luego me da un beso en la mejilla. No es apropiado, pero no pasa nada. Me gusta.

—Quiero dar las gracias a mi agente, a mi editorial y a mi familia queer elegida. —La multitud lo vitorea—. Y, por supuesto, a mis padres. —Señala a dos personas de sesenta años en la parte delantera, que se abrazan con fuerza. Luego habla sobre lo improbable que es que esté él aquí, sobre las épocas en las que se sintió tan solo y perdido que superar la treintena le resultaba incomprensible. Miro a su madre, que tiene lágrimas en los ojos, y me doy cuenta de que no sabía que Caspar había pasado por algo así, y eso que Simone y yo lo conocemos desde la universidad. He leído muchos de sus escritos, pero la escritura puede ser distante, sobre todo en forma de ensayo. Supongo que racionalizar nuestras experiencias es otra forma de despersonificarlas, de despojarlas del dolor que deberíamos sentir y de reemplazarlo por un dolor sobre el que podemos pensar—. Ojalá pudiera enseñarle este libro al chico de veintidós años que sufrió una infección de riñón por no ir a mear. O al chico de veintitrés que pasó meses sin salir de casa porque sentía que cada vez se hundía más y más en la vergüenza.

Simone dice «mierda» por lo bajo. La honestidad es alarmante. Me

pregunto si esto es necesario y luego si yo soy el problema. Caspar nos cuenta que escribir un libro sobre el amor queer es como un testimonio de la gran distancia que ha recorrido.

Aunque da la sensación de que Caspar salió del armario nada más nacer, solo nos lo contó un par de años después de graduarnos. Me acuerdo de Becca, su novia de la universidad, una mujer blanca y pija que ya tiene un hijo y que en una ocasión le dijo a Simone que parecía Pocahontas.

Simone y yo intercambiamos una mirada. La culpa que se refleja en su rostro también aparece en el mío. Aunque siempre flotaré en mi propia historia vital, casi ni vadeo las historias de los demás. ¿Eso es malo? La multitud aplaude a Caspar. Simone se apoya en mí.

—Dios —dice—. Qué fácil es olvidar esas cosas. Cuánto cambia la gente.

—Ya ves.

—Me pasa contigo, que te conozco desde antes de que transicionaras, pero cuando nos imagino de niñas te veo como eres ahora.

No puedo evitar el pinchazo de dolor en el pecho. Me cuesta aceptar esa realidad, que Simone y yo no fuimos (o no nos consideraban como tales) dos niñas que iban juntas al colegio. No me parece bien superponer esos hechos sobre el presente. No sé qué responder.

—Yo ya no te veo con el pelo largo —digo.

Si a Simone le cuesta, entonces seguramente a cualquiera que me conozca le costará imaginarme como un niño, Vincent incluido. Experimentar el pasado de otra persona junto con la viveza del presente parece imposible. Vincent no ha hablado demasiado conmigo sobre cosas trans. Ha preguntado lo básico (cuándo lo supe, cuánto tiempo llevo tomando hormonas, los horrores de intentar recibir atención médica especializada en el sistema nacional de salud), pero no los detalles, sobre cómo lo viví todo.

Se puede celebrar de un modo erróneo que hemos superado la adversidad: «¡Todo ha quedado atrás! ¡Estoy bien! ¿O es que creéis que un chico gay que se avergonzara de serlo llevaría una falda escocesa de ochocientas libras? Yo creo que no». Pero siempre

cargamos encima nuestra vergüenza y nuestras cicatrices. O yo, al menos, las cargo. De eso no cabe duda. No sé si Caspar es feliz. Le da mucha importancia a no tomar alcohol, pero estoy bastante segura de que en parte lo hace porque le encanta la GHB.

¿Los mundos de Caspar y Vincent son alarmantemente diferentes? Con alarmante, me refiero para mí. Vincent está mirando boquiabierto. Salta a la vista que le ha conmovido el discurso, pero quiero introducirme en él, inspeccionar las neuronas funcionales y medir la distancia que los separa para ver el grado de su empatía.

—Tenemos unas cuantas lecturas esta noche —anuncia Caspar—. No de mi obra, porque deberíais comprar el puto libro. —Se lo tira a uno de sus amigos en la primera fila. La gente se ríe—. Pero me pareció bonito que se leyera poesía. Le he pedido a mi amigo Arthur que lea un poema suyo.

Vincent me mira y le devuelvo la mirada, arrugando los labios y las cejas. No quiero que piense que disfruto de esto, porque no es verdad. Arthur se sitúa delante de la multitud y siento mucha vergüenza por él, por su forma de encorvarse, por su cabello desaliñado, su camiseta extragrande y los gruesos pantalones de pana. Me aferro a Vincent. No me puedo creer que el cabrón esté escribiendo poesía.

—Hola a todo el mundo —dice con docilidad y saca el poema del bolsillo trasero del pantalón. Carraspea, se frota la nariz y luego carraspea de nuevo, como si el mundo tuviera todo el tiempo para él —. El viento corre. —Toma aire—. Por la superficie. —Arrastra la mano en una línea recta delante de él—. De agua delicada. —Hace una pausa más larga de lo necesario—. Cada cuerpo un estanque, saqueado y abandonado por conquista. —Mira al público—. Cuerpos sin nombre, movidos no en ondas, sino en plano.

Vincent me mira con una sonrisita maliciosa. Simone ya no está a mi lado, sino en la barra, y otra chica ha ocupado su sitio. Le brillan los ojos mientras observa a Arthur y sé enseguida que están follando. Casi quiero echarme a reír. Agarro con un poco más de fuerza el brazo de Vincent y froto el pulgar en la tela suave de su chaqueta. Me niego a escuchar el verso final del poema de Arthur.

—El pergamino se despliega. —Otra pausa larga—. Los pecados

emborronan la tinta.

Todo el mundo aplaude. Arthur me mira y sonríe. Le devuelvo el gesto, pero el revoloteo que siento en el interior desaparece con la misma velocidad con la que ha aparecido, los últimos estertores de un tentáculo cortado. Está muerto. No hay cerebro. Intercambio una sonrisa con la chica que se está acostando con él, lo que, por desgracia, interpreta como una invitación para acercarse.

—¿A que ha sido bonito? —pregunta—. Hablé con él sobre el poema. Va sobre la crisis de los refugiados.

—¿Cuál en concreto?

—Ah, creo que es en general.

—Ah. Mola.

Noto que el pecho me tiembla por contener la risa y entierro la cara en el cuello de Vincent. Él me frota la espalda despacio, como si pensara que estoy llorando, pero entonces se echa a reír también.

Nos retiramos a un sofá curvo en un rincón de la sala.

—Ha sido como una versión muy mala de tus poemas —comenta —. No era bueno. —Hace poco le di a Vincent mi poemario. Le gustó. Significó mucho para mí—. Sé que intentaba jugar con la imaginería de un modo similar. Seguro que influiste en él, pero no ha estado a la altura.

—Sería de muy mala educación que hablara mal sobre mi ex.

—¿Ni siquiera un poco? ¿Ni siquiera te sientes tentada de llamarlo salvador blanco?

Me río.

—Sus cuatro madres son terapeutas —le explico—. Y creo que se nota.

Veo cómo el cerebro de Vincent colapsa cuando intenta calcularlo. Simone aparece con tres cócteles.

—Ese poema ha sido horrible. Espero que te sientas bien, Maxy.

—Mmm.

No debería, pero me siento bien.

—Que viene —dice y lo saluda con la mano sin ganas.

Arthur se aproxima con paso decidido. Simone se sienta más cerca de mí y entrelazamos los brazos. No quiero hablar con él.

—Solo venía a saludar —dice Arthur.

Le presento a Vincent como mi novio y se levanta a estrecharle la mano. Arthur me dirige una mirada amable, como si me diera la enhorabuena. Me dan ganas de decirle que se vaya a la mierda.

—Qué poema tan chulo —dice Simone.

—Gracias. —Arthur me mira—. ¿Te ha gustado?

—Claro. Bien hecho.

—Deberías volver al taller.

Antes muerta.

—Ah, sí, puede. ¿Qué tal estás?

—Estoy bien. Tú tienes buen aspecto.

—Sí.

Un silencio incómodo cuelga en el aire.

—Bueno, ha sido bonito veros.

Nos despedimos. Ya puedo respirar.

—¿Qué taller? —pregunta Vincent.

—Uno del que me marché cuando rompimos.

—¿Por qué?

—Porque él dijo que le parecía bien que estuviéramos los dos, pero a mí no y, además, no quería verlo porque fue él quien rompió conmigo.

—Qué injusto.

—¿Verdad que sí? —Simone resopla—. Siempre con esa calma, esa puta calma. Metería su puto cuerpo en hielo.

—Hala —exclama Vincent.

Me río. Simone se enfada por mí. Se lo agradezco, sobre todo porque la rabia es muy indecorosa. Además, fue literalmente mi perdición.



—¿Crees que debería ir a terapia? —pregunta Vincent.

—¿Qué?

Es el fin de semana después de la publicación del libro de Caspar y vamos en el metro Overground de camino al cumpleaños de Fred. Vincent sostiene el molde de una tarta sobre el regazo. Su contenido es magnífico: una tarta de tres capas con delicados ribetes.

—Es raro —dice—. La gente siempre dice que todo el mundo debe ir a terapia, pero el discurso de Caspar me hizo reflexionar de verdad sobre las cosas que todos tenemos que analizar.

—¿Como qué?

—No sé. Pero todos tenemos problemas.

Es fácil, quizás demasiado fácil, responder a los problemas de una persona diciéndole que vaya a terapia. ¿Trauma de la infancia? Terapia. ¿Divorcio? Terapia. ¿Pobreza? Terapia. Es la palabra segura para los analfabetos emocionales, una forma conveniente pero culta de lanzar al regazo de otro la molestia de tener que cuidar a esa persona, como si cada tipo de cuidado fuera intercambiable. Pero, si dejamos de lado mi cinismo, nuestras mentes son casas abarrotadas, llenas de cajas amontonadas que llegan hasta el moho del techo. Y lo curioso de la mente es que estamos atrapados en su interior sin forma de abrir la puerta. Vincent tiene razón. Todos tenemos problemas que destapar y la mudanza nos ayuda a encontrar el cúter, las bolsas de basura y los estantes. Pero no puedes obligar a alguien a ir a terapia. Así solo te sale un Arthur.

—Podrías ir —le digo—. Yo nunca te obligaré. Pero te puede venir bien.

—Me lo pensaré.

Salimos de la estación de Hackney Wick hacia el Olympic Park. Vincent me dijo que iba a ser un pícnic, pero no lo es. Al acercarnos, veo mesas grandes, manteles blancos y gente con delantales del mismo color que prepara la comida. Un cáterin. En ningún pícnic hay cáterin. No se diferencia mucho de cómo nos criamos Simone o yo (la heteronormatividad adinerada) y, aunque haya pasado años alejada de eso, tampoco he olvidado cómo navegar situaciones como esta. Al acercarnos, distingo a un hombre que reconozco de verlo en fotos; está hablando con un guardabosques y señala un impreso. Es Fred.

—¿Qué hace?

—Esos son los reglamentos del parque —me explica Vincent—. Me pidió que los buscara y se los enviara.

La gente se gira despacio para saludarnos. A un lado hay hombres conversando y al otro mujeres conversando. Tomo nota de ir con las

mujeres al acabar con las presentaciones. ¿Cómo se las apañaría aquí una pareja de hombres gais? ¿El que se pone abajo se juntaría con las mujeres? No puedo apartar los ojos de un bebé en un cochecito que mueve adelante y atrás una mujer rubia. No tengo amigos con hijos. No voy a fiestas con niños. Miro de nuevo la mesa con la comida. Hay copas sudadas llenas de cócteles, pirámides de pinchos de carne y verduras, crudités y rodajas de halloumi dispuestos en círculos, un cementerio de alitas de pollo pegajosas y dos salmones enteros fileteados sobre camas de tomates asados. Debajo de las chaquetas ligeras, las mujeres llevan vestidos cruzados de verano y me siento aliviada, porque lo predije y, por tanto, me he puesto un vestido cruzado de verano. Una mujer luce un estampado verde de leopardo. Deduzco que es Aisha, porque es la única que no es blanca.

—¡Vincent! —Aisha se acerca a nosotros, con la espalda recta y el flequillo inmóvil. Da dos besos a Vincent en las mejillas y se gira hacia mí para hacer lo mismo—. Soy Aisha, la pareja de Fred.

—Max.

Mide unos quince centímetros menos que yo. Sus rasgos son afilados, los pómulos atraviesan las planicies de su rostro. Lleva el pelo recogido en una pulcra coleta, sin demasiado maquillaje. Según Vincent, tenemos muchas cosas en común. «Las dos sois personas artísticas que trabajan en un ámbito que no es artístico. Ella hace alfombras. Ya, sé que no es lo mismo que la poesía». También me contó que es de Singapur, que ya es algo, supongo. Saludo a los demás y me reciben con calidez.

La mayoría de los hombres son amigos de Vincent y Fred del colegio y retoman sus conversaciones tras saludarme con un beso; su entusiasmo estalla y desaparece igual que un petardo. Me siento como un apéndice hasta que conozco a Fred, que ha convencido al guardabosques y se despide de él tras estrecharle la mano. Fred tiene ondas doradas en el pelo, que una fuerza sobrenatural aparta de su rostro, y músculos enormes; todo eso me hace desconfiar de él. Los pantalones, la camiseta y la sobrecamisa son bastante holgados y las deportivas cuestan trescientas cincuenta libras. Las he visto por internet.

—Max —dice—. ¡Ah! No puedo describir la alegría que supone conocerte al fin. He oído mucho sobre ti.

Me da un repaso de la cabeza a los pies casi imperceptible y luego sonríe a Vincent.

—Yo también he oído hablar mucho de ti —digo.

Y es verdad. Fred, el cabecilla brillante. Dejó de ser consultor de grandes compañías para convertirse en el director de operaciones de una empresa emergente. Siempre está trabajando. Es muy inteligente. Ahora no gana tanto dinero, aunque sigue ganando mucho y tiene muchas acciones. El mejor amigo de Vincent. El más antiguo. Viajaron mucho juntos. Vivió en Hong Kong, igual que yo, pero por trabajo. Es difícil reconocer al adolescente deprimido que necesitaba cocinar con Vincent en el hombre que veo ahora. ¿Es cosa de la terapia? ¿Qué problemas lleva consigo?

—Vincent me ha hablado de tu poesía —dice. Se me cae el alma a los pies, pero entonces recuerdo lo que Vincent dijo en la presentación del libro de Caspar, sobre que mi poesía era mejor que la de Arthur, y eso me anima—. Te busqué y encontré un poema que escribiste en una revista. ¿Sobre el glutamato monosódico? Me pareció conmovedor.

—¿Te pareció conmovedor un poema sobre el glutamato monosódico?

—Tiene mala reputación, pero soy un aliado a la causa.

Ese poema me gusta. Lo escribí antes que el poemario y se publicó en una revista literaria bastante conocida. Recuerdo el momento en el que llegó el correo de aceptación. Me pareció un éxito, aunque no me pagaran.

—Gracias.

—Ese yo no lo he leído —comenta Vincent.

—Te lo mandaré —se ofrece Fred antes de que yo pueda decir nada. Sería más apropiado que yo se lo mandara a Vincent, pero Fred ha hablado con tanta confianza que casi me creo que tiene más sentido que lo envíe él.

Un camarero del cáterin sirve el champán en copas y otro las reparte en una bandeja. Fred pide que nos sentemos, así que doy la vuelta a la mesa para encontrar mi nombre. Para mi sorpresa, no

hay asientos asignados. Aisha se sienta a mi lado antes de que Vincent pueda reclamar el sitio, así que acaba relegado a unas sillas de distancia. La mujer con el bebé se sienta enfrente. La criatura se retuerce en su regazo hasta que se engancha a su pecho.

—Soy Annabel —se presenta.

—Yo también me llamo Annabel —dice la pelirroja sentada a su lado.

¿Durante la comida revelarán que yo también me llamo Annabel? Me siento perdida.

—Me han dicho que vivías en Hong Kong —interviene Aisha—. Ahí fue donde Fred y yo nos conocimos.

—Creo que Vincent lo mencionó. Me crie allí.

—¿Cuánto tiempo llevas saliendo con Vincent?

¿No lo sabe?

—Unos meses. ¿Y tú estás casada con Fred?

—Sí. ¿Cuándo te mudaste aquí?

—A los dieciocho, para la universidad. ¿Y tú?

—Hace dos años. Aunque tenía ganas de marcharme de Hong Kong.

—Hong Kong parece tan bonito —dice la Annabel rubia, con énfasis en el «tan»—. A mí me encanta Asia. Estuvimos en Phuket por Navidades. Nos preocupaba mucho el vuelo, pero al final con el capazo todo fue bien. —Baja la mirada hacia el bebé—. Todo fue bien, ¿verdad que sí?

Santo cielo. Le doy lo que quiere y dirijo la conversación con firmeza hacia su bebé. Le pregunto cuánto tiempo tiene y luego lo que puede hacer, si ha dicho alguna palabra, sabe gatear o girarse. Al cabo de un rato, es como preguntar a alguien sobre su coche o sobre su navaja suiza.

—Qué bonita es —digo.

—¡Lo es! Algún día sabrás lo que se siente. —Pero entonces Annabel la rubia ahoga un grito y se tapa la boca con una mano—. Lo siento mucho. Qué desconsiderado por mi parte.

—No. No seas tonta, no pasa nada. En serio.

Giro la cabeza con rapidez de un lado a otro y veo que nadie nos está prestando atención, aparte de Aisha y las dos Annabel. Noto un

cosquilleo caliente por las mejillas, un recordatorio como una bofetada de que soy lo otro, de que la gente piensa en medicinas y genitales y órganos internos que no son de su puta incumbencia. ¿Y si no quiero hijos? ¿Por qué todo el mundo piensa que es una tragedia? Respiro. Cada segundo de silencio da paso a la incomodidad. Sé que esta reacción no tiene nada que ver con lo que yo piense sobre la maternidad, aparte del enfado por saber que otra gente está pensando en eso por mí.

—¡Vengan a por la comida! —grita el camarero.

Qué alivio.

Aisha y yo nos levantamos a la vez. Me pellizca el brazo con suavidad para susurrarme al oído:

—Eso ha sido raro de cojones.

—Gracias —contesto. Me siento demasiado cohibida para añadir algo más.

—Tengo ovario poliquístico y ese tipo de implicaciones duelen.

Nos encontramos con Fred de vuelta a la mesa y se detiene a darle un beso a Aisha en la mejilla.

—Disfrutad de la comida, chicas.

Aisha me dedica una sonrisa a modo de disculpa. De nuevo en mi asiento, pincho y muerdo un trozo de halloumi. Lleva demasiado rato al aire libre y sabe como un neumático que han sacado del mar. Luego pruebo el salmón. Está suave. Sabe a ajo, a salsa de soja, a umami.

—Me han hablado de tu poesía —comenta Aisha.

—Y a mí de tus alfombras.

—Son un dolor.

—Y mis poemas son bastante malos.

—¿Sí? Pero ¿no los publicaron?

—Una de las frases publicitarias de la cubierta decía: «Ideal para los fans de lo grotesco y lo imaginativo» —digo, y Aisha se ríe—. Una reseña sugería que hiciera una campaña de microfinanciación para ponerme implantes de pecho.

—¿Por qué?

—Porque así le haría un favor al mundo y dejaría de escribir poemas sobre tener tetas pequeñas. Creo que lo peor fue que mi ex

dijo que era buena idea.

Aisha se ríe más alto esta vez. Me sorprende la poca cantidad de sentimientos que me genera lo que acabo de decir; lo que antes me parecía angustioso y doloroso, ahora se ha suavizado en una piedrecita, una pequeña anécdota que lanzar al lago de la conversación. No ha reaccionado como Simone cuando se lo dije. «¿Arthur está mal de la cabeza? ¡A la cárcel!». No es que Simone no entienda un chiste, es que he cambiado la forma de contarlo. Ya no es algo profundo. Me siento feliz. Doy un mordisco a una alita. Estoy tan cómoda con Aisha que acabo limpiándola hasta los huesos.

—¿Por qué te marchaste de Hong Kong? —pregunto mientras me chupo el marinado de los dedos.

—Para escapar de la gente blanca.

Examino la multitud de novias y novios. Vincent y Aisha son palmeras en una playa blanca.

—¿Y qué tal te va?

Nos reímos.

—¿Quién es esa? —pregunta Aisha.

La Annabel rubia se da la vuelta y todas nos quedamos mirando a una mujer que nos saluda con la mano. Es Carla, Arca del todo a cien, con una microfalda y un pañuelo de seda atado a la espalda a modo de top; es inmune al frescor. No la he visto desde Nochevieja. Toda esta semana ha sido una colisión violenta con mi propia colisión violenta. Casi me había olvidado de que se acostó con Arthur, pero en general se lo he perdonado. Ambas estamos, por lo menos en mi mente, unidas en su contra.

Cuando me levanto, casi me ha alcanzado. No sé por qué me siento como si me hubiera descubierto haciendo algo sucio. Como ponerle los cuernos a ser queer. Como si me hubiera caído por las escaleras y, al despertar, me hubiera convertido en una *trad wife.* Lucho contra el impulso de tapar las flores del vestido con los brazos. Nos damos un beso en cada mejilla.

—Hola, preciosa —dice.

—Qué alegría verte.

Examina la cena al aire libre.

—Es muy a lo Nicky Hilton.

No estoy segura de que Nicky Hilton haya estado alguna vez en el Olympic Park de Stratford.

—Es el cumpleaños de Fred. —Lo señalo—. Es el amigo de mi novio… de Vincent.

Saludan a Carla. Vincent se levanta para acercarse.

—¡Novio nuevo! Entonces, ¿te has recuperado…?

—¿No estabas en la presentación de Caspar? —intervengo.

—No, cariño. —Sacude la cabeza y saca cadera—. No me gusta la gente librera.

—¿Por qué no? —pregunta Vincent.

—Necesitan muchas palabras para decir cosas simples —dice mientras hace girar las manos delante de ella.

—Tienes razón —ríe Vincent—. ¿De qué os conocéis?

Carla y yo intercambiamos una mirada.

—De por ahí.

Carla asiente.

—Bueno, cariño, me voy a ver a Michael.

—¿Quién es Michael? —le pregunto.

—El chico al que le gusta vapear.

El hombre para el que chupa nicotina por el culo. Carla se echa a reír al ver que me acuerdo de él y no puedo evitar reírme con ella mientras Vincent se queda quieto, educado. Carla y yo nos despedimos con dos besos al aire, con suficiente espacio entre el labio y la mejilla.

Esperamos al siguiente Overground en un banco calentado por el sol.

—¿Crees que Fred se lo ha pasado bien? —pregunto.

—Eso espero. Últimamente estaba muy de bajón.

—¿Por algo en concreto? ¿O el típico dolor existencial?

—Creo que es estrés por el trabajo y por la recesión. Y porque es propenso a la tristeza.

—Parece que quiere mucho a Aisha.

—Supongo que viene bien querer a alguien cuando estás triste.

—Esta es la primera fiesta a la que he ido y hay un bebé.

—Es raro, ¿no?

Vincent me apoya una mano en el muslo y un escalofrío suave me recorre la columna.

Decido hablarle sobre la metedura de pata de la Annabel rubia y, mientras se lo cuento, se queda boquiabierto y luego apoya la frente en las manos; el hueco entre el pulgar y el dedo índice tiembla.

—Hostia. Lo siento mucho.

—Me ha hecho sentir como si estuviera fuera de lugar.

—No me extraña, joder. —Esperamos en silencio hasta que llega el tren. Nos sentamos en el vagón casi vacío y él apoya la cabeza en el cristal de atrás—. ¿Quieres tener hijos?

Aparto la mirada hacia las barandillas, las puertas, la palanca roja de emergencia para detener el tren.

—Creo que la vida funciona a la inversa cuando eres queer. Los hijos no son algo que se dé por hecho. Es algo que debes decidir, no algo que recibes. Tal y como señaló Annabel.

Le sonrío y él me devuelve la sonrisa.

—Pero ¿quieres tenerlos?

Arrugo el gesto. Es difícil explicar lo poco que entiendo de mí misma sobre ese tema. A menudo digo que no los quiero porque vivimos en un mundo en el que los niños son caros y resido en una ciudad cara y eso significa hacer sacrificios que no sé si puedo hacer. Y luego está la cuestión de que no tengo útero y eso implica explorar otras opciones que cuestan dinero. Y todos los métodos (adopción privada, gestación subrogada) tienen sus cuestiones éticas. Pero eso se aleja de la pregunta básica, que es: ¿quieres tener hijos? Sin barreras, ¿querrías tenerlos? Si digo que sí, el dolor de los obstáculos se incrementa y no sé si quiero eso. ¿Contemplar tener hijos es otro gancho en el que colgar mis sentimientos por no ser lo bastante buena?

—No lo sé. Es complicado.

—Sí que lo es.

—Supongo que son una póliza contra la soledad. Pero ¿ese es motivo suficiente para tenerlos?

—Es un poco egoísta —dice Vincent y me agarra la mano.

—Ya. Tampoco sé si seré buena madre. Me preocupa parecerme a mi padre.

—¿A qué te refieres?

No le he hablado mucho a Vincent sobre Lamma. Me da la sensación de que no hay tanto que contar. Podríamos hablar del fuego, pero cada vez que recito la historia en mi cabeza, siento que le falta algo. Me imagino su respuesta: «¿Crees de verdad que por eso no tenéis una relación cercana? No le pasó nada a nadie, ¿verdad?».

—Se mostraba un poco distante. Y mi madre no paraba mucho por casa. Pasaba muchas noches en el distrito Central porque los ferris dejaban de circular hasta Lamma antes de medianoche, pero papá no quería vivir en otra parte.

—Es curioso que tanto Jamie como tú hayáis acabado siendo abogados como ella.

—Jamie te recordaría que es procurador —contesto, y Vincent se ríe—. Pero a veces siento que estamos condenados a repetir los fracasos de nuestros progenitores.

—Y a odiarlos por ello.

A lo mejor no debería ser tan dramática. Vincent me contó que sus padres nunca le han dicho que le quieren y que depositan muchas expectativas en él, como su único hijo, aunque su hermana trabaje en la banca de inversiones. A mí me fue bastante bien: mis padres no esperaban gran cosa de mí.

—Creo que serías una buena madre —dice. Le aprieto los nudillos.

—¿Tú quieres tener hijos?

Reflexiona un momento.

—Cada vez que miro hacia el futuro, veo niños. Pero eso no significa que los quiera.

—A eso me refería yo.

—Pero no parece que pensemos muy diferente, ¿no?

—Es como un reflejo. Como tu mano izquierda y la derecha.

—¿Qué?

—Es lo mismo, pero no se superpone. Lo mismo pero a la inversa.

Coloco la mano encima de la suya. Vincent apoya la cabeza en mi hombro y se encorva en el asiento. Estira las piernas a lo largo y a lo

ancho.

—Carla parece una mujer curiosa. ¿A qué se dedica?

—Pinta, pero también hace otras cosas.

—¿Es trans?

—Sí.

—Todos tus amigos son muy interesantes.

¿Lo son de verdad? ¿Es «interesante» un eufemismo? No sé si quiero saber de qué es eufemismo.

—Son amigos de conveniencia.

—Pero Simone no.

—Nos enterrarán en la misma tumba.

—¿Y qué dirá la lápida?

—Prohibida la entrada a los chicos.

Vincent se ríe.

—¿Quién es el chico al que le gusta vapear? —pregunta.

—Un hombre le paga por vapear por el culo.

Vincent se endereza de la sorpresa.

—Hala. ¿Y eso es posible?

—Supongo.

—¿Carla está bien?

—Creo que sí.

¿Lo está? ¿O la vida en los márgenes significa que una se acostumbra a ciertas experiencias que otros describirían como traumáticas, hasta el punto de reducirlas a anécdotas graciosas o capítulos de desarrollo personal?

—En una ocasión, un hombre me pagó por pisarle la polla. Llevaba zapatillas deportivas. No tuve ni que quitarme la ropa.

—¿Qué? ¿Cuándo fue eso?

—Cuando Simone y yo íbamos en la universidad. Ella se quedó esperando fuera para protegerme.

Vincent se recuesta en el asiento. Aguardo a que formule la pregunta. A lo mejor he dicho demasiado. No es como si le debiera este dato. No parece ni que fuera yo. Ya no.

—¿Cuánto te pagó? —pregunta.

—Cincuenta libras por media hora.

—¿Esa es la tarifa habitual?

—No lo sé. En aquella época parecía mucho. No lo volvería a hacer. Después me sentí muy triste.

—Lo siento.

—¿Por?

—Porque te sentiste triste. —Me agarra de nuevo la mano. El tren se detiene. Observamos a los pasajeros subir y apearse—. ¿De verdad te consideras queer?

—Supongo, ¿por qué lo dices?

—No lo sé. Por tu aspecto y porque solo sales con hombres. A mí no me parece tan queer.

Eso me desarma más de lo que pretendo. Podría ofenderme, pero Vincent también tiene razón. Para mí, las identidades no significan gran cosa fuera de su relación con el material y, si no actúo según lo queer, entonces se me percibe como mujer sin más, y encima una que no es ni trans ni sáfica, por lo que ¿qué consigo con esa identidad? ¿Qué función cumple? Aprieto la mano de Vincent.

—Oye, estaba pensando… Sabes, ¿esa medicación que tomas para reducir la testosterona…? —pregunta en voz baja.

—¿Sí?

—¿Cómo se llama?

—Acetato de ciproterona, ¿por?

—La primera vez que le hablé a Josh sobre ti, me preguntó si tu medicación tenía efectos secundarios.

Siento un pinchazo candente de fastidio. El marido de la Annabel rubia. Cómo no.

—¿Por qué lo preguntó?

—Es médico.

—Entonces seguro que lo podrá buscar.

—Lo sé, lo siento. Pero me di cuenta de que yo no sé nada sobre los efectos secundarios.

Suspiro.

—Aumento de peso. Tumores cerebrales.

—¿En serio?

—Sí, es un riesgo mínimo, pero puede pasar.

—Joder. Lo siento.

—No pasa nada. La verdad es que no pienso en ello.

—También preguntó si congelaste tu esperma.

—Vincent —le suplico—. Es una pregunta muy rara e invasiva.

—Lo sé, lo siento. Creo que solo pretendía ayudar.

—Preferiría vapear por el culo que tener una habitación llena de gente hablando sobre mi cuerpo.

Apoyo la frente en las manos. Vincent las separa para agarrarlas.

—Perdóname. Me siento mal por no saber cómo funciona nada de esto.

A lo mejor debería habérselo dicho, pero él no preguntó.

—Congelé el esperma. Aunque no creo que lo use.

—Ah. ¿Por qué no?

El tren se detiene en Dalston Kingsland y se llena. Vincent se coloca el molde de la tarta de nuevo sobre el regazo.

—Pensé que lo usaría si acababa saliendo con una mujer —susurro —. La sexualidad de algunas personas cambia cuando empiezan a tomar hormonas. —Vincent arquea las cejas—. Pero la mía no. Por eso no me imagino usándolo. Y, aunque lo hiciera, me seguiría pareciendo raro.

Vincent asiente despacio. No le cuento que, cada vez que me he imaginado teniendo este tipo de conversaciones, siempre he sentido mi cuerpo, de un modo u otro, como una concesión, como si tuviera una deuda enorme con cualquier hombre dispuesto a atravesar todos los aros extra por tener un hijo conmigo. Dejarle usar su esperma es lo menos que podría hacer por él.

—Hay muchas formas de crear una familia —dice—. Creo que hay margen para reescribir un poco la historia.

Hace poco empezó a leer *Detransition, Baby.* Me pregunto si lo ha sacado de ahí.

Cuando llegamos a su casa, Vincent se sienta en el balcón y yo en su regazo. Inspecciona la tela de mi vestido con los dedos y me besa el hombro. Mantengo la cabeza hacia delante, como si el roce de sus labios arrugados sobre mi piel desnuda no me derritiera, porque tengo miedo de mi debilidad por la ternura y cómo me elevo con el

simple contacto de un hombre, de Vincent. Me besa el cuello. Me río por las cosquillas, echo la cabeza hacia atrás y nos empezamos a besar. Él juguetea con mi pecho desde atrás.

Entramos. Se tumba en la cama y comienza a tocarse por encima de los pantalones. Me sitúo delante de él y deslizo los tirantes por los hombros. Vincent sonríe al ver mi cuerpo casi desnudo. Engancho los pulgares en la cintura y me bajo el vestido. Él esboza una sonrisa de deseo, de anhelo profundo y asombro, una sonrisa que me recuerda que, para él, mi cuerpo no es una concesión.



A la mañana siguiente, llaman a Vincent. Su padre ha sufrido un ataque al corazón. Farfulla mientras prepara una bolsa y luego sale corriendo del piso sin despedirse.

## VINCENT

# VI

Alex está sentada sola en una mesa para dos, vestida con vaqueros cortos y una camiseta. Alza la mirada del libro, dobla la esquina de la página y me sonríe. Noto el comienzo de un buen día agitarse en mi estómago.

—¿Has desayunado ya? —pregunto.

—Sí, pero te espero.

Me acerco al mostrador. La tostadora es una cinta que tuesta el pan al pasar y lo deja caer por el otro lado. Como un túnel de lavado. Lo contrario a un túnel de lavado.

Me siento delante de Alex. ¿Es necesario que me vea comer? ¿Estoy comiendo bien? Hubo una época en la que me costaba mantener la boca cerrada al masticar. Fue cuando empecé el colegio. Los niños se burlaban de mí y decían que era asqueroso, pero yo solo imitaba lo que hacían mis padres. Mi hermana era como yo. Nos acomplejamos y, en las pocas ocasiones en las que fuimos a un restaurante, les suplicábamos que masticaran con la boca cerrada. Incluso nos inventamos un código para poder decírselo sin decirlo.

«Pollo mágico». Código para: cierra la puta boca. Nuestros padres ponían los ojos en blanco y nos regañaban. «¡Qué poco respeto!». Ya no mastican tanto con la boca abierta. Supongo que, con el tiempo, les hemos pegado la vergüenza. Me limpio unas migas de la comisura de la boca y trago.

—¿Qué lees?

—*Medio sol amarillo* —contesta. Señala una estantería al otro lado de la sala—. El resto de los libros son todos iguales. La gente se dedica a sacar fotos y dejar su ejemplar de *Shantaram* en la biblioteca comunitaria.

No sé qué es *Shantaram.* Aun así, me río. Alex sonríe.

—¿Cómo te está yendo a ti?

—¿A qué te refieres?

—Debe de ser un poco raro. Podrías hacerte pasar por tailandés, pero sigues siendo un extranjero que viaja junto con turistas blancos.

—Ya. —Noto cierto alivio por la pregunta, por el hecho de que alguien lo entienda sin tener que explicarme—. Creo que no me tratan tan bien. Los lugareños, quiero decir. Ni la gente blanca. Es como lo peor de ambos grupos. Aunque solo llevo aquí un día.

—Lo entiendo. Espero que la cosa mejore.

—¿Has hecho amigos en el albergue? —pregunto, y doy un mordisco a la tostada.

—Tú.

Sonrío.

—Aparte de mí.

—He charlado con una chica. Se llama Bex.

—La conocí anoche.

—Todo el mundo es un poco básico —dice Alex y se encoge de hombros. Pienso en las camisetas que me he traído. Venían en un paquete de tres camisetas básicas de Uniqlo. Si viste básico, es básico. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que Alex se aburra de mí?—. También me siento un poco marginada, porque tengo una habitación para mí sola.

—Qué elegante.

—Esta mañana he matado una cucaracha en el baño.

Alex me pasa uno de los cascos conectados a su iPod. Miro por la ventanilla del vagón climatizado. Estamos escuchando a Frank Ocean; sé que a algunos de mis amigos les gusta, pero nunca lo había escuchado como es debido. Le pregunto cómo se llama la canción y me responde que *Forrest Gump*. Cuando se acaba, le pido que la ponga de nuevo. Hablamos por encima del sonido. Alex está en el último curso de Filosofía en la UCL. No le gusta. Decidió tomarse un descanso. Por baja médica.

—¿Tienes alguna afición? —me pregunta.

El clarinete. No soy un prodigio, pero se me da bastante bien. Lo toco desde los ocho, después de pasar un par de años sin decidirme ni por el violín ni por el piano. Al tocar una melodía siempre me da la sensación de volar, de deslizarme por las notas con la fuerza de mi respiración y los movimientos minúsculos de los dedos. Es como magia. Pero la gente piensa que el clarinete es de gais y en las fiestas los chicos siempre les cuentan a las chicas que lo toco para joderme o se reían cuando llevaba la funda al instituto y decían que era mi bolso. A veces me gustaría tocar algo más sexy, como el saxofón o incluso la trompeta, pero me gusta el clarinete, qué le vamos a hacer.

—Toco algunos instrumentos —contesto, con la esperanza de que el tema se quede en eso.

—¿Cuáles?

Tuerzo el gesto.

—El clarinete.

—Qué guay. ¿En una orquesta?

—En una banda de *jazz.*

—Me siento celosa —dice y baja un poco la música—. Siempre he querido tocar algo. ¿Vas a estudiar música en la universidad?

—No. Derecho.

—¿Por qué?

Pienso en todas las lecciones que me dieron de pequeño, sobre proveer, sobre ser un buen hijo; que estudiara algo como música, psicología, idiomas o arte nunca se tuvo en cuenta. No me puedo ni

imaginar la conversación. Pero, mamá, la música es mi pasión. «¿Tu pasión? ¡¿Tu pasión?! ¡La pasión no paga las facturas!». Parece que Alex lo entiende, pero no creo que pueda entenderlo todo y fui yo quien se decidió por Derecho, aunque no hay una frontera clara entre mis decisiones y las de mis padres. Quiero tener seguridad, pero también quiero hacerles felices. ¿O acaso eso no es igual de importante? ¿Ese deseo no tiene la misma importancia? «Deseo» es una palabra complicada.

—Porque quiero ser abogado —contesto.



Alex saca fotos con cuidado de los barcos en el mercado flotante, de los cuchillos de carniceros y de la fruta cortada. Compra un paquete de yaca y desenrolla el plástico cuando nos sentamos en un banco. No acepto el desinfectante para manos que me ofrece antes de agarrar un trozo.

Le propongo sacarle unas cuantas fotos con su cámara. No es digital. No había visto a nadie usar una de estas desde niño. Creo que se va a reír cuando le pregunto cómo usarla, pero coloca las manos sobre las mías y me enseña dónde está el obturador, cómo enfocar. Le saco una foto sobre la pasarela que une dos barcas. No sonríe. Espero que sea una foto bonita, aunque no tenga nada que ver conmigo. Alex me pide sacarme una y la dejo; me pregunto si alguna vez veré el resultado final. En el tren me dijo que no tenía Facebook, que era otra forma de que los abusones imbéciles se metieran con ella y que ya no le ve la utilidad. Me dejó con algunas dudas: ¿cómo sabes entonces quién va a una fiesta? ¿Cómo mantienes el contacto con gente que conoces por ahí, como yo? Pero no se lo pregunto, porque las respuestas parecen obvias.

Y luego noto que me ruge el vientre. Intento ignorarlo. Se repite. Sé que tengo que ir al baño. Y rápido. Me voy a cagar encima. Los rugidos se convierten en sudor y siento que me va a salir todo el cuerpo por el ano.

—Necesito un baño —digo.

Alex rebusca en su mochila y saca un paquete de pañuelos, gordo,

sin abrir y con ramas de lavanda en la parte delantera. Lo sabe. Recuerdo haber visto el cartel de un baño en unos edificios cerca del mercado flotante. Echo a correr en esa dirección.

—Te espero aquí —grita Alex.

El baño de hombres huele como si las paredes estuvieran pringadas de materia fecal. Entro directo en un cubículo, me bajo los pantalones y me agacho sobre el baño. Todo sale en un estallido. Durante unos segundos, es como si me estuviera muriendo, un torrente detrás de otro, pero luego todo se calma y uso el paquete entero de pañuelos de Alex para limpiarme. Cuando salgo, me está esperando allí, no en el mercado como me había dicho. Sonríe.

En mi vida había sentido tanta vergüenza. Me siento un pringado, pero a ella no parece importarle. Sería una mierda si le importara un poco de mierda. Bueno, mucha. No sabe cuánta mierda ha habido. Creo que Alex me gusta, que me gusta de verdad, aunque solo haya pasado un día. Bueno, medio. A lo mejor esta es la anécdota ñoña de cómo nos conocimos. Lo recordaré en el futuro y me reiré sobre cómo casi me cagué encima en Tailandia.

—¿Estás bien? —Su sonrisa se convierte en una carcajada.

—Sí —sale de mi boca, una defensiva ofensiva, y Alex se ríe de nuevo y me siento más imbécil si cabe—. Seguramente haya sido la fruta.

—No creo. Yo no siento nada. —Se pone a rebuscar en su mochila —. Y no creo que una intoxicación alimentaria haga efecto tan rápido. Deberías haberte lavado las manos antes.

Alex saca el desinfectante y se echa una gota en la palma y luego otra en la mía. El olor sintético a sandía me llega hasta la nariz. Me ofrece la bandeja de yaca. No, por favor. Apártala.

—No, gracias.

Se ríe y se come otro trozo. Un chorrito de zumo azucarado con restos de saliva le cae por el dedo.

Al día siguiente, Alex nos guía a un local en el mercado de Chatuchak donde hay una exhibición de artistas locales y habla con

el dueño sobre ellos, quiénes son, dónde estudiaron. No compra nada, pero todo el mundo parece feliz de hablar con ella. Me imagino presentándosela a mis padres. Nunca les he presentado a una chica. Creo que los mantengo un poco escondidos. No porque me avergüencen, aunque a veces dan un poco de grima. Fred lo entiende y creo que Alex también lo entendería. Es encantadora. Es encanto de chica blanca, pero no menosprecia a la gente. Me la imagino en el sofá, viendo series cantonesas con mi madre, absorta en las peleas de espadas y los saltos imposibles, mientras chupa caramelos de ciruela. «¡A-lix! Come más». Me obligo a apartar esos pensamientos de mi mente, aunque sean agradables. Siempre hacia el futuro, aunque ya estoy sintiendo cosas demasiado rápido. Alex le estrecha la mano al hombre y se despide.

—Sabes qué preguntas plantear —le digo mientras recorremos un pasillo estrecho donde cuelgan camisetas y adornos.

—Son preguntas básicas —contesta, pero calla un momento—. Las preguntas salen si de verdad quieres saber algo. ¿Vamos a la galería?

Caminamos a la estación de tren y en el vagón el sudor se enfría sobre mi piel. Pasamos un rato en silencio, pero no en uno incómodo. Eso es bueno, ¿verdad? Bajamos en la parada del MOCA y nos encaminamos hacia la entrada. Pasamos junto a una escultura enorme encima de un estanque; parece una flor de loto hecha de grandes burbujas blancas. Me ofrezco a pagar las entradas y Alex nos guía con confianza por las distintas exposiciones, como si ya hubiera estado allí mil veces antes. Leo todos los carteles porque quiero demostrarle que puedo procesar información, que no soy idiota, pero no me acuerdo de nada, porque soy idiota. Quiero decir algo sobre lo que veo, hacer preguntas. «Las preguntas salen si de verdad quieres saber algo». A lo mejor no quiero saber. Creo que solo quiero hablar con ella.

Nos sentamos delante de tres cuadros gigantescos, cada uno tan alto como una casa, pero estrechos: el cielo, la tierra intermedia y el infierno. Y lo único en lo que puedo pensar es en que mañana se marcha a Koh Samui porque quiere estar cerca de la playa.

De vuelta en el albergue, nos encontramos con los demás, incluida Bex, aunque no hacemos nada aparte de saludar. Bex sonríe con malicia. Me parece increíble que puedas sentirte desgraciado una noche con británicos quemados por el sol que huelen a Sudocrem y luego estar feliz a la siguiente con alguien que te gusta. Nos dirigimos juntos a un restaurante y por el camino Alex compra pasteles de pescado servidos en una hoja de banano y luego una crepe de plátano.

—Deja hueco para la cena —le digo.

—Solo estoy probando cosas. No pasa nada por probar.

Me ofrece un par de mordiscos pequeños, pero come como un león. Está muy flaca. ¿A dónde va todo lo que come? ¿Caga como un dinosaurio? Sugiere un lugar un poco más elegante para cenar y encontramos un complejo de restaurantes a veinte minutos del albergue. Nos sentamos en un banco con una cerveza. Pedimos unos cuantos curris, uno con codillo de cerdo crujiente y otro con un trozo grueso de rape; los dos están bañados en sendas salsas sabrosas calientes, de color naranja con puntos rojos, como el sol. Parece elegante, la primera vez que una comida deja huella en mi presupuesto, pero con Alex vale la pena. Nos servimos el curri en el plato con un poco de arroz. Quiero preguntarle por la operación. En qué consiste. Pero no lo hago. No es asunto mío. No quiero meter la pata.

—¿Te ha dicho algo tu amigo? —pregunta mientras se chupa un poco de salsa del pulgar.

—Lo miraré cuando regresemos al albergue. Salió hoy de su retiro de meditación. Vendrá a donde yo le diga.

—¿Desde la India?

—Sí.

—¿En el último momento?

—El dinero le da igual.

—¿Y dónde será? Quiero decir, ¿dónde vas a ir?

—No lo sé. Me estoy dejando llevar.

—¿Y a dónde te dejas llevar?

—Pues a donde vea.

—Ya, pero ¿a dónde?

—No lo sé.

El silencio se expande. Me siento triste. Sería muy fácil decir: quiero pasar más tiempo contigo. «Claro, vente». Pero esas palabras contienen un alma desamparada, una necesidad que prefiero ocultar. Me siento triste.

—¿Quieres más? —pregunto con la cuchara de servir en la mano, a medio camino de su plato.

Alex asiente. Le sirvo un poco de carne y de caldo junto a la cúpula de arroz. Luego me meto comida en la boca, con la mandíbula letárgica.

—¿Por qué no vienes conmigo a Koh Samui? —pregunta. Noto que la ligereza regresa a mi rostro y casi me retuerzo por ser tan transparente—. Tu amigo podría reunirse allí con nosotros. Es un trayecto largo, pero se supone que es muy bonito.

Pienso en Fred. Le gustará visitar Koh Samui, pero también querrá salir de fiesta.

—¿Te apetecería ir a la Full Moon Party? Está cerca, ¿no?

Alex suelta un suave resoplido.

—No se celebra mientras estamos allí, aunque sí que hay una Half Moon. No me veo yendo, pero tampoco estoy en contra. Moralmente hablando.

Asiento mientras mastico un trozo de pescado seco. Le ofrezco un poco y quito una espina pequeña con la cuchara. Yo tampoco la veo allí. Alex es muy limpia, muy compuesta. Parece flotar con rapidez pero con suavidad. Creo que no le he visto ni una gota de sudor. Comparado con ella, soy una bestia, sudo por los dos, con grandes manchas en los sobacos de mis camisetas básicas.

—Creo que Fred querría ir —explico—. Y seguramente tenga que acompañarlo.

Alex juguetea con su comida.

—Lo miraré. Puede que sea interesante. Entonces, ¿quieres venirte conmigo?

—¿A Koh Samui?

—Sí.

—¿Cómo vamos a ir?

—Tomaremos un tren de noche hasta Surat Thani y luego el ferri. Los billetes cuestan unos veinte pavos. Podemos comprar los de tren cuando volvamos al albergue y los del ferri cuando lleguemos allí. —Hace una pausa—. Me pone nerviosa viajar sola, la verdad. Será agradable tener compañía.

Sonrío. Tenemos un plan, aunque Alex pueda arrepentirse en cualquier momento. Aun así, me imagino a la gente del albergue preguntándome a dónde iré. Voy a tomar un tren nocturno hasta Surat Thani. ¡Con Alex! Allí nos reuniremos con un amigo mío. Hace unos días, me daba la sensación de que el viaje para el que tanto había ahorrado acabaría en nada, pero ahora parece real.

—Le escribiré hoy a Fred. Para que lo sepa.

Alex esboza una sonrisa y me siento tranquilo.

—¿Qué rollo se trae Fred?

—Es un buen tipo. Un poco disperso.

—¿Y eso?

—Tendría que haber venido a Bangkok conmigo. Pero me dijo una semana antes de partir aquí que había cancelado los vuelos para hacer eso de la meditación silenciosa.

Alex arruga las cejas. No quiero que piense que soy el tipo de persona que aguanta eso o el tipo de persona a quien le hacen eso, aunque lo sea. Y con Fred es complicado. Es un buen tipo y si dijo que estaba mal, es que estaba mal.

—Eso es una mierda —dice Alex.

—No —contesto. Sacudo la cabeza y recojo los últimos granos de arroz de mi cuenco—. No pasa nada. Estoy bien a mi bola. Y creo que Fred lo necesitaba de verdad.

—Eres un buen amigo.

—Te caerá bien, en serio.

Me imagino a Alex y a Fred juntos por primera vez y se me ocurre que podría gustarle de verdad. Espero que no pase, al menos no en ese sentido. Les veo juntos, pero en plan dos blancos que no sabes si son hermanos o pareja. Mierda. Sorbo los últimos restos del curri.

Enciendo un cigarrillo de camino al albergue y, tras guardar el mechero en el bolsillo, Alex busca mi mano. Los pensamientos sobre Fred desaparecen. El corazón me da un vuelco. Le aprieto la mano un poco, sin contener la sonrisa, y la miro a la cara. Alex también sonríe. Noto una cálida oleada. Esto es muy difícil. Dedicas mucho tiempo a preguntarte si le gustas a otra persona, si las señales son señales de verdad o ilusiones.

—¿Quieres quedarte esta noche en mi habitación? —pregunta al acercarnos al albergue—. Me da un poco de mal rollo dormir ahí sola.

Mi cara, que ya estaba roja del calor, la deshidratación y el rubor, se enrojece más.

—Claro, ¿por qué no? —contesto, como si me estuviera ofreciendo una puta galleta Oreo—. Me encantaría, quiero decir.

Por algún motivo, me acuerdo de la mujer alta de hace un par de noches y una sensación desagradable se apodera de la imagen nítida de Alex y yo agarrados de la mano. No es como si Alex supiera que esa mujer me pareció atractiva, pero me la imagino descubriéndolo y es como si hubiera una rata en mi interior y lo único que quiero es frotarme las entrañas con un trapo de acero para quitar las huellas sucias y los excrementos. Respiro hondo unas cuantas veces y me centro en la suave calidez de la palma de Alex hasta que la rata pierde poder y se convierte en un peluche, hasta que parece rara, ridícula y distante.

Me preparo para ir a la cama en mi habitación, le escribo a Fred para contarle el plan y luego voy a la habitación de Alex. Subo los escalones de dos en dos.

Alex me deja pasar. Se cambia en el baño con la puerta cerrada y sale con un top de tirantes por el que se le ven las tetas, junto con unos pantalones cortos de algodón. Estoy sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, como si esperara algo, porque lo estoy esperando. Me noto incómodo, como si no supiera en realidad por qué estoy aquí, como si necesitáramos una excusa para explicar mi presencia. Alex juguetea con el aire acondicionado, de pie a mi lado, con el cabello recogido detrás de las orejas; las ondas suaves le caen por la espalda, inmóviles pero danzarinas.

Cuando se sienta en la cama junto a mí, salta a la vista que algo tiene que pasar. Alguien tiene que hacer algo. Intercambiamos una mirada y Alex se acerca para besarme. Tiene los labios suaves. Se acuesta. Apoyo una rodilla a cada lado de su cuerpo. Coloco una mano sobre su teta y ella sitúa tres dedos en mi barbilla. Me aparto. ¿Por qué siempre parece que he hecho algo mal? ¿Debería haberle pedido permiso?

—No me molesta que solo nos besemos por ahora —dice. Se endereza para darme otro beso, pero me noto como si alguien me hubiera desconectado y la chispa que existía entre nosotros se hubiera extinguido. Alex se aparta y acabo tumbado a su lado—. ¿Hacemos la cucharita?

Me da la espalda, le rodeo la cintura con el brazo y nos acercamos más y más hasta que envuelvo su cuerpo con el mío.

Tengo esa sensación de resaca en plena noche, como si alguien me hubiera puesto una aspiradora en la oreja y hubiera absorbido toda la humedad de mi cerebro. Voy a por una de las botellas grandes de agua que hay al otro lado de la habitación y me la bebo entera, pero cuando regreso a la cama el cansancio no se transforma en sueño.

Meo en el baño de Alex y miro el móvil. Las cuatro de la mañana. Fred me ha escrito para decirme que ha comprado un billete a Koh Samui. Llegará antes que nosotros. Necesito aire fresco para despejarme la cabeza porque mis pensamientos van a mil por hora.

No hay nadie arriba, excepto Bex.

—Hola —saluda.

—Hola. —Acerco una silla a su lado. Parece borracha. Demasiado borracha para estar en una azotea a solas—. ¿Habéis salido?

—Sí. —Bosteza con ganas—. ¿Qué has hecho tú?

—Fui a cenar y a tomar una copa con Alex.

—Ah, ya. —Bosteza de nuevo y esta vez me lo pega; la imito como en un eco mudo—. Pasáis mucho tiempo juntos.

—Pues sí.

Reina el silencio entre los dos. Estoy a punto de levantarme,

porque se me ha despejado lo suficiente la cabeza como para preferir tumbarme en la cama en vez de estar sentado junto a Bex, pero entonces se pone a hablar de nuevo.

—Tú sabes que nació hombre, ¿no?

Se me queda el cuerpo rígido y frío, todo excepto la cara, que parece estar en llamas. No estoy seguro de lo que he oído, de si lo he oído bien o de si estoy tan nervioso que se me retuercen los pelos de las orejas hasta el punto de oír palabras que no se han pronunciado. Y, al mismo tiempo, sé que no la he oído mal. Mi cerebro no ha cambiado las letras. Eligió nombre. Bailó torpe. Bex ha dicho que Alex nació hombre. ¿Qué otra cosa podría haber dicho? No contesto.

—Es un travelo —añade Bex, arrastrando las palabras—. Transexual, quiero decir. Antes era hombre. —Me examina la cara en busca de una reacción—. ¿No lo sabías?

La sangre en mi pecho baja hasta las piernas, las clava al suelo. No sé cómo debo actuar.

—¿Te estás quedando conmigo?

—No es coña. ¿De verdad que no lo sabías?

Suena a acusación, como si fuera un poco tonto. Hay rencor en cómo ha dejado caer la bomba. No sé qué hacer; en mi cabeza ocurren muchas cosas. ¿Es más vergonzoso mostrar indignación? Lo único en lo que puedo pensar es en que es obvio… es obvio que Alex es un hombre, porque esa es la forma que tiene el mundo de jugármela. Qué ironía tan cruel. Bien hecho. Bex tiene el boli. Es la que escribe la narrativa. Todos la escriben. La gente cree que soy gay. Cuánto jode que te falten al respeto de esta forma, y más por algo que no soy. No sé qué hacer. ¿Me hago el maduro?

—No, no lo sabía —contesto.

—Por eso ha venido aquí. Para la cirugía.

—No deberías contar los asuntos privados de otras personas de ese modo.

—¿No estáis follando? —pregunta con un poco de rabia—. Si estuvieras follando con ella, ¿no querrías saberlo?

—¿Y no lo sabría ya si estuviéramos follando? —pregunto. Estoy enfadado. Bex debe de estar bien borracha—. No nos estamos

acostando.

—Vale. —Levanta las manos—. Bien. Solo quería que lo supieras por si quieres hacerlo con ella.

—Ya. —Me callo un momento—. Gracias. Voy a bajar.

Regreso, pero a mi habitación. Me tumbo en la cama, conmocionado. ¿Me importa que Alex sea un travelo? Sí, pero, al mismo tiempo, no lo sé. ¿Me lo habría contado en algún momento? No tengo ni puta idea. Me está entrando el pánico. Alex se ha burlado de mí. Me gustan las chicas normales. Joder. No puedo escaquearme del viaje a Koh Samui, Fred ya va para allá. Tengo que ir con Alex. Pensaba que me gustaba, pero ¿por qué? No soy gay. Siento como si estuviera desnudo en público, pero no soy gay, así que en realidad no estoy desnudo. Esto no tiene sentido. No soy gay. Alex tiene aspecto de chica. Solo soy un chico al que le resulta atractiva una chica. No hay nada malo en ello. Joder. No nos estamos acostando. Nadie piensa que nos estemos acostando.

## MAX

# VII

Vincent y yo estamos sentados en un tren en dirección a Edimburgo, cerca de donde viven mis padres. Siempre me cuesta decir que viven allí. No tenemos familia en Escocia. Ellos no tenían amigos en Edimburgo antes de mudarse, y menos en el pueblo en el que viven. Es como si hubieran cerrado los ojos antes de clavar una chincheta en un mapa, con la promesa de no cuestionar su decisión.

Es un lugar que queda lejos de Jamie y de mí, y Jamie cree que por eso precisamente viven allí. «¿Qué esperabas de mamá y papá?». Siempre se mueven como una unidad. No me imagino la

posibilidad de que me guste tanto un lugar y una persona que esas dos cosas combinadas sean lo único que necesito en la vida. El mundo así parece muy pequeño, muy perverso.

Todo este viaje parece perverso, después de lo que le ha pasado a Vincent. Ha estado con su familia desde aquella llamada. Su padre está vivo, aunque no bien. Se está recuperando de una cirugía en la que le pusieron un desfibrilador. Pensé que cancelaríamos el viaje o que Vincent no vendría, pero me dijo que quería estar con una familia que no fuera la suya. Simone se ha quedado dormida a pesar de la alarma y vendrá más tarde; es el tipo de persona que prefiere comprar otro billete que correr por un tren.

La última vez que vi a Vincent fue hace un par de semanas, en Ely, cuando le llevé el portátil del trabajo desde Londres. Fred me dio las llaves de su piso. Insistí en ir yo; no quería que viniera a Londres, que se alejara de su familia. Tomamos un café rápido antes de mi regreso; no esperaba ni quería mucho más, porque Vincent parecía agotado.

No sé de qué otra forma ayudarlo. Antes de que su padre sufriera el ataque al corazón, Vincent trajo una bolsa de ropa bonita que ya no se pone para que pudiera ayudarlo a venderla por internet. Desde que se marchó a Ely, me he dedicado a escribir descripciones vívidas de las prendas y a hacer fotografías bien iluminadas con el móvil para sentirme útil. He vendido muchas, aunque no se lo he dicho a Vincent; no creo que lo animen mis negociaciones para sacar más y más dinero a chicos adolescentes. También le compré un póster enmarcado de *Chungking Express*, que he colgado en mi casa porque tengo miedo de atosigarlo.

Sería más fácil ayudar si, en cierto sentido, su familia y yo formáramos parte del mismo mundo. Desde donde estoy, no conozco los entresijos de su relación. Vincent suele raspar la superficie con un comentario para, acto seguido, retirarse con una perogrullada y un suspiro. «Me imaginé a mi padre muriendo en bucle, Max, y me sentí como un bebé abandonado en el supermercado, ese miedo de perder a alguien para siempre. Pero bueno, ¡supongo que todo el mundo se pone enfermo alguna vez!». No sé qué hacer, aparte de abrazarlo, de recordarle que estoy aquí,

porque percibo una clara inquietud, una tensión en sus hombros, una mente dividida. Vincent no está bien, pero no sé qué hacer para que esté bien.

Fred ha sido de más ayuda. Regresó con una maleta llena de medicina china tradicional después de un viaje de negocios a Hong Kong y la envió a la casa de Vincent en Ely en un taxi. «No, Vinny, no me debes ni un céntimo, hombre, ni un céntimo. Es lo menos que podía hacer». Fred incluso vino a verme para comprobar cómo estaba. ¿Y qué es lo menos que puedo hacer yo? Vincent quiere pasar un fin de semana lejos de la familia, para estar con la mía. Parece insignificante que lo único que le esté ofreciendo sean palabras trilladas y un plan que ya teníamos en la agenda.

Hay una fiambrera abierta entre los dos, con brownies de chocolate negro y miso en su interior. Según Vincent, fueron rápidos de hacer, porque es la receta que hace en tiempos de crisis. Juego con las migas, las aplasto, aprieto la grasa entre los dedos.

—¿Estás nervioso? —le pregunto.

—Lo estoy.

—Lo entiendo.

Le agarro la mano. Los dos miramos por la ventanilla. Mi mirada baila entre los árboles borrosos que bordean las vías y el reflejo traslúcido de Vincent en el cristal.

—Mira esto.

Me enseña su móvil. Su padre está en el piano del salón, del que solo he visto fotos. Vincent está a su lado, con el clarinete en la mano y una partitura en un atril. Tocan un dúo, despacio; Vincent mira los dedos de su padre para ajustarse a su ritmo. Es muy bonito.

—¿Cuándo fue esto?

—Hace un par de días.

—¿Y por qué no me lo mandaste antes?

—Estaba un poco avergonzado.

—Es muy especial.

Le aprieto la mano.

Cerca de Edimburgo, bloquea el teléfono, me mira y respira hondo.

—Le hablé de ti a mi madre —dice, y se me cae el alma a los pies. Me tiembla el labio. Miro por la ventanilla del tren. Estoy frágil. Una

mujer de constitución débil. Vincent todavía no ha dicho nada y ya quiero echarme a llorar. No de felicidad. Y no de agradecimiento porque se lo haya contado a su madre, solo quiero llorar porque se lo ha contado a su madre y me siento fatal porque su familia está pasando por un mal momento y porque la noticia de una novia trans solo podría empeorar las cosas. Es un sentimiento horrible, el estar fuera de una vida por la que no deberías pelear para pertenecer.

—¿Max?

Miro a Vincent, sin saber qué decir, pero controlo mi semblante. No quiero que piense que me he enfadado. No es mi lugar. ¿Parezco enfadada? Estaría bien saber de qué forma nos traiciona nuestro rostro.

—Se lo he dicho a mi madre —repite. Solo asiento porque noto que me tiembla la garganta—. Estará bien.

Lo que significa que la mujer ahora mismo no está bien y eso empeora mi desaliento. Vincent es tan optimista, como si fuera normal que su madre se disgustara un poco. No puedo evitar imaginar la conversación. «Max es trans». «¿Transcriptora, transeúnte?». «Transgénero». Silencio atónito.

—Entonces, ¿ahora no está bien?

Vincent respira hondo y me agarra las manos. Mis dedos están inertes.

—Creo que mis padres no piensan en estas cosas. En cosas trans. Y por eso no acabaron de entender el vocabulario. Se lo dije con mi hermana presente. Me ayudó. Aunque vamos a esperar a contárselo a mi padre. —Guardo silencio y miro por la ventanilla las torres eléctricas, los prados verdes y los rebaños de ovejas—. No dejaba de preguntar si eso significa que soy gay.

—Porque ¿tan malo sería ser gay? —pregunto directamente, pero veo por la cara que pone Vincent que se siente atacado. No juzgo. Sí, el mundo dedica demasiada energía a convencer a la gente de que los hombres no son gais y es agotador, pero solo quiero conocer hasta dónde llega la homofobia de su madre.

—No, Max —dice—. No es por eso. No sabe lo que significa todo esto. Preguntó si nunca tendría hijos.

Respiro hondo.

—¿Y cómo salió ese tema?

—Creo… —Una pausa—. Creo que, cuando una persona cae enferma, quiere planear y saber cómo irán las cosas. Para mi madre, eso significa empezar una familia. —Vincent suspira. Mira por la ventanilla mientras habla. Intento encontrarme con su mirada a través del reflejo, pero la tiene fija en los prados—. Por eso preguntó cuál era el plan, cuándo saldría con alguien en serio, y por eso le conté que estaba saliendo con alguien que me importaba y que, de todos modos, yo no sabía si querría tener hijos.

—¿Eso es cierto?

—No lo sé.

—¿Y qué dijo ella?

—«Debes tener hijos» —dice. Su voz es una imitación intensa de la de su madre—. «¿Quién cuidará de ti?». —Relaja de nuevo el semblante—. Y luego le expliqué que es complicado y me pareció el momento adecuado de hablar del tema trans.

—¿Qué más le dijiste?

—Le dije que no llevábamos mucho tiempo saliendo juntos, pero que en realidad era igual que salir con una mujer infértil.

—¿Igual que qué?

No puedo evitarlo. Vincent se lleva las manos a la cara.

—No quería decirlo así.

Momentos como este aparecen a lo largo de la vida. Breves destellos que te presentan una pregunta difícil: ¿es así como me ven los demás, para ellos soy de esta forma o es un error, una simple discusión sobre la semántica? Y esa pregunta es, en realidad, una decisión: la máscara desaparece con la misma rapidez con la que aparece y te deja sola para elegir en qué creer. Permito que mi lengua retroceda, que el veneno se retire por los tubos de mis dientes. Elijo creer a Vincent. Es solo semántica.

Entiendo que su padre sufrió un ataque al corazón y sé cómo surgió esa conversación con su madre, que lo dijo para calmarla, aunque sin éxito, porque no tengo útero. En mi mente pasaba un año, puede que dos o incluso más, hasta que Vincent se lo contaba a sus padres. Estaba implícito que el conservadurismo de ellos lo silenciaría hasta que estuviera seguro de verdad conmigo y a mí me

parecía bien, porque eso al menos tiene un poco de sentido. De hecho, solo conocí a dos de las cuatro madres de Arthur, y solo coincidí una vez con una y dos con la otra, aunque siempre me pareció más un problema de Arthur que mío.

Vincent me aprieta la mano una vez, luego dos, y me suelta. Aunque sé que está siendo razonable, no puedo evitar querer que se disculpe por cómo me siento conmigo misma. ¿Qué revelará mi rostro?

—Oye. —Vincent rebusca en su mochila, riéndose—. Me dio esto antes de irme.

Acepto los folletos. Son sobre gestación subrogada. Los hojeo. La ley de subrogación en Reino Unido. Opciones en el extranjero. Lo que nosotros (Vincent y yo o cualquier otra pareja que esté sufriendo por culpa de una madre asiática insistente) podríamos esperar.

—Qué coño, Vincent.

Me siento mareada. Por su cara, es evidente que creía que me parecería gracioso. Los agarra de nuevo, arrepentido.

—Lo siento. Lo siento mucho. Creo que no he interpretado bien la situación. Me ha parecido un avance por su parte.

—Todo para que haya un nieto biológico.

—Lo siento.

—Ni siquiera deberíamos hablar de esto.

No deberíamos. Su padre está enfermo, pero, además, esta relación es nueva. Estoy sin habla. Quiero usar el freno de emergencia del tren y lanzarme a los páramos.

—¿Tú les has dicho a tus padres que soy cis? —pregunta.

Ni siquiera puedo fingir una sonrisa. Se le descompone el rostro. Pasamos el resto del viaje en silencio. Ramas de culpa brotan de mi estómago, pero no puedo obligarme a decirle que agradezco que haya dado ese paso, porque me gustaría que no hubiera ocurrido. Si lo admito ahora, la tristeza se reflejará en mi semblante y no quiero estar disgustada cuando vea a mis padres. Quiero demostrarles que estoy enamorada y eso es difícil cuando tienes los ojos enrojecidos.

Al bajar del tren, busco la mano de Vincent. Es lo único que puedo soportar de momento. Nos soltamos al llegar a los tornos, que pitan

para abrirnos paso hacia mis padres. Ya nos esperan al otro lado. Qué amables. Por Jamie no lo harían, en parte porque Jamie vendría en el Audi que se compró en febrero, aunque tarde más horas, pero también porque, para ellos, Jamie no necesita que lo cuiden.

—Hola, mamá. —Me acepta entre sus brazos mientras Vincent y mi padre se estrechan la mano. El cabello corto y oscuro le huele a lavanda. Cuando me suelta, inspecciona un mechón de mi pelo entre dos dedos—. ¿Qué pasa?

—¡Nada! —dice—. Estás guapa. Limpio y sano. Brillante.

—¿Y en qué momento mi pelo no ha estado…?

—¡Hola! —Se gira hacia Vincent y lo abraza—. Un placer conocerte.

—Hola, cariño —me dice mi padre.

Sus abrazos siempre son ligeros. Parece inseguro, como si no supiera cómo abrazar otro cuerpo. No es porque sea trans, eso ya lo hemos superado. Jamie diría que es porque no está borracho. Quizás sea cierto, aunque a veces cuesta ver si ese es el motivo. No ha bebido alcohol desde que vivíamos en Lamma.

Dejamos las maletas en el maletero y subimos.

—Menudo coche —dice Vincent, dirigiéndose a mi padre, en vez de a mi madre. A lo mejor porque conduce él, pero sé que quizás sea porque es un hombre, aunque Vincent sabe que mi madre ganó cada céntimo que pagó el vehículo. Hago una mueca.

—Gracias —dicen mis padres al unísono.

Salimos de la ciudad. Mi madre pregunta por el padre de Vincent y él se arma de valor mientras relata las últimas dos semanas con ellos. Mi madre pide detalles con una indiferencia educada, pero sé lo que está haciendo. Es lo mismo que hace cualquiera cuando otra persona muere o enferma. La gente está desesperada por comparar el informe de notas, por preguntar: ¿podría ser yo? La ciudad se deconstruye en el campo y se me ocurre que todo esto le resultará más familiar a Vincent que a mí. La campiña inglesa. Los suburbios. A mí todavía se me antoja el lugar más raro del planeta, esos fines de semana en los que nos juntábamos como una familia en un pueblo al que no nos unía nada.

Llegamos al portón de la casa y el coche serpentea por el camino de entrada. Observo a Vincent procesarlo todo. El cubo de arenisca,

las ventanas amplias a cada lado de la puerta principal, la gravilla alrededor de sus pies. Me pregunto qué dice sobre mí la casa de mis padres, qué siente Vincent. ¿Es sorpresa? ¿O un «por supuesto»?

—Qué bonita —le dice a mi madre al entrar.

El ramo de flores más alto y exiguo que he visto en mi vida está dispuesto en una mesa al pie de la escalera. Un montón artístico de palos importados.

—Ese ramo es feísimo —comento.

—No es tu casa —replica mamá en un mandarín destrozado y le guiña un ojo a Vincent.

La fulmino con la mirada. Vincent no habla apenas mandarín. Y ella menos. Yo, después de años suspendiendo clases en el colegio y la universidad, solo hablo un poco. Me alivia que Vincent por fin pueda presenciar la forma en que mi madre hace *cosplay* de persona china.

Vincent y yo subimos nuestras cosas arriba, a mi habitación que no acaba de ser mi habitación. Antes tenía cosas como fotos de graduación, de las matrículas, del colegio. Cuando transicioné, le pedí a mamá que las quitara. No sé dónde están. En un almacén. En la basura. Todavía no le he enseñado a Vincent fotos viejas mías, sobre todo porque no lo ha pedido. No sé si es porque no quiere verlas (por si prefiere negar mi historia), por educación o porque simplemente ni lo ha pensado. Examina las paredes vacías. No parece mi cuarto. Hay mucho Foucault en la balda superior y no sabría decir ni una cosa sobre él, excepto que, en una escala de hombres filósofos, él está entre los más follables. Vincent deja la mochila a los pies de la cama y se sitúa junto a la ventana. Mientras gira con las manos en las caderas, me pregunto si es el momento de que me disculpe, pero no lo hago.

—Es muy bonita —comenta.

Me siento a su lado en el asiento de la ventana y me apoya una mano en el muslo. Ahora es el momento.

—Gracias por contárselo a tu madre.

Quiero decirle que a veces me siento inferior y que el sentimiento de ser una mala noticia que contarle a alguien ha empeorado esa sensación. También quiero hablarle sobre cómo ese día con sus amigos (lo que ocurrió con la Annabel rubia) se me ha quedado

grabado. Sobre la sensación pegajosa que no acabo de comprender y que hoy parece viva y llena de tentáculos y que me recuerda lo horrible que es ser el otro, estar fuera de todo, que mi cuerpo parezca una carga. Y por eso me siento culpable, porque he intentado con todas mis fuerzas sentirme orgullosa.

Vincent mira por la ventana.

—Estará bien —repite. Le aprieto el muslo. Nos levantamos y, al girarnos, el tenue ruido de un motor se intensifica. Volvemos a mirar hacia fuera. El coche de Jamie sube por el sendero, aplastando la gravilla—. Qué chulo el coche. —Jamie nos saluda con la mano desde abajo. Va vestido igual que mi padre. Un jersey de lana con unos chinos bonitos—. Os parecéis. Tenéis el mismo color.

Cuando bajamos, Jamie está en el vestíbulo. Lo abrazo. Él me devuelve el abrazo con fuerza, a diferencia de papá, y luego le estrecha la mano a Vincent. Cuando dice: «Me alegro de conocerte, tío», su voz baja una octava y Vincent responde con un vozarrón similar. Jamie abraza a mamá y, cuando le toca el turno a papá, tengo que apartar la mirada. Es como si dos figuras de acción se abrazaran. Qué incómodo. ¿Lo hacen por Vincent? Supongo que siempre hay que guardar las apariencias.

Migramos hacia el salón, aunque Jamie ni siquiera se ha sentado cuando le suena el teléfono.

—Del trabajo —dice.

—¿Ya? —pregunta mamá.

Jamie desaparece en el piso superior. Mis padres se han acomodado en los sillones verdes, delante de mí y de Vincent, en el sofá rosa. Hay un cuenco con caramelos de la marca White Rabbit en la mesita de café.

—Hace siglos que no como uno de estos —dice Vincent.

Mi madre sonríe cuando Vincent desenrolla el envoltorio de arroz.

—Puedes comerte el papel.

—Ah, sí. No me acordaba.

Mamá nos agasaja con historias sobre su infancia en Hong Kong. Veo que a Vincent le cuesta masticar el caramelo mientras escucha. Son un poco como chicle. Yo también estoy masticando uno para poder disociar. Lo amaso con los dientes como si fuera pan y se

pega y se estampa contra mis muelas mientras libera gotas de leche dulce que suben por el esmalte dental, las encías y la lengua. Nadie quiere oír las historias de mi madre sobre su casa de la infancia en The Peak. Se alejan mucho de la realidad. Vincent se inclina un poco hacia ella; mediante el lenguaje corporal, muestra sus ganas de escucharla. La familia de Vincent vive en unos pisos pequeños en los Nuevos Territorios. ¿Esta situación no le da vergüenza? A lo mejor creamos excusas para las personas a las que intentamos impresionar. A lo mejor soy demasiado dura con mi madre, pero, al mismo tiempo, también resulta insoportable.

—Incluso de niña sabía que algo pasaba —dice.

—Me lo imagino.

—Allí todavía notas que pasan cosas. Cosas que dan miedo. —Y entonces arruga la cara en un semblante agresivo, como si Vincent hubiera lanzado un jarrón contra la pared. Vincent no ha hecho nada malo, solo está a punto de hablar en cantonés. Dice algo que no entiendo.

—Sí —contesta él—. Solo iba a visitar a la familia de pequeño y luego viví allí durante un año por trabajo. Pero lo echo de menos un poco. Debería volver. —Calla un momento—. Debo avisarla de que mi cantonés no es demasiado bueno.

Y el de mi madre tampoco. Mi madre ahoga un grito y vuelve a decir algo en cantonés, con un tono cortante y despiadado. Parece una persona blanca haciendo una imitación racista de una persona china. Vincent sonríe y asiente. Es posible que no haya entendido nada de lo que ha dicho. Por fin consigo tragarme el caramelo.

—¿Cocino yo esta noche, mamá?

—Si quieres.

Mamá suele llenar la nevera antes de mi llegada con la intención de que prepare yo la comida. Me gusta cocinar para otras personas, pero no me gusta lo que saca a relucir de mí. Es un poco patética la forma en que observo a los demás dar un bocado de la comida, mientras aguardo su aprobación, aunque también suelo enumerar mis errores antes de que lo haga otro. Eché la albahaca demasiado pronto. Los fideos se pegan porque no los lavé lo suficiente. Es una dependencia emocional que he suprimido en la mayoría de las áreas

de mi vida.

—Echaré un vistazo a la nevera —digo.

—¿Te ayudo? —se ofrece Vincent.

—No hace falta, pero puedes venir conmigo si quieres.

Me levanto y atravieso el vestíbulo, casi esperando que Vincent me siga, pero se queda con mi madre. ¿No es un poco desconsiderado por su parte? Se queda hablando mientras yo trabajo. Sí, debería conocer a mi madre, pero sus prioridades no son muy acertadas, aunque no sea propio de él. Vincent debería saberlo.

El frigorífico de la cocina está a rebosar. No hay ni orden ni concierto en las baldas. Berenjenas. Kai lan. Espinacas. Brócoli. Zanahorias. Yogur griego. Pecorino. Perejil. Cilantro. Gochujang. Harissa sin abrir que no necesita estar refrigerada. Miro las alacenas en el otro lado de la isla. Harina para pan. Pasta. Arroz jazmín blanco. Cuando me doy la vuelta, veo a mi padre de pie en la entrada y grito. El hombre camina como un asesino en serie. Va de puntillas por la vida con pantuflas de piel. Es tan juvenil: su rostro nunca sabe qué está pasando, su cabello sigue siendo de un castaño apagado.

—Lo siento —dice.

—No pasa nada.

—¿Todo bien?

—Solo estaba pensando qué preparar.

—Ah. ¿Qué te apetece hacer?

—Vi a una mujer cocinar una pasta cremosa pero con gochujang. O podría hacer pan sin levadura relleno. Y verduras asadas con garbanzos y harissa. ¿Qué prefieres?

—El pan suena delicioso.

—Vale.

Nos quedamos parados, observando los utensilios que nos rodean, como si un abrebotellas o una varilla fueran a inspirar la conversación. Me doy la vuelta y lleno una olla con agua caliente. Voy a hacer la pasta. El pan no llevaría mucho tiempo, pero no me apetece prepararlo. Pongo el fogón al máximo.

—¿Cómo va todo? —pregunta papá.

¿Cómo sería un mundo en el que le contara a mi padre la

conversación que he tenido con Vincent en el tren?

—Estoy bien.

—¿Qué tal el trabajo en la empresa tecnológica? ¿Todo bien?

—Ah, sí.

—¿Difícil?

—Finjo ser un robot, papá.

—Eso puede ser difícil.

—Firmo los correos como Owl.

Suena el timbre.

—Esa debe de ser Simone —dice, y se marcha para abrir la puerta.

—¡Hola, tío Peter!

La cálida voz de Simone atraviesa la casa. Mi familia quiere a Simone. A veces me pregunto si la quieren demasiado. «El trabajo de Simone parece muy interesante. Madre agente. Menudo puesto. ¡Debería escribir un libro sobre el tema! ¡Sobre eso y sobre su vida amorosa!». Si Simone meara en las flores, le darían las gracias. Mis padres siempre se han quejado de mi acento de escuela internacional y les gusta que se haya vuelto más británico, pero parece que les encanta el de Simone, cuyo acento, de hecho, se ha calcificado. Es estadounidense, pero no de un modo irritante; las cadencias en su entonación se han atenuado un poco.

—¡Tía Melinda!

Cuando la olla arranca a hervir, meto los rigatoni y voy a reunirme con la congregación en el pasillo. Rodean a Simone como si fuera famosa, como si repartiera lingotes de oro que se sacara de los pantalones de raya diplomática.

—¿Qué estabais haciendo? —pregunta al abrazarnos.

—Yo me he puesto a cocinar. Vincent y mamá han estado hablando sobre Hong Kong.

—¿Qué estás preparando? ¿Necesitas ayuda?

—Pasta. —Me giro hacia mi padre, que me observa con la boca un poco entreabierta; la abertura es lo bastante ancha para que cupieran un par de palillos sin que le rozaran los labios—. Haré el pan mañana. Creo que la gente quiere cenar pronto —añado, sin saber si es cierto.

Una parte de mí se preocupa por los datos que mi padre recopila

en momentos como este. Siempre me ha preocupado. «No le caigo bien a Maxine. Está incómoda conmigo». Aunque, para ser sincera, yo hago lo mismo con él. Es difícil quitarse la costumbre y sé que comenzó después del fuego en Lamma, cuando me convertí en otra cosa. Miro a mi padre, que juguetea con las mangas de su jersey. Incluso a su edad, es como un hombre con la ropa de otro. Es por culpa de la falta de confianza, que la tiene desgastada. ¿Y qué la desgastó? Mi madre, que trabajó cuando él no pudo. Tener que criar a los hijos. La vergüenza que mantiene a raya su alcoholismo. A lo mejor debería haber preparado el pan.

—Puedes venir a mirar —le digo a Simone y luego me centro en los demás—. Preparaos para cenar pronto.

Simone me sigue y me quedo junto a la olla hasta que la pasta está tan blanda que se puede morder. Guardo un poco del agua turbia y dreno la de los rigatoni hinchados, que se amontonan en el escurridor.

—Se me ha olvidado ponerme desodorante antes de salir —dice Simone—. He pasado gran parte del viaje intentando decidir si olía.

Me ofrece sus axilas. Me aparto del fregadero para olerlas rápidamente.

—A mí me huele a piel.

Voy echando los ingredientes de la salsa en la sartén. El gochujang crea vetas en la nata, hasta que la salsa se emulsiona en un intenso naranja, espesa como ceras al óleo derretidas. Oigo la nevera abriéndose.

—¿Podemos beber? —pregunta Simone.

—Sí, el vino es para nosotras. Mamá bebe cuando hay invitados. Como siempre.

—Por si acaso. —Se oye un gluglú y un tintineo y entonces Simone me pasa una copa de vino blanco—. Emily quiere llamar, por cierto. Por fin he echado un vistazo a la web de la boda. ¿La has visto?

—Solo para confirmar mi asistencia.

—Entonces vamos a ir.

—Somos las damas de honor, Simone.

Una desventaja implícita de mi transición fue que es más probable que la gente me pida que forme parte de su boda. Emily eligió el

sentimentalismo por encima de la realidad. A nosotras por encima de gente que ve todas las semanas. Al parecer, es muy, muy bonito tener contigo en el altar a esas amigas que con catorce años te llevaron al hospital para que te hicieran un lavado de estómago.

No sé qué queda de mi amistad con Emily. Cada vez que la vemos Simone y yo, nos toca oír los tópicos habituales sobre que, con ciertas amigas, no hace falta verse durante años para volver a sentirse normal con ellas, como si sugiriera que la distancia que ha aparecido entre nosotras es artificial, impuesta por la sociedad, un producto del tiempo y del espacio, que se disuelve al reunirnos de nuevo.

—¿Puedes rallar un poco de parmesano, por favor? —le pido.

—Hay una cronología con fotos sobre su relación —explica Simone —. Me parece de locos fabricar la felicidad de ese modo. —Oigo cómo el bloque de parmesano choca contra el cuenco—. Si alguien es feliz, no tiene que esforzarse tanto en demostrarlo. Les doy un par de años. Y ni uno más.

—Yo tres.

—¿La llamamos para acabar con esto de una vez? —pregunta.

Miro la pasta. El vapor en el escurridor hará que deje de estar al dente, pero yo también quiero quitarme de encima la llamada. Saco la salsa del fuego.

Emily contesta al segundo tono. Es una videollamada.

—¡Holiii! —saluda. Simone y yo la imitamos sin querer. Tiene el pelo increíble. Y la piel. Se lo seca con secador dos veces a la semana. ¿Y está usando un foco?—. Estáis muy cómodas ahí. ¿Qué tal tus padres, Max?

—Está bien. ¿Y tú?

—He tenido un día de locos. ¡He ido a recoger el vestido! —Aplaude. Simone y yo agitamos las manos sin querer—. He ido a recoger las alianzas. —Una rata enorme, que supongo que es su perro, salta sobre su regazo. Soltamos un: «Ooooh»—. Y salí a darle un buen paseo por el Burg.

—Guau —dice Simone—. Pero si allí es mediodía.

—Lo sé —contesta Emily, admirando su propia eficiencia—. ¿Podéis enviarme vuestras medidas? Las necesitamos para las pruebas de

Londres.

—Yo ya las he enviado.

—Por si han cambiado —dice, como si fuera tonta.

—¿Tengo que llevar vestido? —pregunta Simone.

—¡Habrá que verlo! Pero estarás cómoda pase lo que pase. —No queda claro si es una exigencia o una garantía—. Por cierto, Max, Fraser y yo hemos estado pensando sobre Vincent. —Miro a mi alrededor, porque no quiero que oiga esto—. Y creemos que nos vamos a ceñir a la norma de un año.

—No pasa nada. O sea, ni se lo he pedido ni esperaba que viniera.

—¡Lo sé! Pero sé que te gusta mucho.

Vuelvo a mirar alrededor. Simone me da un empujón por debajo de la mesa. Le pellizco el muslo.

—No pasa nada, de verdad.

—¿Y si yo volviera con Eva? —pregunta Simone.

—¿Lo vas a hacer?

—No, solo es curiosidad.

—Creo que eso resetearía el contador, la verdad. Pero bueno. —Emily da más palmadas—. Es maravilloso que podamos hacer esto juntas. Como siempre soñamos. —Se lleva una mano al pecho—. Y tú, Max —añade, casi entre lágrimas. Cómo no, se refiere a mi transición. Fuerzo una sonrisa, preocupada por si mi admisión en la ceremonia es su forma de intentar ser aliada. Si esto es por el bien de las personas trans, ya haré yo algo por nuestro mal.

Simone hace avanzar la conversación. Hablan un poco sobre trabajo antes de despedirnos y colgar.

—Como siempre hemos soñado —repite—. No quiero llevar un vestido.

—¿Y qué coño es el Burg?

—Williamsburg.

Nos echamos a reír. Creo que Emily siente que estamos igual de unidas que antes porque ella es la misma persona con un fondo distinto. Simone y yo hemos pasado años buscando ser diferentes, en la ropa, en el aspecto.

Recaliento la salsa y la mezclo con la pasta.

—Ayúdame a emplatar —le pido y se coloca a mi lado—. ¿De

verdad te has planteado volver con Eva?

Simone tensa los hombros. Con el cucharón, deslizo una porción de pasta en un cuenco, pero ella tarda en poner el aderezo.

—No voy a romper la regla de no contactar con ella, así que poco importa. —Calla un momento—. Aunque siempre hay un tira y afloja interno. —Alza una mano por encima del hombro—. ¿Hice lo correcto? —Y luego la otra—. ¿Podría ser arromántica?

—Pero te enamoras.

Simone estrangula un puñado de perejil y lo descuartiza con un cuchillo.

—Ojalá pudiera sacármelo de dentro. —Me imagino a Simone sosteniendo su corazón en las manos y escurriendo ese sentimiento como el agua de un trapo—. Pero Eva era muy aburrida, ¿verdad?

—Muchísimo.

—Aunque fuéramos amigas…

—¿Quieres ser su amiga? O sea, no es raro ser amiga de tu ex. En nuestro círculo.

—Solo porque la gente queer lo haga no significa que esté bien. —Termino de llenar los cuencos. Simone espolvorea el perejil—. ¿Y si no soporto las cosas aburridas? Porque la vida es aburrida, ¿no?

—Eva no era aburrida pero guay, solo te aburrías de hablar con ella.

—Hablaba mucho sobre Crocs.

—Me da la sensación que de hablamos mucho sobre lo mucho que Eva hablaba sobre Crocs.

Simone suspira.

—Pero me enamoré una temporada. Eso fue bueno. Teníamos conversaciones bonitas. No siempre fue así de aburrida.

—Eso es interesante.

—¿El qué?

—Que pienses excusas sobre por qué dejaste de estar enamorada.

—Mmm, ya. —Simone se lava las manos y llevamos los cuencos a la otra habitación—. ¡Ya está la cena!

—Maxine —dice mamá, con Vincent sentado a su lado en el sofá—. Deberías haber dejado que Simone descansara.

—No he trabajado mucho. Ha llamado Emily.

—¿Qué tal está? ¿Todavía permite que los hombres la traten fatal? —resopla con crueldad.

La mesa está puesta con la cubertería de plata elegante que guardamos en el salón. Habrá sido cosa de papá. Es muy amable por su parte y me siento un poco mal, porque a lo mejor quería ser útil pero no consideraba que pudiera estar con Simone y conmigo. Mamá llama a Jamie, pero, al llegar, se queda de pie junto a la mesa y nos observa con intensidad. Simone y yo intercambiamos una mirada. Va a comunicar algo.

—Tengo algo que anunciar —dice y respira hondo—. Maria y yo estamos embarazados.

Me quedo boquiabierta y, sin que diga ni una palabra más, sé los hechos. Un embarazo por accidente. Lo descubrieron después de romper. Maria se quedará con el bebé y Jamie será padre. Hoy no necesito más conversaciones sobre bebés. Gruño. Una migraña indescriptible y arrasadora se apodera de la parte izquierda de mi cerebro. La bilis me sube por la garganta. La habitación se queda en silencio durante tanto rato que puedo volver a prestar atención. Papá tuerce el gesto. Ninguno de nosotros ha conocido a Maria, aunque estuvieron juntos más de un año.

—¿Maria? —pregunta mamá.

—Sí —responde Jamie.

—Rompisteis hace dos meses. ¿Habéis vuelto?

Jamie parece desconcertado, como si esperara champán y cañones de confeti.

—No. Pero está embarazada. Se quedó embarazada mientras estábamos juntos.

—¿Intentabais tener un hijo? —pregunta Simone.

—No, pero seguíamos los ciclos naturales.

Simone ladea la cabeza hacia mí y arquea la ceja un micromilímetro. «Ajá». Enseguida todo el mundo tiene la información necesaria. Están al día. Volvemos a guardar silencio. Jamie se agarra un puño con la otra mano.

—¿Vais a volver? —pregunta mamá.

Jamie parece molesto. Echo un vistazo a la pasta en los platos de los demás. Se está enfriando.

—No, no vamos a volver.

—Eso es genial —dice papá con una sonrisa bobalicona.

—Pero, Jamie, ¿cómo…?

—Se llama crianza compartida, mamá.

El escepticismo de mi madre atrae el veneno de los colmillos de Jamie. La tensión es extraña e insoportable.

—Cada vez más gente opta por soluciones no alternativas —interviene Simone.

—Sin duda —añade Vincent—. ¿Habéis leído *Detransition, Ba…*?

Empiezo a aplaudir, porque creo que es lo que Jamie necesita y de repente me puede la emoción, no por celos, sino porque el anuncio de Jamie ha partido el techo que me separaba de todo el peso del día de hoy, de Vincent contándoselo a su familia, de que soy una mujer infértil. Un bebé en la familia. ¿Mi sonrisa es rara? Me cae una lágrima por la mejilla. Los demás aplauden. Me levanto para abrazar a Jamie y luego noto otra lágrima; miro a mi madre y también está llorando. No sé si de felicidad, de tristeza o de estrés. Simone apoya los dedos de una mano en la palma de la otra, como si acabara de aplaudir, con la forma de un tulipán. No hay ninguna lágrima en su rostro, pero ¿por qué debería haberlas? Miro a Vincent, que me observa con una gran sonrisa y ojos más grandes aún.

—¿Tenemos champán o algo? —pregunto.

Mamá sale de la habitación y regresa con una botella. La abre y empieza a servir una copa para todo el mundo menos para mi padre. ¿La comida se va a enfriar? Deberíamos empezar a comer. Mamá regresa a la cocina para sacar una botella de kombucha para papá. Estamos todos de pie, juntamos las copas y no puedo evitar mirar a papá. La kombucha parece un castigo, a excepción del microbioma intestinal. A veces parece solo y esa soledad no se percibe en lo que dice, sino en los pequeños movimientos. La muñeca débil cuando junta el vaso con el torbellino de copas entrechocando, la espalda encorvada al caminar, la lentitud al levantarse y sentarse en la silla.

Al final nos tomamos la cena tibia. No sé si la gente quiere hablar sobre el bebé, pero parece inapropiado alejarse de una noticia tan importante. Simone ayuda a llenar el vacío y a suavizar la tensión. «¿Cómo te imaginas la crianza compartida? ¿Puedo ver una foto de

Maria? El bebé tendrá una cara espectacular».

Me fastidia que sea tan fácil para algunas personas: te corres dentro de alguien y chimpún, todas esas preguntas tortuosas sobre la familia desaparecen, porque vas a tener un bebé y no hace falta cuestionar nada. No necesitas planificar, ni hacer ninguna gimnasia agónica ni mental para convencerte de que esa biología que limita tu vida te está llevando a tu sitio. Pongamos que me quedo con Vincent y decidimos no tener hijos; ¿qué pasaría si un día él decidiera que los quiere y me abandona por la ruta fácil? ¿Dónde me deja eso a mí? Atravieso otro rigatoni con el tenedor. Demasiado blando. Sabe perfecto.

—¿Trabajarás menos? —le pregunto a Jamie.

La habitación se queda en silencio.

—¿No? —responde, con la actitud defensiva de alguien que tiene un trauma con el código procesal civil—. La gente trabaja y tiene hijos a la vez.

—Vale.

—Pues eso —dice y, entonces, con la cabeza hacia el cuenco, añade—: Algún día entenderéis cómo es.

Abro la boca para decir algo, pero no digo nada. No sé qué iba a decir. Ha pronunciado esas palabras con un tono tan casual, como si fuera igual para mí, Vincent y Simone. Resulta ridículo en parte, porque Jamie no tiene ninguna experiencia real como padre, tan solo la noticia de una exnovia embarazada. Sin embargo, debajo de esa sabiduría de postureo, debajo de ese «algún día», está la concepción de que las barreras que percibo son obstáculos en vez de muros. Sí, puede que lo sepamos algún día.

Simone recupera su puesto como el centro del interés de mi familia, algo fácil dado que todo el mundo necesita tiempo para procesar la noticia de Jamie. Le preguntan por sus modelos. Nos habla sobre una chica (Xenia, la que no tiene cejas) que lo ha petado; nos enseña sus redes sociales, sus rizos gruesos y negros que caen sobre los plisados de Issey Miyake o sobre los cuellos con adornos de Ganni. Mamá, que nunca ha moderado su obsesión por la belleza ni a quien tampoco le han dicho jamás qué es hermoso y qué no, revisa todo su perfil, va bajando y bajando mientras mastica

la pasta; nadie ha dicho nada sobre ella. Como si me leyera la mente, Vincent me aprieta el brazo.

—Está muy rico. Como siempre.

Vincent y yo nos ofrecemos a lavar los platos cuando todos han terminado. Desde la ventana veo que Simone y papá fuman. Ella sabe qué preguntas hacerle. Su relación es fácil.

—Me duele mucho la cabeza —comento. La tensión en el cráneo se transforma en náuseas.

—¿Qué tienes? —pregunta Vincent.

—Migraña.

Me masajea la cabeza con su suave pulgar y luego me aparta del fregadero. Me siento junto a la encimera. A lo mejor no pasa nada porque no me haya ayudado a cocinar. Enjuaga los platos antes de ponerlos en el lavavajillas.

—Ya me encargo yo —dice papá al aparecer en la puerta, sin rastro de Simone.

—Nosotros podemos —replico.

—Eres el invitado, por favor —le dice a Vincent.

—Ah, no. No pasa nada. Me gusta recoger.

—Insisto.

El tono de papá es amable pero firme y Vincent se aparta un poco.

—¿Qué se siente al saber que va a ser abuelo? —le pregunta el chico.

Abuelo. La pregunta me tensa los hombros.

—Mmm… —dice mi padre cuando empieza a fregar la sartén—. Es una sorpresa. —Vaya si lo es—. Pero sienta bien. ¿Verdad, Maxy?

—Sí que sienta bien. Es una buena sorpresa. Pero sorprendente.

—Sí. Será bonito pasar tiempo con un nieto. Un nuevo comienzo.

Un nuevo comienzo. Los nudos de la espalda se tensan más. Es lo único que tiene que decir: que la cagó la primera vez. No está claro cuánto verá mi padre, ni los demás, al bebé. Los parámetros del acuerdo de crianza compartida siguen siendo difusos. No he compartido con Vincent mucha de nuestra historia familiar, aparte de que papá y Jamie no se llevan bien, pero, al mismo tiempo, no sé cuánto hay que decir. Esto lleva años pasando. Se produjo un altercado del que nunca se han recuperado. Pero eso no explica

demasiado el espacio entre papá y Jamie, ni siquiera el espacio entre papá y yo, la larga erosión en la que una fisura se convierte en un cañón.

—Los bebés son justo eso —dice Vincent—. Un nuevo comienzo.

Papá sonríe hacia el suelo y asiente. Tras poner el lavavajillas, regresamos a la otra sala en fila. Sentada entre Vincent y Simone, intercambio sonrisas con Jamie. Un bebé va a salir volando de Maria, una mujer que hace unos meses no sabía si era real. Tengo más preguntas para Jamie. ¿Por qué no me lo contaste a mí antes que a papá y a mamá? ¿Esto va a funcionar de verdad? Pero no parece el momento.

—La tita Max —dice Simone.

La habitación se queda en silencio; todo el mundo presta atención, como si Simone me hubiera hecho una pregunta.

—Una transtita.

—¿Una qué? —pregunta mamá.

—Una tía trans. Como el tío gay pero para mujeres trans.

Simone se ríe, lo que permite a mamá reírse; papá también se ríe tapándose la boca con el vaso de agua. Miro a Vincent, que se remueve un poco y luce una sonrisa incómoda.

—Pero ¿cómo te sientes? —pregunta Jamie.

—¿Que cómo me siento?

—Al saber que serás tía.

Quiere saberlo de verdad. No me gusta su tono. Es un poco inquisitivo, como si fuera un auténtico misterio saber si esto es algo positivo para mí. ¿Acaso mi familia cree que, fuera de la privacidad de mi propio cerebro, iba a centrar toda la situación en mí?

—Es algo especial —contesto—. Estoy contenta por ti, pero también emocionada por pasar tiempo con tu bebé.

Jamie se levanta de la silla y me abraza. El abrazo dura más de lo necesario. ¿Dudaba de que me fuera a sentir bien por él? Una reunión familiar no parece el lugar más adecuado para preguntárselo, aunque Jamie pensara de verdad que iba a considerar su bebé como algo horrible. Vuelvo a sentarme. Vincent apoya una mano sobre mi rodilla y yo descanso la cabeza sobre el hombro de Simone, que juguetea con mi cabello. Me siento el centro

de todo otra vez. ¿Todo el mundo habla sobre que no puedo tener bebés? ¿Tan grande es el tabú? Quiero recibir estas pequeñas muestras de afecto, pero a veces no son muy distintas de cuando veo que me sonríe alguien con una placa de identificación arcoíris. Idos a la mierda.

—¿Alguien quiere más vino? —pregunta mamá.

Nadie quiere y la decepción aparece y desaparece de su rostro. No puede beber a menudo. Me levanto para recoger las copas. Vincent me ayuda sin que se lo pida. En la cocina, me abraza con fuerza por la espalda.



Más tarde, en mi cuarto, Vincent deshace su maleta mientras yo me quedo tumbada en la cama. Recorro con la mirada los bordes irregulares de una fina grieta en el techo que emana desde la lámpara y desaparece a mitad de camino hacia la pared.

—¿Cómo te sientes? —me pregunta, dándome la espalda. Traslada las cosas de la maleta al armario.

—No sé si va a funcionar. Jamie es muy disfuncional.

—¿Lo es?

—No tiene tiempo para ser padre. Ni siquiera tuvo tiempo para una relación.

Vincent se sienta en el asiento de la ventana.

—¿Por qué rompieron?

—Dijo que Maria quería demasiado de él. Y que él no tenía mucho que dar entre Maria y el trabajo.

—Y cree que un niño es…

—Lo sé. Cada día doy las gracias de que sea mi hermano y no mi novio.

—Qué asco, Max. —Nos reímos. Vincent se pone una camiseta—. Pero te preguntaba cómo te sentías tú.

—¿Sobre qué? —pregunto, aunque sé a dónde quiere ir.

—Sobre el bebé.

No creo que haga falta que se lo deletree ni que diga nada, porque sé que, si se parara a examinar las pruebas, y después del día que

acabamos de tener, sabría exactamente cómo me siento. Pero quizás sea mucho pedir y quizás a veces la vida exija que deletreemos las cosas a otras personas y no es culpa de nadie.

—Es un poco abrumador —contesto. Lo es. Igual que la presunción de que las cosas son duras para mí, hasta el punto de que cuesta admitir que lo son—. Pensaba que había alcanzado un punto en el que apenas pensaba que era trans, en el que eso no formaba parte de mi día a día, pero ahora…

—¿Qué ha cambiado?

—Ha sido este año. Estar en una nueva relación. —Suspiro—. Y la edad. Siento que la gente se está graduando en cosas que no están hechas para mí. Quiero que la vida sea fácil. Y cuando me dijiste que tu madre estaría bien…

Se me quiebra la voz. Vincent se ha levantado. Deja caer los brazos a los costados. ¿Por qué está así? Parece un lápiz.

—Pero es lo que pasa, ¿no? Si tu madre no fuera así de sinóloga… —Resoplo una carcajada y me limpio las lágrimas de los ojos—. Ya, pero, si no lo fuera, si solo fuera una mujer blanca y pija y un día trajeras a un chico asiático, seguro que al principio se comportarían de forma rara. —Se lleva las manos a las caderas—. Solo digo que le pasa a mucha gente.

—No es lo mismo.

—Pero sí que lo es, un poco. No lo digo para menospreciarte, sino para que te sientas menos sola. A veces creemos que estamos fuera de todo y no pasa nada si nos sentimos como una mierda.

Suelto un largo y sonoro suspiro por la nariz. Parece que hemos compartido demasiado y tengo miedo. Lo que quiero decir es que para él todo sería más fácil si no estuviera saliendo conmigo, en especial en una época de crisis, cuando su familia lo necesita. Pero no puedo decirlo. No quiero que se dé cuenta de que es verdad. Me digo que debo dejar de centrarlo todo en mí. Debo dejar de meterme en las arterias rotas del corazón de su padre.

—Tienes razón, lo siento.

—No pasa nada —contesta con un hilillo de voz.

Nos callamos, mirándonos. Durante un instante, parece que ninguno se va a mover, que ninguno se moverá jamás, pero

entonces él se inclina ligeramente y yo levanto el edredón para que se meta en la cama. Y lo abrazo, le rodeo el cuerpo con los brazos, porque quiero disculparme sin volver a decir «lo siento», porque no quiero que se aleje tanto. Nuestras respiraciones se sincronizan y exhalo el dolor de los folletos y del tren.

Al cabo de un rato, se mueve, sin dejar de darme la espalda, y encorva más el cuerpo.

—Tengo que hablar contigo sobre una cosa.

El breve momento de calma desaparece. Se me acelera el pulso.

—¿De qué?

—Quiero irme de mi piso. Me quedé a vivir ahí por las prisas y no me parece un buen sitio, y menos con todo lo que está pasando.

Se calla.

—¿Quieres…?

—¿Podría quedarme contigo cuando se acabe el contrato de alquiler? Solo hasta que todo lo de mi padre mejore.

Respiro hondo, dando gracias de que no sea nada más grave. De que estemos bien.

—Sí. Sí, claro.

Cuando se le acabe el contrato, llevaremos juntos cinco meses. Qué pronto. Qué arriesgado. Pero su padre está enfermo. Siempre tiene lío en el trabajo. Agradezco que me lo haya preguntado, que quiera venirse a mi casa. No es como si no lo hubiera pensado ni rumiado al saber que se le acababa el contrato, pero me preocupaba extenderme demasiado hacia él.

—Ya haremos planes cuando vuelvas —le digo.

Cambiamos de postura y primero me abraza y luego empieza a besarme el cuello. Follamos sin quitarme la camiseta, pero me toca de todos modos. Al terminar, me acurruco contra él; solo está encendida la lamparita de noche de mi lado.

—Ya he visto a qué te referías con lo de Jamie y tu padre.

—Ya. Están así desde Lamma.

—Siempre lo dices con un tono muy siniestro.

—Lamma —repito con voz ronca. Vincent se ríe.

—Lamma. ¿Qué ocurrió allí?

—Mi padre le prendió fuego a una alfombra.

—¿Una alfombra?

—Estaba borracho y se quedó dormido con un cigarrillo en la mano. Bajé a por agua y lo vi.

—¿Y qué pasó?

—Apagué el fuego con un cojín.

—Dios mío —dice. Noto que levanta el torso—. ¿Cómo de grande era el fuego?

—No sé. —Me masajeo la frente con la mano—. Pasó muy rápido. Fue una locura.

—¿Y si hubieras estado dormida?

—Pero no lo estaba.

Cierro los ojos.

—¿Dónde estaba tu madre?

—Trabajando, claro. Era fin de semana.

—¿Y tu padre se despertó?

—Sí. Yo lloraba y gritaba. Aunque ya estaba apagado y mi padre despierto, no podía dejar de sacudirlo. No sé por qué. Me miró como un muerto, con una mirada muy vacía.

—¿Y qué hizo?

—Cambió la alfombra por otra que teníamos guardada y le dijo a mamá que creía que quedaba mejor. —Suspiro. Vincent me agarra con fuerza del brazo. No sé si sabe que lo está haciendo—. No entiendo por qué, pero le pareció bien. Ni siquiera se fijó en que faltaba un cojín.

—Vale. Pero me refería a que si le entró el pánico.

—Creo que estaba en *shock.*

—¿Y tú estabas bien?

—Tenía quince años.

—Pero ¿estabas bien?

—Sí.

—¿Y Jamie…?

—Lo mantuve en secreto hasta que Jamie regresó de la universidad. No debería habérselo contado. Se le fue la pinza, no podía perdonarle a papá que me hubiera puesto en peligro, no dejaba de ponerse en lo peor.

—Pero ¿era cierto?

—Me desperté. —Otro suspiro—. En fin, después de eso, Jamie estalló delante de papá.

—¿Y luego?

Me aparto un poco del abrazo de Vincent y, con amabilidad, me guía para que retuerza el cuerpo y me ponga cara a cara con él.

—Mi madre se enfadó mucho con Jamie por no respetar mi confianza. Aunque en aquella época no le vi el sentido, salta a la vista que quería eludir la cuestión. Luego mis padres se encerraron en su dormitorio a hablar.

—¿Y qué le dijo tu madre a tu padre?

—A saber.

—Pero funcionó, ¿verdad?

Me acaricia la mejilla con un dedo.

—No sé. Verás, Jamie no es una persona sana. Siempre está lleno de pánico. Sus estallidos eran pesadillas para los demás. Siempre odió a mi padre. Cuando mi madre no estaba, maldecía las botellas vacías que se acumulaban por toda la casa. Pero también se mostraba muy protector conmigo, así que, cuando creyó que mi padre me había puesto en peligro, eso le dio una razón para no perdonarlo jamás.

—¿Y tú?

—¿Qué?

—¿Tú lo perdonaste?

Bajo la mirada hacia su pecho. Vincent me besa en la frente.

—Creo que no es cuestión de perdonar. Me siento mal por decirlo, pero creo que mi padre me caía mejor borracho.

—¿Mmm?

—Cuando dejó de beber, fue como si no pudiera estar cerca de mí. Sentí que ya no podíamos hablar, que me había convertido en un enigma para él.

—¿No estuvo más presente?

—Supongo, sí. Pero no del todo. —Respiro hondo—. Antes de que dejara de beber, nos tapábamos con una manta en el sofá para ver pelis. Era muy cariñoso, del modo que deberían ser todos los padres y no lo son.

—Ya, el mío no lo fue.

—Dios, lo siento mucho. —Me limpio una lágrima del ojo que no sabía que estaba ahí—. No dejo de hablar sobre mis movidas…

—A mí no me apetece hablar sobre las mías ahora mismo.

Me doy la vuelta para acurrucarme contra él.

—A ver, sí que se volvió más funcional. Mil millones de veces más funcional. Y fue a terapia. Y a Alcohólicos Anónimos. Y, en vez de aislarse en casa, iba a ver a mi madre a la terraza del centro comercial IFC en Central. Siempre ha cocinado y limpiado y lo organizaba todo mientras mamá trabajaba…

—¿Pero?

—Siento que lo he perdido.

—¿De verdad?

—Sé que me echa la culpa por contárselo a Jamie. Por todo.

—¿Estás segura? Eras una cría.

—Es algo que noto y ya está. No creo que él lo admita nunca. Pero lo sé.

Vincent me aprieta el brazo.

# VIII

—¡Estás muy guapa, Max! —grita Emily.

Estoy de pie en un pequeño podio en un probador y me enfrento, por lo menos, a una decena de espejos que sobran. Emily (una chica blanca con el pelo moreno y secado de tal forma que le dé volumen) y Michelle (una chica china de Hong Kong con un bolso de Chanel) parecen Barbies un tanto diversas con copas de champán. Simone está sentada entre las dos en el sofá de satén, apoyada en el hombro de Michelle. Es como una alucinación provocada por la ansiedad. Miro mi reflejo, los tirantes finos, el escote en forma de corazón, el corpiño apretado, la falda que cuelga suelta de mis caderas. Cuánto rosa empolvado. ¿Por qué los vestidos de las damas de honor son siempre de este color? O de ese verde salvia tan horrible, para que parezcamos flores o tallos, para recordar al mundo que somos delicadas, listas para que unas manos ásperas y masculinas nos arranquen del suelo.

—¿Me hace barriga? —pregunto.

—Todo el mundo tiene barriga —contesta Simone.

—Pero ¿se me nota?

—La verdad es que pareces minúscula —comenta Michelle. Simone se ríe por lo bajo.

—Gracias, Michelle.

Michelle ha venido en avión desde Hong Kong, de camino a la despedida de soltera de Emily en Las Vegas. Es rica, rica nivel Hong Kong. Debido a su educación, o quizás a su riqueza, Michelle lleva un retraso de al menos una década en política liberal. Cuando conté que era gay, me dijo que podíamos ir de compras. Cuando conté que era trans, también me dijo que podíamos ir de compras. Entiende que el racismo casual no está bien, pero todavía dice abiertamente, como mujer china, que no le atraen los hombres asiáticos. Simone y yo llevábamos un par de años sin verla.

No sé cuándo fue la última vez que las cuatro nos juntamos. Estas son las mujeres a las que, como joven gay con instinto de supervivencia, me aferré en el instituto. Siempre he mantenido cierta distancia con todo el mundo, menos con Simone; me he ocultado y, aunque también me oculté de Simone, al menos teníamos eso en común.

Emily sube al podio y mete el dedo en la espalda de mi vestido para tirar de él. La modista se le acerca.

—Es perfecto, ¿no? —pregunta Emily a la mujer.

—Sí, muy bonito.

—Bueno, pues esperemos que no cambie nada.

Con eso se refiere a mí. El vestido no se encogerá a modo de protesta por la unión heterosexual, por muy *camp* que sea. Me siento, y la mujer saca el vestido de Simone. Mi amiga se levanta y lo sostiene por la percha. Capto el temor en su rostro. Se me cae el alma a los pies.

—Vas a estar espectacular —dice Emily.

Simone desaparece en el probador.

—¿Tus padres siguen en Escocia? —me pregunta Michelle.

—Sí, están bien. Siguen en Edimburgo.

—¿Y los de Simone?

—En Phuket.

—Qué triste que todo el mundo se haya ido de Hong Kong.

—¿Qué tal está la tía Yvonne?

La madre de Michelle era terrorífica. Era una mujer severa que se pasaba el día sentada junto a una mesa y comía litchis y bebía vino caro. Cuesta imaginar que el cáncer la afectara, que no asustara a las células aberrantes hasta que acataran su voluntad.

—Se acaba de hacer el chequeo anual. Todo bien.

—Me alegro mucho.

—¿Y qué tal el tío Peter? —me pregunta Emily al sentarse con nosotras.

A mis amigas siempre les ha caído bien mi padre, una versión mucho más blanda que los suyos. Sienten una lástima colectiva por él. Todas saben lo del alcoholismo, aunque no sé si alguna vez se fijaron en lo que pasaba.

—Está bien. Igual que mi madre.

—Mi madre dejó de beber hace poco —comenta Emily.

—¿Sí?

—La cosa empeoró después de la separación. Dios, ¿te he contado que va a llevar un vestido de novia a la boda?

—¿Qué?

—Es de locos —dice Michelle—. Enséñale la foto.

Emily me muestra una foto de su madre, Julie, en lo que es, sin duda alguna, un vestido de novia.

—Dice que no es un vestido de novia porque es de color crema —explica Emily—. ¡Pero mira el encaje!

—¿No puedes decirle que no lo lleve?

—Nos ha dado dinero para la boda.

Simone sale de detrás de la cortina. Michelle y Emily la vitorean. Yo no puedo. Sé que lo odia. El satén largo, hasta el suelo; la espalda desnuda en contraste con el cuello alto. Parece muy insegura; se da la vuelta despacio, como una bailarina rota en una caja de música. Emily y la mujer de la tienda se sitúan detrás de ella.

—Hay que entrarlo un poco —comenta Emily. La mujer tira, dobla y clava un alfiler. Veo que Simone se estremece cuando la tela se le pega más al pecho y a la cintura—. Te gusta, ¿verdad? Me ha parecido un poco más masculino comparado con el de Michelle.

—¿Por el cuello alto?

Emily, validada, sonríe.

—¡Sí, exacto!

¿Cree que las mujeres queer se avergüenzan de sus esternones?

Recuerdo a Simone en nuestra fiesta de graduación, con un vestido largo y rojo, en brazos del capitán del equipo de *rugby*. También recuerdo los celos que sentí de querer ser tan hermosa como ella, de que un hombre como ese me deseara e incluso me amara. Es curioso que, para algunas, el sueño consista en ser una mujer hermosa en un vestido precioso que hombres guapos quieran tirarse y, para otras, es como el infierno. A veces incluso es las dos cosas a la vez.

—¿Te sientes bien? —pregunta Emily.

—Ya hacía tiempo que no me ponía vestido —contesta Simone y se

pasa las manos por las caderas.

—¿Te acuerdas de lo que te ponías para ir a la discoteca Dragon-I? —Michelle se ríe y me mira para que la valide. Finjo no darme cuenta.

—Era adolescente.

—¿No te gusta? —Emily ladea la cabeza.

—No —dice Simone—, está bien. Pero pensaba que sería…

—¿Te molesta mucho? Si te molesta, podemos mirar otra cosa, pero pensaba que…

—No, no. No pasa nada. Es bonito.

—¿Estás segura?

—Sí. No quiero montar un pollo por esto. Solo me resulta raro. No recuerdo la última vez que me puse un vestido. Es bonito.

Simone parece encogida, un poco marchita. Como una pasa triste y queer. Emily se gira hacia Michelle y hacia mí.

—¿Podéis colocaros juntas?

Nos ponemos codo con codo. Emily saca unas cuantas fotos y luego le pasa el móvil a la costurera, que saca unas cuantas más. Le doy un apretón a Simone en el muslo y, cuando nos separamos, otro.

Lo celebramos (aunque con discreción, por el vuelo temprano que deben tomar Emily y Michelle) en un restaurante chino de St. James. Los camareros no nos permiten pedir vino sin el sumiller. Sé que esta cena saldrá escandalosamente cara e intento tranquilizarme. Emily ha pagado los vestidos. Michelle y Emily viven en el extranjero. No vas a ir a la despedida de soltera. Puedes pagar un pato a la pekinesa de tres cifras. Un hombre con un sombrero alto de chef corta la cáscara marrón crujiente del pájaro. Tengo un dolor de cabeza incipiente. Debe de ser por beber durante el día. Envolvemos los trocitos de carne en tortitas minúsculas.

—¡Mmm! —dice Emily—. Se me había olvidado preguntarte por tu hermano.

—Jamie está bien. Creo que va a tener un bebé.

—¡¿Qué?!

Michelle y Emily relucen con anhelo maternal.

—Es un lío.

Simone traga un trozo grande de pato.

—Dejó embarazada a su exnovia y lo va a tener —explica—. Cuánto se va a implicar Jamie todavía está por ver.

—¿Crees que será buen padre? —pregunta Emily.

—Eh… —La verdad es que no me he planteado esa pregunta, al menos no en esos términos—. No quiero echar mierda a mi hermano ni nada, pero no lo sé.

—Ah.

Emily parece decepcionada.

—Dios —interviene Michelle—, ¿os acordáis de cuando Jamie le dio una paliza a Tom Stacey por meterse contigo?

—Pues claro que recuerdo que Jamie le dio una paliza a Tom Stacey por meterse conmigo.

¿Cómo podría olvidarlo? Fue bastante gordo. Llamaron a nuestros padres. A Jamie no le pasó nada porque había terminado los exámenes y se iba a la universidad. Nadie volvió a tocarme. Jamie era protector, pero creo que también quería pegarle a alguien. Por aquella época había mucha mala energía. Papá todavía bebía. Padecimos el pánico constante de Jamie al fracaso, mientras todas las personas al otro lado de las cuatro paredes de nuestra casa creían que estaba bien. Con él siempre ha sido así: sus inseguridades eran una herramienta para aporrear a los demás.

—Tom Stacey estaba buenísimo —comenta Emily mientras se come un diente de ajo entero—. Pero ya no lo está.

—Lo he visto —contesta Simone—. Qué triste.

Emily suspira con una contrición que le pesa.

—La treintena afecta mucho a los hombres.

Simple, pero cierto. La belleza, al igual que la línea del pelo, retrocede.

—Hace poco visité Lamma y me acordé de ti —me dice Michelle.

—¿Os acordáis de cuando íbamos a la playa? —interviene Emily—. La de la central eléctrica. ¿Creéis que era seguro?

—No sé si quiero saberlo —contesta Simone.

—Con el puestecito de pollo frito —añade Emily.

—Sigue allí, ¿sabes? —dice Michelle mientras me sirve más verduras en el plato.

Ese fue el primer sitio donde mi familia y yo comimos mientras arrastrábamos las maletas desde el ferri hasta nuestra nueva casa. Yo tenía once años. Resulta raro oírlas hablar sobre aquello con nostalgia. Emily, que vivía en Deep Water Bay, en la isla de Hong Kong con una playa propia bonita, siempre se quejaba de tener que venir a Lamma. Todas se quejaban de venir a Lamma. Por cómo lo decían, parecía una peregrinación. Simone insistía en quedarse, como si esa fuera la única forma de justificar el viaje. Solo era un trayecto de veinte minutos en ferri desde el muelle de Central.

—Maxy, por cómo le va a tu padre ahora mismo, ¿crees que podría ponerlo en contacto con mi madre? Por el tema de la abstinencia.

—Sí, claro. No creo que le parezca mal.

No sé qué le parecerá.

—¿Cuándo dejó de beber? —pregunta Michelle.

—Después del fuego —responden Emily y Simone.

Miro a Simone como si me hubiera traicionado, porque a lo mejor lo ha hecho. Se mete un trozo de tofu frito en la boca mientras el rostro de Michelle cambia con el sobresalto de un recuerdo.

—Ay, Dios mío, pues claro. Le prendió fuego a tu casa.

—No le prendió fuego a la casa… Solo a la alfombra.

—Pero a ti te dio mucho miedo —dice Emily.

Estoy bastante segura de que, cuando se lo conté por primera vez, Emily dijo que estaba siendo una dramática.

—No pasó nada.

—No, sí que pasó. Te estresaste mucho. Fue algo terrible. Y después Jamie…

—Ay, sí, Dios santo, perdón, ya me acuerdo. Perdón —dice Michelle —. Se puso como una fiera con tu padre, que luego dejó de beber, pero seguía comportándose de un modo raro contigo. —Michelle se gira hacia Simone, como si yo no fuera una fuente fiable—. ¿Verdad?

Miro a Simone con la esperanza de que me apoye.

—Sí que fue aterrador, vaya. Eras adolescente.

—Simone.

—Max —dice Emily con una sonrisa indecisa—. No pasa nada. Tu padre ya no bebe.

—Exacto —digo con aspereza—. No pasa nada.

—Ay, Dios, ya me acuerdo —exclama Michelle—. Después de que pasara, no volvisteis a hablar del tema. Ahora parece una locura, la verdad…

—Chicas… —interviene Simone.

Tengo ganas de gritar. Simone se masajea las cejas con los dedos. Emily se muerde el labio.

—Es que… —empiezo—. Odio cuando…

—¿Alguna vez habláis del tema? —pregunta Emily—. Tu familia, quiero decir.

—La verdad es que no.

—¿Cómo que no? —Michelle sacude la cabeza—. Siempre me olvido de lo blancos que son.

—Chicas, por favor.

Me arden las mejillas. Lo recuerdo todo. Guardé el secreto hasta que Jamie me presionó para que le contara qué pasaba; lloré en el instituto y las chicas me rodearon. Les supliqué que no se lo dijeran a sus padres y lo cierto es que creo que no lo hicieron. La mesa se queda en silencio. Me sonrojo por los restos de una vergüenza y una humillación pasadas. Por tener un padre alcohólico y por mí misma, por invitar al caos, por dejar que se pudriera.

—Pero piensa en todo lo bueno que pasó después —dice Emily—. Él dejó de beber. Creo que mi madre será más feliz. Ya lo es.

—Diría que eso es por el vestido de novia —interviene Michelle.

Las chicas se ríen. Consigo soltar una carcajada. Me encorvo en la silla. Simone busca mi mano debajo de la mesa para darme un apretón y luego otro. La mesa se queda callada en un momento de entendimiento tácito. Nadie se disculpa. No hay nada por lo que disculparse.

—No me puedo creer que no vengáis a la despedida de soltera —suspira Michelle.

No me queda claro si lo dice con tristeza o decepción. Emily nos mira a Simone y a mí con esperanza.

—Era muy caro —explico—. Un fin de semana no justificaba ese

gasto.

—Ya, yo igual —añade Simone.

—Además, no me siento cómoda con ir a Nevada siendo una persona trans.

Eso parece poner fin a la conversación. Doy gracias por tener esa opción tan atómica, aunque no tengo ni idea de si es seguro volar a Nevada siendo una persona trans.

La madre de Emily nos escribió a Simone y a mí por separado para decirnos cuánto ansiaba que fuéramos a la despedida de soltera. Ninguna de las dos respondió. De todos modos, no va Michelle sola. También va un montón de las amigas de Emily, con las que seguro que mantiene una relación mucho más estrecha.

—Tu novio parece guapo —comenta Michelle—. Qué ganas de conocerlo.

—No vendrá a la boda —contesto, y doy un sorbo de vino para evitar la mirada de Emily.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—¿Unos cinco meses? —Mantengo la mirada fija en la copa—. No mucho.

—Pero la cosa parece seria, ¿no?

—Su padre sufrió un ataque al corazón.

—Cielo santo —jadea Emily.

—Qué estresante. —Michelle se lleva una mano al pecho—. Que la gente muera de esa forma.

Bajo los palillos.

—Está vivo. Creo que eso nos ha unido más, ha hecho que todo sea un poco más serio. También ha conocido a mi familia.

—Están viviendo juntos —añade Simone.

—¿Qué? —exclaman Michelle y Emily.

—De forma temporal.

—¿A ti te cae bien? —Michelle se gira hacia Simone.

—Sí. —Se reclina en su asiento—. Mucho más que el anterior.

—Ese imbécil. —Emily sacude la cabeza.

El resto asentimos con solemnidad. Creo que Michelle no conoció a Arthur, pero supongo que la gente habla y con eso basta. Agarro otra tortita.

—¿Su familia es simpática? —pregunta Michelle.

Noto que me arde la cara.

—Solo he conocido a su hermana —contesto, sin mirar a nadie a los ojos—. Por todo lo que ha pasado con su padre. Aunque ella es muy maja. Lo ayudó con la mudanza. —Respiro hondo y miro a Michelle—. ¿Tú crees que te vas a comprometer pronto?

—Austen me pedirá matrimonio el próximo marzo.

—Anda, ¿cómo lo sabes?

—Se lo he preguntado.

—Entonces, ¿le has pedido tú matrimonio?

—No. —Michelle parece desconcertada—. He puesto una fecha para que él me lo proponga a mí.



Simone insiste en pedir un taxi a Camden Road. Carla tiene una exposición en una galería de allí. Es todo un logro. Ha pintado una serie de retratos de mujeres trans; muchos son desnudos. Michelle y Emily deciden no acompañarnos. Vegas, baby. Estamos en el borde de la carretera; la noche es más fresca de lo habitual para ser principios de verano.

—Cinco minutos —me informa Simone—. Odio ese vestido con toda mi alma.

—Ya, no te pegaba nada.

—¿Estoy siendo difícil?

—¿Qué? No.

—No soy trans. De hecho, siento que si fuera trans podría justificar no ponerme ese vestido.

—Entiendo lo que quieres decir. Creo que no han visto lo incómoda que estabas. Se lo podrías decir.

—Pienso que lo soportaré. Uf, qué cobarde soy. ¿Sabes cómo algunas personas siempre te hacen sentir pequeña? Y no es ni siquiera culpa suya, soy yo, que me siento atrapada. O atrofiada. O algo.

—«Ay, Dios, Max. Es muy guay que ahora seas una chica porque no te podríamos haber incluido en la boda si fueras un chico» —

digo.

—«Ay, Dios, Simone. Antes eras un putón tragapollas, ¿y ahora no puedes ponerte el dichoso vestido y cerrar la puta boca?». —Nos reímos. Noto el efecto del vino—. Creo que Eva está saliendo con otra persona.

—¿En serio?

—Sí, y es justo. Ha pasado mucho tiempo. Pero siempre duele, ¿verdad?

—Nunca dejará de doler.

Me acuerdo de aquella chica en la presentación del libro, la que se sentó a mi lado cuando Arthur leyó su poema. Un par de días más tarde, cuando no tenía a Vincent cerca, me sentí inferior. Tuve que recurrir a todas mis fuerzas para no investigar, para no buscar cosas sobre ella, para no enterarme de si era mejor que yo ni para encontrar formas de demostrar que no lo era. Todo era un ejercicio para probar que no soy digna.

—Lo siento. Ese sentimiento es horrible.

—¿A veces no tienes la sensación de que te vas a quedar atrás? De que acabarás siendo una chica acabada y soltera que solo sale de fiesta.

—Simone. —La rodeo con un brazo—. Todo el tiempo, literalmente. Pero ya casi ni salimos de fiesta.

—¿Eso no es peor?

—Pero tú eres muy interesante. Y encima eres una mujer de éxito.

—Cierto, al menos tengo eso. —Me abraza—. Siento lo del fuego.

Respiro hondo.

—Parecía un interrogatorio.

—Michelle, agente de policía.

Me río.

—Ha sido rarísimo. Hace poco se lo conté a Vincent. Estábamos en casa de mis padres. Me da la sensación de que es algo extraño que cuelga sobre mí. Como si no se acabara nunca.

—Algunas cosas nunca se acaban.

—Ya.

Llega el taxi. Serpentea por el tráfico antes de dejarnos delante de la galería. Al entrar tomamos una copa de vino blanco cada una y nos situamos delante del primer cuadro.

Es un desnudo colgado en la pared, de una mujer trans pintada en azul con las piernas abiertas y los genitales expuestos. Me resulta familiar. A lo mejor la veré en la pequeña multitud de la galería. Simone pasa al siguiente cuadro, pero yo no puedo evitar quedarme junto a la entrada, cerca de la gran ventana que hay al lado de la puerta, para observar a los mirones de la calle. La galería está situada en las cercanías de una parada de autobús. Veo pasar a una pareja, la mujer está distraída, mientras que el rostro del hombre muestra una alarma repentina. Tira de la mujer y retroceden unos pasos para mirar ojipláticos el cuerpo. Cuando veo que un par de adolescentes se fijan en el retrato, me doy la vuelta. No quiero ver su reacción.

—¡Max! —grita Carla y sube las escaleras desde el baño. Lleva un vestido negro ceñido con la cintura baja—. ¡Has venido!

Nos besamos en la mejilla. Dos veces, por supuesto.

—Muchas gracias por invitarme. He traído a Simone. Estábamos probándonos los vestidos de damas de honor.

Carla se ríe.

—Qué loca estás. Siempre haces cosas rarísimas.

Sí, supongo que eso es raro.

—Enhorabuena —le digo—. Los cuadros son preciosos.

—Gracias, cariño. Menudo estrés en el último momento. Querían que cambiara de sitio ese de la puerta. Que lo reemplazara con uno de los cuadros de culos.

—A mí me gusta ese. Es valiente.

—¿Valiente? —Arquea las cejas—. No es valiente. Es un cuerpo.

—Eh…

—¡Hola! —saluda Simone.

—Hola, cariño.

—Enhorabuena. Los cuadros son preciosos.

—Gracias, cariño.

Carla nos deja. Nos adentramos en la galería y atravesamos una sala llena de gente que admira cuerpos desnudos pintados en un

azul triste o en tonos verdosos. En cuclillas, doblados, mirando un espejo y examinando. Hay un mundo de diferencia entre fuera y dentro. Muchas de las personas que están aquí también fueron a casa de Caspar, aunque a él no lo veo. A lo mejor se ha enfadado con Carla. Cuesta seguir el ritmo a estas cosas.

El último cuadro es el más pequeño. Un retrato lleno de detalles de una mujer enroscada en la cama en un rincón de una habitación. Creo que tiene el tamaño de una manzana o una mandarina. Doblamos las rodillas para inclinarnos hacia esa habitación minúscula dentro de esta habitación.

—¿Qué crees que está haciendo? —pregunto.

—Escribir en su diario, dormir. —Simone suspira—. Aguardar el dulce abrazo de la muerte.

Nos erguimos para salir de la habitación.

—Creo que debería empezar a escribir de nuevo.

—¿Mmm?

—En plan serio. Este año solo he escrito un par de poemas.

No es que quiera ser productiva. Esto no va de perder el tiempo, sino de que la vida se ha acumulado a mis pies: mucha felicidad, pero también vergüenza. No sé si la forma de salir del dolor es atravesarlo a nado, pero tampoco sé si tengo otro modo de encontrarle sentido.

—¿Y por qué ahora? —pregunta Simone.

—No lo sé.

Nos trasladamos al borde del vestíbulo, con las copas vacías en la mano para rellenarlas.

—Me gusta escribir, ¿no?

—Antes te gustaba. Podrías centrarte en hacerlo para ti misma.

—Eso puede ser duro.

—No lo es.

—¿No?

—Yo lo hago todo por mí.

## VINCENT

# IX

No hay ningún motivo para que no podamos seguir como hasta ahora. Alex y yo nos hemos besado un poco. No hemos cruzado ningún límite. No tiene por qué enterarse de que yo me he enterado. Trataré de que me dé asco. Me recordaré que no sirve de nada desear a alguien si nunca voy a intentarlo con esa persona.

Sin embargo, estoy enfadado, porque, de todas las chicas que podría haber conocido en un albergue durante el viaje, ¿por qué me gusta la que es trans? Alex parecía especial, pero ¿funcionaría siquiera? Me pasaría la vida teniendo que explicar esa mierda a otras personas. ¿Qué pensarían mis padres? Mamá estallaría. Papá fingiría no haber oído nada. Me imagino contándoselo en el supermercado mientras da golpecitos a las sandías en busca del timbre correcto de

maduración. ¿Papá? ¿Me has oído? «Demasiado madura».

Me quedo en la cama hasta que la mujer del mostrador entra en la habitación. Me grita que me vaya porque no he pagado para salir tarde.

No debemos tomar el tren a Surat Thani hasta dentro de unas horas. Encuentro a Alex en el piso de abajo con su equipaje y ni siquiera tengo que esforzarme en no desearla. Hay una barrera candente alrededor de mi cuerpo.

—Hola —la saludo.

—¿A dónde fuiste anoche? —pregunta con el semblante inquisitivo.

—A la azotea y luego a mi habitación.

—Ah —dice, como si pudiera haber ido a cualquier otra parte—. He ido a un mercado flotante esta mañana. No era tan bonito como el otro. —Le dedico una sonrisa insulsa y asiento, como si no me importara—. Por cierto, te he comprado el billete.

—Ah, guay. —Callo un momento—. Gracias.

Debería preguntarle cuánto le debo, pero no lo hago. Miro el móvil; nada en particular. No sé cómo sentirme. Sé que estoy frío, que la estoy castigando por algo. Por no decírmelo. Por existir. Estoy enfadado y me noto cohibido. ¿Y si la otra gente del albergue lo sabe y nos miran? Es absurdo cómo cambian estas cosas: ayer era un perro enganchado a su pierna y hoy lo es ella y solo quiero tirarla al mar. Se sienta a mi lado y me levanto a por un ejemplar de *Shantaram* de la biblioteca comunal.

—¿*Shantaram?* —pregunta.

—¿Sí?

Guardamos silencio; ella juguetea con sus uñas. Me pregunto en qué piensa. ¿Creerá que me estoy comportando raro?

—Deberíamos irnos en unos cuarenta y cinco minutos.

No levanto la mirada de *Shantaram*, que solo finjo leer.

—Guay.

—¿Va todo bien?

—¿Qué?

—¿Va todo bien? —repite.

—Genial.

Intento captar un deje masculino en su voz, intento ver si parece

un hombre; le examino la garganta, la mandíbula. Cuando ríe, es una risa un tanto grave. Toda esa historia, nuestro pasado, hace que me den ganas de revolverme. ¿Cómo he podido desear eso? No lo deseo. Nos quedamos en silencio, el tiempo pasa. Alex pregunta si puede dejarme su equipaje para salir a dar un paseo. Vuelvo a pensar en mis padres.



Nos marchamos cuando regresa y tomamos la línea azul hasta la estación de tren de Hua Lamphong, con las mochilas cargadas al hombro. Alex deja de intentar entablar conversación, excepto para pedirme con los brazos cruzados el dinero del billete. De vez en cuando, nos miramos a los ojos, pero es como si nos alejáramos el uno de la otra a tiempo real, eso si hubiéramos estado juntos de algún modo. Es más bien como separar dos cosas antes de que la cola se haya secado, con indefensos hilos blancos cayendo de los dos trozos de papel.

Una aglomeración de gente espera en el vestíbulo central de la estación de techo curvo. Alex saca los billetes impresos de la riñonera y me da el mío sin decir nada. Comprobamos las pantallas electrónicas y luego buscamos el tren recubierto de acero en su andén.

Tenemos dos asientos, uno frente a otro, con una ventana a la izquierda. Son verdes grisáceos, de cuero, y blandos; todo el vagón está limpio y es moderno, aunque los billetes han sido baratos. Hay una litera encima; supongo que es una de nuestras camas. No sé dónde estará la otra, pero no pueden obligarnos a compartir, ¿verdad? Examino los menús que tenemos delante, con comida tailandesa; todos cuestan menos de doscientos bats. Alex me está mirando.

—¿Me vas a decir qué te pasa? —pregunta.

El calor me da una bofetada en toda la cara.

—¿A qué te refieres?

Alex pone los ojos en blanco.

—Llevas todo el día raro conmigo. Me dejaste en la cama en mitad

de la noche y no volviste y ahora estás muy raro.

—No estoy raro. Solo quería leer y no me encontraba bien. Y no podía dormir en tu habitación.

—¿Ha pasado algo?

—No —contesto e intento sonar sorprendido—. ¿Por qué lo dices?

—Quiero averiguar qué ha pasado.

—No hay nada que averiguar.

Alex apoya los codos en la mesa y resopla a través de los labios. Mira el andén de la estación a través de la ventana. Me ha impactado su forma tan directa de abordar el tema, no ha permitido que cueza a fuego lento durante más tiempo. Es tan sencillo y simple. ¿Qué pasa? Que soy tonto. No estamos en el albergue. No hace falta ponerme paranoico. No hay ojos fijos ni en mí ni en Alex, nadie nos evalúa para determinar qué somos, qué soy. Sé amable. Mantén la distancia, pero con amabilidad. Sé razonable.

—Creo que liarnos fue un error —dice Alex, con los ojos fijos en mí y las cejas arqueadas con vacilación. No digo nada durante un rato —. Siento haberte invitado a mi habitación. Es culpa mía.

—No pasa nada. Quiero decir, no hace falta que te disculpes. Pero, como vamos a reunirnos con Fred, tiene sentido que no nos enrollemos.

—Ya —dice con placidez, con la mirada de nuevo en la ventana—. Tienes razón.

—Vale.

Se me cae el alma a los pies y el arrepentimiento me engulle entero, lo que me sorprende, porque Alex me está dando lo que quiero. Si es así como debería ser nuestra relación, ¿por qué quiero agarrarla de la mano? Respiro hondo. Estos sentimientos desaparecerán.

El tren sale de la estación y, al cabo de un rato, las cosas entre nosotros empiezan a regresar a la normalidad, aunque dicha normalidad está a un paso por detrás de donde lo dejamos ayer y se centra con firmeza en la conversación y las risas. Hablamos y hablamos. «¿Qué? ¿Nunca has visto O. C.? De joven, habría muerto por ser Marissa Cooper. Cuando me enfadaba con mi madre, le gritaba que ojalá hubiera nacido en California». A veces creo que las

buenas conversaciones son como esos robotitos que limpian el suelo, las roombas. Chocan contra algo y cambian de forma espontánea de dirección sin un destino a la vista.

—¿Qué clase de abogado quieres ser? —pregunta Alex.

—No tengo ni idea. Aunque siempre me ha parecido guay trabajar con patentes y esas cosas.

Eso da pie a un largo sermón sobre capitalismo. Alex me cuenta que hizo una sentada con unos amigos delante de la bolsa de Londres para el Occupy London.

—Una persona hizo una pancarta que decía: «Rosa Parks murió por esto».

Me echo a reír, aliviado por saber quién es Rosa Parks.

—¿Por qué fuiste a las protestas? —le pregunto. Alex se queda boquiabierta, pero es fingido.

—Porque me preocupo, Vincent.

Yo nunca he estado en una protesta. No sé si tengo opiniones, y menos buenas. Si alguien insiste, puedo expresar mi visión, pero no me paso el día pensando en el mundo. Estaría bien ser alguien que sí que piensa en eso, ser un poco más como Alex. Fred piensa en el mundo. Lee mucho y en las conversaciones, cuando menos te lo esperas, suelta alguna cita, a veces de un modo que me hace sentir tonto. «Las fiestas grandes son muy íntimas. No hay privacidad en las pequeñas. ¿Qué pasa, no has leído *Gatsby*?».

Pedimos la cena y, mientras comemos, le hablo de la comida que tomábamos en Hong Kong. Ahoga un grito cuando menciono los intestinos de cerdo.

—Solo es casquería —digo, aunque en verdad quería impresionarla —. Pensaba que te gustaba comer.

—¡Y me gusta! Pero no puedo con ciertas partes. Como la lengua.

Finge vomitar.

—¡La lengua está buena!

—Es como enrollarse con una vaca muerta. Es bestialismo y necrofilia todo junto.

Los sentimientos desaparecerán. Es agradable volver a hablar con ella. Cuando se llevan la comida, los azafatos llenan el vagón para doblar y aplanar los asientos y formar una litera inferior. El vagón se

queda en silencio; observo la parte de abajo de la cama de Alex. Es una intimidad extraña, el estar tumbado de esta forma debajo de otra persona. No puedo evitar dibujar el contorno de su espalda, de sus caderas y sus piernas a partir del recuerdo de la noche anterior. No apagan las luces del tren, así que me encojo en la sombra que da la litera de Alex. Ralentizo mi respiración y me imagino que respiramos al compás, aunque ¿cómo podría saberlo? Quiero preguntarle si está bien, si puede dormir con las luces encendidas, pero no lo hago. Me quedo dormido, abrazado a la mochila y pensando en Alex.



Por la mañana, las piernas pálidas de Alex bajan por la escalera y la cremallera de su riñonera choca contra el metal. Se sienta en el otro extremo de mi cama mientras esperamos a descender del tren. No dejo de mirar mi mochila para asegurarme de no haber perdido el pasaporte, la cartera o el móvil. En el minibús dormimos un poco y luego, en el ferri de tres pisos, Alex se recuesta en mi hombro y yo apoyo la mejilla en su cabeza.

Me froto los ojos cuando nos acercamos a Koh Samuir. El mar es de un azul cristalino imposible, brillante, saturado y lleno de contrastes. Alex bosteza y mira por la ventanilla. Es como si compartiéramos este momento. ¿Es una tontería?

La costa enturbia la claridad del agua cerca del muelle. Nos apeamos del ferri y el calor matutino cae sobre nosotros. Se me forman gotas de sudor en la espalda, que humedecen y se unen a las capas húmedas de piel, camisa y mochila de nailon. No tardamos en subir a un taxi, en la carretera bordeada de bosque, para dirigirnos al albergue. Sigo con la mirada el sube y baja de los tendidos eléctricos por encima de la carretera, amontonados y saturados, como un aluvión de anguilas de goma que sobrevuelan el asfalto.

—¿Cuánto dura el trayecto? —pregunto.

—¿Te piensas que soy tu madre?

Me río.

—Fred ya debe de haber llegado.

—¿Crees que le caeré bien?

—Pues claro.

No sé lo que Fred pensará de ella. Sí, es trans, pero Fred no se va a enterar y a saber si le importa. De vez en cuando todavía suelta la palabra «maricón», pero no es algo muy reciente y la dice bastante menos desde que dejó de estar bien visto. Creo que tampoco ha llamado maricón a un hombre gay de verdad.

Alex abre la ventanilla. El taxista la mira. El aire acondicionado está puesto. Alex sonríe y él le devuelve la sonrisa. Gilipolleces de chica blanca. La carretera está más concurrida y tenemos que reducir la velocidad al aproximarnos a una parte con tiendas, bares y restaurantes. Miro la calle; las luces de neón están apagadas, sosas y cubiertas de polvo a la luz del día.

Llegamos al albergue en Chaweng Beach. Es ridículamente elegante para ser un albergue. Tiene una amplia recepción blanca, con puertas de cristal abiertas y ventiladores de techo marrones. Alex va a pagar por una habitación privada. Fred y yo compartimos cuarto; no costaba mucho más que dos camas en una habitación de ocho. Me pareció que Fred agradecería la privacidad; lleva encerrado en un áshram durante más de una semana, sobreviviendo a base de verduras cocidas y cinco horas de sueño. Todavía no sé si está mejor.

Entregamos nuestros pasaportes en recepción y aguardamos junto al mostrador.

—¡Vinny!

Fred aparece por un lateral. Está más rubio, tiene mechones de pelo finos blanqueados por el sol. Lleva unos pantalones cortos justo por encima de las rodillas y una camisa ancha, prácticamente abierta, que enseña su pecho bronceado y el vello rubio. Es dorado. Ni siquiera se ha puesto rojo como la mayoría de las personas blancas. Hacemos eso de agarrarnos la mano y juntar el cuerpo para darnos palmaditas en la espalda.

—Me alegro mucho de verte —dice—. De verdad.

—Yo también, tío.

Y lo digo en serio.

Cuando nos separamos, echo un vistazo a Alex, me giro de nuevo hacia Fred y veo cómo la mira por primera vez. Enseguida siento miedo. A veces se nota a la legua cuándo una persona se interesa por otra. Es por esa sonrisa hambrienta, por la forma de arquear una ceja, por cómo respira hondo. Se abrazan a modo de saludo. ¿En qué piensa Alex? «Es guapo. Y encantador». ¿Y qué piensa Fred? «Guau, menudas tetas». Se me encoge el estómago. Intento tranquilizarme. No va a pasar nada. No puede pasar, porque entonces él se enterará y ese no es su rollo.



Nuestra habitación no parece de albergue. Una puerta da a la piscina y detrás de la cama hay un vinilo con un coral. Fred ha reclamado el lado de la cama que queda más cerca de las ventanas, pero ha desperdigado sus cosas por doquier, como me imaginaba. Nos tumbamos bocarriba.

—¿Qué tal todo, tío? —pregunta.

—Bien. Aunque al principio Bangkok fue una mierda. No estoy hecho para viajar solo.

—Lo siento mucho —dice. Parece arrepentirse de verdad. No me voy a aprovechar—. Creo que nunca me había sentido tan mal. Es como si estuviera en un agujero negro. Me ha arruinado la mejor época de mi vida.

—¿Durante todo el tiempo que estuviste en la India? —pregunto, incapaz de imaginarme estar así durante meses—. ¿Hiciste amigos en los albergues?

—Sí. Y me enrollé con unas cuantas chicas y eso, pero se me metió en la cabeza que nada tenía sentido. Viajar. Salir de fiesta. Ver chorradas. Incluso la vida. No sabía ni qué pensar.

Intercambiamos una mirada.

—Lo siento, Fred. ¿Crees que ya estás mejor, después de todo eso?

—Sí. Me siento más emocionado. Siento que tengo herramientas.

—¿A qué te refieres?

—Pasamos los primeros días sentados, centrándonos en la respiración. Eso es lo único que hay que hacer, centrarse en la

respiración, hasta que dejas de hundirte —explica. Tuerzo el gesto. Me cuesta enfadarme con él. No es necesario haber pasado por algo similar para saber que suena mal. Ni siquiera me hace falta entenderlo—. Lo siento mucho, Vinny.

—No pasa nada —digo, frotándome los ojos—. No me ha ido mal, de verdad. He estado con Alex.

Fred arquea una ceja.

—Alex. Está buena. ¿Os habéis liado?

—Solo somos amigos.

Noto un pinchazo en las entrañas. ¿Es porque no estoy contando toda la verdad o porque veo los engranajes en la mente de Fred? Me levanto para beberme una de las botellas gratis de agua y luego me siento en el borde de su cama. Luce una sonrisa perversa.

—Pero te gusta.

—No.

—Sí que te gusta.

—Que no.

—Te estás sonrojando. —Intento limpiarme las mejillas con el dorso de la mano—. Te gusta.

Le aparto la rodilla. Él me da una patada suave en el omoplato y luego otra. Lo agarro por el tobillo, pero Fred me tira de los hombros y enseguida nos convertimos en un pretzel humano y caemos de la cama forcejeando. Aterrizo sobre la cadera con un golpe, grito de dolor y luego clavo a Fred contra el suelo. Nos reímos. Me río tanto que me cuesta quedarme encima de él. Volteamos y me propina un puñetazo en el costado.

—Fred, eso ha dolido.

Repite mis palabras con tono burlón. Se ríe y acto seguido se levanta y se limpia el sudor de la frente. Recupero la respiración tumbado bocarriba; debo recordarme que solo nos estábamos divirtiendo, que no pretendía hacerme daño.

—¿Quieres que te dé un besito para que deje de hacer pupa? —dice, revolviéndose el pelo.

—Vete a cagar.

Me levanto del suelo.

—¿Buscamos a Alex para comer? —pregunta.

Subimos dos pisos hasta su dormitorio. Alex abre la puerta con el pelo mojado, las tiras del bikini anudadas en la nuca y un par de pantalones cortos de bañador que le quedan bajos en la cadera y que se sostienen gracias a una cinta elástica blanca y arrugada. Fred está detrás de mí y se apoya en el pasamanos. La está mirando, lo sé. Me imagino que se cae por la escalera y disfruto del pensamiento.



Caminamos en un grupo de tres. Alex le hace preguntas a Fred que nos triangulan; le comenta cosas que le he dicho sobre él y así le da la oportunidad a Fred de hablar más sobre ellas. «Me dijo Vincent que fuisteis juntos al colegio. Me dijo Vincent que vas a ir a la Universidad de Durham. Me dijo Vincent que has estado en India. Me dijo Vincent que meditaste». Fred también le pregunta a Alex: cosas sobre su universidad en Londres, sobre su madre, sobre crecer en la ciudad; todas esas preguntas me hacen sentir invisible, aunque Fred solo se está poniendo al día.

Sé que no se puede ser propietario de una persona, que no puedes impedir que conozca a otra gente, pero creo que quiero hacer eso mismo. Guardar a Alex en una caja. Intento quitarme esos pensamientos de la cabeza. Alex y Fred no se convertirán en pareja porque Alex es trans. Si se entera, Fred no se acostará con ella.

Camino un poco por detrás de ellos porque hacia el centro de Chaweng la acera es estrecha. Una mujer nos llama para entrar en un restaurante junto a la carretera, con paredes abiertas, techos altos, ventiladores y sillas y mesas de plástico. Inspeccionamos el menú, que es el mismo que en cualquier otro restaurante turístico de Tailandia. Nos sentamos y Alex le pregunta a la camarera si la ensalada puede ser poco picante.

—No sabéis cuánto me alegro de estar hablando con amigos —dice Fred.

No sé de qué habla. Alex no es su amiga.

—Me resulta increíble que pasaras diez días sin hablar —comenta Alex, y parece asombrada de verdad, impresionada—. Yo me habría

vuelto loca.

—Ya empezaba a notar que el cerebro se me estaba volviendo papilla. Como si me hubiera quedado sin cosas en las que pensar. No te dejaban leer nada. Ni siquiera podías masturbarte.

—Fred, delante de Alex no.

Alex se ríe.

—Pero no te lo podían impedir, ¿no? —pregunta la chica.

—¡Quería seguir las normas! —replica Fred—. Aunque, hacia el final, vi un árbol con un tronco curvo y pensé: guau, qué guapo. —Alex se ríe con ganas. Yo suelto una risita contra la mano—. Era espectacular cuando el viento soplaba y hacía que las ramas se movieran de un modo concreto.

—Para, Fred —le pido.

Ya nos estamos riendo los tres.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunta Alex.

—Pensé que sería un buen reto. —Fred sonríe. Este no es el Fred de la habitación, el que habla sobre agujeros negros y desesperanza. Este es el Fred de exterior: animado, seguro de sí mismo. Una parte de mí quiere cabrearse o quiere enfadarse con él, descubrirlo en plena mentira, pero todos mentimos. Todo lo que he hecho en el último día ha sido mentir. Si ella lo supiera. Si él lo supiera—. Bueno, en el albergue he hablado con una persona sobre el festival ese de la Half Moon.

—¿De verdad quieres ir? —pregunta Alex.

—Sí. —Fred parece sorprendido—. ¿Vosotros no?

—No estoy segura.

Fred me mira.

—¿No está demasiado visto? —pregunto, como si alguna vez me hubiera importado eso.

—¿Demasiado visto? —Fred arruga el entrecejo y yo me sonrojo—. Estamos aquí. Solo es una noche. Deberíamos ir. —Está suplicando —. Seguro que lo pasaremos muy bien.

—Sí, puede que tengas razón —dice Alex.

Cede mucho más rápido de lo que me imaginaba y eso me hace verla de un modo diferente, más maleable, y me molesta. Debe de gustarle mucho Fred.

Alex se reúne con nosotros en la piscina del albergue. Hay carteles que avisan que no se puede beber en el agua, pero los otros dos grupos de gente sostienen botellas de vodka por encima de la superficie y el líquido blanco lechoso cae chorreando en la sopa clorada. Fred compra unas cuantas bebidas y regresa con las botellas abiertas. Mientras bebo el líquido empalagoso, Fred se pone a salpicar a Alex en el borde de la piscina, entre risitas. Alex se aparta hasta que el agua le llega por las costillas.

—¿Por qué llevas eso? —pregunta Fred.

—¿El qué?

—Pantalones cortos en vez de un bikini normal.

Esto es muy incómodo. Miro hacia la playa, las olas bajas y ondulantes, y finjo no estar presente. No quiero que se me note la incomodidad. Nadie piensa que tengo un motivo para sentirme así.

—Me gusta cómo quedan, la verdad —contesta Alex.

—A mí los bikinis me parecen más bonitos.

—¿Y tú te vistes para complacer a los demás?

Sonrío y los miro. Fred también sonríe.

—¿No es ese el objetivo? Te pones ropa según quieras que te vean los demás. Si llegara el apocalipsis y fueras la única persona en la Tierra, ¿de verdad te vestirías?

—También es un modo de expresarte —replica Alex—. Aunque quiera que me vean.

—Claro, pero ¿expresarte para quién?

—Plantéalo como si fuera el idioma, igual que hablar. Tú no hablas solo para que te escuchen.

—No hablaríamos si no hubiera nadie para escucharnos.

—Pues yo seguramente sí que hablaría —dice, de cara a Fred—. Esta conversación, por ejemplo, no va sobre impresionar a los demás, sino impresionarte a ti mismo. A la imagen que tienes de ti.

—Ja —suelta Fred, y suena complacido, como un padre orgulloso, como si las palabras de Alex fueran obra suya. Sonríe y luego flota bocarriba. Alex se aleja chapoteando.

Me hundo en el agua y suelto burbujas por la nariz. Cuando estoy

con Fred y mis amigos, a veces siento algo particular, como si fuera un observador en vez de un participante, como si retrocediera hacia mí mismo, como si pasara de ser un humano a una cáscara. Puede que no se aleje demasiado de lo que ha descrito Fred. Un agujero negro. La culpa la podrían tener muchas cosas, pero cuando ocurre es como si hubiera huecos en la placa de circuitos, conexiones ausentes en mi cerebro. ¿Me salté un capítulo en mi desarrollo infantil? ¿O es que soy así de raro? No me pasa nunca cuando estoy solo con otra persona, pero en grupo acabo devorado. Devorado por gente como Fred. Salgo a por aire.

—Fred —chilla Alex.

Fred se ríe. La chica lo mira con la boca abierta.

—¿Qué pasa?

—¡Me ha bajado los pantalones! —La voz de Alex transmite una ofensa falsa, lo que me hace sentir asqueado, porque no parece que le importe de verdad. Veo que otra chica pone los ojos en blanco. Me imagino que estará celosa. Por el aspecto de Alex. Por la atención que le presta Fred.

Esbozo una sonrisa decepcionada y arqueo las cejas hacia Fred, que no me mira. Están en el borde de la piscina y me siento fuera de lugar. Sería una imagen bonita, los dos con los codos apoyados en la piscina infinita, pero no estoy aquí para hacerles fotos. Salgo del agua, agarro una de las toallas que hemos traído y me marcho sin mirar atrás. Ninguno de los dos me llama.



Es de noche temprano en el bar del albergue y hay un tipo con una camiseta sin mangas de Tiger Beer, quemado como una langosta hervida, que se inclina para contarnos a nosotros y a otras dos personas una historia sobre una travesti en un bar de Bangkok.

—Se le notaba enseguida, pero hablaba de una forma… —Entona un falsete agudo y chirriante como si hubiera respirado helio—. «Hola, chicos». —Arruga la cara, pone labios de pato y saluda—. Y Johnny está en plan… —Señala a su amigo, con una gorra de Tiger Beer y una camiseta de Red Bull—. «¿Podemos verte la

mascugina?».

La gente ahoga un grito, entre ellos Fred. No como si se ofendieran, sino más como asombrados por el atrevimiento. Miro a Alex, que parece molesta. No quiero delatarme poniéndome demasiado serio, así que miro al chico langosta y suelto una risa falsa.

—¿Os enseñó su cosa? —pregunta el tercer chico, con una camiseta sin marca y pantalones militares. No lleva gorra.

—No es una cosa —replica Alex, pero es una regañina suave y me siento un poco triste porque, debajo de esa actitud, debe de estar dolida. Los otros la miran—. Eso no está bien. No digas que es una cosa.

—Eso, tíos. Venga —añade Fred.

Lo dice sin ganas. Está jugando a dos bandas. Siento vergüenza por Alex. ¿Yo habría dicho algo de ser ella? Me acuerdo de una foto por mi decimocuarto cumpleaños, en la que todos mis amigos se estiraron de los ojos y gritaron mi nombre. «¡Decid "Vincent"!». No protesté. Ni siquiera tengo los ojos achicados.

—¿Y el tipo ese… la chica… estaba bueno? —pregunta el tercer chico.

—Llámala en femenino —espeta Alex.

Me pongo en alerta. ¿Se está delatando? Los demás pasan de ella.

—Le vimos la mascugina —anuncia Johnny.

El chico langosta saca el móvil para enseñar una foto y todos, excepto Alex, pero Fred incluido, se acercan para mirarla. Gritan. El chico langosta gira el móvil para enseñársela a Alex, pero ella se aparta de la pantalla y dice que no quiere verlo. Parece como si en cualquier momento fuera a detonar una bomba. El tercer chico pregunta si hemos visto un espectáculo de ping-pong. Nos cuenta que vio a una mujer agacharse y de su interior cayó una tortuga de agua. Fred se tapa la boca con la mano y se ríe.

La conversación prosigue, pero no puedo evitar pensar en lo mal que se sentirá Alex, así que me siento a su lado y acerco la boca al oído.

—Menudo imbécil.

Alex se ríe.

Bebemos, nos emborrachamos y luego nos vamos a la playa y a una discoteca. Estoy sudando a mares, pero los demás también. Vamos de bar en bar y veo que Fred y Alex hablan con intensidad; una parte de mí se preocupa de que se vayan a liar y lo único que puedo hacer es seguir bebiendo. Sirope y alcohol en cubos caen sobre la ropa empapada por el sudor. Una chica baila a mi lado y acerca despacio su culo hacia mi entrepierna como un Toyota intentando aparcar. Durante un momento, me planteo arrimarme, pero entonces noto que algo me sube por la garganta. Entro a trompicones en el baño de la discoteca y vomito y vomito y vomito, tanto que empiezo a ver lo que he comido para cenar. Trozos enteros de pollo. Estoy hecho un desastre, pero no quiero ayuda, así que me arrastro los metros o kilómetros que hay hasta el albergue sin despedirme de Fred y Alex. Sé que solo están haciendo lo que hemos venido a hacer, pero no puedo soportarlo. No quiero tener nada que ver con ellos. A lo mejor Fred tenía razón. Entiendo cómo se sentía. ¿Qué sentido tiene esto? ¿Qué sentido tiene todo esto?

## MAX

# X

Es como si un chavalín me hubiera metido cohetes en el cráneo. Aprieto la cabeza contra los azulejos verde bosque de la pared del baño. Otra migraña. Me masajeo las sienes con los dedos antes de regresar al restaurante. Lo ha reservado Fred; es uno de esos sitios más o menos nuevos y exclusivos que sirven menús degustación en Hackney. Hay nueve platos. Echo de menos los platos grandes. ¿A dónde han ido? ¿Me puedo ir con

ellos?

La maxifalda de cuero me quedaba demasiado ajustada desde el primer plato. Todos son de inspiración asiática, pero de un modo tan leve que cuesta discernir la inspiración. Me pregunto si a mí me podrían describir de la misma forma: una mujer blanca de inspiración asiática. Regreso a la mesa del exterior; todos nos estamos mintiendo al pensar que hace el suficiente calor como para comer a la fresca envueltos en nuestras chaquetas ligeras.

—¿Estás bien? —pregunta Vincent cuando me siento.

—Migraña —contesto y sacudo la cabeza.

—Ay, no —dice Aisha.

—¿Te suele dar a menudo? —inquiere Fred.

—Últimamente sí. No pasa nada.

Doy un mordisco al pan de cerveza con melaza servido junto con pepinillos japoneses. Cada vez me dan más migrañas, hasta el punto de que, sin que yo se lo pida, Vincent siempre lleva encima paracetamol. Me ha comprado unos suplementos tras investigar. Magnesio. Ácido fólico. Las migrañas no me debilitan por completo, pero son un problema y por eso he pedido cita en mi médico de cabecera. No se lo he dicho a Vincent, no después de todo lo de su padre. Junto las cejas con la esperanza de liberar un poco de la tensión de la cabeza. Un camarero recoge nuestros platos y no tarda en reemplazarlos por pasta cacio e pepe de algas. Aunque se pueda hacer, no hace falta que exista.

Vincent y Fred mantienen una conversación queda. Sé que es sobre la familia. Una tierna preocupación ocupa el rostro de Fred.

—¿Qué vais a hacer en septiembre? —me pregunta Aisha.

Está sentada a mi lado y lleva un vestido con bordado inglés y mangas abombadas. Parece que va tapada hasta la rodilla, pero se distinguen trozos de piel a través de los huecos del encaje. Es sexy pero sutil. Muy maduro.

—Todavía no lo sé. Tengo la boda de una amiga del colegio. Soy la dama de honor.

—¿De Hong Kong?

—Sí. Mi amiga Simone también es dama de honor. No hablamos

mucho con ella.

—Una de esas —dice Aisha y deja el tenedor mientras juguetea con su alianza.

—Pues sí.

—¿Puedes fiarte de los amigos que haces cuando solo eres una persona a medias? —pregunta. Las dos miramos a Vincent y a Fred a la vez y nos reímos. Ellos nos echan un vistazo rápido y luego se vuelven a girar. Fred apoya un brazo en la silla de Aisha y la chica se inclina hacia delante—. A ver, puedes, pero hay mucho espacio para la distancia. —Saca su teléfono móvil—. Bueno, una de mis amigas de Harvard tiene una casa de vacaciones en Provenza que nunca usa. Me la dejará durante una semana. Vincent y tú deberíais venir. Solo estaríamos nosotros.

—La boda es en Burdeos, de hecho.

—¡No me digas!

—¿Queda cerca?

—Todo está en el sur de Francia, ¿no? No puede estar muy lejos.

Comparamos fechas. Podríamos ir.

—Tengo que hablar con Simone. Nuestro plan era ir juntas.

—Simone también se puede venir. En la casa hay sitio.

Es muy generoso por parte de Aisha dejar que venga una persona que no conoce. Y más generoso aún por parte de la amiga de Aisha.

Llega un camarero con un bao de corazón de buey adornado con ruibarbo. Cuento los platos que llevamos. Cinco. Tengo esta misma sensación cada vez que veo una obra de teatro. Por muy buena que sea, siempre cuento los minutos hasta el final, hasta que puedo levantarme del asiento e irme. Nunca he sido fan del teatro. De la cultura que me habla. Para mi sorpresa, el corazón queda muy duro dentro del esponjoso bao. Con cada mordisco se libera el marinado que ha impregnado las fibras densas de la carne. Solo cuatro platos más.

—¿Cuándo fue la última vez que estuviste por Singapur? —pregunto.

—Hace tanto ya —contesta Aisha—. No me gusta volver. No tengo ganas de ver a mis padres.

—¿Tan malos son?

—No, cielo. Tengo un marido blanco. —Extiende un dedo por cada crimen—. Que no es musulmán. Y que trabaja en una empresa emergente.

Fred y Vincent nos miran. ¿Aisha está sufriendo un aneurisma? ¿Quién hace algo así? Cada dedo es una bala en el corazón de Fred, o por lo menos lo sería en el mío.

—¿Aisha está enumerando mis defectos? —pregunta Fred con una sonrisa cuidadosa y neutra.

Aparta la mano del muslo de Aisha. Me siento mal por él. Parece que hace mucho por los demás, que disfruta ayudando. Estoy segura de que es un buen marido, aunque quién sabe. Tu amiga puede romper con su novio perfecto y luego contarte que torturaba animales y le dieron el pecho hasta los once años.

Aisha no ha terminado.

—Dejé un trabajo estable en la consultora McKinsey para tener un horario mejor. —Levanta el dedo meñique y luego la otra mano para seguir contando—. Me mudé a Londres para alejarme de mi familia y estar más cerca de la de Fred. Hago alfombras en mi tiempo libre.

—¿Qué tienen de malo las alfombras? —pregunto.

—Es un tiempo que podría dedicar a criar hijos o a cuidar de ese marido que no aprueban. —Mira a Fred—. Lo siento. Mi madre siempre dice que las alfombras no me calentarán por la noche.

—Pero sí que pueden calentarte.

—Lo sé.

Las alfombras de Aisha son preciosas, tejidas con gran delicadeza al estilo de las miniaturas mogoles. Tiene un talento insoportable. Ni siquiera es queer. No es justo. Pensé que haría alfombras con formas geométricas grandes y colores lisos.

—En fin, que soy una decepción —concluye.

—¿No fuiste a Kennedy?

—Sí.

Aisha da otro mordisco al bao. Oigo el sonido de los cuchillos contra los platos, de los dientes contra la cerámica. Aisha es una de las personas con más éxito que conozco. Tiene fama en internet. Quedó finalista para el premio Fitzcarraldo con un ensayo sobre explorar la línea entre el sometimiento y la integración de los tamiles

musulmanes en Singapur. Ni siquiera quiere dedicarse a escribir ensayo. Lo escribió durante un puente festivo. Lo que me sorprende es que debe de haber una parte de Aisha que se crea justo eso, que es una fracasada. Una de las grandes ironías de la vida es que muchas personas triunfan precisamente porque nunca creen que han triunfado. Y me pregunto cómo compagina todo eso con la gente de la que se rodea. ¿Nos considera superficiales e incompetentes? Una parte de ella debe sentir resentimiento hacia sí misma, lo que significa que debe sentirlo también hacia los demás. ¿A dónde va ese resentimiento?

—No hemos descartado mudarnos de nuevo allí —me dice Fred.

—Es mucho más fácil tener hijos en Singapur —añade Aisha—. Puedes contratar criadas…

—Asistentas —la corrige Fred.

Aisha pone los ojos en blanco. Uf. Vincent y yo intercambiamos una mirada rápida.

—Es lo mismo —replica la mujer.

—Las palabras son importantes.

«Criada» casi parece una palabra de la época victoriana, como reducir a una persona a un simple sustantivo. Pero ¿acaso «asistenta» es mucho mejor? Al evitar decir «criada», lo que están diciendo en realidad es que no son el tipo de personas que contratan a una criada. Pese a todo, si lo que van a hacer es aprovecharse de la mano de obra extranjera por un precio bajo, ¿de qué sirve la educación si no es para mitigar la culpa? No digo nada de esto. Cuando íbamos al colegio en Hong Kong, Emily le dijo a Simone en una ocasión que parecía una criada. Simone le tiró una almohada. «Eres una zorra racista, Emily».

Viene un camarero a reemplazar los baos por una costilla ahumada y rebozuelos.

—Vincent me ha contado que vas a ser tía —dice Fred y levanta la copa—. Una transtita.

Me río. Aisha aplaude. Creo que todavía no he procesado por completo la noticia de que Jamie va a tener un bebé. La última vez que fui a verlo, estaba rodeado de libros sobre desarrollo neonatal, entre ellos tres ejemplares de *El libro que ojalá tus padres hubieran*

*leído*, que, según deduzco, planea dárselo a nuestros padres. «Hay tanto que aprender, Max. Ese es el problema con papá y mamá, que creyeron que podían hacerlo sin prepararse antes y salir victoriosos». Un bebé no es un examen y, si lo fuera, Jamie suspendería. No fue a la ecografía de las doce semanas porque tenía una reunión. «Mira, si no tengo trabajo, no tendré dinero. Y, si no hay dinero, el bebé muere». Maria es asesora en una empresa.

Entrechocamos las copas.

—Es una situación un poco rara, no sé si os lo ha contado Vincent. —Callo un momento—. No sé si mi hermano está listo para ser padre. —El ánimo decae. ¿He sido cruel?—. Quiero decir, tener hijos no siempre es algo bueno.

—La gente te sorprende —comenta Fred—. Nadie sabe cómo ser padre antes de serlo.

Los tres postres vienen uno detrás de otro en una rápida sucesión, con el maridaje de vino que cada vez es más dulce. A un hojaldre olvidable le sigue un brazo de gitano de naranja con salsa de sésamo negro; la pasta grasa y escurridiza envuelve el esponjoso bizcocho. Como un chapapote delicioso. El remate es una gelatina con sabor a té.

Cuando llega la cuenta, la dividimos entre dos. Fred paga por Aisha y, solo por las apariencias, yo me encargo de la cuenta de Vincent. Por feminismo. Ya me hará una transferencia con su parte después. Luego vamos a un pub a la vuelta de la esquina; no me gusta porque todo el mundo viste como yo: con chaquetas de cuero grandes y lazos en el pelo. La moda está muerta en una cuneta y lleva botas de vaquero.

Fred nos invita a una ronda y trae él solo las cuatro copas para que nos sirvamos las margaritas granizadas de una máquina que hay justo delante de Aisha y de mí. Le da un beso en la mejilla a su mujer. Aisha permanece inerte.

Me vibra el móvil dentro del bolso; una llamada de Simone. Salgo fuera para contestar.

—Max —dice.

No hay nada que me guste menos que alguien me llame y me salude con mi nombre. Me entra el pánico. Es algo cruel. Aunque

haya malas noticias, no me parece la forma correcta de comunicarlas.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Creo… —Respira hondo—. Creo que ha pasado algo malo.

Le tiembla la voz, como derrotada. Resulta alarmante.

—¿El qué? —pregunto. El pánico se solidifica en verdad—. ¿Qué ha pasado?

—Una de las modelos ha subido mis correos. Me están llamando tóxica.

El pánico se apacigua. Solo son correos.

—¿Y qué dicen los correos?

—Mira tus mensajes.

En los correos, una modelo (la que no tiene cejas, Xenia) le dice a Simone que ha firmado con una agencia bien conocida y que rescindirá el contrato que tiene con ella. El negocio de Simone consiste en captar nuevos talentos, desarrollarlos un poco y ayudarlos a que firmen en agencias más grandes. Luego se queda con una parte de la tarifa de la agencia para siempre. Pero esta modelo ha dejado fuera a Simone. Y las respuestas de Simone, ahora públicas, suponen un lapso extraño de profesionalidad.

*Quema naves como la mía y te ahogarás.*

¿Metáfora o amenaza de muerte?

*Das asco, por dentro y por fuera. Lo he dado todo para apoyarte y tú no has hecho una mierda para agradecérmelo.*

¿Así es como la gente del mundillo de la moda se habla entre sí? Lo más parecido a un «vete a la mierda» que he recibido en mi trabajo ha sido un «Salu2». La modelo comparte los problemas que tiene con su imagen corporal a través de uno de los correos de Simone.

*Siento que no hayas podido aceptar el consejo claro y comprensivo que te di sobre tus medidas.*

Son mensajes horribles. Me sorprenden, pero más me sorprende la decepción que siento, esta gran decepción con Simone. Está amenazando a chicas jóvenes. ¿Quién hace algo así?

—¿Qué crees que significa esto? —pregunto, sin saber a dónde quiero ir a parar con la pregunta.

—Me está escribiendo gente para llamarme puta, Max. Es muy misógino.

—Perdona, pero ¿el qué?

—Los mensajes que estoy recibiendo. —Arrugo el gesto y no digo nada. Acabará por ver la luz—. ¿Y todo para qué? ¿Para constatar un hecho de la industria?

Me acuerdo de Aisha antes, cuando ha divulgado delante de mí lo que sus padres piensan de Fred. Los hechos pueden llegar en un paquete humillante. Una cosa son los cuchicheos y otra son los gritos. Los hechos pueden llegar de la manita o en un puñetazo.

—Me estoy rayando. ¿Y si esto es el fin?

—¿El fin?

—De todo.

—¿De todo?

—Max. De mi carrera. La gente se arruina por culpa de cosas así. Incluso personas que sé que han dicho cosas peores están dando a me gusta. ¡Qué poco profesional!

—¿El qué?

—¡Los comentarios!

Simone suelta un grito gutural que ahoga hacia la mitad con una almohada.

—Mira, estoy cerca de tu casa, en un pub con Vincent. ¿Quieres que vaya? Podemos pensar en qué hacer.

—No hace falta.

—No estamos lejos. Ahora voy.

Entro de nuevo en el pub, explico en frases enrevesadas lo que ha pasado y les paso mi móvil para enseñarles las fotos, como si eso lo facilitara todo. Fred mira los correos con estoicismo. Aisha toma aire con los dientes apretados.

—Joder —dice.

No sé si lo dice con empatía o vergüenza, aunque se podría argumentar que toda vergüenza exige empatía. En cualquier caso, me puedo imaginar a Aisha en el lugar de Simone, más que a Simone en el lugar de Simone.

—Ya pasará —dice Fred y mira a Aisha—. ¿Verdad?

—No. No creo que sirva de nada fingir.

—¿No?

—Son unos mensajes muy jodidos, Fred.

Durante un instante, fluye una tensión eléctrica entre los dos. Es rara y, obviamente, abarca mucho más que el tema de Simone. Fred se gira hacia mí.

—Los escándalos suelen parecer nuevos y complejos, pero duran poco. Como un pulpo.

—¿Un pulpo?

—Mueren rápido —me explica.

—Ah.

No sé por qué intentan tranquilizarme a mí. No soy la que está en el centro del problema. Vincent insiste en acompañarme. Caminamos veinte minutos hasta el piso de Simone, en la parte sur del canal. Llamamos al timbre.

—¿Te importa esperar aquí fuera? —le pregunto a Vincent, que asiente.

Subo nerviosa las escaleras hasta su piso. Cuando Simone abre la puerta, está llorando de un modo que no he visto desde que éramos jóvenes. Si cierro los ojos, la imagino con el pelo largo, delineador alrededor de todo el ojo y el pelo más claro en las raíces y más oscuro por las puntas. Es difícil digerir estas colisiones incómodas con el pasado y no tomarlas como pruebas de que no hemos cambiado gran cosa, de que esas capas exteriores solo son la piel de la cebolla: translúcidas e inmateriales. Mi incomodidad se disuelve en lástima.

Simone ya me ha servido una copa de vino. Me siento en un sillón y ella se deja caer en la hendidura de su sofá Togo.

—Bueno —digo. Me mira. Sé que no va a empezar a hablar—. Esos correos daban un poco de miedo, Simone.

—¡Max!

—¿Qué está pasando? —pregunto—. Lo siento, pero eso no puede ser normal, ¿no? ¿O es que hablas así a la gente?

Se me ocurre que en realidad no sé cómo trabajan las personas más cercanas a mí.

—¡Claro que no! —Entierra la cara en las manos—. Es que… —Se calla—. Estaba tan enfadada. Cuando lo escribí, sabía que parecía

loca, que Xenia seguramente le diría a la gente que estoy loca de atar, pero me dio igual, la verdad. Pensé… esta es mi vida. Y me la está jodiendo. —Se encoge incluso más—. Me desperté, miré el móvil y vi que esa chica tonta me había mandado unos correos a la una de la madrugada diciendo que se iba. ¿Quién coño envía un correo a la una de la madrugada? Y se me fue la pinza.

—Pero esto ya había pasado antes, ¿verdad? Seguro que otra persona se ha ido sin…

—Ella era diferente. Encontré una puta mina de oro.

No me gusta que se refiera a chicas jóvenes como minas de oro.

—¿Por qué no me llamaste? —pregunto—. O algo.

—No sé, Max. Estaba muy cabreada. ¿No puedo sentirme cabreada?

—Sí, claro que puedes.

Gruñe.

Estiro el brazo, le apoyo la mano en la espinilla y le doy un apretón.

—La gente es tonta de remate. —Sorbe por la nariz—. ¿Vincent sigue en el pub?

—Lo he dejado abajo.

—¿Qué? —Arruga el ceño—. ¿Lo has dejado fuera? ¿Por qué?

Simone me hace ir a buscarlo y me siento avergonzada. Solo quería ser una buena amiga. Hay otra copa de vino esperándolo cuando entra. Vincent se sienta junto a Simone en el sofá. Su presencia parece calmarla. Puede que esté intentando salvar las apariencias, pero no creo que sea algo malo. La gente más cercana aguanta lo peor de ti, aunque sea malo, y es fácil dejarte llevar por la espiral de pensamientos cuando no hay una barrera que te detenga.

—¿Cómo estás? —le pregunta Vincent.

—Fatal.

—La tormenta siempre pasa. Pero hay que darle tiempo para que pase. Te sentirás mejor mañana.

—Eso no es cierto —replica Simone—. No sabemos cuáles serán las consecuencias.

Tiene razón, aunque Vincent se inclina hacia delante y apoya los

codos en las rodillas, con la copa de vino entre las manos, como si estuviera valorando de verdad el problema. A lo mejor es un gesto genuino o a lo mejor solo intenta mostrar que se preocupa. Simone carraspea.

—¿Creéis que ayuda que sea…?

—¿Qué? —pregunto.

—Que sea… —Simone hace una pausa—. Una mujer racializada queer.

Vincent contempla la idea con las cejas arqueadas. Recuerdo de nuevo a Aisha usando la palabra «criada». La solidaridad, cuando resulta conveniente, es la frase de cabecera de las minorías ricas. Los tres nos reclinamos hacia atrás.

—Sinceramente, no —contesto.

Simone asiente.

—No es como si no hubiera tenido problemas con la comida —dice.

Creo que eso lo empeoraría. Me remuevo un poco.

—Esté bien o esté mal, la gente suele olvidarse de estas cosas. —Doy un sorbo de vino—. Si lo piensas, las personas a las que todavía castigan por algo que dijeron hace años son las que no callan sobre cómo las castigaron por ello.

—O las que basan su carrera en ello —añade Vincent.

—Eso. Y tú eres agente. Las modelos están desesperadas por conseguir agente. Las agencias van a querer que caces talentos para ellas. Recuerda que el ciclo vital de un escándalo es corto.

—Como el de un pulpo.

—¿Qué? —pregunta Simone.

—Mueren rápido —explico.

Simone todavía parece abatida. Aunque intento sonar razonable y empática, me preocupa haber sido demasiado directa, que mis palabras hayan sonado muy ensayadas, como las de una abogada. Me acuerdo del último momento en el que me sentí como una mierda. En Nochevieja, cuando me caí por las escaleras. En vez de intentar cambiar mis sentimientos, Simone se quedó a mi lado. Salta a la vista que no siempre podemos razonar con las emociones, que a veces solo tenemos que esperar.

Durante un verano, cuando las dos regresamos a Hong Kong y yo

ya había descubierto que era trans, no pude dejar de llorar porque no podría cambiar el marcador de género de mi carné de identidad de Hong Kong hasta que hubiera pasado por una operación de reasignación de género, pero en aquella época aquello parecía muy lejano y un cambio tan grande que no podía ni concebirlo. Simone se vino a Lamma unos días y nos sentamos en el sofá para ver un episodio tras otro de *The Real Housewives*; vimos cómo mujeres adultas lanzaban piernas prostéticas al otro lado de una habitación y se acusaban unas a otras de tener Munchausen. Me siento a su lado y dejo que apoye la cabeza en mi regazo.

Vincent carraspea.

—Entiendo que quieras pensar en ello. Cuando la vida cae en picado, lo único que buscas es control. Con lo de mi padre fue así. —La mención de su padre saca a Simone de su estado disociativo. Ladea la cabeza; está prestando atención. Vincent sigue hablando, aunque no nos mira a la cara—. La gente quiere sentir que el futuro sigue intacto. Mi madre se volvió loca. Incluso para Max ha sido duro. —Qué ganas de llorar. Su padre sufrió un ataque al corazón y le está diciendo a Simone que ha sido duro para mí—. Y parece una tontería, pero es algo cotidiano. —Le dedico una sonrisa a Vincent—. ¿Quieres que durmamos esta noche en el sofá?

Simone alza los hombros.

—Eso. Podemos quedarnos.

—¿Estáis seguros?

—Sí, por supuesto —decimos.

Simone se va a la cama. Vincent y yo estamos de pie en el baño. Espero a escupir la pasta de dientes para susurrarle.

—Estoy triste por todo lo que ha hecho.

—Ya.

—¿Debería sentirme culpable?

—¿Culpable por qué?

—Porque no me llamó.

—Creo que eso no es culpa tuya. Simone sabe cómo hacer una

llamada.

—Ya, pero si hubiera sido menos…

—No es culpa tuya.

Me abraza antes de acostarnos en el sofá cama, cara a cara. Llevamos unas camisetas viejas de Simone de la salsa Lao Gan Ma.

—Me parece muy especial lo unidas que estáis Simone y tú —dice—. Lo unidas que habéis estado desde siempre.

—Diría que como Fred y tú. —Vincent tuerce el gesto—. ¿O no?

—A ver, sí. Pero no fuimos a la universidad juntos como vosotras. Y después del año sabático, dejamos de hablar durante una temporada.

—¿Por qué?

—Pues… —Vincent toma aire—. Nos distanciamos y luego nos reunimos de nuevo.

—Es bonito que os hayáis reencontrado.

—Sí.

Me acurruco un poco más contra él.

—Hoy he escrito un poema.

—¿Sobre qué? —pregunta, y me aparta un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Sobre viejos recuerdos.

—¿Y cómo te has sentido?

—Bien —contesto. Y luego pienso en lo que Vincent ha dicho sobre su padre, en lo bonito que me ha parecido, y sé que tengo que abrir la ostra y liberar la carne lechosa—. También me he sentido como una fracasada, porque escribo y no me parece bueno, aunque sé que han pasado otras cosas. Me siento mal por decirlo. Es muy egoísta. Pero esos folletos sobre gestación subrogada me hicieron sentir como una fracasada. —Callo un momento—. No estoy diciendo que sea lo mismo para mí que para las mujeres que descubren que no pueden tener hijos, las que tienen todas las partes que tocan pero que no funcionan como deberían. No estoy diciendo que sea lo mismo, pero…

—Pero me imagino que sientes algo parecido.

—Es algo que nunca sabremos… —Me detengo. ¿A quién estoy tratando de calmar? ¿Qué estoy intentando demostrar?—. Pero es el

ejemplo con el que una se suele comparar. Siento que tengo menos que ofrecer.

—Max…

—Lo sé.

Vincent me abraza.

—Al menos estás escribiendo más —dice.

Suspiro.

—A veces escribir me hace sentir como una perdedora, porque recuerdo todos esos sentimientos de fracaso. —El rostro de Vincent se transmuta en una sonrisa de comprensión. Le acaricio el esternón con un dedo—. Quería tener éxito, que me invitaran a sitios para hablar y leer mis poemas, pero nada se hizo realidad. Es como si hurgara en la herida. No sé, todo parece como un eco.

—¿De qué?

—No lo sé. De lo triste que me pongo.

—Creo que últimamente he tenido un poco de ansiedad —dice Vincent.

—¿Por tu padre?

—No sé cómo decirlo para que suene bien. —Calla un momento—. Creo que mudarme contigo ha hecho que todo sea muy real. Pero estoy preocupado.

Se me cae el alma a los pies.

—¿Qué te preocupa?

—No lo sé. A veces doy vueltas a todo lo que me perdería si rompiéramos. Los ecos.

—No quiero pensar en eso, Vincent.

Me tapo la cara con la manta y me enrollo con ella.

Noto que Vincent me rodea con el brazo y apoya la mejilla sobre mi costillar.

—No digo que vayamos a romper. Ni que lo quiera. Todo lo contrario. Pero me pregunto qué se quedaría en mí. —Hace una pausa—. Seguramente no te guste oírlo, pero si alguien mencionara poemas o poesía, siempre pensaría en ti. —Entierra la cabeza en mi axila de tal forma que su voz grave llena la caverna entre la sábana y la piel—. Seguramente tendría que resistir la tentación de decir que mi ex era poeta. Y si alguien mencionara Hong Kong, con

seguridad pensaría en ti también, y eso es ridículo porque mis padres son de allí. —Afloja un poco el agarre—. O si viera un caramelo White Rabbit, me acordaría de aquel fin de semana en casa de tus padres, cuando intentaste comerte uno. —Imita mi forma de masticar dramática, como una vaca rumiando. Me río apoyada contra él. Nos calmamos—. Y te considero mucho más que una persona trans, pero si viera noticias relacionadas con el tema pensaría en ti. Me imagino un titular de mierda y pensando: «Espero que Max esté bien» y luego me imagino sintiéndome mal.

Hay un instante de silencio. Decido contribuir.

—No sé si podría regresar al restaurante coreano al que solemos ir. Seguramente evitaría la zona de tu oficina y pensaría en ti cada vez que conociera a un abogado corporativo, algo que me pasa demasiado a menudo. También creo que dejaría de comprar el yogur alto en proteínas, porque recordaría lo mucho que te gusta y eso me pondría triste.

—¿Cambiarías el tipo de yogur o evitarías la marca por completo?

—La evitaría por completo. —Libero el cuerpo de su refugio. El aire frío me da en toda la cara—. Creo que ahora mismo me siento muy permeable.

—¿A qué te refieres?

—Estoy absorbiendo cosas. Y me siento más sensible.

—Ya, yo igual —dice. Nos quedamos inmóviles—. El problema de mis padres…

Me envaro.

—¿Sí?

—No tiene nada que ver contigo, Max.

—Lo sé —digo, aunque con un tono impasible, como si el pensamiento hubiera flotado de mi cerebro a la boca, lejos de mi corazón—. Aunque a veces lo parece.

—Pues no debería. Tú estás en el centro de todo. Para mí, quiero decir.

—Vale. Vale.

Nuestras respiraciones se sincronizan sobre el colchón y me pregunto si me entusiasma estar en el centro de todo. Cuando eres el sol, no decides qué es lo que acaba en tu órbita. No quiero

convertirme en algo sobre lo que la gente decide. Lo único que quiero ser es una mota y que Vincent también lo sea, para flotar juntos en el espacio, casi como una unidad, hasta que algo nos obligue a separarnos de rumbo, si llega a ocurrir. Aun así, es un sentimiento tierno. No sé si alguna vez me han dicho que estoy en el centro de todo. Y entonces me acuerdo de lo que se siente cuando estás en la órbita de alguien, el tirón decidido de la gravedad alrededor de la cintura, y eso era mucho peor.

# XI

La doctora Pandya me está enseñando una radiografía de mi cerebro en la pantalla del ordenador. Tengo un tumor cerebral. Los dolores de cabeza se intensificaron tanto que se convirtieron en las peores migrañas que he tenido en mi vida. No les di demasiada importancia, porque, según internet, un dolor de cabeza casi nunca implica cáncer cerebral. Acudí a mi médica de cabecera, que me derivó a la doctora Pandya, una neuróloga que,

gracias al poder de mi seguro médico privado, me mandó unas cuantas radiografías. Pedí cita para la mañana siguiente y ahora estoy aquí, en la consulta de la doctora Pandya, observando su piel perfecta mientras me habla sobre mi tumor cerebral. ¿Cuánto tiempo llevará con tretinoína? ¿Se lo puedo preguntar? ¿Es una duda médica?

Me cuesta imaginar un mundo en el que la familia de la doctora Pandya no esté orgullosa de ella. ¿Cuánto hay que estudiar para ser neuróloga? No lo sé, pero es médica y aparenta mi edad. Mis padres estarían orgullosos de mí si fuera ella. No digo que mis padres no estén orgullosos de mí, pero cuando les dicen a sus amigos que Maxine trabaja como abogada para una empresa tecnológica, no les cuentan que firmo los correos con el nombre del robot en vez de con el mío ni que a veces le doy datos erróneos a la IA para que no me deje sin trabajo. La doctora Pandya no parece ni llevar base de maquillaje.

—¿Maxine?

Alzo la mirada y la doctora sigue contándome cosas. Según las investigaciones, el riesgo se acumula cuando tomas acetato de ciproterona, mi antiandrógeno de preferencia. Cuanto más lo tomas,

más se acumula en el cuerpo y más posibilidades tienes de desarrollar tumores. Aunque el riesgo de que aparezcan tumores como este es muy bajo (extremadamente bajo), sí que pasa, y me ha pasado a mí. Ya los conocía, porque me hablaron de ellos cuando comencé con el acetato de ciproterona.

No le digo que conozco las investigaciones, aunque son un poco escasas, ni que a partir de ellas calculé que, si seguía con terapia hormonal durante treinta y nueve años, tendría ciento veintinueve posibilidades entre cien mil de desarrollar un tumor. Treinta y nueve años, porque siempre he pensado que me contentaría con pasar de los sesenta. Sería conveniente. Apenas pongo dinero en mi pensión.

Ciento veintinueve entre diez mil es poco más de una entre mil. He probado muchos antiandrógenos. Primero la espironolactona. Un error. Siempre tenía la garganta seca y me dolía la cabeza; luego meaba toda el agua que bebía, unos cinco litros al día. Después fue la bicalutamida, con la que el sexo y la masturbación empezaron a dolerme como nunca antes. Y más tarde el acetato de ciproterona, que, aparte de las dos primeras semanas de mal humor y letargia extrema, era casi perfecto. Un efecto secundario, uno muy pequeño, sobre todo con mi dosis de 12,5 mg cada dos días, eran los tumores cerebrales. Meningiomas. Lo que me dice la doctora Pandya que tengo.

Se me ocurre que quizás habría descubierto que lo tenía en la TAC que me iban a hacer en Nochevieja. Dios, libérame de los grilletes de la escalera de Caspar. Quiero preguntarle a la doctora cuánto la he pifiado. Me parece un desperdicio no hacerlo: es poco habitual que las consecuencias póstumas de nuestros errores se presenten en forma de respuestas de sí o no. En general, lo hipotético acaba enterrado debajo de otras incertidumbres. Pero no quiero poner el foco en mi estupidez, y la doctora Pandya no puede deshacer el daño que ha venido a arreglar.

Me enseña la radiografía y señala el punto donde el tumor ha aparecido en mi cerebro.

—Es un meningioma en el ala del esfenoides, lo que significa que está por encima de la oreja y detrás del ojo. Todavía no rodea el nervio óptico. Por suerte. —Señala la zona del tumor—. Es la masa

blanca.

—Ya.

La masa blanca. Un crimen de blancos. El tumor es enorme y, por primera vez en el día de hoy, me quedo sin aliento. Sabía que venía por un tumor, pero ¿por qué tiene que ser tan grande?

—La mayoría de los meningiomas suelen ser benignos, lo que significa que no se expanden, y según tu resonancia magnética, es lo que te ha pasado a ti. Así pues, si lo quitamos, es muy poco probable que vuelva a aparecer. —Toma aire—. Pero no lo sabremos a ciencia cierta hasta que le demos una muestra al patólogo para que lo revise en el laboratorio.

—Y la muestra se consigue con…

—Una cirugía.

Hago la pregunta que parece relevante o importante. La que he visto en televisión.

—¿Qué opciones tengo?

—La cirugía, claro. Te pediremos una consulta. Otra opción es hacer seguimiento, pero el tumor ya es bastante grande y está situado demasiado cerca del nervio óptico.

Me siento mareada. Soy una masa blanca, cada vez más blanca, a punto de expulsar una masa verde encima de una neuróloga preciosa. La doctora se remueve en el asiento. Agradezco que esté sentada, inclinada hacia delante y con los codos apoyados en los muslos. Es una postura que indica unidad, como si ella y yo lucháramos juntas contra esta cosa. Estamos al timón del *Titanic.* ¡Estoy volando, doctora Pandya! La miro a los ojos y sé que tengo cara de ciervo a punto de ser atropellado.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Son muchas cosas.

—Lo siento. —Miramos de nuevo la radiografía. Ahí está, el tumor —. Lo entiendo. Parece mucho.

—¿La cirugía me puede matar?

—El cirujano lo repasará todo contigo. —Tuerce la boca—. Pero siempre hay riesgos.

—Vale.

Tengo más preguntas. Si he tenido la mala suerte de que me salga

un tumor por el acetato de ciproterona, ¿tendré más posibilidades de que me vuelva a salir otro, visto que no dejaré de tomarme el antiandrógeno? ¿Debería dejar de tomarlo? ¿Qué le digo a mi novio? Su padre sufrió hace poco un ataque al corazón. Estas parecen ser preguntas para otro día. La doctora Pandya se despide de mí. Pido cita para la consulta con cirugía.

Siempre he pensado que las personas con depresión o ansiedad, o al menos las que coquetean con la depresión o la ansiedad, manejarán mejor una crisis, porque tienen a la vista lo peor, en los bordes de un paisaje que ya veían gris. No tengo pruebas, excepto mi propia depresión y ansiedad (a veces pienso que todavía me acompañan) y la tranquilidad con la que manejo una crisis.

Llego tarde a la comida con Aisha. No quiero cancelarla, aunque parece poco apropiado ir, una forma de proceder poco adecuada. Al mismo tiempo, se me plantean dos opciones ante mí: o creo que no me pasará nada, o creo que me moriré. En ambos casos, saludar o despedirme de la gente tiene sentido.



La cafetería está llena y nos hemos sentado en dos taburetes que dan a la intersección de dos calles muy concurridas. Llega nuestro café con leche. Doy un sorbo y rompo el corazón lechoso de la superficie.

—Hoy he ido al médico —comento.

—¿Sí?

El camarero regresa para tomarnos nota. Aisha pide la ensalada de caballa y patata con la mayonesa de la casa. Ya la he probado. No está buena, pero tengo la cabeza hecha un lío y no sé pedir otra cosa.

Giramos en los taburetes para estar cara a cara, con el codo apoyado en la mesa verde de madera. Un tumor. El drama. No es habitual tener una noticia así que requiera este nivel de atención. No es Munchausen: tengo un tumor de verdad.

—Bueno, has ido a ver al médico —dice.

—Tengo un tumor. —A Aisha se le descompone el semblante. Estira

el brazo para agarrarme de la mano, sin decir nada. Supongo que debo seguir hablando—. Todo va a ir bien. Está en la parte delantera del cerebro. Por aquí. —Señalo la zona del cráneo con la otra mano —. Es surrealista ver una resonancia magnética de tu cerebro y que la médica te indique una masa que no debería estar ahí, pero ahí está.

—¿Tienes cáncer cerebral?

—Creo que no es cáncer. Dicen que no es probable que sea un tumor maligno.

—Entonces, ¿no es grave?

—No, no lo sabrán hasta que lo vean de cerca —digo, sin evitar imaginarme la cirugía, lo que costará quitar esa cosa de mi cabeza: tendrán que cortar, pelar, taladrar. Cortar. Pelar. Taladrar—. Pero hay riesgos. —Muevo las palabras por la boca como si fueran canicas—. Hay un pequeño riesgo de que muera.

—¿Cómo de pequeño?

Creo que le tiembla el labio. Parece asustada de verdad. ¿Por qué no lo estoy yo? Lo único que siento es frío.

—Creo que bastante pequeño. No he ido a la consulta de cirugía todavía. Pero me van a abrir el cráneo, supongo que siempre habrá riesgo de algo. Aunque aún no me han dicho nada. —Debe de ser un mecanismo de defensa. Me estoy apagando, hablo sobre el riesgo menor de muerte como si fuera una verruga plantar. El pánico empieza a empañarme la visión como escarcha. Podría morir. No quiero morir—. Todo irá bien.

Aisha aparta la mano y se la lleva al pecho.

—Vale. Bien. ¿Cómo ha reaccionado Vincent?

—Todavía no se lo he contado. —Doy otro sorbo al café—. He venido directa aquí. Ni siquiera sabía lo de la cita médica. No quería que se estresara después de todo lo de su padre.

Aisha parece alarmada.

—Entonces, ¿me lo has contado a mí antes que a Vincent?

—Solo porque había quedado contigo. No se lo digas a Fred hasta que pueda hablar con Vincent, por favor. Necesito hacerlo en persona.

Me acuerdo de Jamie. A él también debería contárselo, ¿verdad?

Llega la caballa, situada encima de montones de patata cortada, como una dama pálida reclinada en un cuadro al óleo. Aisha agarra el tenedor y el cuchillo. Yo me inclino sobre el plato. La caballa se deshace. Miro a Aisha y vuelvo a pensar en Jamie. Y luego en mis padres.

—¿Estás bien, Max?

—Estaba pensando en mi hermano.

—¿Y en el tumor?

—Sí. Y en el tumor.

—¿Cómo crees que reaccionará?

—No lo sé. No sé si se lo voy a contar.

—Max…

—La familia es difícil, ¿verdad? Ya tiene todo el lío del bebé.

—¿Qué lío?

—Bueno, no es nada nuevo. —Me como un trozo de patata. Tiene bastante sabor. No es fácil conseguirlo con una ensalada de patata —. Lo que quiero decir es que ahora todo el mundo tiene mucho lío.

Es cierto. El ataque al corazón del padre de Vincent, el bebé de mi hermano y el drama de Simone. Ese tema tuvo bastantes efectos colaterales. Consecuencias. Una agencia se desvinculó por completo de ella. Unas cuantas modelos se fueron a otro lado. A partir de cierta edad, si alguien no se convierte en su familia o en su pareja, se convierte en su trabajo. Simone no es la excepción, y que su carrera casi implosionara ha sido un trauma parecido a una experiencia cercana a la muerte.

Aisha sostiene el tenedor y el cuchillo de la forma educada y combina ambos para dar un bocado. Me doy cuenta de lo desliñada que debo parecer a su lado, encorvada sobre el plato. Intento hacer un iglú en la ensalada. Se derrumba. Tendría que haber sabido que no me podía fiar de la fécula. No hay dónde esconderse.

—Podrías empezar con Vincent. Y luego seguir a partir de ahí —sugiere Aisha.

—Ya. Pero todo irá bien. No hace falta que hablemos de ello, en serio.

Aisha asiente, como si entendiera que «no hace falta» es lo mismo que no querer hablar sobre el tema. Deconstruyo el montículo de

patata con el tenedor. Comemos en silencio.

—Creo que le estoy poniendo los cuernos a Fred —dice. Me entra tos.

—No jodas. —Aisha asiente, ojiplática—. ¿Y quién es él? ¿O ella? O elle.

—Es mi vecino. El que vive enfrente. —Deja los cubiertos con cuidado en cada lado del plato—. Ni siquiera es muy diferente a Fred, aunque tiene la cara redonda, como un bollito —explica. Asiento y me la imagino enrollándose con un bao relleno de char siew—. A veces lo veo masturbándose por la ventana, con un pie apoyado en el alféizar. Fred y yo lo vimos una vez juntos, pero un día estaba sola en casa trabajando y lo imité.

—¿Qué? ¿Junto a la ventana?

—Sí.

—¿Y él te ve?

—Llevamos un mes haciéndolo a la misma hora todas las semanas. —Aisha hace una pausa—. Y me dio su número cuando nos encontramos en la calle.

Aisha me sorprende. ¿Fred me habría sorprendido de la misma forma? No me lo imagino meneando la polla para el vecino. ¿Esto convierte a Aisha en casi queer? Masturbarse junto a la ventana parece una experiencia canónica queer. Ahí hay una moraleja, primero las alfombras y luego esto. ¿Es eso lo que significa que una persona contiene multitudes? Aisha se queja.

—Ni siquiera es muy diferente a Fred —repite.

No somos amigas íntimas. Nuestra amistad es reciente, ¿cómo sabe que no se lo contaré a Vincent? A lo mejor nos conocemos a una distancia conveniente. Soy una camarera, una peluquera, una esteticista. No la conozco lo suficiente como para regañarla, ni siquiera sé dónde encajan los cuernos en la amplia constelación de su vida.

A lo mejor solo soy un recipiente en el que Aisha mete a ciegas sus palabras, pero le he contado lo del tumor, incluso antes que a mi novio, y noto cierto alivio al ver que su vida también es un desastre. Puede que haya sido un gesto amable por parte de Aisha; podemos llamarlo *schadenfreude* o gratitud.

—¿A qué se dedica? —pregunto.

—Es arquitecto. Tiene bastante pericia.

—Qué guay. Seguramente se le dé bien el bricolaje.

—No sé —dice, y entonces, como para recordárselo a sí misma, añade—: Todavía quiero a Fred. —No muevo ninguna parte del rostro, pero su semblante se agria, como si mi placidez fuera una acusación incisiva—. De verdad.

—Te creo.

Como un poco de ensalada.

—¿Puedes estar enamorada a la vez de dos personas? —pregunta.

—¿Estás enamorada del tipo de la ventana?

—No. Pero ¿y si la cosa llega hasta ese punto? Eso no significará que ya no quiero a Fred, ¿verdad?

—Creo que puedes estar enamorada de dos personas.

—¿Y cómo lo sabes?

Carraspeo y me enderezo un poco. Aisha apoya el codo en la mesa y el antebrazo le sostiene la cabeza. Me mira.

—No lo sé.

Suelta un suspiro grave y firme de decepción.

—Soy demasiado joven para tener una aventura.

—¿Es una aventura?

—¿No va en contra de las normas?

—Creo que nunca sabemos cuáles son las normas cuando empezamos una relación.

—Pero parece traición.

—Entonces supongo que vale la pena analizarlo. La gente pone los cuernos a cualquier edad.

—Pero estar casada y poner los cuernos, masturbarse delante de otra persona… —Agarra la taza vacía de café y bebe. No la oigo sorber, no cae nada de la taza—. Es una aventura.

—Las relaciones a veces se abren para permitir cosas que otras personas podrían considerar cuernos.

—La nuestra no —replica—. No somos así.

A muchas parejas queer esto les parecería de lo más emocionante, pero no creo que sirva de nada decírselo. A veces se me olvida que Aisha tiene mi edad. La veo tan compuesta que no aparenta sus

treinta y un años. ¿Qué edad aparento yo?

—Y el divorcio es como… Pensaba que me pasaría con, no sé, cincuenta años, pero ahora podría acabar divorciada. ¿Qué coño está pasando, Max?

Pobre Fred, cuya felicidad parece casi supeditada al matrimonio. Aun así, divorciarse a los treinta y un años no parece tan grave. Creo que sería algo típico de mí. A Simone le parecería chic, a mis padres les sorprendería que me hubiera casado para empezar y Jamie diría que sabía que iba a pasar. Nunca es demasiado tarde para empezar de nuevo y los treinta y uno no es en absoluto tarde. Mucha gente, como yo, está al principio. No quiero morir.

—No hace falta que os divorciéis —digo—. La gente espera que reacciones a ciertas cosas de un modo determinado, pero la vida es más complicada.

—Mmm.

Guardamos silencio unos minutos.

—Siempre me imaginé que tendría un tumor cerebral. Y ahora lo tengo.

Aisha apoya la cabeza en las manos.

—Joder, Max, lo siento, pero ¿qué estoy diciendo? Si tú tienes un tumor cerebral.

—No lo he comentado para minimizar nada, Aish. —Nunca la he llamado así—. Solo que no se puede planear que te salgan tumores ni enamorarte de alguien. —Hago una pausa para carraspear—. El divorcio puede ser liberador.

—¿Y un tumor cerebral podría serlo?

—No creo.

Me pregunto si estarán mejor separados. Una parte de mí cree que sí, pero no lo sé de verdad. Ni siquiera sé si Fred y Aisha lo saben. Mi móvil, bocarriba en la mesa, se ilumina. Es Jamie. Aisha y yo nos lo quedamos mirando. Respondo, casi esperando que sepa ya lo del tumor y me regañe por contárselo a Aisha primero.

—Max —dice—, ¿puedes venir a cenar?

Parece alterado, el mismo *staccato* en su forma de hablar cuando me llamaba la noche previa a sus exámenes universitarios, de madrugada en Hong Kong, para decirme que iba a suspender. De

vez en cuando también lo hace con algunos casos del trabajo. Pero en general se lanza a la raíz de su estrés, nunca me invita a su casa.

—¿Estás bien? —pregunto.

—¿Puedes venir a cenar? —repite a toda prisa.

—¿Por qué no quieres que vaya ahora?

—Estoy trabajando. Terminaré a las seis.

Ah, mierda. Yo también estoy trabajando. Se me había olvidado. Esta es mi pausa para comer.

—Jamie, ¿estás bien?

—Nos vemos luego —dice, y luego cuelga.

Me lo imagino en su ropa de trabajo (una camisa planchada y pantalones, incluso cuando está en casa), apartándose el pelo y con círculos oscuros alrededor de los ojos. Se me llena el pecho de la preocupación.

—¿Está bien? —inquiere Aisha.

—No lo sé.

Me quedo mirando el móvil, con la pantalla bloqueada de color ónix y, durante un momento, me siento aliviada al preocuparme por alguien que no sea yo misma.



No uso el tumor cerebral para escaparme del trabajo. De hecho, regreso porque, si estoy sola en casa, solo pensaré en el tumor. ¿Por eso la gente está tan quemada y responde correos incluso en su lecho de muerte? Me siento junto a mi colega, Maeve.

—¡Has estado fuera mucho rato!

—Se ha alargado la cita con la médica.

Su sinceridad entusiasta y puramente observacional me hace ponerme a la defensiva.

—¿Todo bien?

—Sí. ¿Has comido fuera?

—He ido al sitio nuevo de sushi con una amiga. El que está al doblar la esquina.

—¿Estaba rico?

—Demasiado picante.

—¿Qué?

—Ponen wasabi entre el pescado y el arroz.

Me siento tan vacía que ni siquiera me puedo reír de ella. Me quedo en mi mesa un poco más mientras repaso unos contratos que los novatos han marcado. Me pongo a escribir notas sobre cómo pueden seguir mejor mis detalladas instrucciones. No voy a morir, pero, si fuera a morirme, ¿querría pasar así mis últimos días? Me acuerdo de Queen Latifah en *Las últimas vacaciones,* donde descubre que tiene un tumor cerebral y vende sus activos para irse en unas vacaciones de lujo a esquiar en la República Checa. Luego resulta que le han dado un diagnóstico erróneo, pero ya tiene un nuevo círculo de amigos ricos y monta un restaurante de éxito. Mi vida no es una película. No puedes vivir como si te fueras a morir a menos que lo sepas de verdad. Es irresponsable. Los nervios, o el miedo, hallan el camino hasta mis manos mientras tecleo.

Tengo que levantarme. Voy al baño a llorar y observo el vinilo con letra cursiva de la pared. «Recibes lo que deseas», aunque han tachado «deseas» y lo han cambiado por «trabajas». ¿Qué coño he hecho para recibir un tumor? No quiero morir. De verdad que no quiero morir.

Jamie me hace pasar con un saludo rápido y el móvil pegado a la oreja en una llamada del trabajo. Llego diez minutos temprano y veo que un relámpago de irritación le atraviesa el rostro. Me pongo a sacar la compra de la bolsa mientras él termina la llamada en la planta superior. Jamie vive en los dos últimos pisos de un edificio georgiano en De Beauvoir. Lo compró ya listo para mudarse. Es un poco superior a una casa que compras para revender (tiene suelos de madera sólida con un diseño en espiga, encimera de piedra y luces que cuelgan bajas), pero es sencillo. A Jamie no se le ha ocurrido decorar. Está demasiado ocupado. Quiere algo cómodo. Quiere cosas bonitas, no encantadoras.

Al terminar, baja con pesadez las escaleras. Sin decir nada, se deja caer en el enorme sofá de terciopelo verde y grita en un cojín a

juego con un ribete beis. El grito se detiene tan solo un segundo antes de comenzar de nuevo. Agarro la bolsa de pappardelle con tanta fuerza que se rompe. La dejo en la encimera y me acerco a Jamie; me siento junto a su cuerpo estirado y le apoyo una mano en el hombro tenso. Cuando por fin para, gira la cabeza. Tiene los ojos rojos. Esto es demasiado mudo, demasiado gutural. Me siento asustada e incapaz a la vez. En el fondo, sé que algo terrible ha pasado, ya sea en el trabajo o con el bebé. No sé qué será peor para él.

—¿Estás bien?

Me mira como si fuera tonta.

—No, Max. —Contorsiona el brazo para poder limpiarse los ojos con el dorso de la mano. Parece un cadáver mutilado—. Maria me ha llamado esta mañana. Quería abortar.

—Joder. ¿Y qué le has dicho?

—¿Qué podía decirle, Max? —Suena enfadado y quiero decirle que no me hable con ese tono, pero me recuerdo que acaba de perder un bebé, aunque no sé si en realidad era su bebé como para que ahora lo pierda—. Me dijo que no veía que yo fuera a cambiar y que sabía que el bebé no sería una prioridad para mí y que no quería hacerlo sola. Yo la hice tomar esa decisión.

—¿Aún puedes…?

—Ya está hecho —grita. Le tiemblan las manos.

Me fijo en los montones de libros sobre crianza. Me pregunto si habrá avanzado de verdad en su lectura, pero sería cruel preguntárselo. Le froto la espalda con la mano y me recuerdo que las palabras servirán de poco. ¿Y qué palabras podría decirle? Puede que nunca exista un buen momento para decirle a Jamie que Maria podría tener razón, que quizás no esté listo. Es difícil saber cuándo estás listo para algo, pero hay que crear espacio para que quepa. Pocas cosas crecen en habitaciones oscuras y abarrotadas.

—Lo siento mucho, Jamie.

Nos quedamos así un rato largo, hasta que se levanta y sube al piso superior. Por algún motivo, lo sigo hasta la puerta de su dormitorio, que cierra a su espalda. En general, me adapto a sus cambios de humor, pero empiezo a notar el peso del día de hoy.

Maria ha abortado un feto. Yo tengo un tumor y, posiblemente, una operación para quitarlo que me podría matar. Una lágrima me hace cosquillas al caer por la mejilla. Lo único que tiene sentido ahora es cocinar.

Pongo una olla a hervir y luego corto los tomates por su ecuador. Cuando era adolescente, oí a Nigella decir que la sección central de un tomate cherri era su ecuador y lo llevo diciendo desde entonces. Vierto un chorro de aceite de oliva caro en la olla Le Creuset. Los bordes de los trozos de ajo se encojen y tuestan. Echo la harissa, luego los tomates, el agua salada de la pasta, unas cuantas alcaparras y ralladura de limón. Noto los ojos granulosos por las lágrimas secas.

Jamie baja cuando la comida ya está casi lista. La gente lleva eones teniendo bebés. Si los microplásticos no nos esterilizan hasta extinguirnos, la humanidad seguirá teniendo bebés durante muchos más años. No es una gran revelación saber que tener un bebé y ser padre son dos cosas distintas, que hace falta cumplir mucho más que lo primero para ser lo segundo; no es una gran revelación, tan solo un recordatorio de que la vida no es perfecta para nadie. Puede que exista un mundo en el que a Maria le habría hecho feliz tener el bebé y quizás ella también se sienta decepcionada. No es *schadenfreude*, sino una cuestión de perspectiva. Jamie pone la mesa.

—Gracias —dice.

—De nada —respondo, y doy un bocado—. Lo siento de nuevo, Jamie, pero…

—Pero ¿qué? —pregunta con aire acusador y con la boca llena de pasta.

—Nada. Solo iba a decir que a lo mejor ahora todo esto te resulta confuso, pero puede que más tarde tenga sentido. Poco a poco verás que…

—Hostia puta, Max —gruñe, con la cara enterrada en las manos—. No me digas con condescendencia lo de ir poco a poco. Esto es lo peor que me ha pasado nunca. ¿Podemos dejarlo así?

Lo dejamos así. Es como una bofetada de silencio. Jamie es gilipollas, pero está sufriendo. Vuelvo a llorar. Podría esforzarse más

en ser amable, pero lo está llevando como puede. Quiero contarle lo del tumor, para hacerle saber que se comporta de un modo horrible, que no es la única persona en el mundo con problemas. Me mira como si estuviera chiflada y luego como si me pasara algo malo.

—Tengo que contarte una cosa —le digo.

Jamie levanta la mirada y arquea las cejas. Las arrugas profundas y estáticas de su frente se intensifican y amplían.

—¿El qué?

—Tengo un tumor cerebral. —Se queda boquiabierto. Deja el tenedor y vuelve a enterrar la cara en las manos—. Seguramente sea benigno. Es como una cosa que tengo dentro de la cabeza—. Jamie no levanta la cara. Me siento mejor—. Es posible que tengan que operarme para quitarlo.

—¿Y eso no es peligroso?

—Supongo. Me van a abrir el cerebro, Jamie. Pero todavía no está muy cerca del nervio óptico —añado con confianza, como si supiera lo que eso significa.

Mueve los antebrazos por encima de la mesa y se inclina sobre la pasta.

—Vale. No está cerca del nervio óptico —dice, reajustándose, como si él supiera lo que significa—. Entonces estaremos bien.

Gira el tenedor en una mano y me agarra la mía con la otra para darme un rápido apretón. Lo observo mientras la pasta envuelve los dientes del cubierto. Me encanta que Jamie hable en plural, pero entonces me acuerdo de que también dijo que Maria y él estaban embarazados. Los dos no tenemos un tumor.

—Es posible que vuelva a salirme —digo—. Y que me muera. —Me mira de nuevo. Me siento mal por intentar manipularlo, aunque no sea mentira—. Pero es una pequeña posibilidad. Creo.

Tuerce el gesto. No puedo evitar pensar que lo ha procesado todo demasiado rápido, lo que me hace pensar a su vez que quizás no lo ha procesado en absoluto. ¿Por qué no me hace más preguntas?

—Me da la sensación de que no lo has entendido.

—¿Por?

—No me has hecho ninguna pregunta.

—Dame un puto segundo, Max. Son muchas cosas. Lo siento. —

Suspira y se levanta para rellenarse el vaso en el fregadero. Luego regresa—. ¿Qué toca ahora?

—Una consulta en cirugía, dentro de unos días. Creo que la médica no me explicó bien los riesgos.

—Debería habértelo dicho bien.

—No es cirujana.

—Pero no puede dejarte en el limbo. —Deja el vaso de agua con fuerza sobre la mesa—. ¿Se lo has dicho a Vincent?

—No.

—¿Por qué no?

—Me he enterado hoy. Y es algo que se dice en persona, ¿verdad? —Jamie asiente—. Se lo diré esta noche.

—¿Y a mamá y a papá?

—Mañana.

Los peores para el final. Me imagino el pánico práctico de mamá. «¿Cuándo tienes la operación? ¿Te estás tomando suplementos? ¿Vitamina C, vitamina D, B12? Una amiga de Hong Kong tuvo un tumor el año pasado. Se murió. Esto es grave, Max». La respuesta de papá será igual de insatisfactoria. «Ay. Ay, cariño. Bueno, hay que tener esperanza». Qué pereza me dan.

—Todo va a salir bien —dice Jamie; no ha tardado en recuperar su lógica frágil—. Eso es lo que importa. Que estarás bien.

—Pero eso no lo sabemos.

—Estoy intentando ser positivo.

A costa de quién, me pregunto. Aun así, no sé lo que quiero de Jamie ni por qué lo he buscado. Es como pedirle a un pez que ladre.

—Vale.

Apenas he probado la comida. La ataco a grandes bocados, hasta el punto de engullir alcaparras y aceitunas enteras.

—¿Sabes lo que es una tontería? —pregunta.

—¿El qué?

—Reservé un fin de semana en un balneario en el último momento —dice, con la cara hacia el plato—. Para Maria y para mí. Es la semana que viene.

—¿En serio?

—Iba a ser una sorpresa.

—¿Y si Maria tenía planes?

—A lo mejor podéis ir Vincent y tú —dice, pasando por alto mi pregunta.

—¿Por qué no vamos nosotros dos?

—No sé.

No levanta la cabeza del plato.

—Vale, lo decidimos más tarde.



Sigo despierta cuando llega Vincent, pero finjo no estarlo. Sus movimientos poseen cierta delicadeza; percibo su suavidad cuando se desabrocha el cinturón, se quita los pantalones, abre las puertas. Viene a la cama y me doy la vuelta para apoyar la cabeza en su hombro. Se agarra a mi antebrazo, tirado por encima de su cuerpo.

Se lo podría contar ahora, pero el momento es demasiado dulce, demasiado perfecto para un tumor. Vincent se ha mudado conmigo y, de un modo rápido e inesperado, este piso se ha convertido en un lugar seguro para los males del trabajo y el trauma familiar. Me pregunto: ¿por qué voy a corromper esta comodidad? ¿Por qué voy a estropear esta cosa tan bonita? No se me ocurre ninguna respuesta real, aparte de la virtud de la verdad. Pero la verdad persistirá hasta el día siguiente. Puede esperar.

Por la mañana, oigo sonidos en la cocina. Huele a salsa de soja, a jengibre y a aceite.

Cuando entro, Vincent, que remueve una gran olla de congee ataviado con un albornoz, se gira para mirarme. Sobre la encimera hay un montón de Spam cortado en palitos junto a una pila de cerdo desmenuzado.

—Me he despertado de buen humor —dice—. Y me apetecía preparar un desayuno especial.

Un desayuno especial. Es curioso que en muchas partes del mundo, partes que Vincent y yo conocemos, el congee sea muy ordinario, pero aquí parece especial.

—¿Eso es youtiao? —pregunto al ver los largos dedos de masa frita sobre unas servilletas de papel.

—Sí.

—Te habrás levantado muy temprano.

—Llevo siglos queriendo hacerlos.

En Hong Kong solíamos desayunar youtiao, aunque nunca los preparábamos en casa. Con catorce años, leí *Las uvas de la ira* y me acostaba por la noche con el estómago rugiendo. El único recuerdo que conservo de ese libro tan largo y deprimente es la escena en que la madre fríe masa porque eran demasiado pobres para comer otra cosa. Tendría que haberme parecido triste, pero solo pude pensar en lo mucho que me gustaba la masa frita.

Vincent me sirve el congee gelatinoso en un cuenco y luego echa unas gotas por encima de salsa de soja de la marca Kikkoman, como tinta sobre un lienzo húmedo, seguida de cebolleta, Spam, un poco de cerdo desmenuzado y, por último, el youtiao cruzado sobre el cuenco. Comemos uno frente al otro en la mesa redonda de mi salón. Miro la cuchara, los bordes inseguros del arroz, el charco pegajoso de células reventadas. Noto un cosquilleo en la cabeza y me acuerdo del tumor.

—Tengo que contarte una cosa —digo.

Vincent me mira. Le gotea congee de los labios, como si tuviera un arrozal en la boca. No puedo evitar pensar en que quizás sea demasiado, después del estrés por lo de su padre; a lo mejor no puede con todo. A su padre no lo va a dejar. Yo soy más desechable.

—Todo va a ir bien —le digo, con cuidado de no provocar pánico—. Pero hace poco fui a la neuróloga y pronto tendré una consulta de cirugía. —Vincent abre la boca. Lo estoy contando al revés, pero quiero valorar qué le causará menos daño, cómo puedo hacer que mi tumor no sea algo impuesto, que no sea un agravio. Al ordenar las palabras según su impacto, «tumor» queda por encima de «cirugía», aunque lleve el sufijo de «posiblemente benigno»—. Tengo un tumor cerebral. Posiblemente benigno.

Vincent deja caer la cuchara, que desaparece en la tumba de granos hinchados.

—¿Qué?

Ya se le están formando lágrimas en los ojos. Se limpia la boca y empieza a pasearse por el salón.

—Lo siento —le digo.

Procedo a explicar lo que puede ocurrir a continuación y, con cada palabra, Vincent se derrumba. Yo me noto estable, como si él sintiera lo que yo debería sentir, pese a no poder sentirlo, y es un alivio. Al calmarlo a él, empiezo a creerme todo lo que estoy diciendo.

Vincent se gira hacia mí, con los ojos húmedos y las manos en la cadera. El contraste entre su reacción y la de Jamie es claro. Nada de cerrarse con frialdad, más bien se pone en lo peor. Aunque a Vincent le iría bien cerrarse un poco, su reacción es una muestra de que se preocupa por mí. Es una reacción que se basa en el amor y no en el abandono. Me hace sentir querida, y también culpable, por regocijarme en su temor.

—¿Crees que la TAC de Nochevieja habría…?

—No lo sé —digo. Me pesan tanto los ojos de la vergüenza que no puedo mirarlo a la cara—. No pude preguntarlo.

—Vale. Vale, no importa.

—Seguramente sea benigno —repito—. No tenemos que preocuparnos.

Vincent me manda callar.

—¿Quieres que pida un tiempo en el trabajo?

—No hace falta.

—Lo haré.

Me sostiene la mano y yo también me echo a llorar, porque percibo de nuevo el miedo en sus ojos, como si temiera que fuera a morirme de verdad. Está asustado por si me pasa algo malo. Sería una putada si me lo inventara (si me lo hubiera inventado todo), pero, de haber sabido que me miraría así, entonces casi habría valido la pena.

## VINCENT

# XII

El trozo de mar que conecta Koh Samui y Koh Phangan es agitado y la nariz puntiaguda del barco se eleva con las olas. Cada vez que cae, los bordes de vinilo del chaleco salvavidas naranja me rascan los hombros.

Estamos cerca de la parte delantera del barco; Alex y Fred están detrás de mí. Se me meten gotas de agua salada en los ojos y, cuando me los voy a frotar, me acuerdo de los puntitos neón que me ha pintado Alex en la cara, además de una línea que comienza encima de una ceja y acaba debajo del otro ojo. Dejo que el picor se intensifique y desaparezca sin prestarle atención.

—¿Por qué te has recogido el pelo? —pregunta Fred.

—Para no tenerlo siempre en la cara.

—A mí me gusta suelto.

Suspiro. Parad, por favor.

—«Trata a los demás como quieras que te traten a ti».

—Imperativo categórico.

¿Esto puede empeorar?

—¿Qué? —pregunta Alex.

—Lo que has dicho es de Kant.

—¿Qué me has llamado?

—Es un filó…

—Sé quién es Kant.

Se ríen. ¿Por qué hace esto Fred? ¿Por qué le gusta a ella? No se han enrollado, pero tengo un mal presentimiento, como si fuera inevitable. No puedo decirles que no lo hagan. Al verlos juntos, me ha quedado claro que Alex me gusta, lo que hace insoportable la sensación de que cada vez se aleja más de mí. A lo mejor podría haberle contado a Fred cómo me siento, pero ahora es demasiado tarde y estoy enfadado con él. Solo porque lo está disfrutando.

—¿Qué tal vas, Vinny? —pregunta Alex.

—Bien.

Odio que me llame Vinny, porque se le ha pegado de Fred. No suena bien cuando sale de su boca. No suena bien cuando sale de la boca de nadie. No hay forma de corregirla sin parecer que le estoy echando la bronca. ¡No me llames Vinny! Prefiero Vincent. Sé lo que provocaría esa respuesta, en ella y en Fred. «¿Cuál es el problema? Si todo el mundo te llama Vinny». Y entonces tendría que explicar que me ha molestado desde siempre, que nunca me ha gustado en realidad y la pregunta de después sería: ¿por qué no has dicho algo antes? Y eso revela un dato incluso más vergonzoso. Que soy un cobarde. Pero prefiero ser cobarde que dejar de ser cobarde y que la gente crea que sigo siéndolo.

—¿Te mareas? —pregunta Alex.

—No. ¿Y tú?

—Un poco. Pero lo preguntaba porque has cerrado los ojos.

—El mareo empeora si cierras los ojos. Se me ha metido agua.

—Seguramente te esté cayendo toda a ti en vez de a nosotros.

Alex apoya la cabeza en mi hombro. Miro al frente. Espero oler bien. Quiero estar cerca de ella. He perdido mi oportunidad. Intento recordarme que no puede pasar nada entre ellos. Ella no lo permitiría. A él no le gustaría.



Ya ha empezado la música. Un trance hipnótico. Hay bailarines de

fuego sobre altas plataformas de madera alrededor de la pista de baile y unas escaleras que suben hasta la barra, donde hay más asientos. Es como un pub al aire libre. La gente aplaude cuando un bailarín de fuego lanza unas llamas grandes y veteadas por la boca. Para algunas personas, esto sería el infierno y creo que para mí se le acerca. Pedimos una jarra de margarita aguada en la barra y nos servimos nosotros las copas tras sentarnos en una de las mesas junto a la pista de baile. Nos hallamos en ese punto intermedio: no hemos bebido lo suficiente para pasarlo bien y estamos lo bastante sobrios para empezar a sentirnos cansados. Nos comprometemos y observamos lo que nos rodea mientras sorbemos la bebida azucarada por la pajita. Saco dinero de la mochila para comprar otra jarra y también nos la bebemos.

—¿Pido un batido de hongos mágicos? —pregunta Fred. Miro a Alex, que me devuelve la mirada—. Venga, tío.

Conque el problema soy yo. Asiento.

Fred se marcha y regresa con uno en la mano. Damos sorbos dubitativos y nos lo vamos pasando, hasta que se acaba y nos trasladamos a la pista de baile. ¿Qué pensarían mis padres si al regresar a casa les contara esto? Mamá sacaría artículos sobre turistas que se fueron corriendo a la jungla o al mar después de tomar psicodélicos. «¡Este podrías haber sido tú!». Papá aguardaría a que la mesa se quedara en silencio para intervenir: «Di no a las drogas».

No nos separamos y las chispas que veía entre Alex y Fred parecen haberse apagado un poco. Estamos aquí juntos. Es uno de esos momentos en los que te sacas la cabeza del ombligo y puedes pensar de un modo racional, hasta que te percatas de que el pánico es una tontería y no tienes nada de lo que preocuparte. ¿Y qué más da si pasa algo entre Alex y Fred? Me he inventado todas esas señales. Alex no se enrollaría con él. Fred no haría nada con ella si lo supiera y, si intenta hacerlo, se enterará.

Me siento un poco mareado, pero tengo energía y creo que no estoy viendo nada, ni imágenes ni mierdas así, pero cuando miro las luces del club sobre mi cabeza, esos rayos danzarines como de radar, veo que palpitan un poco. ¿Las luces siempre palpitan?

¿Suelen ser así? Estamos en un pozo de gente bailando y sudando. Creo que llevamos aquí varias horas. No hemos hecho ni un descanso. ¡Esto es genial! Puede que sea por el alcohol, los hongos o el fuego. Todos los clubs deberían tener bailarines de fuego. Le da un toque especial, en serio. No sé qué clase de toque. De fuego, claro. Pero algo más también. Necesito ir al baño con urgencia.

Rodeo a Fred y a Alex con los brazos.

—Chicos, tengo que ir al baño —digo.

Maniobro para salir de la multitud y me uno a la cola en el piso de arriba para entrar en los servicios. Cuando cierro la puerta, me doy cuenta de que tengo que cagar y en el bolsillo encuentro reservas de papel de baño que me he llevado del albergue. ¿Estoy colocado? La camiseta de tirantes está más sudada que un trapo. Tiro de la cadena y me dirijo al balcón, desde donde se ve la pista de baile abajo. Veo a Fred y a Alex, que bailan cerca. Solo tenía que irme para que volvieran a arrejuntarse. Me quedo allí, observándolos y culpándome por cagar.

Necesito otra copa. Quiero que se aparten el uno del otro porque, durante un instante, en la pista de baile creí que todo se había acabado, que estaba loco, que por fin podía relajarme. Es duro, porque pensaba que los hongos mágicos apagarían el brillo entre los dos, pero seguramente lo sientan con más intensidad. Yo lo siento todo con más intensidad. Me gusta Alex. Me gusta de verdad. La he cagado pero bien.

Me pido una cerveza y, cuando regreso abajo, se apartan. ¡Eso es bueno! ¡Muy bueno! Me da igual si no los estoy dejando liarse. Volvemos a bailar juntos de nuevo y les doy sorbos de mi cerveza. ¿Participaría en un trío? Joder. Un trío con Fred. Antes me muero virgen. Pero no soy virgen. De verdad. Bailamos un poco más. Cuando miro el móvil, son las tres de la madrugada.

—¿Podemos descansar un rato? —pregunta Alex.

Salimos de la multitud para sentarnos en una mesa del piso superior. Estamos los tres borrachos y atontados. Fred apoya la mano en el muslo de Alex. Esas putas manos grasientas. Aparto la mirada de ellos para observar a la gente y los cuerpos danzantes se tragan mi mirada; el noventa por ciento son personas blancas que se

mueven con torpeza al son de esta música tonta. Empiezo a sentir frío. Se me está secando el sudor del cuerpo.

Cuando vuelvo a mirar a Alex y Fred, se están besando. Pero ¿qué coño? ¿En la mesa? Esto es demasiado. No quiero estar aquí. ¿Por qué alguien querría estar aquí? Es horrible. Y entonces me doy cuenta de que no puedo detener nada. Las cosas serán como tengan que ser. Pero eso no significa que yo deba presenciarlo.

—Chicos —digo. Se ríen, sin apartar la cara del otro, y luego se separan—. Me voy al muelle. Creo que prefiero relajarme allí.

—¿Estás seguro? —pregunta Fred.

—No puedes ir solo —dice Alex.

—Sí que puedo, en serio. Solo necesito descansar. Así tendremos sitio en la cola. Luego os la saltáis. Disfrutad de la fiesta.

Alex no parece convencida, como si leyera el inicio de un artículo sobre la desaparición de un turista.

—Si estás seguro… —dice Fred.

No sé si está contento de que me vaya, pero me la suda. Necesito espacio.

—Sí, no pasa nada, tío.

Nos damos un abrazo de despedida y luego abrazo a Alex.

—Ve con cuidado, ¿vale?

Compro pollo frito en un puestecito fuera de la fiesta. Tendré que esperar una puta eternidad en el muelle. Eso es lo que han dicho todas las personas con las que hemos hablado. «¡Id al puto muelle!». Digo que no a comprar un CD con la música de la noche (una pista tras otra de trance absurdo) y voy al muelle por el camino largo. Soy uno de los primeros en la cola. Me tumbo con las piernas en el borde y la espalda contra la madera. Ojalá hubiera aceptado el CD para tener algo que leer por lo menos. Cierro los ojos. Solo es una chica. Habrá otras Alex. ¿Las habrá de verdad? Parece absurdo sentir tanto miedo, permitir que esos sentimientos me engullan entero. El tiempo pasa, me pesan los ojos y me quedo dormido.

—¡Vincent! —me llama una voz.

Me enderezo y miro hacia el otro lado del muelle. Son Fred y Alex. ¿Por qué no me dejan solo? La gente protesta en el muelle porque se están saltando la cola, pero pasan de ellos.

Se dan cuenta de que no quiero hablar, así que nos quedamos en silencio. El barco llega unos minutos más tarde. Un tercio de la cola, nosotros incluidos, sube.

—¡Pringados del muelle! —grita Fred. Qué puta vergüenza. Alex se ríe. ¿Por qué se ríe? La multitud mira a Fred con incredulidad. Quiero retraerme dentro de mí mismo. Fred me rodea los hombros con un brazo—. Muchas gracias por hacer cola, tío.

Veo por el rabillo del ojo que se dan la mano y finjo quedarme dormido para que no piensen que estoy de malhumor. Resulta difícil expresar mis sentimientos en palabras que no sean mezquinas. Estoy celoso y enfadado y me odio por hacerme esto a mí mismo, por dejar que ocurriera así. Me imagino de repente mil escenarios distintos y en todos ellos manejo mejor la situación. Le digo a Fred que Alex me gusta. Me lío con Alex y le hago jurar que no dirá nada sobre ser trans. Seguro que no querría que Fred se enterara. Cualquier otro resultado habría sido mejor que este… Me ha tocado la pajita corta.

Surcamos en silencio el agua bamboleante mientras observamos pasar los cúmulos de islas a lo lejos, como hernias peludas y verdes que sobresalen del mar. Llegamos a la costa y subimos a un tuk-tuk para regresar al albergue. Alex se sienta detrás conmigo. No quiero su compañía.

Al llegar, Alex y Fred se quedan rezagados; no me doy la vuelta porque sé lo que eso significa. No hace falta que digan nada y yo no quiero que digan nada. Me ducho bajo la bombilla que ha empezado a parpadear y me tumbo en la cama, pero no puedo dormir. Quiero algo que me impida pensar. Lo que sea. Quiero darle un puñetazo a la pared, pero no soy el tipo de hombre que pega puñetazos a las putas paredes. Estoy demasiado deshidratado para dormir, lo que significa que mi mente da vueltas, pero estoy demasiado cansado para levantarme a por agua.

Al cabo de media hora, Fred llama a la puerta. Espero hasta que llama por tercera vez para abrir. Con esa sonrisa boba en la cara, parece que ha descubierto la penicilina o algo.

—¿Y tu llave? —pregunto.

—Creo que la he perdido. —Bosteza—. Pagaré por ella, no te

preocupes.

Se ducha mientras yo me quedo tumbado en la cama. ¿Lo sabe? Si se han acostado, debe de saberlo. No digas que se han acostado, por favor. Odio a Fred. Y a Alex. Son imbéciles por joderme así. Fred sale de la ducha, desnudo a excepción de los calzoncillos, y se mete en la cama con el pelo húmedo. Nos miramos a la cara y es un error porque, al hacerlo, sonríe, se tumba bocarriba y se pone a hablar.

—Mira que le gusta jugar con mi polla —dice.

—¿Qué?

—Alex.

—¿A qué te refieres?

—Me la ha chupado, aunque no quería hacer nada más. —Calla y se ríe—. Pero me he corrido en sus tetas.

Siento que voy a estallar. Estoy en un combate de pesos pesados entre la rabia y el asco, en un cuadrilátero rodeado de resentimiento y deseo. Quiero castigar a Fred y la única forma que sé es mediante la vergüenza. Pero, para alguien con tan poca vergüenza, solo hay una cosa que puedo decir. Las palabras me salen como vómito. No puedo detenerlas.

—Sabes que es un hombre, ¿verdad?

Fred se ríe.

—Calla, Vincent.

—No es broma. Antes era hombre. No es una puta broma. —Se ríe de nuevo—. No es broma.

Sonríe, pero cuando ve que no he alterado el semblante, empieza a registrar que lo que digo puede ser verdad, que no estoy bromeando.

—¿Qué has dicho?

—Antes era un hombre. Es transexual.

Su postura distendida emana incredulidad, pero percibo la ansiedad en esos brazos y piernas asustadizos.

—Imposible.

—No es mentira, tío —digo con tono acusatorio. ¿Y de qué lo acuso? Y yo qué sé—. Es cierto. No pensé que fueras a hacer nada con ella.

—¿Te estás quedando conmigo? —Intento aparentar calma.

Seriedad. Quiero que me crea—. ¿Y cómo cojones lo sabes?

—Me lo dijo una chica en Bangkok. Ha venido a Tailandia a operarse. Deduzco que tiene que ver con eso.

—¿Tiene polla?

Fred pelea con la sábana al levantarse y se pasea por la habitación. Nunca lo he visto así, en una mezcla horrible de desconcierto, rabia y asco. Agarra los pantalones cortos que ha dejado tirados en el suelo.

—¿Qué haces?

De repente, el pánico se apodera de mí, ese tipo de pánico que ralentiza el mundo que te rodea. Fred sale corriendo del cuarto. Me quedo de pie junto a la puerta abierta, a sabiendas de que debo hacer algo. Parecía muy cabreado, como si fuera a pegarle a algo. Y entonces sé lo que va a hacer. A pegarle a ella. Echo a correr por las escaleras y luego por el patio hacia la habitación de Alex. Enseguida oigo unos llantos y la voz enfadada de Fred.

—Maricón —grita—. Eres un maricón de mierda.

Irrumpo por la puerta de Alex. Fred está aquí. Veo que Alex se agarra las rodillas en el extremo más alejado de la habitación; llora con los pantalones cortos por los tobillos. Le cae sangre por la nariz sobre la camiseta de tirantes y hay una mancha en los pantalones. Balbucea, dice algo que suena a «no».

Me giro hacia Fred, cuyo rostro muestra que sabe que ha hecho algo muy malo. La rabia ha desaparecido de su semblante, como si hubiera estado sonámbulo y alguien acabara de despertarlo. Se mira las manos. Como si le hubieran tendido una trampa, como si la adrenalina hubiera borrado el recuerdo de todo, como un huracán comatoso.

—Ella… él… Me ha mentido, joder —dice—. Yo no soy un puto gay. Yo no soy un puto gay.

Todo esto es un puto desastre y es culpa mía. Si no le hubiera dicho nada a Fred, entonces Alex no estaría en el suelo, apretada como una bola de papel, toda roja. Fred está de pie, a la espera de que yo haga algo, como el espectador de un accidente de coche.

—Vete, tío —le digo.

—¿Qué?

—Vuelve al cuarto.

Fred se mira una vez más el puño manchado y luego se va y cierra la puerta tras él. Doy unos pasos hacia Alex.

—¿Cómo lo ha sabido? —grita—. ¿Cómo cojones lo ha sabido?

—Se lo he dicho yo.

Me mira con ojos coagulados de lágrimas, mocos y tapados por mechones de pelo húmedo. Parece demasiado cansada para descifrar cómo lo sé yo. Espero que se enfade, pero Alex no deja de llorar y al final me arrodillo y la agarro de la mano y ella me pasa el brazo por encima del hombro y nos levantamos y avanzamos juntos, cojeando, como una carrera torpe a tres piernas hasta el baño. Por cómo dobla el cuerpo y encorva la espalda, deduzco que Fred no solo le ha pegado en la nariz, sino que también le ha propinado unas cuantas patadas. Cuando llegamos al baño, la dejo sentarse en el retrete; Alex levanta la cabeza. Nunca he hecho algo como esto, pero el instinto me guía. Agarro la toalla de mano blanca, fina y rasposa, y la mojo en el grifo para luego aplicarla en la nariz ensangrentada de Alex. La toalla absorbe las partes húmedas y moja lo que se ha secado; algunos trozos se quedan enganchados en sus fibras. El modo de tratar a los pacientes supera cualquier experiencia médica. Las células se reparan, entrelazan, unen y organizan, pero el alma es porcelana. Es importante ir con cuidado, preocuparme. No me puedo creer que haya hecho esto.

—No parece rota —digo—. Tu nariz, quiero decir.

—¿Por qué se lo has contado? —pregunta sin dejar de llorar.

—No lo sé. Lo siento.

Asiente de un modo casi imperceptible. Cuando mis dedos envueltos en algodón se acercan demasiado a la curva de los orificios, la parte donde la nariz se une al rostro, hace una mueca, así que me aparto y vuelvo a acercarme con más delicadeza. Me concentro con fuerza porque, si no lo hago, lo único que me queda es la culpa. Tras limpiarle la cara y asegurarnos de que no tiene la nariz rota, le examino los brazos inertes en busca de heridas, manchas, marcas. Le limpio un poco de sangre de los dedos.

Cuando dejo a Alex limpia, me vuelve a apoyar un brazo por encima de los hombros y nos levantamos otra vez. Gira la cabeza

para mirarse en el espejo y el peso de su brazo sobre mis hombros disminuye, como si verse limpia de sangre aliviara un poco el dolor. Caminamos despacio hacia la cama y la arropo con las sábanas.

Me pregunto en qué estará pensando Fred. No debería haber pegado a Alex. De verdad que no. ¿Es Alex la culpable? ¿Por qué le chupó la polla? Venga ya, Alex. Está mal enganchar a un chico de esa forma. Pero yo también soy culpable. Lo sé. No tengo nada en lo que concentrarme ahora. El pesar me inunda. Tengo el móvil en el bolsillo. Fred no me ha escrito. Le mando un mensaje, pero no responde.

Son las siete de la mañana. ¿Ha pasado tan poco tiempo? Podría volver a mi habitación, pero no quiero verlo. Sé que Alex debería habérselo contado, pero él no debería haberle pegado. Alex cierra los ojos y se desliza por la almohada.

—¿Puedes quedarte, por favor? —me pide.

—Sí, claro.

—Es que me siento… —Calla un momento—. Me siento…

—No pasa nada. No hace falta que lo expliques.

A las cuatro de la tarde, Alex se remueve y sé que debo enfrentarme al interrogatorio del que me escapé esta mañana. Salgo de la habitación para ir a buscar comida y ganar tiempo. Mientras espero a que llegue lo que he pedido, pienso en lo que diré cuando me pregunte lo inevitable. Aplico con efecto retroactivo unos cuantos principios, otros planes de acción. Así es más sencillo.

A la vuelta, Alex está sentada en la cama y veo con más claridad que tiene el ojo izquierdo amoratado. La vergüenza me recorre entero, como si hubiera sido mi puño en vez del de Fred, porque bien podría haberlo sido.

—He traído comida —anuncio.

Salen nubes de vapor de las cajas de poliestireno. Alex clava los palillos envueltos en plástico en la colcha. Remueve el pad thai un poco y toma un bocado pequeño. Abro mi caja e intento comer, pero no dejo de mirarla. Tras tragar el primer bocado, aparta la comida a

un lado.

—¿Cómo te enteraste? —pregunta, mirándome directamente.

—Por Bex. Del otro albergue.

—Será zorra.

Agarra la caja de nuevo y remueve más la comida.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No lo sé, Vincent. No te debo ese dato. No se lo debo a nadie.

—Lo sé, pero…

—¿Y por qué se lo contaste a Fred?

—¿El qué? —pregunto, como si pudiera evitar la pregunta para siempre.

—Que soy trans —dice, con la mirada fija en la comida y la boca llena.

—Pensé que era lo correcto —miento.

Alex suspira y deja la comida en la mesita de noche. No puedo mirarla, así que mantengo la cabeza gacha. Doy un mordisco a un trozo fibroso y reseco de pollo.

—Pero él no lo sabía —dice, casi suplicante.

—A lo mejor no habría hecho nada contigo de haberlo sabido. Eso es lo que importa, ¿no?

—Pero se sentía atraído por mí.

—Pero ¿y si no le atraen ciertas partes?

—No las ha visto. —Su tono se carga de ira—. No le dejé verlas. —Eso lo sé. Dejo de comer. La comida no sabe a nada—. Si crees que me he equivocado, ¿por qué te has quedado conmigo?

Pienso en qué otra cosa puedo decir; tengo miedo de la pregunta, de mi respuesta.

—¿Por qué has venido a Tailandia, Alex?

—Para operarme.

—¿De qué?

—De eso.

—Vale.

Bex no mintió. Si hubiera conocido a Alex más tarde, nadie tendría que haber descubierto nada. Me siento un poco hueco, como si me hubiera vaciado entero.

—¿Estás bien? —pregunta.

—Sí —contesto. Me enderezo sobre la cama, alejándome de ella—. Debería mirar el móvil.

Tengo una barbaridad de mensajes de Fred.

*Tío, podemos hablar?*

*Donde estas, Vinny?*

*Vincent lo digo en serio que tenemos que hablar en serio…*

*Voy a buscar algo que comer… Regresare al cuarto dentro de un rato.*

El último mensaje es de hace veinte minutos.

—Debería ir a ver a Fred —digo, y a Alex se le descompone el semblante. Fred ya está en la habitación… en el negro y el azul de su rostro, en el corte de su labio—. Me ha escrito. Pero volveré, ¿vale? Seguramente tengamos que ver qué hacemos con la habitación. Deberíamos dejarla mañana.

Alex gimotea. Es un sonido raro, pero tiene todo el derecho a quejarse.

—Creo que no puedo irme mañana.

—Lo sé. Voy a ver qué se puede hacer, ¿vale?

Alex busca mi mano y, durante un segundo, me estremezco, pero la acepto y aprieto con suavidad.

Bajo las escaleras y giro hacia la derecha, en dirección al cuarto que comparto con Fred. La puerta está entreabierta. Lo veo sentado en el borde de su cama con una caja de comida para llevar en el regazo. Levanta la mirada cuando entro. Tiene los ojos rojos. Parece sucio. El sudor ha manchado las axilas de su camiseta gris.

—¿Dónde has estado, tío? —pregunta.

—Con Alex.

—La he cagado —dice, con la cara entre las manos—. La he cagado.

Me siento enfadado, como si suplicara a mis pies para que le concediera un perdón que no me pertenece. Me imagino dándole una patada en la cabeza y la sangre saliendo disparada de la nariz hasta el techo. No sé qué decir. Nos miramos a los ojos; los suyos están cada vez más vacíos.

—Apenas puede andar —digo. Fred aguarda a que diga más. No quiero ponérselo fácil—. Había mucha sangre. —Me cruzo de brazos

—. Nos… —Me callo—. Menuda paliza le has dado, Fred.

Aparto la mirada.

—Vincent.

—No quiero ni mirarte.

—Joder —dice, llorando contra las manos—. Joder.

Gruñe. Lo vuelvo a mirar. Se aprieta con fuerza los ojos. No sé qué más decir. Entiendo que los hombres puedan ser agresivos, sé lo mucho que me enfado a veces y a él también lo he visto enfadado, pero Fred no es una persona violenta. Ha abierto a puñetazos grietas en su imagen. Sé que algunos hombres pegan a las mujeres y luego dicen que lo sienten, que se odian y, pese a todo, lo vuelven a hacer, pero no creo que Fred sea así.

—Ese no eras tú —le digo.

—Lo sé —gimotea—. Lo sé. ¿Está bien?

—No. Pero se recuperará.

Se limpia los ojos y la nariz con el dorso de la mano.

—No eras tú, Fred.

No sé por qué no dejo de repetirlo. Me parece mal. Como cuando intentamos convencernos de que no somos horribles y ocultamos la decepción que sentimos por nosotros mismos y otras personas. Yo reconfortando a Fred. Alex perdonándome. Fred preguntando por Alex.

Fred llora un poco más. Le acaricio la espalda, porque me permito sentir lástima por él y creo que lo necesita. Pienso en Alex, sola en la habitación de arriba, y en que preferiría estar allí con ella, porque, aunque es cierto que Fred no es así, no sé si debería estar recompensándolo con mi consuelo, ni mostrarle que puede hacer una putada como esa y ser digno de afecto. Su llanto se calma. Aparto el brazo y él endereza un poco la espalda, con lo que solo queda un tanto encorvado sobre las rodillas.

—¿Va a llamar a la policía? —pregunta.

Vuelvo a sentir rabia. Fred solo se preocupa por sí mismo. Se preocupa por si se meterá en líos en nuestro país. Me levanto de la cama y me quito el sabor a rancio de la boca en el cuarto de baño. Examino mi rostro en el espejo. Ojos cansados. Arrugas en la frente.

—Vincent —me llama Fred—. ¿Crees que va a llamar a la policía?

Me cago en todo, Fred.

—Podría decir que es un crimen de odio —le contesto mientras froto las muelas de abajo.

—¿Qué? —Escupo la pasta de dientes. Vetas rojas manchan el blanco—. ¿Vincent?

—He dicho que Alex podría decir que ha sido un crimen de odio.

—Joder.

Podría seguir jugando a este juego, pero ¿para qué? Regreso al cuarto y me seco las manos en los pantalones cortos.

—Pero creo que no va a llamar a la policía.

El alivio inunda el rostro de Fred. Dobla la espalda hacia la cama, se tapa el rostro con las manos, suspira y suelta algo entre carcajada y llanto. Tengo ganas de pegarle de verdad. Me siento en el borde de mi cama y también me recuesto.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto. Fred aparta las manos de la cara y se gira hacia mí.

—¿A qué te refieres?

—¿A dónde irás después de esto?

—¿Yo?

—Yo me voy a quedar aquí una temporada, creo. Con Alex. No está bien. Tiene una operación dentro de un par de semanas. Me sentiría fatal si la dejara sola.

—¿Y qué hago?

—No creo que debas quedarte.

Fred se apoya sobre los codos.

—Entonces, ¿me abandonas? —pregunta.

—No, Fred. Abandonar es lo que me hiciste a mí cuando me dejaste solo en Bangkok. Le has dado una paliza a una chica. Seguimos siendo amigos. Siempre lo seremos. No le voy a contar a nadie lo que hiciste, pero le has pegado a una persona y ella necesita a alguien a su lado.

—Ha sido…

—Le has dado una paliza, Fred.

Fred se recuesta y respira por la boca; los labios aletean por la fuerza del aire.

—¿Seguimos hablando de Alex en femenino? —pregunta.

No se me ha ocurrido llamarla de otra forma. Ni siquiera para respetar su identidad ni nada, simplemente ni me lo he planteado.

—Yo sí.

—¿Cuánto tiempo falta para su operación?

—Un par de semanas.

—¿Y luego nos podríamos reencontrar?

—Sí, veremos.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que me voy al mostrador de recepción para aclarar el tema de las habitaciones. Fred accede a marcharse al día siguiente; irá a Koh Tao sin nosotros y yo le escribiré al albergue de allí para cambiar la reserva. En el mostrador, les digo que Alex es amiga mía, que está enferma y quiere alargar su estancia, y que pagaré enseguida con tarjeta por otras dos noches.

Cuando vuelvo a la habitación, me despido de Fred con un abrazo. Es frío y distante.

—Nos vemos, tío.

—Adiós —dice—. Lo siento.

Vuelvo al cuarto de Alex con la mochila colgada del hombro.

—Todo arreglado —anuncio. Ella sonríe. Me siento en la cama y le expongo el plan. Le digo que, cuando la hinchazón haya remitido dentro de un par de días, podemos ir al lugar de su operación para que se instale. Asiente con placidez y me doy cuenta de que quizás me esté extralimitando. He dado soluciones, como si fuera un héroe, pero me recuerdo que todo esto es culpa mía. Y no lo digo con humildad, como si quisiera acaparar demasiada responsabilidad, porque esto es culpa mía de verdad. La vergüenza se cuela en mi mente y me entristece ver la rapidez con la que Alex quiere perdonarme. Me está permitiendo que cuide de ella. Menuda putada, ¿no?

—Pero, si no quieres, no iré. No tengo por qué alojarme allí contigo si no es lo que quieres.

—Estoy sola. Quiero que te quedes. Si tú quieres. —Nos sentamos juntos mientras ella pasa de un canal a otro en el televisor—. Me encanta esta peli.

—¿Cuál es?

—*Lost in Translation*. Se estrenó hace una década. Scarlett Johansson tenía diecisiete años.

—¿Y qué hace en Japón?

—Mira la película, acaba de empezar.

Guardamos silencio y luego apoya la cabeza en mi hombro y yo la rodeo con el brazo. ¿Esto está mal, querer tocar a alguien que está magullada de esta forma? ¿Y más cuando ha sido culpa mía? No me imagino qué le pasará por la cabeza para que a ella le parezca bien. Scarlett Johansson parece sola y sube en ascensores con un señor mayor que reconozco. No se entienden. Salta a la vista que no son amantes, pero hay amor. Se preocupan por el otro en el momento adecuado. No todo necesita una etiqueta. Alex se acerca más. El señor mayor le susurra algo a Scarlett Johansson al oído y no lo oigo, pero no hace falta; agarro el mando a distancia, apago el televisor y miro a Alex y su labio partido. Me inclino para besarla y ella me devuelve el beso. Ese beso seguramente revele por qué se lo conté a Fred, por celos, pero sospecho que Alex ya lo sabe. Voy con cuidado por el corte. Me imagino que hasta el roce más suave le debe de doler, incluso la saliva más ligera, pero no parece importarle.

Sus labios son muy agradables. La tengo dura. Meto la mano debajo de su camiseta. No lleva sujetador. Paso los dedos por encima de sus pezones. Quiero decirle que me parece atractiva, pero creo que sería raro. Ahora no. No después de *Lost in Translation.* Nos quitamos las camisetas y me acerco hasta quedar encima de ella, con sus piernas a ambos lados. Nos besamos más, me aparto y le acaricio las costillas.

—¿Estás segura? —le pregunto.

Atrae mi mano hacia la redondez de sus caderas.

—Aquí no duele tanto —contesta.

Apoyo la mano ahí. Me agacho y le chupo el pezón, mirándola; echa la cabeza hacia atrás. Nunca sabes si es una actuación, si la gente solo finge que algo le gusta para hacerte sentir bien.

—¿Te gusta? —pregunto.

Alex se ríe, me mira y asiente. Y entonces me observa mientras la lamo y yo la miro y no parece raro ni demasiado intenso mirar a

alguien así. Solo agradable. Me desabrocho el cinturón y me toco un poco y le bajo la ropa interior y noto que hay dos capas, dos piezas separadas, una más ligera y otra más rígida, y entiendo que es ahí donde está, la primera capa para ocultar, la segunda para ocultar lo oculto. Y ahí está. Me la quedo mirando y percibo que Alex me mira mientras la observo.

La froto un poco, sin saber si lo estoy haciendo bien.

—¿Te gusta? —pregunto.

—No está mal, pero no me gusta.

Paro con cierto alivio y la beso de nuevo mientras ella me toca y, cuando parece el momento adecuado, le pregunto si la puedo penetrar, si eso le parecería bien, y ella contesta que sí y que tiene condones y lubricante en la mochila. Me pregunto por qué ha traído condones y lubricante, para qué, para quién, pero no indago más y voy a buscarlos y me pongo el condón y voy con suavidad. Primero despacio, mantengo el ritmo, porque me sigue pareciendo raro follar con alguien que está así de magullada. Despacio es agradable. Lo correcto. Alex gime. Nos quedamos así, ella bocarriba hasta que me corro y luego me aparto a su lado y le agarro la mano. No decimos nada. Hay muchas cosas que procesar, todo lo que ha pasado. Me cuesta creer que haya ocurrido en un mismo día, que esta mañana volviéramos del barco y que Fred le diera una paliza.

Alex entra cojeando al baño y la sigo. Tiro el condón y la ayudo a lavarse. De vuelta en la cama, se pone en posición fetal. Duermo detrás de ella con un brazo en la parte posterior de su muslo, donde sé que no le va a doler; no sé dónde colocar el otro, pero no pasa nada. No pasa nada. Alex se pondrá bien.

## MAX

# XIII

Jamie y yo llegamos tarde al fin de semana en el balneario, justo antes del anochecer. La habitación del hotel es absurda. El baño es del mismo tamaño que el dormitorio. Hay una bañera con patas junto a la ventana, con vistas a los enormes terrenos en Somerset, rodeada de sillones azules, como si esto no fuera un baño, sino un lugar en el que recibir a gente. No tenían habitaciones con dos camas separadas, así que Jamie y

yo vamos a compartir la cama doble extragrande de palisandro. Cuando llegamos, había una botella de champán sin alcohol y flores frescas en la cama, aunque Jamie había intentado cancelarlo. Me preocupa que nos pasemos el fin de semana luchando contra un supuesto incesto, algo por lo que Jamie ya se está estresando. «Llamé antes para decir que no nos haría falta todo esto. ¿Puede ir a comprobar que llamé? Seguro que alguien lo apuntó. Ah, que nadie lo apuntó».

—Este sitio es ridículo —comento mientras miro por la ventana del baño hacia el final de la propiedad, al otro lado de los cuidadísimos jardines, los huertos y lo que parece una manada de búfalos.

—Cultivan aquí la mayor parte de la comida del restaurante —explica Jamie—. Como la leche de búfala.

Asiento. No sabía que se podía ordeñar a una búfala. Ni cultivar

leche.

—Puede que me dé un baño. ¿Necesitas algo del aseo?

—No, voy a ir a dar un paseo.

Antes de marcharse, me da una copa de champán sin alcohol a través de una rendija de la puerta del baño. Desciendo en el agua. Se ha decidido que me operaré, que hay entre un cinco y un diez por ciento de posibilidades de que sufra grandes complicaciones, como un derrame cerebral, una hemorragia y cambios en la visión, además de un porcentaje similar de morirme directamente. Iré a Francia con Vincent, Simone, Fred y Aisha la semana que viene, tras lo cual asistiré con Simone a la boda de Emily, y la operación será poco después. Tiene sentido distraerme porque, a medida que la fecha de la cirugía se va acercando, el riesgo de morirme crece más y más, ya que, cuando te paras a pensarlo, entre un cinco y un diez por ciento no es una cifra pequeña. Cada día que pasa estoy más cerca de la muerte (eso se aplica a todo el mundo), pero me da la sensación de que yo corro hacia ella.

No esperaba que, cuando le aseguro a la gente una y otra vez que el tumor seguramente sea benigno y que la cirugía seguramente no me mate, se tranquilizaran de verdad. He intentado con todas mis fuerzas sentirme del mismo modo, algo difícil al vivir con Vincent, porque saboreo su miedo en mis platos favoritos, en todas las tartas que prepara, ahora sin azúcar refinado. Intento regular mi aversión hacia ese tipo de amor envolvente, porque prefiero que Vincent se preocupe, pero me cuesta recibir cuidados sin creer que estoy en peligro o que no los merezco.

Escapada romántica. Si estuviera en los zapatos de Maria (que, deduzco, son unos sensatos mocasines), no habría esperado ni flores, ni champán ni una cama doble extragrande. No puedo evitar pensar que esto iba a ser, en cierto sentido, una declaración de amor por parte de Jamie, lo que me parece pretencioso hasta resultar peligroso, pues podría haber acabado en llamas. Me hace sentir más triste por él, por cómo lo ha malinterpretado todo. Me hundo más en la bañera.

Nos sentamos uno delante del otro en una habitación con paneles de roble pesado y luces que parecen cúmulos de burbujas de oro sólido. La cena cuesta setenta y cinco libras por tres platos (las ostras, que también hemos pedido, son aparte). El camarero nos explica que las verduras que cultivan en los terrenos son las protagonistas de cada plato. Lo dudo. La carne aparece la primera en la descripción de cada plato.

Cada principal viene con un maridaje de sidra recomendado. Jamie le explica al camarero lo que sabe sobre la sidra que se hace en los terrenos, como si quisiera impresionarlo, aunque él obviamente ya sabe todo esto. Jamie rechaza la sidra recomendada, porque cree que su Mezcla Exclusiva será demasiado dulce para la ternera. El camarero luce una sonrisa fina y practicada tras años trabajando en hostelería. Le pregunto por un plato que lleva coliflor.

—Usamos el tallo para hacer un puré —me explica—. No desperdiciamos nada y la comida no viaja hasta aquí. Es un sistema autosuficiente. Nos gusta más hablar de metros recorridos que de kilómetros.

Asentimos. Jamie parece encandilado. La sidra llega junto con las ostras, que sorbemos enseguida. Deliciosas. A mí me encantan, aunque nunca he podido explicar el motivo, sobre todo porque, si te paras a pensarlo, la mejor ostra es aquella que menos puedes saborear.

—¿Todo eso de no desperdiciar nada y no traer cosas de lejos no te parece raro? —le pregunto a mi hermano.

Jamie vierte los últimos restos de agua marina de la ostra en su boca.

—¿A qué te refieres?

—¿En qué momento una cultura de exceso se convirtió en algo por lo que vamos a pagar más dinero con tal de evitar? —digo y me reclino en el sillón de seda—. Piénsalo. La forma en que despreciamos la moda rápida. O la comida que no es de origen local. Todo está al revés de lo que solía ser. Como si, mientras sea caro, fuéramos a seguir esos valores.

Jamie suspira.

—Pero la sostenibilidad tiene una parte buena y objetiva, ¿verdad?

¿Preferirías que esta comida fuera importada?

—No. Es algo bueno, sí. Algunas modas son mejores que otras, pero eso es lo que da miedo… Porque es una moda.

—Diría que la emergencia climática se está asegurando de que no sea una moda —contesta. Da un sorbo a la sidra y asiente—. Mmm. Qué buena. En fin, sé un poco más consciente del clima.

—Has pedido ternera.

—Ternera de Devon. Y tú has pedido cerdo.

—Cerdo de Tamworth.

Jamie sonríe con malicia.

—Disfruta de las ostras, Maxy.

Llega mi remolacha con cuajada de búfala. Me pregunto si he visto a la búfala cuya tetina fue manoseada para preparar este plato.

—¿Estás seguro de que no quieres que te pague mi parte de este fin de semana? —le pregunto a Jamie.

—Tranquila. —Agita la mano, con la cabeza gacha hacia su anguila ahumada—. Si no hubieras venido, nadie lo habría aprovechado. Y quiero que tengas, ya sabes…

Sí. Un regalo antes de mi muerte. Muevo de un lado para otro la remolacha en el plato minúsculo. Está ligera, pero salada. Noto el sabor de las semillas de comino.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto. Jamie no alza la mirada.

—¿A qué te refieres?

—Al aborto.

—Bien. Podría ser peor.

—¿Porque podrías tener un tumor cerebral?

—Pues sí.

Llega el plato principal. El cerdo está muy jugoso. ¿Qué le echan al agua de Tamworth? Al lado tenemos a una pareja, mucho más mayor, a quienes les parecemos adorables. No saben que somos hermanos. Jamie los ve y gruñe algo para sí; los otros se dan cuenta.

—Esto me está poniendo de los nervios —dice.

—Relájate, Jamie.

—¿Qué quieres que haga, disfrutarlo?

Me limpio la boca con la servilleta y me aclaro la garganta con la

sidra.

—No les eches la culpa. ¿Todo esto con Maria iba a ser romántico?

Arruga el ceño.

—Quería que fuera un descanso para ella. La madre de mi… Quería hacer algo bonito por ella, ¿vale? —La pareja de al lado ha detectado la animosidad en su tono de voz. Jamie se apresura a esconder el veneno de sus dientes—. Quería demostrarle que me preocupaba de verdad por ella y por el bebé y recompensarla por no ir a la ecografía y no responder a sus llamadas. —Hace una pausa—. Si se lo hubiera dicho antes de…

—No creo que hubiera cambiado nada —digo, y percibo que eso lo desconcierta, como si de verdad pensara que una escapada de fin de semana hubiera determinado el curso de su paternidad irresponsable—. Este es un detalle pequeño. —Callo un momento—. Un detalle encantador y generoso, pero pequeño.

—¿No te parece un gran gesto?

—Creo que los grandes gestos son pequeños, pero eso no los hace menos bonitos.

Jamie se enfurruña. He dicho algo que no debía. Llega el postre. Yo he pedido nata con ruibarbo y Jamie queso; siempre le preocupa el azúcar.

De vuelta a la habitación, Jamie saca un cojín del sofá y lo coloca en medio de la cama. Mientras se ducha, me tumbo y repaso los mensajes de Vincent. Me ha enviado fotos de lo que ha cocinado hoy en casa de sus padres. «¡Te traeré sobras para cuando vuelvas!». Lo llamo.

—¿Qué tal todo? —pregunta.

—La gente se piensa que somos pareja.

Se ríe.

—¿Te sientes relajada?

—La verdad es que no.

—Inténtalo. Te lo mereces.



Una mujer, que se presenta como Theresa Katherine, nos conduce a

Jamie y a mí por el huerto medieval de hierbas. Luce unas ondas rubias enormes y un rostro muy terso; seguro que dirá que solo se pone protector solar. Vamos vestidos con albornoces y chanclas, un atuendo muy poco apropiado para caminar por el jardín. Me pregunto si alguien nos estará mirando. A pesar de todo, hace un día precioso.

—¿Por qué el huerto es medieval? —pregunto.

—Porque sigue el diseño de los huertos de la Edad Media.

La Edad Media duró un milenio. No me molesto en preguntarle si es una mezcla de distintos huertos a lo largo de esos mil años o se modeló a partir de uno hacia la mitad. Jamie se agacha para oler el romero. Seguimos andando por los senderos sinuosos hasta llegar a la puerta de cristal del balneario. Theresa Katherine nos separa para los masajes. En mi habitación de mármol privada, una mujer mayor robusta, con el imposible nombre de Belinda Jane, me señala una mesa de masaje con un agujero para la barriga. Me quito el albornoz y le digo que prefiero dejarme la ropa interior puesta. Me tumbo bocabajo, con la barriga expuesta al aire que huele a lavanda.

—¿De cuánto estás? —pregunta.

—Tengo treinta años.

—No. —Se ríe—. He dicho que de cuánto estás.

Me doy cuenta entonces de que el agujero es para las barrigas de las embarazadas. Me quedo mirando los zapatos de un blanco impecable de Belinda Jane a través del hueco para la cara. No mueve los pies, como si aguardaran mi respuesta.

—No estoy embarazada.

—Pero has reservado una Experiencia Corporal Completa para la Futura Madre, ¿no?

—No fui yo. De verdad que no estoy embarazada.

Levanto el cuerpo para mirarla. La mujer tiene un iPad en la mano y busca algo con furia, como si al enseñarme la reserva fuera a aparecer de forma espontánea un embrión en mi útero.

—Dame un segundo —dice.

Cuando sale, me envuelvo con el albornoz y me siento en el borde de la mesa. Podría haberle explicado que el masaje era para Maria, que estaba embarazada pero ya no lo está. Podría haberle explicado

que Jamie es mi hermano y no mi novio, que tampoco es el padre de mi bebé inexistente. Podría haberle dicho que no me puedo quedar embarazada y que lo más parecido que tengo a un embarazo es un tumor y que por su culpa quizás nunca pueda tener hijos de ninguna forma. Porque estaré muerta.

Debe de haber una nota en alguna parte. Jamie les habrá dicho que lo cambien, igual que les dijo que cambiaran las flores, la cama y el champán sin alcohol. Estoy tensa. Ninguna cantidad de hierbas medievales podría calmarme. Espero que la masajista no esté molestando a Jamie. No soportaría su preocupación. «¿En serio tenéis a gente para que ordeñe a las búfalas pero a nadie para que ponga una nota en el puto sistema?».

La mujer regresa y se disculpa. Trae con ella otra mesa de masaje sin el agujero para las embarazadas.

—Había un error en el sistema. No registró la nota. Lo siento mucho.

—No pasa nada, de verdad. —Sacudo la cabeza—. Siento el lío. Estoy segura de que la Experiencia Corporal Completa para la Futura Madre debe de ser maravillosa. ¿Hay mucha diferencia de precio?

—Eran doscientas libras, así que te reembolsaremos ochenta.

¿Hay un impuesto para embarazadas? Jamie iba a gastarse doscientas libras en un masaje para Maria con la esperanza de demostrarle que sería un buen padre. Qué desesperado y qué equivocado estaba.

Me tumbo bocabajo y Belinda Jane me saca a puñetazos la tensión de los hombros y los brazos. Me da la sensación de que es una oportunidad de lujo para contemplar la maternidad, para examinar y evaluar la sensación que me provoca que alguien piense que estoy embarazada, para determinar si me he sentido validada, incompleta o rechazada, pero cuando la mujer me tira del brazo hacia atrás para estirar la espalda, decido que solo ha sido un fallo en el sistema. Carece de significado, lo que ya de por sí es significativo.

Con la cirugía, mi cerebro se ha cerrado ante cualquier perspectiva de futuro, sobre todo una que está tan fuera de mi alcance. A lo mejor, al enfrentarse a la mortalidad la gente reflexiona sobre su legado, pero pongamos que sobrevivo y que me permito querer

hijos. Que los quiero de verdad. ¿Cambia algo? No será un proceso más fácil.

No puedo evitar sentirme como una niña por cómo me he sentido ante la muerte. Tenía diez años cuando el padre de mamá murió, cuando me di cuenta de que la vida llega a su fin de verdad, y ese dato cristalizó en mi cerebro plástico. Me tumbaba en la cama y el temor se multiplicaba como las algas. Mis padres nunca han sido religiosos y por eso nunca me reconfortaron con promesas de que había algo más detrás del velo. Cuando me hice mayor, me resultó más fácil convivir con ese miedo a la muerte, pero desde el diagnóstico he sentido que en algunos momentos me sumergía demasiado en mi mente, como ahora, cuando me han hipnotizado dos zapatillas deportivas blancas.



Jamie y yo estamos en la zona poco profunda de la piscina interior climatizada, que ocupa la mayor parte de la superficie de un granero moderno. Al otro lado de los ventanales, el tiempo se ha tornado gris, la lluvia salpica el cristal y oculta las vistas de color verde. Me pregunto cuántas personas trans se habrán alojado aquí. No es ninguna victoria que yo sea trans y esté en este balneario.

Una pareja se aproxima a la zona profunda, alejándose de nosotros.

—¿Crees que son hermanos? —le pregunto a Jamie.

Ni siquiera él puede contener la carcajada. Me acuerdo de nuestra casa, o de la casa que tuvimos. La playa, las horas que pasamos juntos en la arena, las olas que se enrollaban alrededor de nuestros pantalones cortos antes de atraernos hacia el agua.

—Esto se parece a cuando éramos adolescentes.

—¿En qué?

—Cuando íbamos a la playa de Lamma y nos sentábamos juntos en el agua.

—Ya.

Jamie gira el cuerpo y apoya el mentón en los antebrazos, colocados con pulcritud en el borde de la piscina.

—Creo que, cuando llegue el momento, serás un padre genial —le digo. Jamie suelta una carcajada.

—¿Mejor que papá?

—Claro.

—Eso no es gran cosa.

—Lo intentó. —Y, antes de saber por qué lo pregunto, añado—: ¿Crees que yo sería buena madre?

Jamie parece pararse a pensarlo de verdad. ¿Por qué tarda tanto?

—Te preocupas y das la cara. Sí, sí que serías buena madre.

—¿Mejor que mamá?

—Claro. Pero ella no lo hizo tan mal.

—Qué freudiano.

—No digas eso, por favor.

Me río y luego me hundo en el agua caliente. Sumerjo la cabeza debajo de la superficie, me agacho y expulso aire por la nariz para quedarme en el suelo de azulejos azules. ¿Qué significa «mejor»? Más presente. Menos borracho. Jamie es más de lo segundo, pero no de lo primero. Y, aun así, ¿podemos adivinar qué necesidades tendrá un niño que todavía no existe? Parece imposible saber si una persona será mejor que otra. Cuando salgo a por aire, Jamie se ha dado la vuelta y apoya los codos en el borde.

—Todavía estoy enfadado —dice—. Para mí, todo se reduce a ellos. —Me siento en el borde de la piscina y me escurro el agua del pelo —. Cuando me estreso, pienso que la vida sería más fácil si ellos hubieran sido mejores.

—Es posible. Pero, al final, solo son seres humanos.

Creo que perdoné a mis padres hace mucho tiempo, aunque a veces todavía siento ese pinchazo de dolor por estar sola, por la cercanía de mi padre borracho y la lejanía de mi padre sobrio, por no saber quién era y por no sentirme cercana a nadie que pudiera decírmelo. Ese dolor hace que me sienta arrogante y no me permite hablar de ello, porque no se aprovecharon ni abusaron de mí. Diría que la mayoría de los niños pasan por algo similar, encima sin la suerte de cierta comodidad económica. Supongo que, cuando muchos tenemos clavada esa espinita, la situación se vuelve menos siniestra (todos hemos pasado por eso) y ya no es algo que

queramos extirpar, aunque deberíamos. Jamie tiene la espina clavada, pero no ha ofrecido ningún perdón. No sé si le sirve de algo echarles tanto la culpa.

—Creo que es por todo lo que ha pasado con Maria —dice, levantándose del agua—. El bebé. —Hace una pausa. Me acerco las rodillas al pecho—. Estaba listo para demostrar que podía hacerlo mejor.

—Un niño no es una forma de demostrar algo.

Eso borra la ternura de su rostro.

—Has interpretado mis palabras con mala fe, Max —me reprende. La pareja cercana nos está mirando. Jamie también se da cuenta y un poco de ternura regresa a su voz—. No quería decir eso. ¿Qué tiene de malo querer ser mejor que ellos?

—¿Qué significa «mejor»?

—Sabes lo que significa. Asegurarte de que tus hijos se sienten bien. Apoyarlos cuando no.

—Pero ¿eso qué significa? ¿Estabas dispuesto a trabajar menos?

—Sí, Max. Un bebé pone la vida en perspectiva.

—¿Sí? Mamá siguió trabajando. ¿No pudiste cambiar algún compromiso para ir a la ecografía de Maria? ¿Por qué piensas que la gente te va a esperar?

Se ha enfadado otra vez. Pone cara de haber recibido una puñalada al corazón y casi me arrepiento de lo que he dicho. Casi, porque sigue siendo verdad. Un bebé puede cambiarlo, pero no puede depender de él. Los bebés son demasiado pequeños para soportar una carga tan grande. Jamie se limpia lo que podría ser una lágrima y se marcha sin su toalla. Regresa un segundo más tarde a por ella; sus pasos húmedos resuenan en la piedra. Mueve los brazos rígidos y doblados adelante y atrás, como una figura de acción, sin mirarme a la cara.

—Jamie.

Pasa de mí.

Me seco, me pongo la ropa y regreso a la habitación. Jamie no está aquí. Me preparo otro baño, porque no sé si el agua de la piscina tenía cloro y no quería usar las duchas que había allí. Vincent me ha escrito a todas horas para preguntarme qué tal el desayuno,

qué tal el masaje, y enviarme un artículo sobre que la acupuntura puede disminuir la inflamación después de la cirugía. «Podemos probar los dos. No quiero presionarte, pero podría ser divertido». No sé si quiero contestar. Aunque está siendo amable y nuestros planes para la recuperación posquirúrgica por lo menos presuponen que estaré viva y bien, el volumen de su comunicación es abrumador.

Mi móvil se ilumina con una videollamada de mamá. No sé si quiero aguantarla, pero no contestar le provocaría más preocupación a ella que consuelo a mí. Más vale prevenir que curar. El agua chapotea por el borde de la bañera y me preparo para veinte minutos de sermón tedioso. Está sentada en un banco del jardín y por accidente cambia un par de veces la cámara para mostrar una vista de la casa y su rostro.

—Max —dice, y entonces, como si hubiera sido yo la que la ha llamado de improviso, añade—: Estás en la bañera.

—Hola, mamá.

—¿Has visto las recetas de medicina china tradicional que te he mandado para el posoperatorio?

No quiero oír nada más sobre la medicina china tradicional.

—¿Las que Vincent te enseñó? —pregunto.

—Hemos intercambiado unas cuantas. Te voy a enviar una lista…

—Estoy en la bañera, mamá.

—No hace falta que las leas ahora. En Occidente no tienen un modelo exhaustivo sobre el funcionamiento del cuerpo. —¿Por qué habla de Occidente como si no estuviera en Occidente? Como si no hubiera medicina avanzada y revolucionaria en Oriente—. Los sistemas que hemos desarrollado…

—¿«Hemos»?

—Los chinos. —Suelto un suspiro—. Confía en la medicina tradicional, Max.

Me digo que lo está intentando, que sus intenciones son buenas y que no tengo por qué considerarla un fastidio. Hasta cierto punto, soy yo quien elige sentir esta irritación.

—Confío en ella —contesto.

—Tienes que hacer todo lo que esté en tu mano.

—Joder.

—Max.

—Lo siento, pero ¿de verdad piensas que todo esto no me preocupa?

No puedo evitar sentir que mi madre no se lo cree, que al hacer Todo Lo Posible intenta quitarle poder al destino, trasladar la responsabilidad a mí… y culparme por morirme en la mesa de quirófano.

—Solo trato de ayudar, Max.

—Ya.

Me duele el brazo de sostener en alto el móvil. Respiro hondo un par de veces para intentar empezar de nuevo.

—Estás guapa —comenta mamá—. ¿Cómo está Jamie?

—Bien —contesto y, en un susurro, añado—: Un poco difícil.

—Mmm. Lo está pasando mal.

—Y también es un hombre difícil.

—Sí, eso también.

—Voy a lavarme el pelo.

Nos despedimos. Me enjabono y me sumerjo para que la espuma flote hasta la superficie de la bañera. Cuando me enjuago, oigo a Jamie moverse por el dormitorio. Llama a la puerta del baño.

—La cena es dentro de una hora —dice con normalidad—. ¿Puedo usar el baño, por favor?

—Estoy en la bañera.

—¿Puedes darte prisa?

Busco la cadena del tapón con los dedos de los pies y tiro de ella.



Tenemos una mesa junto a la ventana que da directamente al huerto de verduras. Veo a un hombre con el uniforme de cocina recoger hierbas a toda prisa y regresar rápido al interior.

Jamie se ha planchado la camisa. Huele bien. A pesar de todos sus defectos, es muy guapo. Seguro que es raro decir algo así de mi hermano, pero si la gente piensa que somos pareja, eso me hace quedar bien.

—Siento lo de antes —digo.

—No pasa nada. Es posible que lo que has dicho contenga algo de verdad. —Jamie corta la selección de setas cultivadas, una masa de sombreros y trompetas, y aplica un poco de yema salada por encima como si fuera pintura. Se lleva el tenedor a la boca y se detiene—. Es que me daba la sensación de que era mi única oportunidad.

—¿Por?

Levanta una mano, una barrera entre su boca y yo.

—No tengo tiempo para conocer a gente.

—Puedes buscar tiempo.

—Eso es más fácil decirlo que hacerlo.

—No tienes por qué trabajar tan duro. Nadie te obliga. —Jamie ha tenido esta conversación un millón de veces. Conmigo. Con nuestros padres. Con sus exnovias, Maria incluida, seguro. Pero no con el terapeuta con el que quiere seguir. Asiente con la cabeza, pero es un movimiento de lado a lado que indica su aburrimiento—. Lo siento. De todos modos, eres un hombre. No hay ninguna prisa.

—¿Y qué hago? —escupe—. ¿Tener un niño a los cincuenta años con una veinteañera solo para dejar de arrepentirme? ¿En qué clase de padre me convertiría?

—La verdad, Jamie, no lo sé. Puede que seas un gran padre con cincuenta años, pero tienes trabajo que hacer. A eso me refería antes. —Ahora me está escuchando con atención. El cerebro de Jamie a veces se mueve muy rápido, como si, mientras habla contigo, buscara con la mirada a otra persona con quien conversar mejor, porque tiene la cabeza en mil sitios a la vez. Aunque esté a mi lado, no lo parece. Pero ahora es distinto—. Cuando sea el momento adecuado, serás un padre estupendo.

Asiente de nuevo, pero no para y veo que se le enrojece el rostro. Durante un momento, me preocupa que esté sufriendo una reacción alérgica, pero entonces veo que está llorando. Se lleva los nudillos a los ojos y mueve los hombros arriba y abajo. La gente lo mira. Me levanto del asiento para situarme detrás de él y envolverlo con los brazos. Jamie me aprieta el antebrazo con la mano.

—Llora todo lo que necesites. La gente pensará que estoy rompiendo contigo.

Suelta una carcajada sonora y sonreímos de nuevo. Se limpia los

ojos con la servilleta. Cuando me siento, empieza a vibrarme el bolso. Suspiro.

—¿Vincent? —pregunta Jamie.

—Sí.

—¿No vas a responder?

—Estamos cenando —digo, y Jamie pone cara de incredulidad—. Son muchas cosas. El tumor. No me deja ni a sol ni a sombra.

—Pero ¿estarás bien? —inquiere, aunque parece más una pregunta para él y para Vincent que para mí.

—Me da la sensación de que todo el mundo cree que estaré bien, pero no lo sé a ciencia cierta. —Guardo silencio un momento—. Es tan gracioso, Jamie. —Empieza a temblarme la voz. No lo puedo contener—. Es gracioso porque he dedicado mucho tiempo de este año a pensar en todas las formas en que mi cuerpo me decepciona y ahora a lo mejor me muero de verdad. Es un puto chiste. Y creo que se habría visto en la TAC después de Nochevieja si hubiera ido a…

—¿Cómo? ¿Nunca fuiste a hacerte la TAC?

—No sigas, Jamie. —Intento respirar a pesar de las lágrimas—. He tenido una buena vida, pero no quiero morir.

—Yo tampoco quiero que mueras —dice Jamie en un tenor tembloroso.

Quiero calmar la respiración mientras Jamie me sostiene la mano. No puedo mirarlo.

—Y con Vincent… Está ayudando, pero es abrumador. —Jamie parece entenderlo. Que te quieran es algo bueno, pero a gente como nosotros nos cuesta comprender que alguien esté siempre ahí para ti—. Aunque tengo suerte. Estaré distraída. Primero aquí, luego en Francia con sus amigos y Simone. La boda de Emily. Intento no pensar en ello.

—¿Cómo está Emily? —pregunta Jamie, frotándose los ojos.

—Creo que bien.

Jamie asiente con la cabeza. Me siento mal por no pensar a menudo en cómo está Emily. No me parece adecuado ser dama de honor, pero luego me viene un pinchazo de culpa por ser una amiga ausente, por ser descuidada. Cuesta pensar en ello de un modo triste, porque la vida es así. Todas queremos ser mejores, pero ¿qué

significa «mejor»?

## VINCENT

# XIV

Alex y yo estamos en la playa de Bang Saen, en Chonburi, debajo de una sombrilla que hemos alquilado para dos horas. Fred me escribió anoche, tras una semana de silencio.

*Hola, tío… Solo quiero que sepas que he estado pensando mucho en ti*

*Se que seguramente no quieras saber nada de mi, pero puedes decirme como estas?*

*Yo he acabado en Chiang Mai*

*Donde estas tu?*

He ignorado sus mensajes. No sé ni cuándo responderé ni si lo haré al final, porque la verdad es que no sé ni qué decirle ni cómo decírselo. No puedo evitar imaginarlo dándole vueltas a todo: *¿De verdad Vincent cree que ella no se lo contará a nadie? ¿Debería esperarlo en Chiang Mai? ¿Vincent se lo contará a alguien? ¿Soy una mala persona?* Cada vez que pienso en Fred, el motivo de poder pasar todo este tiempo con Alex empieza a pesarme. Es inquietante. Y nada agradable.

El libro *El viejo y el mar* de Alex está abierto y bocabajo sobre su tumbona, con un poco de arena pegada en el lomo curvo; la gran sombrilla sobre nuestras cabezas le da sombra.

—Te lo has terminado rápido —comento.

—Hemingway es muy fácil. Me gusta su prosa. Es muy nítida.

—Qué manera tan bonita de describir la forma de escribir de alguien.

Alex sonríe.

No sé si está en lo cierto. Nunca he leído a Hemingway. Llevo quince minutos en la misma página de *Cisnes salvajes*. No puedo leer con este calor, con tantas distracciones. Encontré el libro en la biblioteca del albergue. La gente siempre me dice que debo leerlo. No lo había hecho hasta ahora, porque pensaba que lo recomendaban porque soy chino y no me atraía un libro del tamaño de un ladrillo. Aun así, lo que he leído hasta ahora me ha gustado.

—Las playas de aquí no son tan bonitas como las de Koh Samui —señala Alex.

Lo dice cada vez que bajamos a la playa. No sé cómo puede decir Koh Samui sin estremecerse; yo apenas puedo hablar de ello. Pero tiene razón. Es una playa de ciudad, ¿qué más se puede hacer? Alex se levanta de la tumbona.

—¿Te importa vigilar las cosas? —pregunta.

Asiento y echa a andar hacia el agua en esos absurdos pantalones cortos.

La línea ondulante del agua baila entre su cintura y sus muslos. Solo está allí un par de minutos antes de volver y tumbarse a mi lado. Guarda silencio, pero observo su cuerpo y su rostro. La mayor parte de los moratones han desaparecido; lo que queda se lo ha tapado con maquillaje.

Me imagino contándole todo esto a mi madre. Nunca se enterará, pero no puedo evitar reproducir la conversación en mi cabeza. *¿Cómo que es un hombre? ¿Eres gay? ¿Cómo puede ser un hombre y tú no ser gay? Vincent Chan, explícate.* No sabría qué decir aparte de que me gustan las chicas.

Alex respira hondo y me reacomodo en mi tumbona.

—¿Te puedes creer que es dentro de unos días? —pregunta con los ojos cerrados, sin mirar a ninguna parte.

—Me lo creo, sí. Aunque no he contado los días ni nada. —Abre los ojos para mirarme con intensidad. No pretendía decirlo de esa forma

—. Quiero decir, tú seguramente lleves esperándolo desde que tenías dos años o así. Pero yo solo lo sé desde hace un par de semanas.

Cierra los ojos de nuevo.

—Mmm. —Bosteza—. Con dos años no. Por aquella época no sabía que era posible.

—¿Y cuándo lo supiste?

—Cuando mi madre me llevó al médico. Me explicaron cómo podría ser mi vida.

—¿Y cómo te sentiste?

—La vida dejó de ser en blanco y negro. Pero saberlo también fue duro.

—¿En qué sentido?

—La esperanza es una mierda. Saber que todo podía cambiar hizo que la espera resultara insoportable. ¿Tiene sentido?

—Lo entiendo.

¿Lo entiendo de verdad? Lo más cerca que he estado de sentirme así fue cuando reuní el dinero suficiente para comprar los billetes a Tailandia. Tener el viaje ante mis narices hizo que el trabajo resultara más aburrido, aunque tuviera algo con lo que soñar despierto. Casi lo digo, aunque sé que es ridículo compararlo con la operación de Alex. Eso la haría sentir peor. Me siento abrumado. No sé nada.

—¿Has hablado con el encargado del albergue esta mañana? —pregunta.

—Sí. Me ha dicho que no tengo que cambiarme de habitación.

Me resulta raro quedarme solo en el albergue sin ella mientras espero a que se recupere lo suficiente para trasladarnos a un hotel. Incluso la idea de un hotel se me antoja rara, sobre todo porque lo paga Alex. No me deja contribuir. Me ha dicho que su madre le dio el dinero, que yo podía pagar la comida, que le gustaría que estuviera con ella, pero que no tenía que quedarme si no quería.

Anoche lloró en nuestra habitación después de follar. Cuando llegó a Tailandia, dejó de tomar hormonas con tal de prepararse para la operación. «Es como un profundo dolor dentro de mí, Vincent. Está regresando. No debería sentirme así». No he visto ningún cambio en su apariencia. Si dejas las hormonas durante una temporada, el

efecto no se revierte enseguida, ¿verdad? Alex me dijo que no pasaría, pero le entró el pánico por si podía pasar. No sé cómo empatizar con todo esto. Vale, entiendo lo que es sentirse fuera de lugar, pero nunca he pensado en hormonas, en lo que significa estar medicado. Le digo a Alex que es preciosa, pero es como poner una tirita encima de una herida. Intento comprenderlo todo, pero hay demasiada distancia. Me pregunto si siempre habrá tanta.



Estoy tumbado en la cama, despierto. No dejo de dar vueltas entre las sábanas. Me tapo una pierna. Saco la otra. Me tapo las dos piernas. Saco un pie. Diferentes combinaciones para buscar la temperatura ideal de mi cuerpo en esta habitación fría por el aire acondicionado. Alex está acostada a mi lado, bocabajo. No ronca, pero respira con pesadez; ese tipo de respiración tan, tan profunda, natural y tranquila indica que los pulmones están en piloto automático. Es mucho, ¿verdad? Operarse así. Llevar desde los dos años ansiando esta operación.

Salgo de la cama y voy al baño; enciendo la luz y me siento sobre la tapa bajada del retrete. Miro aturdido la bombilla y me empiezan a doler los ojos. No aparto la mirada, como si así pudiera extraer una respuesta de mis córneas. Dejo caer la cabeza hacia el regazo. A lo mejor puedo con el cambio. Tengo que poder con el cambio. No es que no pueda con él. No es importante para mí, pero no sé qué implicará la recuperación ni cómo será si me quedo con ella mientras sangra y esas cosas. No sé, todo parece un poco intenso y me da la sensación de que la voy a pifiar. Hace un par de semanas, viajaba con esta chica que me gustaba mucho y ahora le sostengo la mano en un punto muy importante de su vida. No sé cómo he llegado hasta aquí ni qué hacer, pero no puedo evitar pensar que el viaje no debería haber sido así. Debería haber venido aquí con Fred a pasarlo bien. Debería estar con Fred, pasándomelo bien.

No he meado, pero tiro de la cadena igualmente. Cuando regreso al dormitorio, Alex me mira; es una mirada inexpresiva en un semblante inexpresivo.

Regreso a la cama. No decimos nada.



El centro comercial es un edificio blanco moderno con escaleras mecánicas cruzadas y organizado con poco ritmo y lógica arquitectónica; todo son suelos modernos de baldosas blancas, paredes blancas, una enorme claraboya por la que entra la luz del sol. Nos compramos unos pretzels blandos con sabor a canela y caminamos en silencio hacia un H&M. Me siento y la observo mientras rebusca con dedos pálidos en los percheros de ropa.

¿Qué haré cuando entre en el quirófano? ¿Qué haré cuando salga de él? Ahorré durante meses y meses para venir de viaje y ahora estoy gastando todo ese dinero en pasear por centros comerciales y fingir que vivo aquí, sin trabajo. Durante el día vivo y durante la noche follo. Siento que me estoy perdiendo algo importante. Y todo pesa tantísimo. *Eh, Vinny, ¿cómo pasaste tu año sabático?* Conocí a una chica y la cuidé cuando se operó en Tailandia para tener vagina. Pues claro que no podré contarle eso a la gente, porque el mundo es así. Puede que el mundo cambie, para bien o para mal, pero ¿podemos esperar a que pase?

Alex se coloca la parte de debajo de un bikini minúsculo contra las caderas; se lo podrá poner después de la cirugía. Se pierde en su propio reflejo. Me pregunto en qué estará pensando cuando devuelve el bikini a su sitio.

En lo alto del centro comercial, todo el blanco se convierte en negro. Hay colgados grandes carteles de películas.

—Podríamos ver *Los juegos del hambre* —propone. Tenemos suerte con los horarios y entramos directos en la sesión de las dos y media. La sala está casi vacía—. ¿Has leído los libros?

—No. ¿Y tú?

—Sí. No son muy buenos.

Miramos los anuncios. Uno de McDonald’s. Otro de Nissan. Otro de una aseguradora tailandesa. Los tráileres de otras películas. Devoro las palomitas dulces. En un momento dado, Alex me agarra por la muñeca justo cuando voy a meterme más en la boca.

—Para el carro —se ríe—. La peli todavía no ha comenzado.

Dejo las palomitas de nuevo en el cubo y jugueteo con los dedos manchados de azúcar hasta que noto las palmas pegajosas. La película empieza. Jennifer Lawrence caza animales. Todo el mundo viste con ropa andrajosa de color gris porque son pobres. No me puedo concentrar. Siento que me hundo en el relleno del asiento, cada vez más lejos del combate a muerte posapocalíptico entre niños interpretados por niños y otros niños interpretados por treintañeros.

¿Debería estar aquí? Mis padres me matarían. Anoche le escribí a mamá y le mentí sobre casi todo, incluso sobre que estoy en Chonburi. «¡Estoy en Chiang Mai! Fred está bien. Me lo paso en grande con él». Nada de esto es correcto.

Nos levantamos cuando empiezan los créditos.

—¿Quieres comer aquí? —pregunto.

—¿Y si vamos a otra parte? La última comida antes de mañana.

—Antes de la limpieza intestinal. —Alex frunce el ceño. No quiere hablar sobre los preparativos para la cirugía. Quería que sonara desenfadado, pero nada de esto es gracioso. El suelo está hecho de cáscaras de huevo—. También podríamos tomar un par de copas.

—Pero deberíamos acostarnos temprano.

Noto el corazón en el estómago. Pedimos un taxi para ir al paseo marítimo y entramos en un 7-Eleven para comprar un par de botellas de té helado de limón. El líquido dulce me calma un poco los nervios. Puede que sea una disculpa de parte de Alex, pero ¿por qué se está disculpando? Tengo ganas de llorar. ¿Y si le digo que no quiero quedarme? Parece cruel y mal. No quiero alterarla antes de la operación. No sería justo. Si no digo nada ahora, al menos disfrutaremos de la noche. Nos sentamos en un banco.

—¿Has pensado en lo que haremos en cuanto me recupere? —pregunta. Me lee la mente. Me noto tenso.

—No sé —contesto y me acuerdo de Fred—. Podríamos ir a Chiang Mai o por ahí.

—Vale. Chiang Mai parece bonito.

¿Por qué me he metido en esto? Alex podría haberlo hecho sola. Ese era su plan desde el principio. La esperanza es una mierda, lo

dijo ella misma. ¿Por qué me dejé llevar tan rápido? Podría haberme ido para reunirme con ella en otra parte, más tarde, y no habría pasado nada. Pero prometerle esto fue muy fácil. ¡Claro, me quedo! Qué más da un mes aquí o allá.

Alex me agarra la mano y me contengo para no apartarme.



Regresamos al albergue después de cenar. En la habitación, Alex aprieta las tetas contra mí cuando se inclina para besarme. Es un beso apasionado, pero por primera vez no me apetece follar. Nos trasladamos a la cama. Gimo cuando me la chupa; cierro los ojos y estiro el brazo para tocarle el pezón colgante. Es como si actuara siguiendo unas instrucciones, todo sintético; me distraigo del sexo para poder tenerlo. Y, cuando llega el momento de penetrarla, me pongo con torpeza el condón y de repente lo noto muy apretado y no la puedo meter bien y es más difícil de lo normal. El sexo es más mecánico. Cuando me corro, no decimos nada, y parece que, cuanto más tiempo paso en silencio, más lo sabrá ella. Debería decir algo.

—Creo que estoy nervioso por tu operación.

Alex no dice nada. Es la verdad. Estoy nervioso. Por si algo sale mal, claro. Pero también tengo un montón de preocupaciones. A lo mejor no hace falta que diga más. Alex respira hondo.

—Yo también.

—No tienes por qué estarlo.

—Entonces, ¿a santo de qué estás tú nervioso?

—No lo sé.

Me levanto para tirar el condón en la papelera. Me lavo las manos y regreso a la cama. Está tumbada dándome la espalda. No la abrazo; los dos pasamos la noche dando vueltas. Dormimos a ratos. Una hora. Media hora. Una hora y media. Todo incompleto, pero lleno de sueños sobre Alex. Mezclas de las semanas pasadas y de las semanas que nos esperan. Un sueño en el que me operan a mí, y eso me pone de los nervios; cuando me despierto con un sobresalto, ella no está en la cama, aunque veo encendida la luz del baño. Finjo quedarme dormido antes de que regrese.

Por la mañana, los dos parecemos cansados. Alex se viste para la clínica, lo que implica hacer las maletas, lo que implica que me quedaré solo en el albergue.

Me enderezo en la cama mientras la observo recoger sus cosas.

—¿Cuándo te vas? —pregunto.

—Dentro de diez minutos.

—Vale.

Me levanto de la cama para mear. Cuando vuelvo a salir, ella casi ha terminado con el equipaje. Está de pie junto a las maletas, mirándome, como si quisiera decir algo.

—Vincent, ¿estamos bien?

Me quedo atónito y sé que tardo un segundo de más en decir algo.

—Sí, claro. ¿Por qué no deberíamos estarlo?

Y veo que se entristece un poco. Yo también.

—Vale —dice.

Nos abrazamos y luego nos besamos con fuerza en los labios. Sin lengua. Sin pasión.

—Va a ir genial —le susurro al oído—. Todo saldrá bien.

Nos separamos, aunque no del todo.

—¿Puedo llamarte esta noche? —pregunta.

—Sí. Sí, claro.

Nos apartamos y se marcha arrastrando la maleta. Cierro la puerta y me pongo a hacer el equipaje. Examino la habitación en busca de todas mis cosas. Todo va en una bolsa, luego en la mochila; doblo la ropa con pereza, cierro la cremallera, pongo los candados y me siento en el borde de la cama, listo para marcharme, aunque me queda otra noche aquí.

No quiero pensar demasiado en esto. De hecho, lo único que quiero es hablar con Fred. Fingir que nada de esto ha pasado. Desbloqueo el móvil para escribirle y rezo para que esté al otro lado. Me voy a ir. Tengo que irme.

## MAX

# XV

Simone conduce desde el aeropuerto de Marsella hasta Bonnieux. Ha venido a estas vacaciones con una actitud que ni Fred ni Aisha entienden. No se ha quitado las gafas de sol, excepto para pasar por Inmigración. Cada vez que le llega un correo de trabajo al móvil, hace callar a todo el coche para que yo se lo pueda leer en voz alta desde el asiento del copiloto.

Bostezo y apoyo la cabeza en la ventanilla. No estoy durmiendo bien. Tengo un sueño recurrente en el que los cirujanos se acercan a mí con una cuchara enorme para extraer el tejido que sobra, pero no

se detienen ahí, sino que quitan y quitan hasta que no queda nada. Cuanto más intento disociar, más se filtra el pánico por la operación en mi subconsciente. Dice Simone que trabajará desde mi piso la primera semana de posoperatorio y Vincent se ha pedido libre esa semana también y puede que pida otra. He intentado sentirme un poco menos asfixiada y más agradecida.

—De pequeña, ¿dónde pasabas los veranos, Max? —inquiere Fred, como si fuera una pregunta normal.

—Después de mudarnos a Hong Kong, a veces volvíamos a Reino Unido para ver a mi abuela. La paterna.

Odiaba esos veranos. La moqueta rosa en casa de la abuela que llegaba hasta el cuarto de baño. Sin amigos. Mi abuela, que insistía en que dieciocho grados no era frío y se burlaba del forro polar que yo nunca me quitaba.

—¿Y tú, Aisha? —pregunto a mi vez.

—Nos quedábamos por Asia. Íbamos sobre todo a Tailandia. A menudo nos marchábamos a esquiar a Nueva Zelanda, solo porque allí la temporada de esquí mola mucho. —Miro a Simone y, aunque no le veo los ojos, sé que los está poniendo en blanco—. ¿Tú fuiste mucho a Hong Kong? —le pregunta a Vincent.

—No, solo en un par de ocasiones.

Noto una fuerte sacudida cuando Simone acelera para subir una colina. Vira con brusquedad en una curva.

—¿Dónde aprendiste a conducir? —le pregunta Fred.

—En Londres. El año pasado. Mi novia me dejó practicar con su coche.

—¿Y tu novia…?

—Rompí con ella en enero.

—Ah, guay. ¿Y has salido con alguien desde entonces?

—No —replica Simone con sequedad.

Me preocupa que Fred sienta lástima por ella. Parece el tipo de persona que siente lástima por la gente soltera. Me fijo en que Simone aferra con más fuerza el volante y el coche acelera.

—Porque es lo que quiere —añado, aunque enseguida me arrepiento.

El terreno está dividido en distintos niveles, conectados por unos peldaños tortuosos de piedra. El primero está adornado con higueras larguiruchas y una piscina pequeña con forma de judía, en el segundo hay un huerto con una decena de manzanos y en el tercero se sitúa la casa de una sola planta.

Tras subir los últimos escalones, me doy la vuelta. La casa da a las colinas de la Provenza, que fluyen como letras cursivas. La fachada tiene ventanas con persianas azules y unas puertas abatibles de cristal separan el patio del salón. Aisha nos conduce dentro.

—¿De qué conoces a la propietaria de la casa? —pregunta Simone.

—Es una amiga de Harvard.

—¿Y tiene una casa en Francia?

—Es italiana. —Simone dice «mmm», como si sus padres no tuvieran una casa de verano. Aisha se da la vuelta para mirarnos—. Hay dos dormitorios aquí y luego otro en la parte trasera. —Señala hacia su derecha—. Junto a la ducha exterior.

Se refiere al cobertizo con techo y ventanas que hay junto a la casa.

—¿Esa choza? —pregunta Simone.

—No es una choza.

—¿Quién dormirá ahí? —inquiere Vincent.

—Diría que Simone —contesta Aisha y se gira hacia la interpelada —. Es el dormitorio más pequeño.

Aisha le entrega una llave separada. Vincent me mira.

—Podríamos quedarnos nosotros ahí —sugiere.

Miro a Simone. Es muy amable por haberse ofrecido, pero dentro de un par de semanas yo podría estar muerta.

—No te preocupes —dice mi amiga.

Incluso con las gafas de sol, la cara de Simone lo dice todo: «Me quedo con el cuarto, pero odio a tu amiga».

—Entonces Fred y yo nos quedamos con el dormitorio del fondo —prosigue Aisha—. Y Vincent y tú con el contiguo.

Atravesamos el salón cargados con el equipaje hacia los dormitorios. El nuestro es mucho más pequeño que el de Fred y

Aisha, sin ventanas a excepción del tragaluz. El polvo se acumula en la planta de mis pies cuando me encamino hacia el cuarto de Simone por el sendero de tierra.

—¿Simone? —digo y llamo a la puerta.

—Entra.

La cama doble ocupa más de la mitad de la habitación. Simone está agachada en la pared más lejana para poner a cargar el móvil. Solo lleva un sujetador de encaje y unas bragas de talle alto. Parece un goblin sexy haciendo una sentadilla.

—¿Qué tal la choza?

—No empieces.

Nos tumbamos juntas en la cama, con las piernas colgando por el borde.

—No me gustan estas vacaciones tan heteros, Max.

—Lo siento mucho. Te prometo que lo pasaremos bien.

—Me hacen sentir como si fuera parte del equipaje.

—¿La gente o las vacaciones?

—Las dos cosas. ¿Por qué me ha preguntado Fred si ya he visto a alguien? ¿No te parece una locura que eso sea lo único interesante sobre mí?

—Creo que es una pregunta bastante normal. Pero también es incómoda. La gente debería preguntarlo menos.

Siento un poco de compasión por Fred, porque, a pesar de todo su encanto, es un poco tonto por intentar encontrar algo en común con Simone. Mi amiga suspira. Es raro que no estemos en la misma página, que yo no comparta la choza con ella y que me hayan dado permiso para estar en la casa. Me cuesta no sentirme mal por ello. Al fin y al cabo, es un arriendo precario, a la espera de que alguien escriba una nota de desalojo en un folleto de gestación subrogada.

—A lo mejor se sienten intimidados por ti. En plan, te han visto y sienten que su vida es una mierda. —Hago una pausa porque me acuerdo de Aisha y de su vecino. Me planteo contárselo a Simone, aunque con eso traicionaría a Aisha. Pero es Simone—. Su matrimonio no va demasiado bien. —Elijo bien las palabras. A lo mejor Simone necesita oírlas. Se anima, como un perro que sabe que dentro del puño cerrado hay un premio—. Ella se masturba

delante de la ventana con el vecino de enfrente. Y quiere conocerlo mejor.

—¿Qué dices?

—Ya ves. Me lo contó ella.

—Pero… —Arruga las cejas—. ¿Te lo contó sin más?

—Yo le había hablado antes sobre el tumor. Creo que fue una especie de *quid pro quo* bastante jodido.

—¿Vincent lo sabe?

—No, le he guardado el secreto.

—Dios, eso lo explica todo.

—¿El qué?

—Lo de encerrarme en la choza. Tienen que lidiar con su mierda.

El móvil de Simone vibra. Lo mira y luego me lo pasa con un gruñido. Aisha nos ha enviado un mensaje a todos con sugerencias para comer.

*¿Os parece bien que me encargue yo de la comida porque es más pequeña?*

*¿Max y Simone podrían hacer hoy la cena? Y Fred y Vincent se encargarán de la de mañana.*

*¿Me decís si tenéis algún problema con este plan?*

A pesar de la ilusión de sugerencias, los mensajes parecen bastante inflexibles. ¿Para qué ha usado los interrogantes? ¿Creerá que de esa forma se muestra relajada? Me cuesta imaginar a Aisha relajada, a menos que sea en un coma inducido. Cuando visualizo a Aisha haciendo las alfombras, siempre es de un modo febril.

Simone insiste en conducir para ir al supermercado. Se involucra más en la conversación, lo que significa que, para mi alivio y el de Aisha, maneja más despacio. Fred y Vincent han ido a echar un vistazo a la panadería que hay cerca de la casa.

—¿Cómo es tu trabajo? —pregunta Aisha.

—No es muy difícil, solo hay que tener ojo. Y luego hacer bastante papeleo.

—¿Trabajas mucho con otra gente?

—Ahora tengo una ayudante que lo lleva todo cuando yo no estoy. Pero, aparte de ella, la verdad es que no. —Simone gira a la derecha —. Me hace gracia que nadie sepa qué hago exactamente.

—Es complicado, ¿no? —dice Aisha—. A veces siento que tengo que esforzarme activamente para mantener mi vida privada en el trabajo. —¡Por fin un poco de compenetración!—. Saben que tengo pareja, pero nada más.

Durante medio segundo creo que podría desarrollarse una amistad entre Aisha y Simone.

—Es interesante que te refieras a Fred como tu «pareja».

Me equivocaba.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Aisha.

—Bueno, es tu marido. Me da la sensación de que «pareja» se reserva más para relaciones no tradicionales, como parejas que llevan juntas mucho tiempo pero no se han casado. O salir con alguien que usa pronombres no binarios. No precisamente dos personas cishetero que han adoptado la forma de unión más tradicional.

Mantengo los ojos fijos en la carretera, pero tuerzo el gesto.

—No sé si coincido contigo —replica Aisha—. Aun así, es importante dejar espacio para más cosas. A lo mejor decir «marido» crea un clima de restricción para otras personas.

—Pero pueden verte la alianza, ¿no? Y el anillo de compromiso. ¿O son palabras vacías? Conservas todos los símbolos, excepto el que menos coste representa para ti.

Yo he visto el anillo de compromiso. Es enorme. Y también la alianza, que por algún motivo tiene diamantes. Me permito echar un vistazo por el espejo retrovisor y veo que Aisha mira por la ventanilla. Le doy un codazo a Simone. A ella todo esto le da igual. A nadie le importa esa chorrada. Estoy segura de que en otro contexto Simone animaría a los demás a usar la palabra «pareja». Existen otras palabras clave que es más urgente erradicar, como «mi otra mitad» o «la parienta». Simone solo busca pelea.

En un semáforo, Simone baja el visor para ponerse una gota de crema solar coreana.

—Simone, está en verde —le digo.

El coche que tenemos detrás pita. Simone, imperturbable, cierra la botella, cierra el visor y pisa con fuerza el acelerador.

—Mi hermana dijo que iba a criar a su bebé sin género —cuenta—. No en plan ponerle ropa gris ni nada de eso, pero algo así, hasta que él pudiera elegir. Así que lo tuvo y, de repente, lo vistió con lazos, vestidos y volantes. Y cuando le pregunté por qué lo hizo, dijo que porque la gente no dejaba de pensar que su bebé era un chico.

—Es bastante duro criar a un bebé sin género, ¿no? —pregunta Aisha.

Me da la sensación de que el coche espera mi contribución y por eso decido no contribuir.

—Cierto —contesta Simone, mirando a Aisha; tiene que apartar los ojos de la carretera—. Pero creo que por eso es importante no apoderarnos de los logros que nosotros no hemos conseguido.

El coche se queda en silencio. Me pregunto si, en caso de que Vincent estuviera presente, Simone se mostraría tan cruel.

En el supermercado, Simone y yo atacamos la lista de ingredientes mientras Aisha decide ir a buscar un vino rosado específico de la Provenza.

—Es muy ligero y fresco. Os gustará para la piscina.

No sé por qué no quiere decirnos el nombre. Hay muchas estanterías y cajas con productos, piscinas de bolas llenas de tomates ruborizados. Simone y yo nos desviamos hacia la parte con botes y más botes de paté.

—Intenta ser más simpática —le digo.

—¿A qué te refieres?

Simone sonríe con malicia.

—Por favor.

Encuentro la harina de garbanzo para la fainá e ingredientes para la berenjena a la parmigiana y la ensalada fresca. Nos reencontramos con Aisha en la caja. Ella agarra el recibo e introduce enseguida la alta cifra en nuestra cuenta digital compartida.

—¿Qué habrán estado haciendo los chicos? —dice mientras llevamos las bolsas de yute al coche.

—¿Los chicos? —ríe Simone.

—¿Qué pasa?

—Es que así es como solíamos hablar sobre los hombres en el colegio. En plan, un grupo de chicas antes de beber que se pregunta cuándo llegarán los chicos. Es gracioso oírlo.

Aisha ríe de pasada. Yo bajo la mirada hacia los pies.

—¿Puedo conducir yo ahora? —pregunta Aisha con una naturalidad forzada. Se produce una pausa incómoda—. En Londres no manejo demasiado.

Simone le lanza las llaves y sube al asiento trasero.

En la casa, Vincent y Fred cargan con las cosas más pesadas. Dos bolsas cuelgan de los hombros finos y huesudos de Simone como pesos en una balanza.

—Gracias a Dios que los chicos han venido a ayudar —ríe.

—Ya —contesta Aisha, tensa.

El tejido áspero de las asas me aprieta en los hombros y se clava con cada movimiento. Vincent baja corriendo cuando ya estoy en el último tramo y me quita las bolsas. Unas manchas de sudor han aparecido en mis axilas.

—¿Qué habéis hecho mientras estábamos fuera? —pregunta Simone.

—Hemos comprado pan recién horneado —contesta Vincent—. Y unos pasteles. Nos ha dado tiempo a ver la iglesia en lo alto de la colina.

—Y hemos comprado esto —dice Fred y muestra una bolsita llena de hachís.

Parece orgulloso de sí mismo, mientras que Vincent se muestra avergonzado.

—¿Por qué? —pregunta Aisha—. Si no fumas nunca.

Observo a Simone, cuya mirada alterna entre Aisha y Fred. No puedo evitar pensar que la gente no debería avergonzar a sus seres queridos.

—Estamos de vacaciones —contesta él—. Se lo he comprado a un adolescente francés cuando subíamos a la iglesia. Podemos preparar un postre o algo así. Como una tarta pequeña.

Creo que Fred espera que lo felicitemos por algún motivo. Me siento mal al examinar su semblante, nervioso pero discreto. Busca aprobación.

—No sé si los demás quieren eso —replica Aisha—. Sería perder un día.

—Podemos hacerlo de noche —digo, para apoyar un poco a Fred —. Después de cenar.

—Yo me apunto —añade Simone.

Fred sonríe, lo que me hace sentir peor. Las primeras impresiones son horribles. Cuando lo conocí, me arrollaron su confianza, sus grandes brazos y su rostro cuadrado y nórdico. Ahora que lo conozco mejor, veo a un chaval poco seguro de sus dones. A lo mejor por eso está tan enamorado de Aisha.



Estamos todos sentados junto a la piscina, llenos después de una comida tardía a base de *baguettes* con conservas que ha preparado Aisha. Vincent inspecciona la higuera en un rincón del patio. Algunos higos están verdes, pero los de más arriba tienen la piel púrpura. Arranca uno, luego dos, luego tres, cuatro, cada vez a más profundidad, mientras sostiene los orbes blandos en la mano. Noto la mirada de Simone fija en mí y, cuando me giro hacia ella, veo una capa de aprobación tácita en su sonrisa. Vuelve a mirar el móvil; pues claro que sigue trabajando. No puedo borrar esos correos de la mente. ¿Qué está escribiendo? *Si no maduras y te tiñes el pelo, te lo voy a rapar*.

Miro a Vincent. Se ha hecho un arañazo con una rama y le ha dejado una raya carmesí, una marca en las costillas.

—¡He conseguido cinco! —grita. Agarro uno. Está rico. Dulce, pero con más textura que sabor, con notas de caramelo. Simone extiende las manos y apoya el móvil en el vientre tenso de su bañador—. ¿Aisha, Fred? ¿Higos?

No quieren. Vincent se acomoda en el borde de la piscina.

—¿Sabes que hay una avispa muerta dentro de cada higo? —dice Fred.

—¿Qué?

—Eso me suena —comenta Aisha.

—No en todos —intervengo—. Solo en algunas especies. —Los

demás me prestan atención, incluso Simone—. Las avispas hembras llevan polen a la apertura de un higo. De un higo macho. Luego se quedan atrapadas dentro y ahí ponen los huevos.

—¿Por qué se quedan atrapadas? —pregunta Vincent mientras hace girar un higo pequeño en la palma.

—Creo que es porque pierden las alas al entrar.

—¿Y luego qué pasa? —inquiere Simone.

—Creo que los machos eclosionan primero y se aparean con las hembras sin eclosionar. —El asco se refleja en el rostro de Simone—. Luego los machos excavan agujeros para que las hembras salgan. Se mueren y las hembras eclosionan, encuentran la salida y se llevan un poco del polen para polinizar otros higos. Todo lo que queda en el primer higo muere. Y el ciclo se repite.

—¿Y cómo sabes eso? —pregunta Aisha.

—Mi padre me dijo que había avispas en los higos, así que lo busqué.

—¿Y qué pasa si una avispa hembra entra en un higo hembra? —duda Vincent.

—Poliniza el higo. Así se consigue la fruta. Pero, por la estructura del higo hembra, no puede dejar los huevos.

—¿Y muere sola? —pregunta Simone.

—Sí. Muere sola.

Suspiramos en silencio. Unos segundos más tarde, Vincent me da un apretón en el pie desde el borde de la piscina.

Simone echa la harina de garbanzo en un cuenco. Arqueo una ceja cuando mete la mano extendida y luego me sobresalto cuando me da un cachete en el culo.

—Pero ¿qué coño te pasa? —grito y, al mirarme, solo veo el leve contorno amarillo que han dejado un par de sus dedos—. Ni siquiera te ha salido bien.

Simone se ríe, me quita la harina con un trapo y se lava la mano en el fregadero. Mezcla un poco de agua en la harina y yo añado el romero cortado y la sal.

Nos tomamos un descanso para echar un vistazo a las redes sociales de Emily. Hay muchas actualizaciones sobre la boda. A menudo pienso en los creadores de contenido, en que en algún momento tuvieron plataformas incipientes y en cómo acaban por compartir toda su vida, tanto entonces como ahora, porque, de lo contrario, esas plataformas no habrían crecido. Pero ver cómo lo hace ella para un público tan reducido es un poco desagradable. Me da cosa. Como si fingiera ser quien quiere ser con la esperanza de que la vida imite al arte.

Fred sale de su dormitorio.

—¿Puedo infusionar la mantequilla ya?

—¿Qué? —pregunta Simone.

—El hachís.

—¡Ah, claro! —dice Simone con tanto alborozo que alegra a Fred —. ¿Necesitas ayuda?

Fred se adentra en la cocina y Simone le entrega una cazuela y una espátula. Yo me siento en un taburete y observo a Simone mirar lo que hace Fred por encima del hombro.

—¿No es demasiado? —pregunta—. Aunque no me acuerdo de la última vez que hice esto.

—Lo mejor será que lo usemos todo.

Fred alza la espátula y prueba un poco de mantequilla con el dedo.

El cielo oscuro no hace nada para absorber el calor del día, que sigue emanando de la punta de nuestras narices. Llevamos una hora y media bebiendo. Simone y yo hemos sacado una bandeja de Martini y vamos por la tercera botella de vino. Hoy apenas he pensado en el tumor. Eso es lo bonito de estar distraída y de beber: todo pavor empalidece contra la calidez del gluglú de la botella. Podría morirme, pero todo va bien. En el centro de la mesa hay patatas de bolsa en una cesta con el forro de tela junto a un cuenco de hummus.

—¿Esto no estropeará el hambre para la cena? —pregunta Aisha.

Simone mete una patata en el hummus.

—Reservad sitio para la tarta —dice Fred. Arrastra un poco las palabras. Ha acaparado el vino rosado. Se reclina en la silla y mira a Simone—. Aisha me ha dicho que no crees en el matrimonio.

No puedo evitar pensar que está intentando dejar en evidencia a Aisha en vez de incomodar a Simone. Se le ve en la cara. Le encanta Simone. Todo el mundo adora a Simone, excepto cuando no se comporta como tú quieres. Simone le dedica una sonrisa torcida a Aisha: acepta el reto.

—¿Cómo que no creo en el matrimonio?

—No, bueno. —Aisha mira de reojo a Fred y luego de nuevo a Simone—. No lo dije así. Pero no te gusta la palabra «pareja» y me dio la sensación de que no te mola el rollo tradicional. Y eso es bueno.

Simone sobrevuela el cuenco de hummus con otra patata, pero decide comérsela sin nada. La mesa está en ascuas por lo que pueda pasar. Intento no reírme.

—¿El matrimonio me parece un poco absurdo? Sí. —Carraspea y se come otra patata—. ¿Me parece otro vínculo jurídico para mantener unidas a las personas, a pesar de todos los motivos por los que no deberían estar juntas? Sí. Y Max también lo piensa. —Me señala, aunque no sé si alguna vez he dicho algo así—. Mi opinión no es que vaya en contra de lo tradicional, ni tampoco es muy revolucionaria o académica. Pero supongo que Max y yo tenemos puntos de vista diferentes.

Vincent me está mirando. Lo noto. Le devuelvo la mirada. Sonríe con placidez, no con desánimo. Si me fijo bien en la comisura de sus labios, es posible que capte incluso un poco de apreciación. No sé. A lo mejor una sonrisa es una sonrisa sin más. Aisha parece haberse ruborizado.

—Me da la sensación de que me has metido en una caja —dice.

—Quieres estar en la caja y, al mismo tiempo, no quieres estar en ella —replica Simone—. Eres la Aisha de Schrödinger.

Me río. Vincent se ríe. Aisha mira a Fred para que la apoye, pero su marido se está riendo con disimulo detrás de la copa. Me acuerdo de su aventura. Todo es un poco triste. Suena el temporizador del horno.

—Eso es la cena —anuncio.

Simone y yo nos levantamos a la vez. En la cocina, Simone saca la comida mientras yo me apoyo en la nevera.

—Cielo santo —dice.

—Lo sé.

Regresamos con los platos. Fred parece más borracho.

—¿Cómo te sientes por la operación? —pregunta. Aisha lo fulmina con la mirada.

—Fred…

—Me siento bastante bien, la verdad. Al menos ahora mismo. Es fácil olvidarme de ello, hasta que me acuerdo, y entonces me entra un poco el pánico, pero no es grave, en serio. —Es un sentimiento difícil de describir y no sé si todos lo entienden. Se parece a cuando estoy en la pista de baile, feliz mientras cambio el peso de un pie a otro, hasta que de repente me llegan pensamientos intrusivos sobre la subida del nivel del mar, o que no podremos salvar a las abejas, o que mis padres morirán algún día. ¿Es algo que le pasa a todo el mundo?—. Dentro de un par de semanas se habrá acabado. —Hago una pausa—. Gracias por preocuparte.

No me siento nada agradecida, pero le dedico una sonrisa a Fred, que parece complacido (demasiado, como si quisiera que alguien le dijera que lo ha hecho bien). Quiero poner fin a la conversación. No me apetece pensar en la muerte.

—Habéis tenido un año de mierda —dice Fred, casi para sí—. El padre de Vincent. Tu tumor. —Vincent se sirve un poco de berenjena y se concentra en el acero brillante del cucharón. Agarro los tenedores para la ensalada—. ¿Y os es de ayuda?

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Conocer a alguien que esté pasando por una mala racha.

«Una mala racha». Qué frase tan manida. Ah, ya sabes, ahora mismo estoy en una mala racha. *¿Qué te ha pasado?* Me ha salido un tumor. Vincent parece exasperado, pero no quiero enfadarme con Fred. Aunque se esfuerza, presiento que no está bien. No tiene un tumor, pero tampoco hace falta para estar mal.

—En realidad no conozco al padre de Vincent —replico. No sé si debería decirlo, pero estoy borracha y las palabras salen de mi boca

antes de que pueda terminar de pensar—. Ni él sabe que existo.

Siento que toda la mesa hace una mueca.

—¿En serio? —pregunta Fred. Todos guardan silencio. Bajo la mirada al plato. Simone deposita en él un trozo de fainá. Lo acaricio con los dientes del tenedor, como manos cartografiando la superficie de un rostro. Fred mira a Vincent—. ¿Tu padre no sabe que Max existe?

—Y tú lo sabías, Fred —replica Vincent de mal humor—. Lo sabías.

—Pero pensaba que se lo habrías dicho ya.

—Pues no.

Me arden las mejillas. Simone me apoya una mano en la rodilla. Es humillante, una rehumillación. También es por culpa de mi masoquismo. El rostro de Vincent se transforma en una mirada de súplica, como si le rogara a Fred que parara. Su amigo parece sorprendido y no aparta la cara.

—Pero vivís juntos.

—Fred, qué cojones…

—No llevamos saliendo tanto tiempo —digo, aunque las palabras salen inertes de mi boca. Es cierto, pero no es suficiente.

Vincent no parece contento con mi respuesta. Simone no se ha apartado la copa de vino de los labios.

—Pero el tumor —añade Fred—. ¿No creéis que…?

—Mi madre lo sabe, Fred. Mi padre no. Deja el tema.

Su madre lo sabe. Incluso me deseó suerte a través de Vincent, un gesto muy amable, pero cuesta mirar a alguien que se ha rebajado tanto como para desearme suerte y considerarlo un avance. Hay un muro entre Vincent y yo. Sería más fácil si estuviéramos colocados, para que al menos pudiéramos apoyarnos en el otro, derretir el hielo con el calor de nuestros cuerpos.

Tras el plato principal, Fred saca la tarta de limón infusionada con hachís. Es pequeña, alta y delicada. Tiene tres capas hechas a partir de la misma bandeja de bizcocho. El glaseado sólido de limón está puesto con cuidado. Fue bonito ver desde el sofá cómo Fred y Vincent la hacían y se preocupaban por su estructura como dos ingenieros. En cierto modo, fue como viajar por un portal a través del tiempo, años antes de que conociera a Vincent.

Fred corta la tarta.

—¿Notáis el sabor? —pregunta Aisha.

—Creo que ese adolescente francés te ha tomado el pelo —se ríe Simone.

—Sí que se nota —intervengo.

—¿Verdad que sí? —dice Fred.

Es curioso, pero el hedor del hachís queda bien con el limón.



Vincent y Aisha se van a la cama después de fregar los platos con Fred. Simone, Fred y yo nos sentamos en el patio con copas de vino mientras nos pasamos una barrita de chocolate. Fred está un poco más sobrio. A lo mejor no estaba tan borracho y solo le apetecía marear la perdiz. Aun así, la intención no altera los hechos: Vincent no me ha presentado a su familia y su padre no sabe que existo por motivos que son más o menos sensatos. Todos los padres son distintos. Las culturas cambian. Sufrió un ataque al corazón. Nada de esto disipa el resentimiento que siento, como si pasara algo malo conmigo. Simone bosteza de un modo audible. Todavía no notamos el efecto de la tarta.

—Voy a acostarme —anuncia Simone.

Fred abre los brazos para un abrazo y ella lo acepta. Dura bastante. Creo que le ha tomado cariño a Fred y que él siente lo mismo; me pregunto si es otra forma por parte de Simone de fastidiar a Aisha. Nunca he entendido las *vendettas* de Simone, pero una parte de mí siempre las disfruta. Fred me rellena la copa con la botella abierta.

—Me caes bien, Max —dice—. Eres buena para Vincent.

No buscaba su aprobación, pero sienta bien.

—¿Crees que sus padres pensarán lo mismo?

Se ríe.

—Lo harán. —Calla un momento—. Vincent debe reflexionar sobre algunas cosas. Y eso tiene algo de sentido, para ti. Te vas a operar. Y nadie quiere que te estreses por otra cosa más.

—Ya.

Tiene razón. No debería torturarme tanto. Hablar sobre el tema le da importancia, pero, al mismo tiempo, el día de hoy me ha recordado que todavía hay vergüenza en las grietas y quizás esta sea una oportunidad para hacerla desaparecer, para dejar que las palabras caigan a la terraza como hojas que se lleva el viento o piel muerta, para que alguien las barra o las reemplace la siguiente mujer triste que visite la casa de la amiga de Aisha.

—A veces siento que soy una complicación. ¿Tiene sentido?

—Sí. —Fred da una calada a su cigarrillo—. Quizás no sea el mejor para decirlo, pero ¿la vida no es así?

—No, no eres el más adecuado para decirlo. —Lo empujo con el codo para que no piense que me he enfadado. Y no estoy enfadada, porque tiene razón—. Sé que debo aceptar que el mundo es así, pero quiero hablar del tema, porque, si no, ¿qué hacemos?

—Claro. Pero no quiero que pienses que es por ti. —Respira hondo —. En mi caso, la relación con los padres de Aisha siempre iba a ser difícil, aunque uno espera que sea al revés. Quiero decir, me esperaba que mis padres (muy ricos, muy británicos) fueran el problema.

—¿Y lo fueron?

—Para nada. Pensé que sus padres acabarían entrando en razón. Bueno, en parte lo han hecho, pero no del todo. —Calla un momento —. No sé si alguna vez sentiré que soy lo bastante bueno. O solo bueno. En general, en la vida. Es difícil cuando la familia de tu pareja te lo recuerda sin cesar.

—¿Tu pareja?

Fred se ríe. Nos sentamos cerca, con los codos y los antebrazos rozándose.

—¿El amor es suficiente? —pregunto sin pensar.

—No, seguramente no.

Siento una profunda tristeza al pensar en Aisha exponiéndose al hombre de enfrente y, seguramente, a varias familias inocentes. Más triste es que se lo haya contado a Simone como si fuera un cotilleo. Me ruge el estómago, aunque estoy llena. Espero de verdad que Fred sepa, al menos a veces, que es buena gente, aunque él no lo vea.

—¿Te acuerdas de aquella cena en la que Aisha se puso a enumerar las cosas que sus padres no aprobaban? —dice.

—Fue horrible. —Una pausa—. Pero no juzgo a nadie.

—No, lo fue. Y Aisha no lo decía con maldad. Para ella es muy duro. Lo es para los dos. —Se rasca la barbilla y yo bostezo con fuerza, como si mi mandíbula quisiera soltarse. Se lo pego a Fred—. Es duro, pero me alegro de que hablemos de ello y podamos compartir esa realidad. Primero somos nosotros y luego ellos.

—Mmm. —Nosotros y ellos—. ¿Quieres tener hijos?

—Sí, claro. Quiero sentir ese tipo de amor. Creo que sería bueno para mí. ¿Y tú?

—Nunca lo había pensado mucho antes de este año. Supongo que con todo lo de la familia de Vincent y lo de mi hermano…

—¿Cómo está tu hermano?

—Superándolo. Espero que cambie un poco. Eso si la gente puede cambiar.

—Yo creo que sí, sin duda.

Me reclino en la silla y ladeo la cabeza hacia las estrellas.

—Cualquiera pensaría que el tumor me daría un poco de claridad.

—¿Sobre qué?

—Sobre el tema de los niños, la vida que quiero tener. Pero, a estas alturas, solo quiero estar viva.

—Yo creo que quiero repartir mi semilla lo antes posible.

Nadie en este planeta debería tener permiso para decir esa frase.

—Qué asco. —Fred se ríe—. Me he sentido como una persona rota. No normal. Sé que suena…

—No, tiene sentido. Lo entiendo. Pero no estás rota.

—Ni tú tampoco.

—Gracias.

Intercambiamos una mirada tierna. Qué hombre tan maravilloso. Algún día hará muy feliz a alguien, puede que incluso esa persona sea Aisha. Oigo una puerta cerrarse dentro de la casa.

—¿Te sientes normal con Vincent? —pregunta.

—¿Aparte del tema de la familia?

—Sí.

—Sí, me siento normal con él.

—Me alegro.

Dejo la copa de vino junto a la pata de la silla. Noto que me pesan mucho los párpados.

—Creo que voy a acostarme.

Fred me ofrece una mano. Le doy un apretón y la suelto.

En la habitación que comparto con Vincent, la seda azul del vestido cae a mis pies, me acaricia los dedos y se desliza sobre las baldosas como gelatina. Vincent se remueve un poco cuando me meto en la cama.

—Lo siento —digo.

Vincent no contesta, pero estira el brazo para agarrarme la mano.



Cuando me despierto unas horas más tarde, estoy más colocada que nunca. Me siento fatal. Al principio pensé que era el tumor, que había crecido de la forma equivocada y me estaba muriendo y ya era demasiado tarde, pero entonces Vincent empezó a gemir y supe que era culpa de la tarta de limón. Mi mente no deja de pensar en cosas ridículas mientras noto el cuerpo como si fuera cieno. Ninguna parte de mí es capaz de nada.

Vincent y Fred están tumbados en el sofá. Podrían estar muertos, pero estoy demasiado dispersa como para comprobarlo. Simone y yo nos hemos acurrucado en el sillón grande. Aisha se endereza en la alfombra.

—Creo que nos han envenenado —dice, con el tono impregnado de pánico—. Con Novichok o algo así.

—¿Lo dice en serio? —me susurra Simone.

¿El Novichok se sigue usando? Parece cosa del pasado.

—Creo que deberíamos llamar a una ambulancia o algo —propone Aisha.

—Solo nos hemos pasado. —Simone suspira—. No pensamos en las dosis. Lo metimos todo en esa tarta minúscula. Y nos la comimos con el estómago lleno, por eso ha tardado en hacer efecto. Imagínate comer cinco brownies de maría de una sentada.

—¡Yo no suelo comer esos putos brownies! —espeta Aisha.

—La hostia.

Estoy de parte de Simone, pero agarro el móvil y busco si podemos sufrir una sobredosis de maría. Los resultados dicen que es poco probable. He buscado justo esto casi todas las veces que he fumado y siempre que he comido maría. En una ocasión, le pedí a Simone que se tumbara conmigo en la cama y me pusiera los dedos en el cuello porque creía que se me pararía el corazón.

—No puedes sufrir una sobredosis de maría —les explico—. Volveremos a sentirnos normales dentro de unas horas.

Los cinco caemos en un duermevela. Cuando recupero la consciencia durante un momento, oigo a Aisha hablar por teléfono. Está fuera, cerca de la cabaña de Simone, pero su voz me llega a través de la piedra porosa y las puertas abiertas.

—No me encuentro bien —dice—. Tengo que marcharme. No me encuentro nada bien. Me estoy volviendo loca. —Dejo de oírla, hasta que de repente dice—: Vale. Te echo de menos.

Abro los ojos de par en par. Miro a Simone, que también me está mirando, y asiento. Miro hacia Fred y Vincent, que siguen comatosos, pero Fred empieza a removerse. Me late el corazón con fuerza. ¿Ha oído a Aisha? ¿Lo sabe? ¿Lo que he oído es lo que creo que es? Fred se levanta, en silencio, para ir al baño que queda junto a la cocina. Sus vómitos primitivos resuenan por toda la casa. Oigo la bilis chapotear en el agua del retrete, como una cascada de ácido. Me sobrevienen las náuseas. Corro al segundo baño y lanzo un proyectil de vómito sobre la taza. La comida sale volando de mi estómago. La berenjena de anoche. El pan de ayer. Es una avalancha del puto plan de comidas de Aisha.



Por la tarde, la gente se encuentra mejor, lo que significa que tenemos energía suficiente para empezar a señalar culpables. Vincent está frustrado. Durante las últimas horas, se ha quejado por desperdiciar el día y le consume su preocupación por mí. «Tienes una operación dentro de un par de semanas, Max. No puedes enfermar así. No es bueno. Es muy malo». No deja de preguntarme

si estoy bien, tanto que yo empiezo a cuestionarlo y busco si al tener un tumor cerebral eres más propenso a sufrir una sobredosis de maría o si la maría hace crecer más rápido los tumores. No hay resultados.

Estoy leyendo las noticias en el móvil, con Fred sentado a mi lado. Vincent está en la encimera con la cara enterrada en las manos y regaña a su amigo.

—¿Por qué lo usaste todo? —le pregunta.

—No creía que fuera para tanto.

—Fue una puta tontería.

—Tranquilízate. No lo sabía.

—Siempre haces mierdas como esta. Tienes que madurar de una puta…

—Vincent, no pasa nada —intervengo.

—Sí que pasa. Está mal. Creo que no deberías ni beber alcohol. —Parece presa del pánico y siento un ramalazo extraño de incomodidad, culpa y preocupación, porque, aunque nunca es agradable ver a alguien así, me gusta que se desvele por mí. De todos modos, se ha pasado. Jamás lo he visto tan fuera de control y me fastidia porque me estoy esforzando al máximo para no hacer lo mismo, para mantener a raya los pensamientos sobre bisturís y ataúdes. Vincent parece muy nervioso. Por la maría. O por el Novichok. Se dirige a toda la habitación.

—Max podría morir —dice.

—Joder —replico—. Esto no va a afectar a la operación ni al tumor. ¿Podemos intentar mostrarnos positivos, por favor?

—Eso —interviene Fred—. Sé positivo.

Vincent gruñe. Sale hecho una furia en dirección al baño. El mismo en el que he potado yo. Regresa un minuto más tarde.

—Sigue oliendo a vómito —dice. Me parece que está enfadado conmigo—. Es asqueroso. —Fred y yo no nos movemos. Es como ver una obra de teatro con un único actor enfadado—. Solo quiero que este día acabe de una puta vez.

—Pero si te has pasado las últimas dos horas quejándote sobre perder el tiempo —contesto—. Todavía podemos hacer algo.

—Hemos arruinado el día. No podemos recuperarlo.

—Venga, Vincent —dice Fred—. No le hables a Max de esa forma.

—Vete a cagar, Fred.

Veo que Simone está en la entrada del salón. No suele mantenerse alejada de las peleas.

—No puedes tratar como la mierda a tu novia solo porque no estés contento —replica Fred y se pone de pie. Yo elijo el silencio. Me da la sensación de que esto ya no va sobre mí—. Acabas de decir que es un momento delicado para…

—Calla la boca, Fred —espeta Vincent. Fred da un paso hacia a su amigo.

—No me digas que me calle.

—¿O qué?

Fred se estira hacia Vincent, no para pegarle; es un movimiento de reconciliación. Vincent lo aparta de un manotazo.

—¡Vincent! —exclamo.

—¿Por qué te pones de su parte?

—No me he puesto de parte de nadie —digo, alzando la voz.

—Esto no va de bandos —añade Fred.

—¿Y tú qué cojones sabes? —grita Vincent—. Has llegado como caído del cielo y te has puesto a hablar sobre ser trans en un mundo que no te acepta. No tienes ni puta idea de cómo es esto ni de cómo Max…

—¿Nos estabas escuchando? —le pregunto.

—En esta casa se oye todo —dice sin mirarme.

—Estás siendo muy poco razonable, Vinny —interviene Fred—. Tranquilízate. Max estaba enfadada por lo de tus padres y…

—Vete a la porra. Max no lo sabe. Ya puedes dejar de arrepentirte tanto.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué es lo que no sé? —pregunto.

—Eso, ¿qué es lo que no sabe? —nos interrumpe Simone.

—Da igual —dice Vincent con un gesto de la mano.

—No, no —objeto—. Has dicho que no sé algo delante de otra persona. —Miro a Simone—. De dos personas. —Vincent y Fred intercambian una mirada cargada de rabia masculina. Si pudieran gruñir, gruñirían. Dos perros paralizados, retándose a decir una

palabra más—. Decidme de qué iba todo eso —les pido. El silencio lo inunda todo. Ojalá alguien me mirara—. Vincent, dime a santo de qué iba eso.

Vincent suspira, como si pensara que tengo que saberlo. Me pregunto si es verdad, si es necesario que lo sepa.

—Fred…

—¿Fred qué? —espeto.

—Fred le dio una paliza a una mujer trans cuando nos fuimos de viaje —explica Vincent, sin apartar la mirada de su amigo—. Durante nuestro año sabático en Tailandia.

Miro a Simone. Se ha quedado boquiabierta. Noto el estómago revuelto. Podría vomitar de nuevo. No sé qué siento. ¿Qué debería sentir?

—No le di una paliza.

—Acabó toda amoratada.

—Pero ¿qué coño? —ladra Simone—. En serio. ¿Qué coño?

Vincent y Fred se miran. Me resulta raro que estemos aquí. Hay momentos en la vida en que parpadeas y el escenario cambia a tu alrededor, como si unas manos invisibles movieran el atrezo y te cambiara el bolígrafo en la mano por un cuchillo. Una comedia se transforma en *thriller*, un romance en terror. Por mucho que lo analices, no tiene sentido. Y, aun así, no puedes obligarlo a cambiar de nuevo, debes jugar con tu entorno. El pasado está en el incinerador.

Miro a Fred a la cara. Frunce el ceño sin fuerzas. Baja las comisuras de la boca. Entiendo que esto fuera algo sagrado entre ellos. Vincent ha partido una cruz en dos. Y todo por la marihuana. Por la operación a la que me someteré a pesar de la maría. Estoy en *shock*. Aisha, aturdida, aparece por la puerta de su dormitorio.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—Tu marido le dio una paliza a una mujer trans en Tailandia —explica Simone—. Para que lo sepas.

Aisha se queda atónita, pero no sé si le sorprende el dato o su revelación.

—¿Por qué le diste una paliza? —pregunto.

—No me dijo… No me dijo que era…

—¿Y por qué tendría que habértelo dicho?

—Se enrolló con ella —contesta Vincent con un tono carente de energía, tenue por el arrepentimiento.

Me acuerdo de la noche anterior, cuando Fred me reconfortó en el patio; ahora sus palabras parecen contaminadas de plomo. Están en mi interior y quiero extirparlas.

—¿Y por eso le diste una paliza?

—Me… me enteré más tarde y…

—¿Y cómo te enteraste de que era trans?

Nadie me responde. Miro a Vincent, que parece afectado. Simone se sienta a mi lado. Todo el mundo mira a Fred, que interrumpe el silencio.

—Me lo contó Vincent —explica, y casi distingo una sonrisa en el borde de sus labios—. Me lo dijo después porque sabía que me asustaría. ¿Verdad? ¿Verdad que lo hiciste por eso?

—¿Es cierto, Vincent?

—¿Qué? —Vincent alza las manos al aire—. ¿Acaso eso es importante?

—Pues claro que lo es —contestamos Simone y yo a la vez.

—Es muy importante —añado.

—Estaba celoso. Sabía que yo le gustaba a esa chica y quería vengarse de ella. O de mí. Pero, cuando me lo dijo, se me fue la pinza. —Fred me mira—. Lo que hice fue muy jodido. Lo sé. Creo que no puedo transmitir lo mal que me siento por ello.

—Bueno, podrías intentarlo —dice Simone.

Me fijo en que Fred no ha hablado en ningún momento a Aisha. Ya lo sabía. Se lo habrá contado, le habrá confesado esta cosa tan horrible, tan terrible que hizo en el pasado. Se limpió la consciencia con el perdón de Aisha; su aceptación le bastó para asegurarle que el Fred de hoy en día no es el Fred del año sabático. Y me pregunto quién tenía derecho a perdonarlo, a expiar esa culpa. ¿Vincent es un hombre celoso? ¿De ahí viene la payasada de hoy? La rabia que siente hacia Fred, ¿es en realidad su amor por mí?

—¿Alguna vez te disculpaste con ella? —le pregunto a Fred.

—Eso —interviene Simone—. ¿Le dijiste que lo sentías? ¿O le diste dinero o algo por haberle dado una puta paliza?

Fred mira durante un segundo a Simone con cara de fastidio. Vincent está con el culo apoyado en la encimera. Fred suspira y se le descompone un poco el semblante.

—No.

—¿Por qué no? —preguntamos.

Fred entierra la frente en la mano. Sacude un poco la cabeza, con los dedos firmes e inmóviles mientras la piel se desliza a su alrededor. Creo que nadie sabe cómo hemos llegado hasta aquí. Simone se gira hacia Aisha.

—Estás muy callada —comenta.

—¿Qué quieres que diga?

—Es que tu silencio me parece muy interesante.

—Eres gilipollas, Simone.

Mi amiga no se lo discute. De hecho, puede que ahora Aisha le caiga un poco mejor.

La habitación se queda en silencio. Me cuesta procesarlo. Fred le dio una paliza a una mujer trans. Vincent reveló su identidad. Me dijo que nunca había salido con una persona trans. Eso fue mentira. ¿Y no constituye otra mentira no hablarme sobre esa chica, sobre este lío con Fred? Me levanto para ir al dormitorio que comparto con él.

Unos minutos más tarde, Vincent entra y se sienta a mi lado en la cama. Tengo la mirada gacha hacia el regazo. Todavía me siento mareada. Vincent suelta un eructo.

—Lo siento. No me encuentro bien.

Nos quedamos en silencio.

—¿Saliste con esa mujer? —le pregunto—. Con esa chica.

—Sí, supongo.

—Así que me mentiste.

—Era muy complicado.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunto, y se me quiebra un poco la voz—. Me siento como una tonta por haberme enterado de esta forma.

—¿Cómo habrías reaccionado si te lo hubiera contado antes? —dice, como si tuviera un as en la manga—. Te habrías ido.

—Me habría sentido mejor. —Respiro hondo—. Es una forma muy

horrible de enterarse.

—Y lo lamento por eso. No era mi intención mentirte y no sé ni si…

—Pero lo hiciste. —Odio cuando una discusión se disuelve en un juego de palabras. La lógica puede diagnosticar las heridas, pero no las cierra—. Esto no es solo por la mentira. Fred y tú hicisteis algo horrible. Más horrible de lo que podría haberme imaginado.

—Max —suplica, y apoya una mano tímida en mi muslo. La fulmino con la mirada hasta que la aparta—. Ocurrió hace más de diez años. Soy una persona distinta. Fred es una persona distinta. No deberíamos habernos peleado por ello. —Hace una pausa—. ¿Cómo eras tú hace diez años?

Me cabrea que diga eso. Estoy muy enfadada. No es lo mismo. No somos iguales.

—¿Por eso Fred y tú os distanciasteis durante la universidad?

—No lo sé. Bueno, en retrospectiva, sí.

—¿Qué? ¿Y nunca… lo hablasteis? —Vincent me mira inexpresivo —. Pero ¿qué coño? Los hombres estáis locos de atar.

—Max…

—Dime por qué dejaste de salir con ella.

Vincent suspira.

—Fue a Tailandia a operarse.

—¿De qué?

—De eso.

—¿De los genitales?

—Sí. —Suspira—. La acompañé a la ciudad de la operación. Quería que estuviera con ella. —Eso no es una respuesta. Lo miro con intensidad—. Me puse nervioso.

—¿Eso qué significa?

—¿El qué?

—Lo de que te pusiste nervioso.

Vincent calla y respira hondo, con el rostro un poco ceniciento.

—La dejé. Cuando fue a operarse.

Eso me deja boquiabierta.

—¿La dejaste sola después de la operación? —exclamo—. Vincent.

Esto es demasiado perfecto. Todo ese pánico subterráneo burbujea hacia la superficie como lava y se filtra por los cráteres. Me imagino

sola en la cama de un hospital, igual que en Nochevieja, y me despierto para encontrarme con el contorno de tiza que fue mi novio. De repente, la muerte parece más cercana.

—No sabía si… —tartamudea—. No sabía si debía quedarme.

—¿Que no lo sabías? —Alzo la voz—. ¿No se lo preguntaste?

Vincent se echa a llorar y se aplasta la cara con las manos. No se merece llorar. Es patético.

—Por mí. No sabía si debía quedarme por mí.

—¿Por ti, porque estabas de vacaciones? ¿Sabes lo terrible que es eso? —grito—. ¿Sobre todo ahora que me voy a operar?

—Pero no es lo mismo, Max. En aquella época no lo sabía seguro.

—¿No lo sabías?

—Tenía diecinueve años, Max.

Parece tan infantil. Diecinueve años. ¿Cómo de hondo ha enterrado todo eso? Me aparto unos centímetros de él. No lo quiero cerca de mí.

—Tenía diecinueve años —repite.

—Ya lo has dicho, Vincent.

—Venga, Max.

—Revelaste la identidad de una mujer trans y luego la abandonaste cuando se iba a operar. No, lo siento, mientras la estaban operando. Es tan retorcido…

—Fue hace más de diez años.

—Eras un adulto.

—¿Habría salido contigo hace diez años?

No. Pongo mala cara.

—Eso es repugnante. ¿Cómo te atreves?

Mi identidad trans no es un error moral. No puedo evitar preocuparme de que toda esta cercanía, toda esta atención, sus cuidados, nacieron del instinto de arrepentirse, lo que hace que todo sea insignificante, hasta el punto de que también hay que cuestionar nuestra relación, porque nadie quiere ser un medio para que otra persona corrija sus errores. Diez años es mucho tiempo, pero el tiempo es una cosa curiosa. Se dobla y contrae, se une y recombina siguiendo el eje perpendicular de tu mente. La educación. El trabajo. La transición. Las novias trans. Dos personas separadas por más de

diez años acaban de la mano. ¿Eso es todo lo que soy para él? ¿Una forma de enmendar sus errores?

—¿Has pensado en ello alguna vez después de enterarte de lo que me espera a mí?

—¿Por qué me preguntas eso, Max? —suplica.

—¿Has pensado en ello?

Vincent suspira.

—Sí, obviamente me acordé. —Sacude la cabeza—. No esperaba este pánico. Las dos cosas se parecen tanto…

—¿Qué dos cosas?

—Las dos cirugías.

—¿Quieres abandonarme?

—No, Max, ¿por qué querría hacer eso? No lo quería ni entonces…

—Pero lo hiciste.

—La gente cambia, Max —dice con exasperación—. Tú, más que nadie, deberías saberlo. Lo diferente que puede ser una persona.

—¡Deja de comparar las dos cosas! —grito. Se queda en silencio. Me obligo a tragar un poco de saliva porque tengo la garganta áspera. No puedo mirarlo a la cara—. ¿Cómo se llamaba?

—Alex. —Un minuto de silencio. Alex. Su nombre duele. No me cabe duda de que, al igual que yo, cortó su necronombre para crear uno nuevo—. ¿Por qué le das tanta importancia? Alex no era mi novia. No es importante. Yo te quiero a ti.

Me la imagino en la cama del hospital, con la sangre que le caía de la entrepierna acumulándose en una bolsa; lo tuvo que hacer ella sola todo. A lo mejor ese era su plan desde el principio, pero le arrancaron la esperanza de tener a alguien a su lado. Despertó y vio el espacio vacío que, según sospechaba de antes, se merecía. Un recordatorio de que, para ella, la esperanza siempre sería una irresponsabilidad. No concibo lo horrible que fue para Alex. Noto el tumor en la cabeza. Lo noto de verdad.

—Te quiero —repite Vincent.

—Tengo un tumor cerebral.

—Lo sé.

—El tumor. Que tú abandonaras a tu novia trans…

—No era mi novia…

—Si sentiste ciertas cosas por ella, si todavía te acuerdas después de tanto tiempo, entonces da igual si la considerabas tu novia o no, Vincent. Fue alguien importante.

Vincent calla.

—Hace diez años, Max. Más.

Estoy harta de él. Estoy harta de todos. Me agarro la cabeza. Duele. Hay demasiado ruido. Vincent me apoya una mano en la espalda. Me aparto del contacto. Sus manos son como gusanos, patas sobre patas sobre dedos.

—Max.

—Esta noche voy a dormir en el cuarto de Simone. Y mañana por la mañana nos iremos a Burdeos. —Callo un momento y reflexiono sobre las palabras que debería decir—. Necesito más espacio.

—¿Espacio?

Su tono de derrota me cabrea. Suena tan indefenso, como si yo lo hubiera mandado cara a la pared para reflexionar sobre lo que ha hecho mal.

—Necesito espacio, Vincent.

—¿Qué?

—No sé si lo entiendes. Si lo entendieras, no haría falta decírtelo…

—Fue hace mucho tiempo, Max.

El gemido en su voz se intensifica.

—Exacto. Has tenido mucho tiempo para entenderlo.

Vincent se tumba bocarriba en la cama, con las manos sobre la cara. Tose. La tos le sale del pecho. Una parte de mí quiere que se ponga de lado para darle unas palmadas en la espalda y preguntarle si está bien, pero no lo hago.

—Lo siento mucho —dice, llorando otra vez contra las manos.

Lo miro.

—¿Qué sientes?

—Todo.

—Vale.

Me levanto para recoger mis cosas. Es una operación rápida, hecha en piloto automático. Noto los ojos de Vincent fijos en mí durante todo el rato, pero me muevo como si no estuviera. Toco el pomo de la puerta con la mano y el metal frío corta un agujero en la red de

seguridad. Me siento caer, me tiembla el labio, las lágrimas aterrizan en el suelo.

—Te quiero —dice Vincent.

—Yo también te quiero —murmuro.

Me llevo las cosas a la cabaña de Simone y le digo:

—No quiero hablar.

Mi amiga asiente y se va a la cocina a por un plato de queso, pan y paté. En otro plato trae un tomate entero.

—Fibra —explica.

Comemos en la cama con las piernas cruzadas, en silencio. Después, dejamos los platos en el suelo. Que Vincent, Fred y Aisha se encarguen de las hormigas. Ni siquiera me molesto en lavarme los dientes. Me tumbo dándole la espalda a Simone, pero me abraza igual.

—¿Qué ha dicho Vincent? —pregunta.

—Se ha disculpado.

—¿Por lo que le hizo a la chica? ¿O por no contártelo?

—Creo que por las dos cosas.

Se oye un susurro en su almohada. Noto la brisa de su aliento en mi cuello cuando habla.

—¿Y esa disculpa sirve de algo?

—No sé. O sea, no. —Simone se aprieta más a mí y me abraza con fuerza—. Tengo mucho miedo, Simone.

—¿De qué?

—De todo. De que se vaya. De morirme. De morir sola. —No puedo contener las lágrimas—. Como una puta avispa dentro de un higo.

—No vas a morir. —Me aprieta el brazo contra las costillas—. Y no morirás sola.

Sé que lo dice porque ella estará conmigo. Quizás este sea un momento de revelación sobre el poder de la amistad femenina, pero no me consuela.

—Podría morir de verdad, Simone. Estoy intentando mantener la calma, pero podría morirme y ahora solo quiero que el tiempo se detenga.

Simone se queda inmóvil. Las palabras no pueden solucionar nada,

solo sirve un fuerte abrazo.

# XVI

Simone va a reducir el trayecto de seis horas hasta la boda a cuatro. Nos marchamos sin despedirnos en cuanto pudimos alquilar otro coche. Durante la primera hora hemos ido en silencio, hasta que, tras despejarnos un poco, encendemos la música y cantamos la lista de reproducción de Simone.

Suena «Bless the Telephone», de Labi Siffre. Simone aparta la mirada del volante de vez en cuando para cantarme fragmentos. «I love you… Strange how a phone call can change your day, take you away». Esa parte siempre me hace llorar un poco. Creo que es una de las frases más bonitas de la historia de la lírica, incluso aunque no me la cante una de las mujeres más guapas que conozco en las colinas del sur de Francia. Una frase sencilla captura cuánta esperanza puede imbuir una persona a otra. Es precioso y doloroso.

Deja mucho espacio para la decepción.

Ansío perdonar a Vincent; es un sentimiento que ya está madurando aunque solo haya pasado medio día. Me molesta. Me pregunto si aceptar esta complejidad moral es señal de que tengo el listón muy bajo; si mi búsqueda desesperada por el amor, la pertenencia y los cuidados (en el sentido general, pero también en el sentido inmediato posquirúrgico) es tan grande que estoy dispuesta a permitir que una persona que reveló la identidad de una mujer trans y luego la abandonó, quizás en el momento más vulnerable de su vida, regrese a mi lado. O puede que sea al revés: todo el dolor que siento a veces me ha obligado a volverme un poco más compasiva. Un poco más amable. Por hombres que hacen cosas malas, que se arrepienten de ellas, que afirman haber cambiado, que han hecho daño a otras personas. A personas como yo.

Llega un correo al móvil de Simone. Me hace leerlo en voz alta y me dicta una respuesta sensata. Cuando pincho en enviar, Simone me pide que vuelva a poner la misma canción. Esta vez tengo lágrimas en los ojos. Las prisas matutinas implican que la pesadez de la noche anterior todavía no me afecta: Vincent y yo hemos dormido en habitaciones separadas, él reveló la identidad de una mujer trans, Fred le dio una paliza, Vincent la abandonó cuando fue a operarse y hay un tumor en mi cabeza que me quitarán en un par de semanas. Simone me mira.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, y baja un poco el volumen de la música.

—No, la verdad es que no.

—Date un poco de tiempo.

—Tengo que romper con él, ¿verdad?

Simone conduce por una carretera sinuosa y me mira cuando el asfalto se vuelve recto otra vez.

—¿Tú crees?

—Sí, diría que es necesario. —Baja el visor y yo cierro los ojos para sentir la calidez en los párpados. La luz los cubre de naranja—. ¿Tú romperías con él?

—Sin duda —contesta, y se endereza en el asiento—. Pero tú no eres yo.

—¿Y eso es malo?

—No necesariamente.

Miro por la ventanilla hacia un campo de girasoles marchitos.

—Me dan ganas de ponerme muy moralista con todo —comento.

—Y podrías hacerlo. —Reduce un poco la velocidad—. ¿Es este desvío?

—El siguiente. —Simone vuelve a acelerar—. Creo que cómo maneje todo esto dirá mucho de mí. En plan, ¿perdonarlo implica que no me respeto a mí misma? ¿O esta es una forma muy narcisista de valorar la situación?

—No, no es narcisista. Creo que es muy normal. Pero yo también soy narcisista.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto.

—¿Sobre qué?

—Sobre la boda.

Simone suspira.

—Creo que cosas como esta son cada vez más reales. Ya no lo hacemos en plan… ¡Guau, te vas a casar, qué excéntrica! Ahora es normal. —Guarda silencio, pero vuelve a hablar antes de que yo pueda añadir nada—. Sé que tengo muchas cosas, pero estos entornos me hacen sentir como si no tuviera nada.



Llegamos a la vieja destilería reconvertida en salón de boda a tiempo para cenar temprano en un enorme comedor rústico. Estamos las cuatro, Simone, Emily, Michelle y yo y, por supuesto, la madre de Emily, Julie. Todas llevamos pijamas a juego.

Me siento comprimida por los años transcurridos. No les he contado lo del tumor. Pensé que le cortaría el rollo a Emily si se lo decía, pero, tras sentarme con ellas, decido hacerlo. Les explico que me operaré después de la boda, que todo debería ir bien, pero que también tengo miedo a morirme. Me rodean y su lástima resulta infecciosa, lo que hace que las cuerdas que me mantenían unida se deshilachen. Me echo a llorar. No sé si es por el tumor o por Vincent. Quiero mucho a estas chicas. A estas mujeres.

En medio de los años perdidos, Vincent casi parece un parpadeo, en plan: si la historia del planeta Tierra durara un año, entonces los seres humanos solo habrían durado cinco minutos. Tengo la sensación, la certeza, de que el tiempo seguirá avanzando, de que con el tiempo iré dejando más y más atrás este dolor.



Me despierto a las cinco. Durante unos segundos confusos, no tengo ningún motivo para creer que algo va mal, pero entonces me acuerdo. Quiero un torniquete para detener la hemorragia. Cuando detengo las lágrimas y mi respiración recupera el ritmo habitual, veo que Simone todavía no se mueve y pienso otra vez en Alex. Una parte de mí desearía hablar con ella, pero ¿qué le diría o preguntaría? «¿Estás bien?».

Vuelvo a quedarme dormida y, cuando hay más luz, agradezco que el día vaya a ser insípido. Qué mejor que la tradición para desplazar la confusión. Llaman a la puerta y disfruto de unos segundos de silencio antes de que Julie entre ataviada con un vestido de novia en el día de la boda de su hija.

—¡Hora de levantarse, chicas!

Es un vestido escotado, de blanco roto, que apenas contiene sus pechos como dos camas de agua. No sé por qué está vestida ya ni cómo se ha vestido. La boda es dentro de siete horas. Cuando la vi ayer, me sorprendió lo flaca que estaba, mucho más que cuando íbamos al colegio. Julie siguió la dieta Atkins durante toda nuestra adolescencia. Pasó a keto hace un par de años. Yo creía que eran lo mismo, pero al parecer el cambio marcó la diferencia. Tiene el cabello más rubio. Aún me parece increíble que haya elegido ese vestido.

Simone y yo nos enderezamos en la cama. Julie está frente a nosotras, con las manos en las caderas, a la espera de que la halaguemos.

—Guau, Julie —dice Simone—. Estás espectacular.

—Eso. Espectacular.

—Todas las demás están despiertas y arreglándose —dice—.

¿Tenéis los kimonos?

Asentimos y se marcha.

—Joder —dice Simone.

—Todavía no me he lavado el pelo. Ni me he depilado las piernas.

—Yo tampoco.

Ninguna va a la ducha.



Encontramos a Emily en la suite nupcial, sentada en una silla con una maquilladora al lado. Todo el mundo se ha puesto el kimono de seda. El sol entra a raudales por tres ventanas. Una persona le riza el pelo a Michelle. Hay mucha gente aquí. Parece un set de rodaje. Las chicas gritan al vernos llegar, pero ninguna gira la cabeza. Es como una película de terror. Me sitúo detrás de Emily y la miro por el espejo. Irradia una belleza sintética, con la base de maquillaje que le cubre la piel, las pestañas de una longitud inaceptable. La maquilladora se aparta para dejarnos un momento a solas.

—Estás preciosa —decimos.

Emily pone cara de echarse a llorar y se lleva una mano al esternón, pero no hay lágrimas en sus ojos.

—Vale —espeta—. Simone y tú tenéis que sentaros en esas sillas. ¿Os habéis lavado el pelo?

—Sí.

Nos sentamos y la peluquera desciende sobre mi melena y empieza a peinarla para quitarle el aceite. Parece recelosa.

—¿Te has lavado…?

—Anoche.

Una maquilladora se pone a comparar la piel de Simone con una paleta de bases. Respiro hondo para prepararme. Hablamos un rato sobre Bonnieux, aunque omito los detalles acerca de la tarta de limón y de Vincent. Simone les cuenta lo de Aisha y la ventana. Las chicas se escandalizan.

De nuevo en nuestra habitación, Simone y yo nos ponemos los vestidos de dama de honor.

—Aún me siento muy incómoda —dice.

—Odio mis hombros con este vestido.

—No, estás preciosa. Yo pensaba que me sentiría bien, pero estoy incómoda. No quiero hacerlo. Ni ponerme esto.

Regresamos arriba para sacarnos unas fotos. Todas sostenemos una copa de champán. Emily nos recuerda que no debemos dar más de cuatro sorbos.

—¡Uno por cada una de nosotras!

Después de las fotos, las damas de honor y los padrinos bajamos para un ensayo rápido de la ceremonia, aunque en realidad es una lección sobre cómo caminar en pareja. Simone va primero, acompañada de Barney, a quien conocí en la fiesta de cumpleaños de Fraser. Me dijo que era músico. Yo le dije que era poeta. Después de la fiesta me enteré de que, al igual que yo, no ha triunfado, aunque luce un reloj de Cartier. Su novia tiene veintidós años. Michelle va con el único asiático de la ceremonia. Parece que los han emparejado así adrede.

Conozco al chico con el que voy a tener que entrelazar el brazo. Es alto, ancho, guapo y lleva barba. Parece el tipo de hombre capaz tanto de invitarme a cenar como de meterme cinco libras en las bragas y, para él, ambos actos serían iguales. Me pregunto si Emily me ha emparejado con él porque, gracias a su hipermasculinidad, mi condición como persona trans queda en segundo plano. Si me pongo tacones y me sitúo junto a las demás señoritas, parezco Godzilla. Entrelazamos los brazos y echamos a andar por el pasillo.

—Soy Max —digo.

—David.

—¿Y no nos conocemos?

—Vivo en Singapur. Soy un viejo amigo.

—Yo también. Todos lo somos.

Llegamos al final del pasillo y nos quedamos ahí hasta que nos dicen que nos podemos ir.

—¿Nos vemos dentro de un rato? —me pregunta.

Emily camina por el pasillo con su padre. Miro a Julie, que está

llorando, aunque me pregunto si le habría gustado acompañar a su hija, dado que su marido tuvo una aventura. Emily apenas habla con su padre. «¿Cómo pudo hacerle algo así a mi madre, Max?». En general, ha mantenido su palabra; apenas se ven. Pero ahí está ese hombre, acompañándola hacia el altar, y todo en nombre de la tradición, en nombre de ver a los hombres como queremos verlos y no por quiénes son.

Hace calor. El sol es implacable. Emily está preciosa. Aguanta el calor de finales de verano en Burdeos con el vestido blanco y la cola de encaje. De momento, la tela permanece impecable, inmaculada. ¿A quién pretende engañar? Perdió la virginidad con catorce años, aunque eso, en cierto sentido, es muy tradicional. Me giro hacia los viñedos que se extienden por el paisaje, como ondas negras en un océano. Nunca olvidaré esta imagen y, si lo hago, las imágenes que se creen a partir del obturador de la cámara, que todavía se oye por encima del cuarteto de cuerda, me lo recordarán. Noto que me cae una lágrima por la mejilla. Echo de menos a Vincent. Esto es porno emocional.

El cuarteto toca «Thème de Camille», de *Le Mépris.* Es una decisión que seguramente les haga parecer más cultos, o al menos guapos, porque, cuando suena en la película y Brigitte Bardot mira por encima de su hombro, queda claro que es la mujer más hermosa del mundo en ese preciso instante, inmortalizada en la gelatina y los cristales de la película fotográfica. ¿Emily cree que nadie se acordará de que Brigitte Bardot acaba dejando a su marido y muere al final? ¿O que las autoridades francesas la multaron en varias ocasiones por incitaciones de odio racial?

Me giro hacia Michelle para compartir una sonrisa, pero ella sonríe con lágrimas en los ojos en dirección a Austen, que está entre la multitud, el que quizás sea su futuro prometido. Durante un momento, quiero mirar hacia el mar de rostros y ver el de Vincent. Dada la norma de un año impuesta por Emily, no habría podido venir. Aun así, debo enfrentarme a su ausencia. Intento reunir fuerzas. No puedo perdonarlo solo porque sería bonito que me acompañara a la próxima boda. Será mejor que me acostumbre a que la gente me pregunte si tengo pareja y contestar que no. No

debería sacrificar mis principios. Pero ¿qué principios? ¿Sobre qué mandamientos los he construido? Debes decir la verdad. No traicionarás a tus seres queridos. No puedo evitar pensar que debería superar estos axiomas. La verdad parece complicada. La traición, reductiva. Me acuerdo de Jamie, que sigue siendo un hombre enfadado y rencoroso, centrado en la vida que debería haber tenido mientras se atraviesa los pies con largos clavos.

El paisaje detrás del altar es tan prístino que podría ser un fondo de pantalla. Me pregunto para qué sirve todo esto. Para unir a las personas. ¡Para celebrar! ¿Cómo cambiará su relación después del día de hoy? No creo que cambie mucho. O nada. En cualquier caso, empeorará. La boda cimienta la transición hacia la placidez bucólica, hacia los trenes de cercanías, un grupo más reducido de amigos, un guion ya escrito. Emily mirará las fotos, verá lo guapa que estaba y lo recordará todo, y eso me hace sentir un poco triste. La nostalgia exige admitir que el presente no es igual de bueno.

La escena me llena de temor. Tanto blanco. Perder peso para meterse en un vestido que podría haber sido un poco más grande. Y, aun así, parece que esto es justo lo que yo debo hacer también, así debe de ser mi vida, y es terrorífico. Sí, estas son las cosas que nunca pensé que serían para mí, pero a lo mejor no he dedicado el tiempo suficiente a reflexionar en que eso es un regalo. A Emily mi vida le resultaría terrorífica, insegura y solitaria, pero su vida me resulta terrorífica a mí. Antes me preocupaba que Vincent y yo no pudiéramos encajar en una vida como la de Emily, pero quizás no sea necesario. Creo que Vincent, después de todo, está dispuesto a lo que sea. Puede que eso sea un detalle extraordinario en alguien como él, para quien lo tradicional siempre es algo que recibe, no algo que debe decidir. Y más con su familia y sus expectativas. Es él quien debe adaptarse a mi forma de ver la vida. Y, pese a todo, le parece bien, está encantado conmigo. ¿Es suficiente? ¿Soy yo suficiente? Con Vincent sí suelo sentirme así, incluso aunque no siempre me lo crea.

Emily y Fraser empiezan a pronunciar sus votos.

*Cuando llegaste a mi vida, nunca pensé que tendría la suerte de poder considerarte mi esposa un día. Eres una mujer con un corazón*

*enorme y con un envoltorio de lo más bonito. ¿Lo habéis visto? ¡Estoy muy agradecida!*

Chorretones blancos caen de los ojos de Emily, pero su maquillaje sigue perfecto. Bien por la maquilladora.

—Sí, quiero.

Miro a Simone y sonreímos. Ella parece catatónica, pero me da la mano. Intercambio miradas tiernas con los padrinos. David me mira de un modo concreto. Contemplo los viñedos y me limpio una lágrima. Creo que quiere acostarse conmigo. La vida es hermosa. A lo mejor esto es lo que la mayoría de la gente quiere. Vestirse en distintas formas de compromiso, en indicadores de estabilidad, conexión, el mismo puto bizcocho pero con distintos sabores de glaseado.

—Sí, quiero.

Se besan, todo el mundo aplaude. La emoción se derrama por las colinas. Qué buen momento para estar viva.

Estoy atenta por si veo alguna excentricidad en la boda. He descubierto que existen ciertas cosas que cada pareja heterosexual hace para convencerse de que están desafiando la tradición, hasta el punto de convertir la institución del matrimonio en un poco queer, como tener a un hombre gay como dama de honor o poner ruedas de queso en vez de tarta. Casi espero que Emily no haya hecho nada de esto.

Comienza la cena. A los padrinos y las damas de honor nos han separado, excepto a Simone y a mí. Estamos decididas a emborracharnos, porque nos han metido en una mesa con el grupo de amigos de la universidad de Emily. En medio de las dos está Sandra, una de las mejores amigas de verdad de Emily. Durante el entrante de tartar de salmón, me cuenta que tiene un nuevo empleo en márketing y que trabaja para un servicio de reparto de comida que pone solomillo alimentado con hierba en las bocas cuidadas de los bebés de Kensington.

—¿La ceremonia no te ha parecido increíble? —dice Sandra—. Van

a tener unos niños preciosos.

¿Podemos decir mierdas como esa? Simone presta atención y musita un «¿Qué coño?» en mi dirección. Me río. El tintineo de una copa nos hace callar. Es el padre de Emily. Suda a mares, como un dumpling hervido recién sacado del agua. No puedo apartar los ojos de Julie. Hierve de rabia y aprieta los dientes. ¿Por qué no habla Julie? Esto es absurdo.

El discurso parece una recitación del currículum de Emily. Hong Kong. Exeter. ¡La primera! Un trabajo en la City en la consultoría de Oliver Wyman, donde conoció a Fraser, y ahora una carrera en Nueva York. El hombre nos asegura que Emily es inteligente, por si no nos lo creíamos. Habla de Julie como si fuera su esposa, lo que me resulta raro, dado que se han separado. Menciona con rapidez y emoción a los nietos, como si en esta ocasión fuera a estar más presente, desde el otro lado del Atlántico. Cuando acaba, la sala aplaude. Emily alza un dedo para limpiarse una lágrima, aunque tiene los ojos sequísimos.

Fraser se levanta. Lleva la chaqueta mal puesta. Por lo que Emily me ha contado, siempre ha sido cuidadoso con su figura y a menudo ayuna durante días. Si fuera una mujer, habríamos sido más rápidos en conjeturar que quizás tenga un desorden alimentario. Fraser relata una letanía de ejemplos sobre la amabilidad de Emily y, mientras habla, me acuerdo de que dejó tirada a Emily cuando empezaron a salir. Después de eso, Emily se fue abriendo paso en su círculo de amigos hasta que él acabó por cambiar de opinión. La persistencia gana, señoritas.

Echo un vistazo a la mesa de al lado, donde están los amigos de Fraser y un par de padrinos. David y yo intercambiamos una mirada. Levanta la copa y da un sorbo al vino sin dejar de mirarme a los ojos. Sienta bien.

Llega el plato principal. Comemos solomillo Wellington. En verano. En Francia. Está delicioso, pero no me parece bien y ya noto cómo el sudor de la carne comienza a aglutinarse. El ácido en el sudor mancha el satén y deja unos anillos pequeños como los de los árboles jóvenes, una especie invasora en el bosque de mi axila. Miro de nuevo a David. ¿Me considera guapa? Siempre habrá más

hombres. Aparte de Vincent. Aparte de David. Eso es bueno. Seguimos cenando. Luego llega el postre. Emily no habla en ningún momento.



La pista de baile está repleta de cuerpos, dos de ellos el mío y el de Simone. Bailamos de un modo arrítmico al son de la banda nupcial. El embaucador del vocalista canta «Dancing in the Moonlight» con acento francés y tienta las caderas geriátricas hasta la dislocación. Simone ve a Austen en un lateral de la pista y lo trae con nosotras. Bailan juntos. La chica sabe cómo animar a toda una sala. Un hombre mayor me hace girar.

Bailo con David un rato. Sus movimientos son sólidos, aunque un poco torpes. Supongo que, cuando el cuerpo está entrenado para cierto tamaño, empieza a perder funciones, fuerza por encima de movilidad, músculos siempre en medio. Bailamos uno enfrente del otro, pero estar en una boda complica el ritual de apareamiento. Hay pocos roces y empiezo a cuestionarme si realmente le gusto. Me aparto para bailar con mis amigas y luego me fijo en que David se ha ido. ¿Ha quedado raro que me haya alejado de él? Examinar las convenciones sociales enseguida se convierte en como cuando repites la misma palabra una y otra vez: si lo haces las suficientes veces, deja de tener sentido. Simone parece menos torturada en el vestido que antes, aunque más distraída. Una canción más y le diré que tengo que ir al baño.

Salgo fuera de la carpa. Julie, la madre de Emily, me detiene de camino a la casa.

—Max, quería darte las gracias por ponerme en contacto con Peter.

—Ah, no es nada.

Hace unos meses, le pasé a Emily el correo electrónico de mi padre para que se lo diera a Julie.

—Envíale recuerdos a Melinda.

—Lo haré.

—Estás preciosa —añade, y me da un gran abrazo antes de que siga con mi camino.

Cuando regreso del baño, veo a Simone sentada delante de Michelle; se están dando la mano. Parecen estar en un momento importante. Puede que hablen de la madre de Michelle. Busco a David. En las últimas horas no he pensado mucho en Vincent, lo que me obliga a pensar en Vincent. Los pensamientos sobre él no hacen nada para disminuir mi deseo de ver a dónde me lleva la atracción que siente un desconocido por mí. Creo que estoy en mi derecho. Me voy a morir.

David está en la barra. No tiene manchas de sudor ni perlas de salinidad en la frente. Me resulta imposible. Qué injusticia. ¿Por qué sudo yo tanto? Mantengo los brazos pegados a los costados. No quiero que vea el satén manchado.

—¿Qué te apetece?

—Seguiré con vino blanco.

Pide por los dos. Es barra libre, pero hay cierto poder cuando me entrega la copa, como si hubiera pagado por ella.

—¿Fumas? —pregunta.

—A veces.

Caminamos hacia un lateral tranquilo de la casa, a unos metros de una pareja de fumadores. Les sonreímos. Ser dama de honor en una boda casi me hace sentir como una celebridad cuando la gente te conoce e identifica y tú no tienes ni idea de quiénes son ellos.

—¿Estás soltera? —pregunta David.

Me paro a pensar. Me siento un poco triste, pero prefiero sentirme fuerte y parece que lo más fuerte es negar la existencia de Vincent.

—Creo que sí. ¿Y tú?

—Lo estoy.

—Las bodas siempre te hacen sentir muy soltera.

David ladea la cabeza.

—¿Todavía no te has acostumbrado a ellas?

—No, aún no. —Giro el cuerpo para que el hombro quede contra la pared. David me imita, aunque esta postura parece demasiado delicada para su cuerpo—. No me gustan las bodas. Creo que voy a empezar a decir que no vendré. —Eso lo hace reír—. La ceremonia ha sido un poco rara, ¿no te parece? La tradición, quiero decir.

David sonríe y levanta la cabeza hacia el cielo, hacia algo, o quizás

esté pensando en algo: en mí, en las estrellas.

—A ver, es bonita. Dos personas dicen lo mucho que se quieren.

—Pero ¿para qué? ¿Qué va a cambiar a partir de hoy?

—Deduzco que nada. ¿Crees que Emily y Fraser piensan que algo va a cambiar?

—Diría que sí. ¿Por qué si no dicen cosas como «Este es el comienzo del resto de nuestras vidas»?

—Para justificar el gasto. —Apoya la espalda en la pared, más cerca de mí—. Creo que es para unir a las personas. Porque cada vez es más difícil. ¿No te has dado cuenta de lo lejos que parece estar todo el mundo?

—Sí —contesto, porque me he dado cuenta. En los años desde que fuimos a la universidad, los amigos parecen remotos. La gente está más ocupada. Se convierten en algo más aparte de sí mismos: en su pareja, en su trabajo, en su tumor—. Puede que sea demasiado cínica.

—Emily me contó en una ocasión que en el instituto era una de las malas. —Me empuja con el codo, nos reímos y aceptamos que nos estamos tocando—. ¿A qué te dedicas?

—Soy abogada —digo, y me callo porque no sé si decirlo—. También publiqué un poemario.

David se queda boquiabierto. Se lleva las manos a las dos mejillas. En otras circunstancias, pensaría que se está quedando conmigo.

—Eso es increíble. Que te publiquen es todo un logro.

Siento la necesidad de negarlo.

—Gracias. Aunque la verdad es que me estoy tomando un descanso.

Se le tuerce un poco el gesto, pero con simpatía, no decepción.

—¿Por?

Podría explayarme y relatarle mis fracasos, que me siento como la fracción de una persona, que no sé cómo existir, pero creo que me he cansado de regodearme en esos sentimientos.

—Estoy intentando volver a ello. Escribí un poema en el coche viniendo hacia aquí.

—¿Podría oírlo?

—No creo que quieras…

—¡Claro que quiero!

Me muerdo el labio inferior.

—Vale. —Busco el móvil y encuentro el poema que escribí en el coche. Carraspeo y empiezo a leer. David sonríe demasiado—. Deja de sonreír de esa forma. Arruinarás la lectura. —Se ríe, pero adopta un semblante más serio—. Muy bien.

Respiro hondo y miro las palabras en el móvil. Al leer las líneas del poema, la vergüenza desaparece. Estoy feliz por tener a alguien dispuesto a escucharme. Insuflo ternura a los versos cuando se acerca el final.

David reflexiona durante un instante.

—¿De qué va?

—Creo que he roto con mi novio. Por algo que él hizo hace mucho tiempo. Y lo he estado procesando.

—Joder. No te preguntaré qué hizo. Yo también rompí con mi novia hace un par de meses. —Le sonrío y elijo ser educada para darle la oportunidad de llevar la conversación a otra parte—. Es horrible, ¿verdad? —pregunta, y asiento—. Uno se siente muy seguro de sí mismo, pero se queda solo y de repente pierde esa seguridad.

Mantengo el rostro pétreo. Eso parece demasiado preciso, como telepatía, pero sé que es porque todos somos iguales, todos vivimos la misma vida en distintos colores.

—¿La gente se equivoca alguna vez? —pregunto.

—¿A qué te refieres?

—A que si nos equivocamos alguna vez.

Me doy cuenta de que no he hecho nada para aclararlo, aunque veo que su semblante se suaviza.

—A veces, claro. Es parte de la vida, ¿no? Tú lo sabes. Eres poeta.

Intercambiamos una sonrisa.

—¿Qué haces en Singapur? —le pregunto.

—Trabajo en los mercados de futuros.

—Nunca he entendido qué es eso.

—Creo que nadie lo entiende.

Callamos y vuelvo a pensar en su novia. A lo mejor no quiero ser tan educada.

—¿Por qué rompisteis tu novia y tú?

David suspira y mira hacia la oscuridad.

—Le puse los cuernos. Sé que no es bueno. Ella me miró el móvil y envió capturas de pantalla a mis padres.

Me quedo boquiabierta.

—Ah. Eso tampoco es bueno, ¿no?

—¿El qué?

—Todo. Los cuernos. O sea, eso sobre todo. Sin duda. Pero también lo de enviar capturas a tus padres.

David se ríe.

—Ya. Creo que fue difícil para los dos, la verdad. —Me mira—. Lo peor es que ella quería que siguiéramos juntos. Me lo suplicó. Ahí fue cuando supe que no iba a funcionar. —Busca una respuesta en mi rostro. Asiento—. No me siento orgulloso. No me siento orgulloso de nada. Aunque no sé si hay alguien que, al pensar en sus relaciones pasadas, se sienta orgulloso. En plan, lo ve en retrospectiva y piensa: «¡Guau! Esa fue mi mejor versión. Me cubrí de gloria».

Pienso en Vincent y en si esa fue la mejor versión de mí o, al menos, una versión mejorada. Puede que sí. Puede que lo sea.

—¿Qué es lo peor que le has hecho a un novio? —pregunta David.

—Me quedé con todos sus recibos para que no pagara una deuda —contesto sin vacilar—. Él compró ropa en uno de esos servicios de paga más tarde y se olvidó. Abrí los recibos y no se los di. Quería joderle la tarjeta.

—Eso no es tan malo.

—No, no lo es.

—¿Y qué hizo él? ¿Te puso los cuernos?

—Qué va. Me dijo que íbamos en direcciones distintas.

—¿Y era cierto?

—Sí.

David se ríe. Yo me río. He hecho cosas peores, cosas de las que no estoy orgullosa, como estar en la oscuridad con David. Sé que es un poco hipócrita, pero todo contiene algo de hipocresía. Nuestros principios se estiran como gomas elásticas. Mis crímenes no rompen mis gomas, pero Alex sí. Nuestras carcajadas se apagan; David suelta otra más, como un estertor. Me mira a los ojos.

—Puede que esto sea un poco atrevido por mi parte, pero ¿quieres tomar algo conmigo a solas?

—¿Vives por aquí?

Se ríe de nuevo.

—Me refería a mi habitación. En la casa.

Pienso en Vincent durante un momento. Estoy lo bastante borracha para que no me importe o para fingir que no me importa. Soy Max. Dejé a mi novio llorando en Bonnieux. Tengo un tumor. Hoy siento bastante dolor y quiero recordarme que el mundo es grande y magnífico. Todos esos parecen motivos aceptables para beber en la habitación de David, o al menos le dan sentido a la decisión, aunque luego me arrepienta. Es algo lógico, racional, aunque no lo pueda explicar.

—¿O podemos ir a la tuya?

—La comparto con Simone.

—Ah, se me había olvidado. —Sonríe—. Ella puede unirse si quiere.

—Eso es un no rotundo. —Me muerdo el labio y me acuerdo de un detalle inolvidable—. Sabes que soy trans, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—¿Tan obvio es?

—No, para nada. Pero me lo contó Emily. Habla mucho de ti.

Me siento mal durante un segundo. Me pregunto si hablo o pienso lo suficiente en Emily.

—Primero tengo que pasar por mi cuarto.

—Estoy en el extremo opuesto de la escalera, en la planta de abajo.

Antes de separarnos, se inclina para besarme. Es un pico rápido, pero parece íntimo. Respiro su loción cítrica para el afeitado y la noto en el paladar. No quiero ir a su habitación. Sé que me he pasado y decido marcharme. La multitud ha menguado un poco. Los pensionistas se han dejado las rodillas a carne viva por bailar demasiado en las versiones blanqueadas de Earth, Wind & Fire. Me levanto el vestido, con el dobladillo manchado de marrón, y me encamino hacia mi habitación. Al entrar, oigo a alguien llorar en el baño. Llamo dos veces.

—¿Simone?

—¿Sí?

Está sentada en el retrete. Me mira con los ojos rojos. Me sitúo a su lado, incómoda.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? —pregunto—. Simone, ¿qué pasa?

—Creo… —Respira con dificultad—. Creo que estoy agobiada.

Me siento delante de ella para abrazarla y me rodea los hombros con los brazos.

—¿Por la boda?

—El año en general.

Habla con un tono infantil. Retrocedemos. Nos derrumbamos en cosas pequeñas. Sorbe aire por la nariz y me suelta.

—Me siento muy mal —dice, y agarra un poco de papel—. Estoy enfadada conmigo misma por llorar.

—¿Quieres…?

—¡No! —grita y agita los brazos—. ¡No lo digas!

—¿Que no diga…?

—¡No es porque…! —Le cuesta mantener la voz firme—. ¡No es porque quiera casarme! ¡No es eso! —Intento agarrarle la mano, pero la aparta. Quiere pelea—. Lo siento. En un entorno como este…

—De verdad, Simone, no hace falta ni que te expliques.

Se aparta de mí para agarrar unos cuadraditos de papel del rollo y secarse los ojos.

—Y me molesta un huevo que la gente piense que me pongo triste por estar soltera. —Se levanta y se sienta en el borde de la bañera —. Soy feliz.

—Lo entiendo.

—De verdad.

—Lo sé.

—Tengo mucho —añade, como si no la creyera—. Muchísimo. He recibido muchos… muchos…

—¿Muchos?

—¡Dones de la naturaleza! Y estoy llorando como si no tuviera nada. —Desliza el cuerpo en la bañera con la elegancia de una dama victoriana al desmayarse—. ¿Por qué cosas como esta me hacen sentir que no tengo nada?

—Porque tienen que hacerte sentir de ese modo para justificar el gasto.

—¿Tú sientes que tienes algo?

—La verdad es que no. Te tengo a…

—Y este puto vestido —exclama y señala con énfasis el vestido rosa, en el que está preciosa, aunque ella no lo vea—. Es horrible. Pensé que si lo llevaba todo el día acabaría por desaparecer, pero me asfixia. Yo no soy así, Max. —Respira hondo—. Parezco loca.

—Estás hermosa. Pero también loca.

—Solo es un vestido.

—No es solo un vestido —digo y le agarro la mano—. Parecemos vírgenes listas para el sacrificio, aunque viejas.

Simone se ríe y se limpia los ojos. Se le ha corrido el rímel.

—¿Por qué no me ha dejado ponerme un mono?

—Porque Emily es Emily.

—¿Por qué somos damas de honor? —ríe.

—Es demencial. Pero me alegro de estar aquí. Todas juntas.

A lo mejor solo es envidia. Emily es maja y me parece tierno que nos haya nombrado sus damas de honor.

—Sí que lo es.

A veces dudo de que Simone y yo seamos buena gente. A las dos nos incomoda que nos consideren «buenas», como si fuera un insulto, como si al ser buena también fuéramos aburridas, simples y tediosas. Debería intentar ser mejor. Con Vincent me siento mejor persona.

—¿Esto es lo que se siente cuando eres trans? —pregunta Simone.

—Seguramente.

—No me gusta. —Entro en la bañera y me siento delante de ella. Nuestras rodillas se tocan—. Tú estás preciosa. Y puedes ser como las otras chicas.

—Tú antes también lo eras.

—Lo sé. Por eso ahora me cuesta tanto.

Le sostengo la mano y le dibujo círculos sobre la piel arrugada de uno de los nudillos.

—Me asusta un poco —digo—. Lo bien que sé hacerlo.

—Pero tú no…

—Pero puedo hacerlo. Es raro. Y no tengo ni que pensar en ello. —El silencio pasa sobre nosotras. Vincent pasa sobre mí—. ¿Crees que esto es lo que Vincent quiere de mí?

—¿Se lo has preguntado?

—No.

—Se lo puedes preguntar.

Guardo silencio. Simone tiene razón. Se lo podría preguntar.

—Sí. Puedo hacerlo. Una versión, al menos. —Simone asiente. Existe una versión para todos nosotros—. Creo que he estado a punto de ponerle los cuernos.

—Pero ¿qué coño…? —Se endereza un poco—. ¿Con quién?

—Con David. El padrino con barba. El que es muy masculino. —Simone se ríe y yo me río con ella—. Me está esperando en su habitación.

—¿Y vas a hacer algo?

—Obviamente no.

—Me he llevado una botella de vino de la barra. —Simone va al dormitorio y regresa con la botella. Da un trago y me la pasa. Luego entra de nuevo en la bañera—. ¿Y si nunca encuentro a alguien?

No pienso, ni por un momento, que Simone no vaya a encontrar a alguien. Quizás parece más fácil cuando deconstruyo lo que realmente significa «encontrar a alguien». La vida es una serie de finales felices y finales tristes; un amante atractivo o un hito en lo profesional suelen señalar la frontera entre una época y otra. Simone encontrará a alguien, o a varios, pero no creo que se pueda decir que todos vayamos a encontrar a alguien para siempre.

—Siempre encuentras a alguien —digo.

—Pero ¿y si no?

—Siempre me tendrás a mí —digo con hilo de voz; sé que cuando me lo dijo a mí hace dos noches, no sirvió para aliviar el dolor.

Simone baja la mirada hacia su regazo. Los hombros se le convulsionan como la suspensión hidráulica de un *lowrider*. ¿Tan malo es tenerme a mí como para provocar este tipo de llanto?

—¿Te vas a morir, Maxy?

—Simone. —Me inclino para abrazarla. Quiero disculparme por esta mierda que me está pasando, por cómo mi vida entrechoca con la

suya—. Todos vamos a morir. —Me clava un dedo en las costillas—. Pero no. No me voy a morir.

—Prométemelo —dice. No es una pregunta.

—Te prome…

—Prométeme que no te mudarás a la puta campiña ni adoptarás un puto galgo.

—Solo me mudaría a la campiña por ti.

Nos quedamos en silencio.

—¿Y si perdono a Vincent y luego él me deja?

Me doy cuenta de nuevo de que, al igual que Simone, tengo un miedo horrible a quedarme sola.

—Todo irá bien.

Me pasa la botella. Inhalo un trago ácido. Me acuerdo de una película que vi hace poco, *After Life*, en la que un equipo de rodaje entrevista a los espíritus de personas recién fallecidas para ayudarles a decidir qué recuerdo se llevarán al más allá. Luego graban con ellos una reconstrucción de ese recuerdo. No fue prudente ver esa película antes de la operación, pero quería quitarme, en la medida de lo posible, la espinita de la muerte.

—Si solo pudieras llevarte un recuerdo al más allá, ¿cuál sería? —le pregunto a Simone.

—¿Podemos no hablar de la muerte, por favor?

—Creo que el mío sería cuando vimos la instalación de James Turrell en aquel festival. ¿Recuerdas el tragaluz? —Simone me mira y sonríe—. Ese sería mi recuerdo. Las dos juntas sentadas observando ese recuadro azul.

—Me había olvidado de eso.

—¿Cuál sería el tuyo?

—No sé. Podría pensar otro, pero ese me gusta.

# XVII

Después de Burdeos, no vuelvo a casa. Les digo a los de mi trabajo de robot que tengo gastroenteritis y me compro un vuelo que conecta con Edimburgo. Siento que me he ganado ese derroche y ni siquiera compro la compensación por la huella de carbono. Simone se va directa a París por trabajo. Mamá y papá me recogen en el aeropuerto. Les he prohibido hablar del tumor o de la operación. No les gustó la idea, pero aceptaron cuando insistí en

que eso me haría feliz. Si iba a vivir, entonces tendría que actuar como si no hubiera nada que me impidiera vivir esa vida.

No contesto las llamadas de Vincent. Cuando me lo imagino pensando que he desaparecido, me siento un poco mejor. Con este silencio, me cuesta no buscar a Alex. Tampoco es que pueda. No sé su apellido. Podría preguntárselo a Vincent, pero con eso solo conseguiría castigarlo para, al final, castigarme a mí misma.



Mamá está sentada en la cocina mientras le relato los acontecimientos de la semana pasada. Corto verduras, porque, aunque hemos pedido comida india, siempre preparamos una ensalada. Me alivia tener las manos ocupadas. Mamá ofrece algunas frases triviales y maternales. «Ay, cariño, ¿y eso qué implica? Entonces, ¿la tal Alex ya no está en su vida? Es horrible». Ofrece los halagos y las injurias adecuadas sobre la boda de Emily. «Simone y tú estabais preciosas. El vestido de Emily era un poco escotado. Julie ha envejecido de un modo horrible». Cenamos sentados en el suelo alrededor de la mesita para el café, casi todo el rato en silencio. Arranco un trozo de un disco de naan pringado con ghee.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? —pregunta mamá.

—No estoy segura. Vincent sigue en el piso.

—Pero no aparece en el contrato de alquiler, ¿verdad? —inquiere papá.

—No —contestamos mamá y yo a la vez.

Me sirvo un poco de okra frita en el plato y me la como junto con el arroz biryani amarillo.

—¿Quieres que le escriba? —pregunta mamá.

—¿Para qué vas a escribirle? —farfullo con la boca llena.

—Estamos en contacto. Por todo lo de…

—Lo del tumor —digo. Se lleva la mano a la boca—. ¿Le has dicho que estoy aquí?

Suelta una exclamación, indignada, como si la hubiera acusado de asesinato.

—Claro que no. Vincent y yo hablamos, pero no somos íntimos. —Pongo los ojos en blanco—. Podría decirle que se fuera del piso. Si eso te ayuda.

Pienso en todos los treintañeros que tienen cuatro hijos y padres muertos y en que en la época en que se escribió la Biblia la esperanza de vida media era de treinta años, y luego reflexiono sobre la oferta de mi madre y lo absurda que es. Más absurda es mi tentación de aceptarla. Y, de repente, que haya huido a la casa de mis padres para escapar de mi novio se transforma en un síntoma de desarrollo atrofiado. No sé si alguna vez en mi vida me he sentido como una adulta. Supongo que nadie se siente adulto, pero ¿me vas a decir que una muchacha bíblica que está enfadada en su lecho de muerte por una plaga que se transmite por el agua, embarazada con su décimo hijo, no se sintió adulta aunque fuera un poquito?

—Tengo treinta y un años, mamá.

Nadie lo discute. Es un hecho.

A la mañana siguiente, no salgo de la cama. Solo me muevo cuando Jamie llama.

—¿Estás bien? —pregunta.

—La verdad es que no.

—¿Puedo hacer algo?

—La verdad es que no. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Preocupado.

—Lo siento.

—No te disculpes.

Llaman a la puerta. Bajo el teléfono.

—¿Quién es? —Me doy la vuelta. Papá se asoma por la puerta como un suricata. Me llevo el móvil a la oreja—. Hola, papá. Jamie,

hablamos luego.

—Vale. Saluda a papá de mi parte.

—Lo haré. —Cuelgo—. Jamie te manda saludos.

—Ah, qué majo. —Papá parece sorprendido—. Tu madre dice que deberíamos salir a dar un paseo.

—¿Por qué? —Se encoge de hombros. Gruño y hundo la cara en la almohada. Respiro hondo tres veces con los ojos cerrados y, cuando los abro, papá no se ha movido. Debería levantarme—. Dame unos minutos.

Papá me espera abajo mientras me pongo unos pantalones de vestir que me quedan largos y que seguramente acaben manchados de barro, un top corto y una chaqueta. Odio el campo escocés. Bajamos por el largo camino de entrada hacia la zona boscosa que hay a quince minutos de la casa. El terreno es irregular y el sendero estrecho.

—Bueno, ¿cómo te sientes? —pregunta como si por fin estuviéramos solos para poder hablar del tema—. Qué lástima lo de Vincent.

Qué lástima. Es una lástima. Todo lo que papá pregunte habrá pasado antes por mamá.

—¿Mamá te ha contado lo que hizo? —pregunto mientras mantiene abierto un portón de madera para que pase.

—Algo sobre otra mujer trans, hace ya tiempo. ¿Una tailandesa?

—No creo que fuera tailandesa. Aunque no por eso es mejor. Ni peor.

—Creo que el tema me supera un poco, la verdad.

Siento un poco de compasión, como siempre, por su mierda deprimida y deprimente: débil, inseguro, poco asertivo. Pero también siento una pizca de fastidio. ¿De verdad le parece tan lejano el gran dolor físico que sintió una persona? Si de verdad quieres comprender algo, sobre todo algo humano, puedes. Demasiada gente se esconde detrás del disfraz de la inutilidad. Los de letras se llevan las manos a la cabeza al final de una cena y dicen que no saben dividir la cuenta. Los hombres prenden fuego adrede a algo mientras cocinan unos huevos revueltos y dicen que no pueden cocinar y no lo volverán a hacer. Inténtalo aunque sea, joder.

—¿Qué quieres decir con que te supera? —pregunto.

—Bueno, estas cosas no se me dan bien. Seguro que digo algo mal.

—Inténtalo.

—Vale. —Hace una pausa y observa los árboles y el cielo, como si las palabras pertinentes fueran a aparecer detrás de las nubes—. Bueno, supongo que es difícil saber si hay que juzgar a las personas por cómo son ahora o por quiénes fueron en el pasado.

—Sí —digo. La obviedad me fastidia—. ¿Cómo sabes que no es la misma persona? Y no lo compares con que yo soy trans.

—¿Qué? No iba a comparar las dos cosas, Maxy —dice. Camina despacio—. No sé si sería lo más adecuado. Creo que no, la verdad. Solo digo que la gente cambia. Creo que…

—¿Qué?

—No sé… Creo que a veces debemos darle otra oportunidad a la gente.

—Pero ¿qué dice eso de mí? Que no tengo voluntad. Y es una cuestión de principios, aunque él haya cambiado. Hizo algo horrible y no sufrió ninguna consecuencia. No hubo ningún castigo. No está bien.

—Hablas como tu hermano.

—¿Qué? —Me detengo en seco, horrorizada, aunque sé a qué se refiere—. ¿Por qué me parezco a él?

—Es cabezota, Maxy.

—No estoy siendo cabezota, papá. Esa es una forma muy simple de entender el asunto.

—Lo siento. Lo estoy intentando.

Nos quedamos en silencio. No sé por qué insisto. Esta es la conversación más larga y profunda que hemos tenido mi padre y yo en mucho tiempo. Lo está intentando, y no se equivoca. Sí que sueno un poco como Jamie: cabezota, justiciera e inclemente. Esa idea se me ha pasado por la mente, por eso estoy a la defensiva. Estoy escupiendo, rechazando los matices con el mismo peso y la misma agresividad que nunca me han gustado de Jamie. Pero, si no quiero ser como él, entonces tengo que perdonar, ser menos justiciera, lo que me acerca a Vincent y, haga lo que haga, estará en

contra de lo que me parece moral. Pero ¿moral para quién? ¿Quién juzga lo que es bueno?

—¿Podré perdonar alguna vez a Vincent?

—¿A qué te refieres?

—El perdón lo debe conocer Alex, la chica, ¿verdad?

Papá se detiene a mirar el cielo otra vez.

—Entiendo por dónde vas. Pero Vincent te lo ocultó, ¿no? Eso es algo que puedes perdonar.

—¿Y todo lo demás?

—Quizás sea una cuestión de aceptación —contesta, y echa a andar de nuevo.

—¿Y Fred? —pregunto, acomodándome a su ritmo—. Su amigo.

—¿Qué pasa con él?

—Aunque perdone a Vincent, no creo que pueda perdonar (perdón, aceptar) lo que Fred hizo.

—¿Y es necesario?

—Son muy amigos, papá.

—Puedes tomarte un tiempo.

—¿Cuánto?

—Meses. Años. Más.

Caminamos en silencio. Me siento como una niña. Una niña que no entiende los problemas adultos. Llegamos a otro portón; al otro lado hay rebaños de ovejas, arrejuntadas como nubes en un cielo verde. Papá saca un paquete de cigarrillos del bolsillo y me ofrece uno. No debe de saber que es muy irresponsable fumar antes de operarme, así que doy un par de caladas y dejo que se consuma. Observamos las ovejas en silencio. Nadie hace nada; todos somos observadores ausentes.

—La gente se castiga a sí misma —dice papá.

No contesto, aunque no sé a quién se refiere. A mí. A Vincent. A sí mismo. Echo un vistazo al podómetro del móvil. Seis mil pasos. Apagamos los cigarrillos en la madera gruesa del portón y papá nos conduce a casa.

Mamá ha preparado la comida. Fiambre. Quiche. Un poco de la ensalada de anoche. Samosas que sobraron. Para ser una mujer a la que le encanta decir que es china, es poco exigente. Comemos en la terraza, al aire libre, a los pies de la colina donde está el jardín. Aunque la terraza es grande y hay espacio de sobra, siempre parece que los árboles de la colina y los ladrillos del muro trasero van a caer en una avalancha y nos van a dejar en un montón de escombros y hojaldre. Cabezota. No puedo sacarme esa palabra de la cabeza. No puedo silenciar esa parte de mí que no está dispuesta a aceptarla.

—Mamá, ¿estoy siendo cabezota con Vincent?

Mira a mi padre y me los imagino hablando sobre Vincent en su dormitorio: «Max está siendo muy cabezota con Vincent. ¿Tú crees? Pues claro. ¿De verdad? ¡Sí!». Lo que sea que voy a oír ha pasado primero por un filtro de diplomacia reflexiva.

—A veces eres cabezota —contesta—. Pero es demasiado pronto para saberlo. Y nosotros no conocemos todos los detalles. Ni los entendemos.

Mastico un trozo de quiche. La masa es crujiente y se nota la mantequilla; está hecha con ajo asado. Me pasaré días echándome pedos. ¿Puedo ser esa clase de persona que deja a un lado sus principios? Claro. No soy una santa. Pero quizás no sea una cuestión de principios. Cortar con Vincent impediría que se convirtiera en otro libro de poesía mediocre. Voy a echar el freno de emergencias a la impresora.

—No se lo he contado a Jamie —digo.

—Ah —contesta mamá mientras se limpia la boca con la servilleta.

—¿Y por qué no? —pregunta papá.

—Creo que me juzgará.

Después de comer, veo unas cartas en la moqueta junto a la puerta principal. Hay un sobre que contiene un objeto duro e irregular. En la parte delantera de la carta aparece mi nombre escrito con la letra de Simone. Dentro hay un juego de llaves y una nota.

*Por si no te apetece volver a casa, la mía está disponible durante mi viaje a París (y después también).*

Podría haberme escrito para decirme que las llaves estaban de camino, pero me gusta el drama de recibirlas por correo y me

imagino que a ella también. Londres empieza a parecerme más posible. Ahora mismo lo que necesito es moverme despacio.

El resto del día lo lleno de nada y me pregunto cómo mis padres sobreviven así. Sin hacer nada. Cocinando. Yendo de paseo. A veces visitan pueblos cercanos como premio. La vida doméstica habría tenido sentido hace cien años (amasando pan, ordeñando las vacas y manejando el mortero), pero sin esa cantidad de ruido, sin todo el trabajo necesario para sobrevivir, no sé qué hacen los jubilados con su existencia.

Cada vez que vengo a casa, noto que el mundo se contrae. Lo percibo mientras veo *Strictly*, sentada en el gran sofá entre mis dos progenitores. Tengo un cuenco con uvas en el regazo. Arranco las esferas gordas y demasiado dulces de los tallos y me las meto en la boca una a una. Los taninos me chupan la humedad del paladar.

Odio admitir que Vincent hacía más grande mi mundo, no solo porque odio confiar en un hombre para sentir esa expansión, sino porque las cosas que me ofrecía eran sencillas. Placeres banales, sosegados. Como estar aquí sentada con mis padres. Aunque con Vincent el mundo no se contraía, sino que me revelaba cosas que nunca pensé que me gustarían. Cosas de las que Arthur huyó. Y por eso la fuerza expansiva no fue un poemario galardonado, fiestas divertidas o conocidos interesantes, sino todas las cosas aburridas. Esas rutinas que, en cierto sentido, eran sosas y tradicionales. Me como las uvas de dos en dos hasta que el cuenco queda vacío y luego acepto el helado que me ofrecen mis padres; metemos la masa de galletas en el microondas hasta que queda blanda. Cucharas normales para mis padres y una cucharita pequeña para mí. Vuelvo a situarme entre los dos. Me siento un poco menos asfixiada.

Cuando acaba el episodio, papá apaga el televisor. Me levanto para ir a por una botella de vino y me sirvo una copa.

—¿Quieres un poco, mamá?

—No, tranquila.

Me siento de nuevo en el sofá. Mamá compró el vino para mí. Fue muy amable de su parte, pero a veces me parece que beber delante de mi padre es cruel. Me hace sentir como Jamie, porque lo hace

con descaro para castigar a papá por su alcoholismo, pese a su abstinencia. Lo odia borracho y lo odia abstemio, lo que debe significar que Jamie lo odia sin más.

—Mañana regreso a casa —anuncio.

—¿Sí? Pensaba que trabajarías desde aquí —dice mamá.

—En algún momento tendré que volver, ¿no?

—¿Vas a perdonarlo?

—No he dicho eso.

—Por eso lo he preguntado. —Suelto un suspiro—. ¿No deberías saberlo antes de verlo?

—Me quedaré en casa de Simone.

A mi lado, noto que mi madre tensa los hombros. Doy otro sorbo de vino y me encorvo. Sé que están intercambiando miradas detrás de mí. Papá seguramente esté imitando sus gestos. Siempre ha sido el espejo de mi madre.

—¿Qué diferencia hay entre la casa de Simone y esta? ¿Por qué no nos dejas…?

—Te agradezco mucho que quieras que me quede, mamá, pero creo que estoy lista para marcharme, ¿vale?

Mi madre suspira y se lleva la mano a la frente. Lo está conteniendo todo, porque no puede hablar ni sobre el tumor ni sobre la operación.

—Ahora vuelvo —dice, y se lleva los cacharros vacíos.

—Gracias.

Me giro hacia mi padre, que observa la pantalla en negro del televisor. Abre los labios y los cierra antes de volver a abrir.

—Nadie es menos de dos cosas —dice.

—¿Qué?

—¿No es un verso de uno de tus poemas?

—¿Me estás citando mi propia poesía?

—Puedo recitar bastante. De verdad. He leído tus poemas muchas veces.

He visto un ejemplar del poemario en su mesita de noche, pero siempre he pensado que estaba allí porque debía estarlo. Si mi hija escribiera un libro, yo seguramente también lo tendría en la mesita de noche. Nos quedamos en silencio un rato. En el reflejo mate del

televisor, distingo a mi madre de pie en la puerta. Sé que no quiere que la veamos, porque cree que está ocurriendo algo especial entre papá y yo. Y puede que sí. Nunca hemos hablado sobre mi poesía, porque, poco después de publicar el poemario, dejé de querer hablar sobre…

—Pero tú nunca has querido hablar sobre tus poemas —dice papá y, durante un instante, me quedo atónita, porque no sé cuándo fue la última vez que compartimos un pensamiento—. Por eso intenté tomar tus sentimientos a modo de guía. Aunque debería haber hablado sobre ellos, porque los disfruté mucho y, cuando te dije que eran buenos, fue la verdad. De hecho, hicieron que empezara a leer más poesía.

—Mejor que la mía.

—En realidad no —dice, sin dejar de mirar el cuadrado negro del televisor—. Pero me preocupaba que no quisieras que te hablara de la poesía que me gustaba, escrita por otras personas. Por eso pienso que escribiste un buen poemario que me hizo disfrutar de otros libros, y eso es maravilloso.

—Creo que me habría gustado oírlo —contesto, y se me quiebra la voz—. Dicho de esa forma. Sé que no soy fácil a veces. —Fijo la mirada en la pantalla. Mamá sigue ahí—. Pero, si me lo hubieras dicho lo suficiente, habría empezado a creérmelo.

—A veces me cuesta hablar.

Subo las piernas al sofá. Se lo voy a preguntar. Se lo voy a preguntar y ya está.

—¿Crees que fue por el fuego?

Eso lo sobresalta y se gira para mirarme, como si hubiese dicho algo sorprendente que superase lo ordinario. Durante un segundo, creo que lo he hecho.

—¿A qué te refieres?

—¿El fuego es la razón por la que no puedes hablar? Al menos conmigo. Antes nuestra relación era mucho más cercana.

—¿Sí?

—Eras más afectuoso. Pero entonces pasó lo del fuego.

—Yo no lo veo así. No, no es como yo lo veo.

—¿Y cómo lo ves, pues?

—No lo sé, Maxy —dice con un suspiro. No sé si mamá sigue en la puerta. No quiero mirar el televisor—. Cuando bebes tanto como bebía yo, no te acuerdas de las cosas. Como la forma de mostrar ese afecto. A mí siempre me ha costado. A lo mejor el alcohol abrió esa puerta, pero no me resultó más fácil mostrarlo al dejar de beber. Y, claro, Jamie me odia.

No digo nada, porque negarlo habría sido injusto y falso.

—Creo que Jamie necesita odiarte —comento—. Porque le cuesta tanto como a ti. Lo de hablar, quiero decir. Odiar es más fácil.

—Tú nunca me has odiado —dice. No es una pregunta. Lo dice con certeza. Y tiene razón. Nunca lo he odiado, solo he sentido tristeza, porque la distancia es triste—. Pero las cosas, las personas, siempre han sido complicadas.

—Nadie es menos de dos cosas.

—Ni un suceso.

—Ya, eso tampoco.

—Creo que tú eres mejor que Jamie y que yo. En esto de hablar. Se te da bien hablar las cosas.

Si he tardado una década en hablar con papá sobre el fuego, ¿de verdad soy mejor que ellos? Quiero preguntarle una cosa, algo que nunca me había planteado, pero que ahora parece importante, la única pregunta que existe. Me siento patética e insegura y me derrumbo. No puedo apartar los ojos de la copa vacía en mi regazo. No puedo mirarlo a la cara.

—Papá.

—¿Sí?

—¿Me perdonas?

—¿Qué?

—¿Me perdonas? —digo y sorbo aire por la nariz.

—Ay, Maxy. —Mi padre me agarra el brazo con suavidad. Alzo la mirada y las lágrimas, lágrimas viejas, saladas y cansadas, caen de mis conductos lagrimales—. No sé ni qué quieres que te perdone.

—Es que… me siento como… —Me cuesta tomar aire—. Lo siento mucho. Por contarlo. —Me echo a llorar en su hombro y él me abraza de un modo extraño y familiar. Me aferro a mi padre con fuerza—. Lo siento mucho, papá.

—Eras una niña. Lo siento… Debería…

—No pasa nada…

—Sí que pasa. Te quiero.

Me frota la espalda con la mano. Ya se disculpó antes. Es lo que pasa cuando te vuelves abstemio, que te disculpas, reparas daños. Mi padre ha hecho todo eso. Quizás ocurrió a una edad en la que yo no supe apreciarlo y luego a una edad en la que no acepté que lo necesitaba. Pero no quiero que se castigue a sí mismo, no más de lo que ya lo hace, no como yo sigo castigándolo. Me había olvidado de que a veces siento que tengo mucha maldad en mi interior. Los errores, la ineptitud y la culpa me pesan mucho sobre los hombros. Lo siento mucho. Por papá. Por mí.

—Piensa en dónde estaría ahora si tu madre…, si tú…, incluso Jamie… Piensa en dónde estaría. Sería un lugar mucho peor…

—Lo sé.

No hace falta que diga nada más. Sufro otra convulsión y dejo caer más lágrimas en la camisa de papá.

—Te quiero, Maxy —dice.

Descubrir lo de Alex me obligó a considerar a Vincent como una persona, no solo como una fantasía que hace tartas, me cuida y me promete cosas para el futuro, sino una persona que se equivoca y hace cosas peores. Te puedes enamorar del contorno de una persona, puedes incluso crear un hogar con eso, pero llegará una época en la que no podrás obviar los huesos de su carne. Nadie es menos de dos cosas.

Lo que le ocurrió a Alex fue horrible, eso está clarísimo, pero hay una vida en la que lo malo no siempre se multiplica, donde la marea cambia, donde las cosas horribles hacen que la gente mejore. También hay un mundo en el que las personas, a menudo mujeres, están condenadas a dedicar gran parte de sus vidas a perdonar los errores de los demás y a sufrir en aras del crecimiento de los otros. Unas veces podemos irnos y otras, perdonar.

—Te quiero —repite papá.

Hasta que mi tren no llega a King's Cross en St. Pancras, no me doy cuenta de que, incluso con las llaves de Simone, estoy en una encrucijada. No podré retrasar algunas cosas, al menos no de un modo significativo. En la estación de metro de Highbury & Islington, me quedo de pie delante de la taquilla, incapaz de elegir en qué plataforma bajar, qué metro hacia el este tomar.

—¿Max?

Mira por dónde, es Arthur. Va solo, con el vapeador en una mano y un libro fino en la otra. Lleva el pelo alborotado de un modo artístico, con unos cuantos mechones sobre la frente, separados con cuidado del resto. Me planteo esconderme, pero ya me ha visto. No puedo huir.

—¿Qué haces aquí?

Habla como si fuera el propietario del norte de Londres.

—Voy de camino a otra parte —contesto, frase que se podría aplicar a cualquier persona que use el transporte público desde su creación—. ¿Y tú?

—Ah, guay. Voy de camino a casa. Ahora vivo en Finsbury Park. Estoy saliendo con alguien que…

—¿La chica pelirroja?

—¿Qué?

—La de la presentación del libro de Caspar.

—¿Quién? Ah. No, ella no.

No puedo fingir que no me provoca un pinchazo de dolor en el pecho. Siempre dolerá que una persona que no te eligió a ti elija a otra. Pero el pinchazo es breve. Lo sobrepasa la idea de que una persona puede ser muchas cosas maravillosas y, si no me elige a mí (si sigue sin elegirme), entonces de poco sirve desearla.

—¿Y qué tal va?

—¿Con Stella?

Asiento. Me imagino a Stella (esbelta, rubia, con la ropa planchada y un cerebro inmaculado) y espero otro pinchazo, pero es leve y pasajero. Todo bien.

—Va bien, creo. Me siento más preparado.

—¿Más preparado? —pregunto, aunque sé a qué se refiere, porque durante el tiempo que estuvimos juntos Arthur no estuvo preparado.

Creía que estaba encerrado en una olla a presión que no existía.

—Sí —contesta—. No pudimos hablar mucho en la presentación de Caspar ni ponernos al día.

—No. Esas situaciones a veces son incómodas.

Arthur sonríe.

—Sí. Aunque tu novio parecía simpático. Un poco corporativo, ¿no?

—Sí, lo es. Las dos cosas.

—¿Es chino?

—Sí.

—Tu madre estará contenta.

Me río en voz alta. Es fácil olvidar lo mucho que Arthur se sumergió en mi vida, las cosas sobre las que solíamos bromear.

—Sí.

—No sé si es raro que te diga esto, pero he trabajado mucho en nuestra relación.

—¿Estás hablando en terapia sobre nuestra ruptura?

—Sí.

—¿En serio?

El desconcierto me abre la boca como un espéculo. Casi quiero echarme a reír, pero…

—Parece inevitable. Dejas atrás algunas cosas, pero, cuando conoces a una nueva persona, lo viejo parece nuevo otra vez.

—Ya. —Me hundo demasiado rápido en mi propia realidad. No puedo evitar sentirme triste y, aun así, en cierto modo todo me parece increíble. Resulta fácil olvidar nuestro papel en la mente de otras personas—. Sé a lo que te refieres. Estar con Vincent también ha hecho resurgir algunas cosas.

—Lo siento.

—¿Qué sientes?

—No sé —dice, y se arranca la piel alrededor de las uñas con la mano que sostiene el vapeador—. Que hayan resurgido cosas. Y mi parte en esas cosas.

—No pasa nada, en serio. Yo también lo siento.

—¿Qué sientes?

Me encojo de hombros.

—Nadie es perfecto.

—Ya. —Me mira y se permite soltar una carcajada breve—. Bueno, ¿cómo estás?

En otra época le habría hablado sobre el tumor, sobre la boda de Emily, sobre una de las épocas más turbulentas de mi existencia. Lo habría hecho, en parte, porque eso es lo que haces en pareja. Os contáis cosas. Pero también lo habría hecho con la esperanza de que la noticia lo cambiara, de que mi tumor hiciera que se preocupara más, se mostrara más cariñoso, más compasivo. Esas tácticas nunca funcionan. La gente es como es y, a veces, son solo una serie de pequeñas decepciones.

—Estoy bien. No de maravilla, pero bien.

—Eso es bueno. Es bueno.

Nos quedamos en silencio un rato más, mirándonos.

—Bueno, me voy.

—Claro, sí. Ha sido un placer verte, Maxy.

Nos damos un abrazo de despedida. Al irnos en direcciones opuestas, me pregunto si me mirará por encima del hombro. Supongo que nunca lo sabré.

## VINCENT

# XVIII

Estoy trabajando en el piso de Max, nuestro piso. Finjo que me encuentro lo bastante mal para quedarme en casa, pero lo bastante bien para trabajar. He dicho que es gastroenteritis.

No quiero estar fuera cuando Max regrese. Me estoy volviendo loco. No hay mensajes. Ni correos. La madre de Max no contesta tampoco a mis mensajes, aunque lo entiendo. Simone no me cuenta nada. Solo me dice que tenga paciencia. «Dale espacio». Sé cómo se ve desde fuera. Deben odiarme, pensar que soy horrible, y no las culpo. La situación parece horrible. Y lo es. Me marché de Francia antes de lo previsto y, como Aisha y Fred necesitaban el coche de alquiler, tuve que tomar un taxi durante dos horas hasta el aeropuerto. No sé cómo, pero pedí una limusina. Costó una fortuna.

Me vine directo aquí, a nuestro piso, al piso de Max, porque no sabía a dónde ir. No quiero marcharme, me gusta esta casa. Tiene muchos libros. Una bonita mesa redonda para comer. Un póster de *Chungking Express* del que estoy celoso. No hemos hablado. Max subió cosas sobre la boda, pero no he visto nada desde entonces. Sé que no está desaparecida (habría salido en las noticias), pero me preocupa que no dé señales de vida. Me froto los ojos con las manos. He hecho un trabajo penoso con este acuerdo de compra.

Hay un par de puntos poco importantes que debería revisar con el cliente, pero me da igual. Nada de esto importa. Adjunto el acuerdo en un correo y lo mando a los otros. Me reclino en el surco ergonómico de la silla giratoria de Max. ¿Qué cojones hago aquí? ¿Debería irme? Quiero que Max vuelva. No digo que me lo merezca, pero quiero creer que todavía ve lo bueno en mí.

Cuando le conté a Fred que Max era trans, esperó un poco demasiado para decir algo, y pensé que por fin hablaríamos sobre Alex.

«Guay».

Eso fue lo único que dijo y me quedó claro que no íbamos a hablar del tema y, más claro aún, que ninguno de los dos lo olvidaría en la vida. Somos muy amigos. ¿No es raro? Han pasado años y nunca hemos hablado sobre eso. Lo más cerca que estuvimos de abordarlo fue cuando me reuní con Fred en Tailandia después de dejar a Alex. Aún recuerdo la tensión en el aire. Dije algo como: «No puedo hacerlo», Fred me abrazó y lo dejamos estar. Vimos un par de sitios más en Tailandia, luego nos fuimos a Vietnam y Camboya, pero parecía que discutíamos en todo momento. Éramos demasiado jóvenes para manejar la culpa. Nuestra culpa. Nuestra vergüenza. Cuando llegamos a casa, no nos aguantábamos y por eso mantuvimos las distancias hasta que la culpa quedó tan lejos que pudimos soportar la compañía del otro.

Creo que, en el fondo, sabía que Max se enteraría de lo de Alex, que al final tendría que saberlo. En el sofá cama de Simone, cuando me preguntó por qué Fred y yo nos distanciamos, pensé que se lo podría contar, pero no me pareció el momento adecuado. Supongo que nunca hay un buen momento para contar algo así, pero, cuanto más esperas, peor.

No sé por qué Alex me vino a la mente aquella tarde, ni qué me hizo trazar una línea tan clara entre lo que estaba pasando con Max y Fred y lo que había pasado entre Alex y Fred, excepto por los celos. Actué por celos, igual que la noche en que Fred le dio la paliza a Alex. Resurgieron los mismos sentimientos, más de diez años después. Estaba estresado porque la mujer a la que amo tiene un tumor cerebral. Ha sido un año duro. Lo de mi padre no ha sido

fácil. Ni tampoco ha sido fácil lidiar con mi familia y el trabajo. Ver a Fred actuar como una especie de árbitro y decirme que Max era buena y yo malo y, además, sentir que había algo entre ellos, me jodió a base de bien. Solo quería golpear, y eso fue lo que hice.

No soy la misma persona que hace diez años en un millón de sentidos y, en otro millón de sentidos, sigo siendo el mismo. Algunas partes se quedan y otras se van, hasta que nos convertimos en constelaciones indeterminadas de trozos de papel cuadriculado. Todavía me preocupo. Me vuelvo irracional. Mi mente da saltos a veces. Digo cosas que no quiero. Pero también soy más amable, aunque no sé si debería decir eso sobre mí mismo. Sé cómo cuidar de las personas o, al menos, quiero cuidar de ellas. No me asusta la responsabilidad. En el fondo, quizás pensara que debía demostrar algo, pero tampoco me dije: *Eh, Vincent, esta vez no vas a huir, ¿verdad? Intenta no salir por patas, ¿vale?* Fue algo más sutil, la insistente inquietud de que no había cambiado, de que la iba a cagar. Sabía que me quedaría con ella. Lo que no esperaba era que el defensor kármico del pueblo llegara un par de semanas pronto y derribara la puerta antes de que yo pudiera rectificar.

Aun así, aunque hubiera querido pagar mi deuda, no creo que hubiera sido tan fácil. La vida ofrece pocas oportunidades para redimirse. Cuesta que aparezcan. A veces me he plantado contactar con Alex para disculparme, pero ahí no hallaré la absolución. Alex era simpática, pero también firme. Me imaginaba lo que diría: *Esta disculpa es para ti, Vinny, no para mí. No me vuelvas a escribir nunca más.* Y habría tenido razón: lo habría hecho para quitarme un peso de encima, no para que ella se sintiera mejor, no para proporcionarle (con intereses) los cuidados que le negué.

En una ocasión, vi a Alex en el Broadway Market, o al menos a una mujer que se le parecía. Estaba en una cita (no con Alex) y lo estropeé todo, porque fue como si hubiera visto a un fantasma, una aparición de mis pecados, y me inventé una excusa para ir en dirección contraria. Durante el resto de la tarde, sentí que estaba en aquella habitación de Chonburi, junto a las maletas, con la cabeza entre las manos.

Cuando Max y yo empezamos a seguirnos en redes sociales, fui a

mirar si seguía a Alex y solté un enorme suspiro de alivio al ver que no. Tras regresar de Francia, la volví a buscar de nuevo. Sigue siendo preciosa. Está prometida y parece feliz, aunque ¿qué sabemos de las relaciones de los demás? Odio cuando le dices a alguien que estás saliendo con una persona y te dice que está feliz por ti, sin preguntar nada sobre la relación, que podría ser horrible y frustrante y con un sexo nefasto, y todo porque una relación se considera algo bueno desde un punto de vista objetivo.

Creo que la gente piensa que, para mí, el fin justifica los medios. Max también lo pensó. No sé por qué pasa, no sé si es una cuestión de raza o qué. No creo que sea el caso. Nunca lo ha sido. La vida puede tomar muchos derroteros y la vida puede ser de muchas formas distintas. Resulta abrumador, como estar en un supermercado, de pie delante de una estantería con cincuenta variedades de gusanitos de queso. A menos que no sea feliz y, sobre todo si soy feliz, seguir la corriente es agradable. Parece una forma muy frívola de vivir y muy poco apropiada para un abogado corporativo, pero es cierto. «¿Cómo es posible que tu espíritu libre haya acabado en el departamento de fusiones y adquisiciones? ¿Estás bien?».

Sigue siendo la verdad. En las relaciones soy igual. Y es cierto que mi madre lo está entendiendo. Esto es el principio. Le daremos tiempo. He elegido a Max. Quiero seguir eligiendo a Max. Por fin le hablé de ella a papá.

—Si estás feliz, entonces me alegro por ti —dijo.

—Vendremos de visita cuando se recupere de la operación.

—Sí. Claro, claro.

Oír esa palabra repetida («claro, claro») me hizo pensar que presentarla a mis padres era un hecho, algo tan simple que no hacía falta ni hablarlo. Supongo que, desde el ataque al corazón, los obstáculos grandes se han vuelto pequeños. Mi padre quiere vivir y ya está.

¿Es un gesto demasiado insignificante que llega demasiado tarde? Me preocupa no haber sabido transmitirle a Max lo feliz que estoy de ver a dónde nos lleva la vida.

Se me da bien saber cuándo soy feliz. Sé que no parece gran cosa,

pero no creo que mucha gente mire en su interior y se pregunte si está disfrutando de la vida. Cuando me mudé a Hong Kong por trabajo, mi exnovia y yo no estábamos bien y me sentí solo sin ella. Al regresar a Londres, me sentí dichoso por volver con ella, hasta que dejé de estarlo y llegó el momento de cambiar. Debería haberle dicho a Max que estoy feliz con ella y que no veo que eso vaya a cambiar. Supongo que, en un momento como este, cuando estoy tan desorientado, cuando ni siquiera me habla, cada palabra sin decir parece trascendental, capaz de crear cambio, y todas ocultan el simple hecho de que yo oculté la verdad.

Me levanto de la mesa para cocinar algo. Llevo una semana comiendo paninis de atún y aguacate a mediodía. Es lo único que me entra. Max y yo hablamos una vez sobre las cosas que evitaríamos en caso de romper. Todavía no hemos roto, pero estoy esperando que lo hagamos y no puedo satisfacer mi antojo de gimbap en el restaurante coreano que hay cerca porque me recuerda a ella. Dejo el panini en la encimera y entro en la habitación de Max. Miro las maletas. No lo he guardado todo, pero sí lo esencial, por si entra de repente y me pide que me vaya.

Estoy tomándome un descanso de Fred, pero vamos a hablar de esto, sin importar cómo acabemos Max y yo. Veremos de qué forma podemos hacer lo correcto, si es que se puede. Estoy seguro de que a nuestra amistad no le pasará nada, pero necesitamos hablar de lo que ocurrió, por qué él le dio la paliza a Alex, por qué yo reaccioné de aquella forma, antes y ahora. En Francia no estaba listo, la pelea con Max seguía demasiado reciente. No podía quedarme en aquella casa. Pero Fred y yo hicimos cosas horribles y hablaremos sobre ellas. Tenemos que hacerlo para hacer lo correcto en esta vida.

La operación de Max es dentro de unos días. Tendrá que volver pronto a Londres. No puedo hacer mucho, excepto preparar su llegada. Entro de nuevo en la cocina y miro el congelador, como si alguien pudiera haber movido las fiambreras con comida congelada que le preparé para el posoperatorio. No sé si me he pasado, pero no sabía qué otra cosa hacer.

El panini de atún no está malo. Si lo estuviera, no llevaría siete días comiendo lo mismo. Pesto verde, mayonesa Kewpie, alcaparras,

medias lunas de aguacate. Me he sentado en el sofá con las piernas cruzadas, en el mismo sofá al que vinimos después de nuestra primera cita, donde besé a Max por primera vez. Quiero que vuelva a casa. Hay millones de formas de vivir una vida, pero me gustaría probar a vivirla con Max. Cuando entre por la puerta, la saludaré.

Al regresar al escritorio, tengo un correo del cliente en el que me da las gracias y no menciona esos puntos que no le aclaré. Delego algunos préstamos y actas interempresariales a mi becario y luego regreso al dormitorio a tumbarme en la cama. Me pesan los ojos. Podría echarme una siesta. Sabe Dios que me hace falta. Estoy durmiendo fatal, porque ¿quién duerme bien cuando la vida da tumbos?

Estoy a punto de quedarme dormido cuando oigo girar
una llave
en una cerradura.
Mi torso
se levanta.
¿Lo he oído de verdad?
—¿Hola?

# Epílogo

Háblame de tu trabajo
el hombre con guantes
me pregunta
El hombre con mascarilla
El hombre con estetoscopio. Él
que se cierne sobre mí
No hay tiempo de explicar
que soy un robot. No un robot real
Que escribo líneas de palabras
con una atención quirúrgica
¡Lo siento! Le digo al médico
¡Lo entiendo! La poesía no es cirugía

Cuando emerjo
de la oscuridad intravenosa
no sé nada
sobre el perdón
excepto que el perdón
es algo que dar
Como el vómito
en la bacinilla
que roza los encantadores dedos
de Vincent
¡Eso les pasa a las flacas!
Me dice la enfermera
No es un piropo
me recuerdo

Me imagino un futuro
en el que estoy bien
Donde celebro Nochevieja
Sin drogas
Sin escaleras
Donde seguiré impregnada
de decepción
aunque no más
lo prometo
Prometo
que hay un futuro
este futuro
en el que permito
que otras manos
sostengan la bacinilla

# Agradecimientos

Gracias a Monica MacSwan, Lesley Thorne y a todo el mundo en Aitken Alexander, así como a Kent Wolf, de Neon Literary.

Gracias a mis editores, Bobby Mostyn-Owen y Katy Nishimoto. Gracias también a Milly Reid, Sara Roberts, Whitney Frick y a los equipos de Doubleday y Dial Press.

Gracias a todos mis lectores. Me siento muy agradecida por poder escribir libros para vosotros.

¿TE HA GUSTADO
ESTA HISTORIA?

Escríbenos a...

plata@uranoworld.com

Y cuéntanos tu opinión.

Conoce más sobre nuestros libros en...

plataeditores

PlataEditores